FERNANDO DE ORBANEJA

ESPAÑA, HISTORIA DE UN FRACASO

NOFICCIÓN | HISTORIA

EDICIONES B

FERNANDO DE ORBANEJA

España, historia de un fracaso

España, historia de un fracaso propone una ácida revisión de nuestra historia, desde los iberos al gobierno actual. El resultado es la crónica desatinada de un país lleno de paradojas, con unos gobernantes que rara vez han sabido estar a la altura, una justicia a menudo lenta o disparatada, una Iglesia que se entromete en asuntos de Estado, una enseñanza anémica y una galería de patriotismos muy poco interesados en crear verdadera convivencia. Fernando de Orbaneja nos demuestra que es posible escribir una historia de España con amenidad, inteligencia y sin pelos en la lengua.

NOFICCIÓN | HISTORIA

ISBN 978-84-666-4099-2
9 788466 640992 80320027
EDICIONES B

ESPAÑA,
HISTORIA DE UN FRACASO

ESPAÑA, HISTORIA DE UN FRACASO

Fernando de Orbaneja

Escaneado Y Ocr Ramlord

Barcelona- Bogotá- Buenos Aires • Caracas. Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito «Santiago de Chile

1.ª edición: marzo 2009

© Fernando de Orbaneja, 2009

© Ediciones B, S. A., 2009
Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)
www. edicionesb. com

Printed in Spain
ISBN: 978-84-666-4099-2
Depósito legal: B. 869-2009

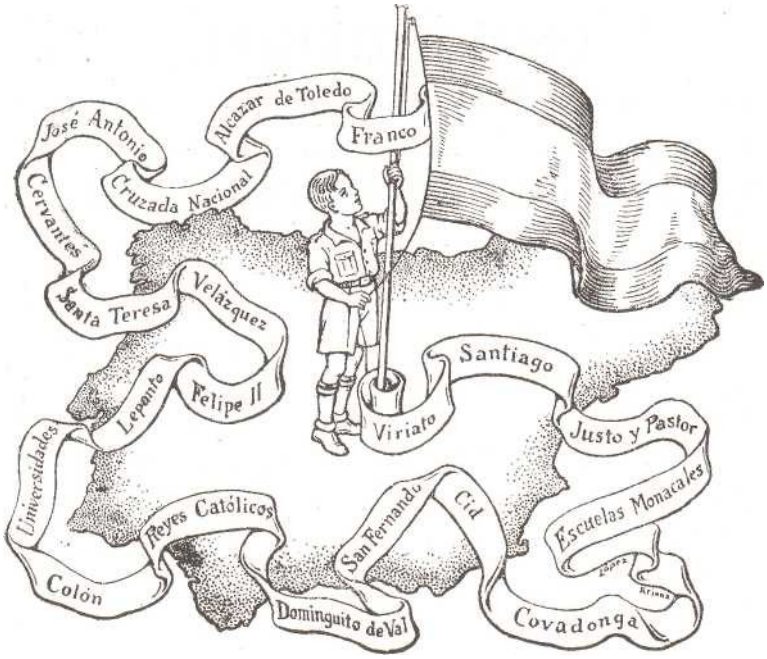
Impreso por LIMPERGRAF, S.L.
Mogoda, 29-31 Polígon Can Salvatella
08210 - Barbera del Valles (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright,* la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Al sufrido pueblo español,
capaz de sobrevivir a tanto desastre

UNA ACTIVIDAD PELIGROSA

(A MODO DE INTRODUCCIÓN)


José Antonio
Alcazar de Toledo
Franco
Cervantes
Cruzada Nacional
Santa Teresa
Velázquez
Lepanto
Felipe II
Santiago
Viriato
Justo y Pastor
Universidades
Reyes Católicos
San Fernando
Cid
Escuelas Monacales
Colón
Dominguito de Val
Covadonga

Jingoísmo

Recibe el nombre de jingoísmo «la patriotería exaltada que propugna la agresión contra otras naciones», con frecuencia fomentada por los gobiernos para ocultar sus errores. En España hemos sufrido un jingoísmo cavernícola que se ha enfrentado a otros países por defender los intereses de la Iglesia, a veces con grave daño para nuestros logros. Desgraciadamente aún no hemos conseguido sacudirnos el yugo de la Iglesia, un yugo que identifica el patriotismo con catolicismo, lo que ha dado motivo a episodios realmente bochornosos y lamentables confusiones.

La Iglesia, apoyándose en una supuesta y temible otra vida, se ha adueñado de la presente y ha enterrado el pensamiento libre con imaginarias revelaciones divinas. Con sus ritos, anuló muchas de las viejas tradiciones ibéricas y con su intransigencia arruinó la convivencia con otras culturas. Hemos sido, y tristemente seguimos siendo, víctimas del matrimonio entre el trono y el altar, y encima se pretende, como propugna la Iglesia en las nupcias, que dure «hasta que la muerte los separe»; lo que está por ver es quién morirá primero, aunque es muy posible que los dos terminen sus días al mismo tiempo. Mientras España

no se desprenda del yugo eclesiástico nunca podrá llegar a ser la verdadera España.

Trato en este ensayo de resaltar la constante alianza entre los reyes y los obispos y de desmontar los mitos nacionales, alimentados por el franquismo y jaleados por la Iglesia, como los reinados de los Reyes Católicos, los Austrias y los Borbones. Estas falsedades han hecho brotar unos nacionalismos tan ficticios y dañinos como el centralista. Como la historia de todos los países, la nuestra está llena de contradicciones, de absurdos y de disparates, todo ello mezclado con algún acierto, aunque de éstos más bien pocos. A pesar de los pesares, hemos avanzado mucho en bienestar material, pero hemos retrocedido en educación y en ética.

Nos ha ido mal

Es la nuestra una historia triste, fruto de la incompetencia de los gobernantes, de los frecuentes desastres económicos, políticos y militares y del sometimiento a la Iglesia católica. Nuestra historia es la historia de lo que pudo haber sido y no fue; de lo que, en repetidas ocasiones, unos estadistas intentaron y el oscurantismo religioso malogró. Los reaccionarios de siempre han calificado estos intentos de utopías, como si la utopía fuera un mal, cuando a lo largo de la historia sólo las utopías han movido el mundo y han liberado al hombre, pues nunca es éste tan sublime como cuando lucha por una utopía.

Y nos ha ido mal. En gran medida, por la falta de una rigurosa formación, por la tendencia atávica a mitificar todo, a inventar lo que ya está descubierto y a anegar la

grandeza de las ideas en el cenagal de las ambiciones mezquinas. Hemos luchado a menudo por unos ideales, las más de las veces perjudiciales para nuestros intereses, en vez de combatir por la prosperidad del país, por el bienestar de los españoles, por su educación. Parece ser, a fuer de optimista, que esa tendencia se está modificando, o es lo que me gustaría creer.

Si soy sincero, he de decir que investigar los hechos y dichos de la casi totalidad de los gobernantes y de los políticos de nuestro país me ha causado una profunda decepción. Una gran parte de nuestros reyes remaron con el menor esfuerzo posible y sin preocuparse de mejorar la vida de sus subditos y de enriquecer al país que gobernaban. Se rodearon de ineptos aduladores, desechando la cooperación de personas idóneas porque no compartían las mismas creencias religiosas o políticas. Alguien escribió acertadamente: «La invidencia del egregio es más negativa que la ceguera del gregario.»

El siglo actual está por ver con perspectiva histórica, pero sus expectativas no son mejores, y sospecho que pecan de mediocres. Para mejorar tendremos que ser conscientes de nuestros defectos, y los mayores defectos del pueblo español son la ignorancia y la envidia, y de sus dirigentes su carencia de auténtico patriotismo y de sentido pragmático. La ignorancia, endémica y sin vías claras de solución por ahora, ha llevado al pueblo a una excesiva sumisión a los gobernantes, y a dejarse arrastrar por los demagogos de turno. La necedad ha llevado a algunos a presumir de no saber nada, pero de intuirlo todo; incluso, en determinadas épocas, ha sido sospechosa la afición a la lectura (¿y sigue siendo?). La envidia ha frustrado no pocos inteligentes proyectos; se han dado casos en los que algunos resentidos han llega-

do a envidiar hasta los defectos de sus rivales. Lo peor es que la envidia, unida a la ignorancia, ha conducido a acciones no siempre fecundas y con frecuencia insensatas, cuando no ha llevado al odio y a la muerte, como ha ocurrido tantas veces.

Nada teme el hombre tanto...

La escritora Monika Zgustova dice muy atinadamente: «Pensar ha sido siempre poner en cuestión el orden del mundo. Y el mundo lo ordena el poder. Quien piensa cuestiona, pues, el poder. De ahí que pensar sea una actividad peligrosa.» Plutarco decía: «A la historia le cuesta mucho trabajo descubrir la verdad, porque tanto la envidia como la adulación la corrompen y desfiguran.» Fernando Díaz señala: «Si algo se acaba sabiendo cuando ya no importa es que no se ha acabado sabiendo... Los taquígrafos y la luz llegarán luego, cuando ya no hay nada que hacer.» Teniendo en cuenta estas sabias citas, he considerado necesario cuestionar el poder y buscar la verdad, sobre todo la realidad de hoy para corregirla, sin adulaciones, sin descalificaciones ni envidias.

En ese sentido ésta es una historia de España atípica, porque no es un ensayo científico ni erudito, ni pretende serlo, se trata simplemente de comentar la increíble historia de un pueblo que ha sido capaz de sobrevivir a tanto fracaso, y de ahí el título de la obra. Soy consciente de mi osadía, cuando existen tantos y tan excelentes libros de historia, pero me temo que se olvida con frecuencia el parecer de un ciudadano normal y corriente, que ha sufrido y sufre las insensateces de los políticos y las falacias de los pseudohistonadores. Pretendo descu-

brir la mentira colectiva, desenmascarar tantas falsedades y someter todo a debate, practicando el juego limpio. Hay que tener en cuenta que el hombre trata de destruir aquello que teme, y nada teme el hombre tanto como la verdad.

He querido acompañar los capítulos siguientes con unas ilustraciones que proceden, como se puede adivinar fácilmente, de libros de texto de una época no tan lejana. Son, por tanto, parte de esta historia que relato a continuación y confío en que muestren a su manera aquello que he procurado poner por escrito.

TRIBALES, GREGARIOS E INDIVIDUALISTAS

LA HERENCIA IBERA

DOLMEN
SOLDADO
IBERO
PINTURAS
DE
ALTAMIRA

Orígenes

No se sabe a ciencia cierta quiénes fueron los primeros pobladores de la península Ibérica. Los hallazgos de Atapuerca revelan que hace casi un millón de años habitaba en nuestra tierra el *Homo anteccesor,* procedente posiblemente de África, cuna de la humanidad. El *Homo anteccesor* era el «padre» del hombre de Neandertal y del hombre de Cromañón.

La vida de todos estos seres debió de ser muy dura y rodeada de constantes peligros, ya que no poseían medios eficaces para defenderse, sólo rudimentarias hachas de piedra, y tenían que refugiarse en cuevas para protegerse de las inclemencias del tiempo y de los ataques de las fieras. Normalmente vivían en las proximidades de los ríos, lagos o costas, trasladándose periódicamente en busca de alimentos.

El hombre de Neandertal fabricaba y manejaba instrumentos de piedra y rendía culto a los muertos. Unos 6.000 años más tarde de su llegada apareció el hombre de Cromañón, mucho más adelantado, pues fabricaba herramientas y flechas de hueso, y terminó por eliminar al hombre de Neandertal. ¿Un primer caso de genocidio?, no hay certeza, pero bien pudiera ser. Al hombre de Cro-

mañón debemos las primeras obras artísticas, pinturas polícromas de hombres, uros, caballos y ciervos, con posible significado mágico y un gran sentido estético.

Hasta el Neolítico, es decir, unos 5.000 años antes de la Era Común, no empiezan a producirse los primeros asentamientos humanos, comienza el cultivo del campo, se domestican animales y se construyen habitáculos hechos de piedra. Asimismo, aparecen los primeros objetos cerámicos y los primeros tejidos. De esta forma nace el comercio, la propiedad, la especialización en el trabajo y las clases económicas. Aparecen los megalitos, los dólmenes y los sepulcros suntuosos. Siglos más tarde se inicia el desarrollo de la metalurgia, utilizándose el cobre, el bronce (cobre y estaño) y el hierro, con lo que desaparece la industria de la piedra.

Pero ¿quiénes fueron los iberos, los supuestos primeros pobladores de nuestra península?, ¿qué era Tartessos? El origen del pueblo ibero se remonta, como mínimo, al primer neolítico mediterráneo. Los griegos conocían nuestra península con el nombre de Iberia, y así la nombra Herodoto (484-425 a.E.C). Ahora bien, el nombre Iberia no tenía un significado geográfico sino étnico, por eso comprendía no sólo el territorio peninsular sino una buena parte del sur de Francia; así Esquilo (siglo V a.E.C.) escribe que el Ródano discurre por Iberia. De todas formas siempre se ha admitido que el límite de Iberia estaba en los Pirineos.

Está claro que los iberos no formaban una unidad étnica, porque las tribus que se asentaron en la península fueron muy variadas: los *turdetanos* se instalaron en el valle del Betis, y están considerados como los más cultos, con escritura propia, tenían crónicas y leyes en verso; los *bastetanos,* en Málaga, Granada, Almería y Cartagena; los

oretanos, en La Mancha, Jaén y Albacete; los *cosetanos,* en Tarragona; los *layetanos,* en Barcelona; los *ausones,* en Gerona; los *indigetes,* en Ampiarías; los *carpetanos,* en Toledo; los *vacceos,* en León, Castilla la Vieja y especialmente en Tierra de Campos, y se caracterizaban por practicar una especie de comunismo agrario; los *arévacos,* en Segovia y Soria; los *vascones,* en Navarra; los *cántabros,* en Cantabria; los *astures,* en Asturias; los *galaicos,* en Galicia, y los *lusitanos,* en el centro de Portugal.

Las tribus iberas vivían en pequeños burgos, formados por cabanas de adobe con zócalo de piedra, y se regían por un consejo de ancianos. Elegían caudillos sólo para dirigir la guerra, rodeados de una guardia personal, llamados *soldurii* o *devoti,* tan adictos que morían con él. Las tribus nunca se aliaban entre sí, por lo que fueron dominadas con relativa facilidad, a pesar de que eran muy bravos guerreros. Eran muy frugales, guisaban con aceite, comían pan y carne y bebían vino y cerveza. Los hombres vestían unas túnicas con cinturón, donde metían el puñal, y una especie de capa de tejido burdo. El vestido de las mujeres era más variado, se adornaban con unos collares de hierro con unos garfios que se doblaban sobre la cabeza de los que colgaba un velo, para ocultar o no el rostro (se ha querido ver en esto el origen de las peinetas).

Hemos heredado de los iberos el tribalismo, es decir, la tendencia a sentirnos ligados a un determinado grupo despreciando a los demás, y esto lo hemos ejercido con demasiada frecuencia; lo vemos en política, donde se han transformado los partidos en verdaderas tribus, que no necesitan de nadie para gobernar y rechazan toda colaboración, por eso son tan débiles cuando las cosas no salen bien; y lo vemos reflejado también en las antipatías entre ciudades, villas y provincias, o incluso entre profesiones

y no digamos en los nacionalismos de cualquier signo. Otra triste herencia es el gregarismo; la vemos en aquellos que siguen ciegamente a un jefe o a un partido de tal forma que están dispuestos a dar su vida por él, incluso sin conocer sus proyectos. Lo malo es que ese ídolo casi siempre ha sido un falsario que no merecía su adoración. Por fin, otra herencia ha sido el individualismo, lo que, como todo en la vida, en las dosis adecuadas no es un defecto, sobre todo cuando evita el gregarismo. Sin duda son herencias antagónicas, pero en España todo absurdo es posible.

La religión ibérica era sincrética, o sea que trataba de conciliar doctrinas diferentes, naturalista, pues se basaba en la naturaleza, pragmática y politeísta, ya que adoptaban con facilidad las divinidades y los ritos de los pueblos que entraban en la península. Los iberos adoraban básicamente al Sol, a la Luna y al Toro, aparte de otros dioses a los que ofrecían exvotos. El toro siempre ha estado presente en nuestra historia, viene a ser el tótem nacional, es decir, el emblema protector del país. Los muertos se incineraban y sus cenizas eran guardadas en urnas que se enterraban en unas fosas con el ajuar del fallecido.

La escultura aparece en el siglo V a.E.C, con gran influencia griega, caracterizándose por la mezcla de fantasía y realismo, representando hombres y animales, con expresión manifiesta de los órganos sexuales, unas veces se mostraban con gran riqueza y otras con marcada austeridad. La cerámica reflejaba las influencias de los distintos pueblos colonizadores. Las estructuras políticas y las relaciones sociales eran un tanto endebles, imponiéndose el ansia guerrera de los iberos.

Primeros visitantes

A finales del segundo milenio a.E.C, invadieron pacíficamente la península una sene de tribus indoeuropeas, procedente de Europa central, y más tarde acudieron pueblos del sur europeo. Los griegos y fenicios poblaron principalmente las costas mediterráneas, mientras que los pueblos procedentes de Francia, Suiza y Alemania se extendieron por el valle del Ebro y las dos Castillas. Gracias a estas invasiones los nativos recibieron nuevas técnicas en la fabricación de cerámica, en la siderurgia y en las explotaciones agrícolas y ganaderas. Entre los siglos X y VIII a.E.C. se expande por la península la cultura llamada de los Campos de Urnas. Estas migraciones dieron lugar a un mestizaje que no ha dejado de producirse a lo largo de nuestra historia, por lo que resulta ridicula la «limpieza de sangre», y la constatación de que las nuevas técnicas siempre nos han llegado de fuera. ¡Temprano se empezó a decir «que inventen ellos»!

La fama de las riquezas mineras de la península atrajo por mar a los navegantes y comerciantes fenicios y griegos, que descubrieron, valga la expresión, Iberia y comenzaron a explotar los yacimientos de plata, cobre, estaño, mercurio y oro. El geógrafo judío-fenicio Marino de Tiro delineó un mapa del mundo conocido, en el que por supuesto figuraba Iberia, del que se sirvió el gran científico Ptolomeo. Los primeros estudios sobre nuestra geografía fueron escritos por Mela, Plinio el viejo, Estrabón y el mismo Ptolomeo. Estrabón llamaba ibero a un pueblo de la actual Georgia, no se sabe por qué razón, aunque pudiera ser mera coincidencia o una confusión étnica. Hay que tener en cuenta que *iber* era el nombre con que los iberos llamaban a los ríos, de ahí el nombre del

Ebro. Es muy posible que Iberia e ibero tenga la misma raíz que hebreo. Los griegos llamaron al estrecho de Gibraltar, *Stelai Heracleous, y* los romanos lo tradujeron como Columnas de Hércules *{Columnae Hercuhs).* Por su parte los romanos llamaban Iberia a la costa mediterránea, desde las Columnas de Hércules hasta el cabo de Creus. Más tarde a toda la península la conocieron bajo el nombre de Hispania.

Los fenicios eran independientes de su metrópoli, siendo gobernados por dos jueces, llamados *sujetes, y* un encargado de las finanzas, llamado *cuestor;* contaban también con un senado de quinientos miembros nobles o adinerados y una cámara popular. Los fenicios adoraban una triada compuesta por un dios-padre, Melkart, protector de la ciudad; una diosa-esposa y madre, Astarté, que se identificaba con la tierra y la fecundidad; y un dios-hijo, Adón, amante de la diosa (el incesto era muy frecuente en la religiones primitivas), representando la vegetación, que nace, muere y resucita cada año. Adoraban también a otros dioses confundidos con nombres griegos y que reflejaban a veces accidentes geográficos como montes, ríos, etc. Fundaron *Gadir,* Cádiz, en 1050 a.E.C, como centro comercial, así como *Malaka,* Málaga, *Abdera,* Adra (Almería) y *Sexi,* Almuñecar (Granada), entre otras ciudades.

Según la leyenda, a comienzos del siglo VII a.E.C, unos vientos contrarios impulsaron a una nave fócense de Samos, del mercader Coleo, al reino de Tartessos, empezando así el comercio entre los griegos y el reino de Argantonio, que colaboró muy eficazmente. Los griegos fundaron importantes colonias, la primera fue *Rhode* (Rosas), creada antes de la primera Olimpiada (776 a.E.C), *Emporion* (Ampurias), *Calopolis* (Barcelona), *Cer-*

varia (Cerbére), *Hemeroscopion* (Denia o Cullera), *Pityoussa* (Ibiza) y *Mainak* (quizá Marbella). Las colonizaciones fenicia y griega se prolongaron durante los siglos VIII a VI a.E.C.

Tartessos

En cuanto a Tartessos, es el nombre con que los griegos conocían la primitiva civilización de Occidente, heredera de la cultura megalítica, que se desarrolló en la zona comprendida entre las ciudades de Huelva, Cádiz y Sevilla, cuyo eje principal era el río Tartessos, llamado Betis por los romanos y Guadalquivir por los árabes. El primer autor que nombra a Tartessos fue Stesicoros de Himera (600 a.E.C). En la Biblia aparece con el nombre de Tarshish o Tarsis. Algunos autores sitúan el río Tartessos en la zona del Tinto y el Odiel, en la ría de Huelva. El nombre de Tartessos ha ocasionado numerosas polémicas, dando lugar a variadas hipótesis, pues parece ser que designaba tanto un monte como un río o un territorio, pero no una ciudad, hasta que así lo afirmó Eforo en el siglo IV a.E.C, aunque no llegó a asignarle un emplazamiento determinado.

Los investigadores creen que existió un área de lengua tartésica, en Huelva, Cádiz y el Algarve portugués, y otra de lengua ibérica en la costa mediterránea. Los iberos tenían un idioma cuya raíz no era indoeuropea; algunos creen que el euskera actual, y otros idiomas vascuences desaparecidos, están emparentados con el ibero, pero existen muchas dudas al respecto. Tanto el tartésico como el ibero están sin descifrar, porque apenas quedan inscripciones. El origen de esas poblaciones se ha atribuido a una

migración desde el norte de África, pero hoy los estudiosos se inclinan por la teoría de que fue a la inversa, la migración se produjo desde Iberia al norte de África.

Los tartessos recibieron fuertes influencias de Fenicia y de Egipto, a tal extremo que algunos investigadores creen que la civilización tartessa fue el resultado de la cultunza-ción de los primitivos habitantes de la zona por los fenicios. Sostienen que las letras T.R.T. de Tartessos son equivalentes a las de la diosa Astarté; además adoraban al dios fenicio Baal bajo su forma de toro. Es muy probable que su civilización ya existiera antes y se dedicaran al comercio, a la pesca y a la metalurgia. La capital de Tartessos fue Tur-pa, hoy El Puerto de Santa María, en la desembocadura del Guadalete, famosa por sus minas de plata y de cobre y la fabricación de bronce. Los romanos conocían la bahía de Cádiz con el nombre de Tartessius Sinus.

El lugar donde se asentaba Tartessos es muy probable que esté sepultado bajo las marismas de la desembocadura del Guadalquivir o por la lengua de arena que va del río Tinto hasta Sanlúcar de Barrameda, lo que hoy es el Parque Nacional de Doñana. Ahora se está efectuando una detallada investigación al respecto. Algunos estudiosos aseguran que tuvieron relación con la Atlántida, el legendario continente hundido. El área de influencia de Tartessos alcanzó Extremadura, La Mancha y la costa andaluza del Mediterráneo. Construyeron caminos, ciudades e industrias, y gozaban de formas políticas avanzadas. Son yacimientos tartésicos el Carambolo, Aliseda, Belvis de la Jara y la necrópolis de la Joya.

Estaban gobernados bajo la forma de una monarquía con leyes antiguas, escritas en verso, que Herodoto calcula de una antigüedad de seis mil años. Los legendarios reyes de Tartessos más conocidos son:

- Gerión, un rey mítico que era pastor y se le tenía por un gigante con tres cabezas.
- Norax, nieto del anterior; se dice que conquistó el sur de Cerdeña fundando la ciudad de Nora.
- Gárgoris, rey de los curetes, un pueblo mítico; se le consideraba creador de la apicultura.
- Habis, rey legendario al que se le atribuía la inven ción de la agricultura y la fundación de ciudades, dictó las primeras leyes, prohibió el trabajo a los nobles (de lo que la llamada aristocracia tomó bue na nota para lo sucesivo), dividió la sociedad en sie te clases y estableció un sistema social por el cual una minoría vivía del trabajo y la mayoría subsistía en la miseria (pronto empezamos).
- Argantonio fue el último rey y de él existen datos históricos. Según Herodoto vivió 110 años y man tuvo un floreciente comercio con los griegos. Su época fue la de mayor esplendor de Tartessos, o por lo menos la más conocida.

En el siglo VI a.E.C. Tartessos desaparece, posiblemente aniquilada por los cartagineses, tras la batalla de Alalia, por su alianza con los griegos. Otros historiadores creen que se debió a la crisis económica de los fenicios al ser dominados por los babilonios. En el año 573 a.E.C. Tiro fue conquistada por Nabucodonosor, provocando una crisis comercial por todo el Mediterráneo. Los griegos sufrieron mucho menos esa crisis, pero su centro comercial pasó a ser Marsella, en detrimento de Tartessos. Además Focea (Asia Menor) cayó en poder de los persas, terminando con sus incursiones comerciales. Como resultado de estos hechos Tartessos quedó reducida a Turdetama, que sólo comprendía el bajo Betis.

Más tarde Cartago, antigua ciudad fenicia situada en lo que hoy es Túnez, renovó el comercio con la península volviendo una época de cierto esplendor. Algunos sostienen que fue refundada bajo el nombre de Carpía, pero el reino como tal había dejado de existir. Curiosamente, uno de los meandros del Guadalquivir recibe el nombre de El Carpió y el mismo nombre recibe una torre morisca en el Alcázar de Sevilla de 1325.

Celtiberia

La palabra celta es de origen griego, *keltoi;* sin embargo, los celtas se han llamado a sí mismos *galiain,* de donde se deriva: galo, gálata, galaico, gallego, etc. Se cree que tienen un origen indoeuropeo y se extendieron por toda Europa, desde Portugal hasta Turquía. Llegaron a España en el siglo XIII a.E.C, dispersándose por toda la península en el siglo VII a.E.C, pero en especial por Cantabria, Asturias, Galicia y las dos Castillas. Adoraban a la diosa Epona, a la que dedicaban vistosas danzas, de las que, según creen algunos, se derivan la jota y la sardana.

En el siglo VI a.E.C. los iberos recuperaron Aragón y Cataluña, quedando aislados los celtas íberos de sus hermanos europeos, por lo que no recibieron la cultura celta de La Téne, ni el movimiento religioso conocido como *druismo.* Se produjo entonces su fusión con los pueblos indígenas dando lugar a las tribus celtíberas, como las consideraban los romanos. En aquellos años, Andalucía, Levante y Cataluña constituían la llamada por los romanos cultura ibérica, mientras que los pueblos de las dos mesetas y del norte mantenían la cultura celta.

Los celtíberos, según los historiadores de la época,

como Diodoro de Sicilia y Estrabón, eran muy hospitalarios, aunque un tanto crueles y excesivamente individualistas. Roma consideraba civilizados a los turdetanos, que ocupaban lo que hoy es Andalucía, belicosos a los celtíberos y bárbaros a los astures, cántabros y vascones. Se han conservado relativamente bien las murallas de Tarragona y obras maestras como la famosa Dama de Elche y las esculturas del Cerro de los Santos.

Diversos escritores nos han legado descripciones de la primitiva Iberia, como los griegos Posidonio, Asclepiades de Mirlea, Piteas, Polibio, Diodoro y Avieno, el cartaginés Himilcón y los romanos Tito Livio y César.

PAZ, PROSPERIDAD Y SAQUEOS

HISPANIA Y ROMA

ACUEDUCTO DE SEGOVIA
SOLDADO ROMANO

Cartago

Los cartagineses o púnicos habían conseguido terminar con el predominio naval de Grecia, al vencerles en el mar Tirreno, y habían ocupando las Baleares, Sicilia y Cerdeña. Los fenicios les pidieron ayuda para combatir a las tribus iberas, y lo aprovecharon para quedarse y conquistar Cádiz. El año 348 a.E.C, Roma y Cartago delimitaron sus zonas de influencia, pero esos tratados, como suele ocurrir, son papel mojado cuando dos potencias aspiran a la hegemonía. Así estalló la Primera Guerra Púnica, que ocasionó el hundimiento económico de Cartago al ser derrotada, pues perdió Sicilia y Cerdeña, tuvo que desmantelar gran parte de su flota y pagar a Roma considerables sumas como reparaciones.

Amílcar Barca, para recuperar el antiguo esplendor, se lanzó a la conquista de Iberia, con el fin de adueñarse de sus riquezas. El año 237 a.E.C. desembarca en Cádiz y, tras duras batallas contra las tribus tartesias e íberas logra apoderarse de Andalucía y Murcia, pero muere en el asedio a Hélice (Elche). Su sucesor, Asdrúbal, aumenta las conquistas y funda Cartago Nova (Cartagena) como centro comercial y político. Al incrementarse el poder económico de Cartago también aumentó su potencia militar.

Estas actividades no gustaron a Roma, cada vez más fuerte, obligándoles a firmar un tratado (226 a.E.C.) por el que limitaban la expansión púnica hasta el río Ebro, con el fin de defender los intereses de Marsella, que controlaba el sur de la Galia y la zona catalana.

Asdrúbal muere asesinado por un sicario el año 221 y es elegido Aníbal, hijo de Amílcar y declarado enemigo de Roma. Este genial caudillo comenzó emprendiendo una campaña contra los vacceos y carpetanos, para asegurar las zonas mineras. Victorioso, cometió la osadía de atacar Sagunto, una colonia griega, aliada de Roma, lo que provocó la Segunda Guerra Púnica (año 218 a.E.C). Sagunto era *unapolis* (ciudad) griega, gobernada por un senado de notables y una asamblea popular. Su heroica resistencia al ataque cartaginés ha pasado a la historia legendaria.

Aníbal, con una audacia increíble, utilizando mercenarios iberos y una nueva «arma», los elefantes, cruza los Pirineos y los Alpes, con ánimo de atacar la propia Roma, y derrota a las legiones romanas en Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas. Roma reacciona enviando una flota a Iberia, base de aprovisionamiento de los cartagineses, al mando de los hermanos Cneo y Publio Escipión, que vencieron en un principio pero fracasaron al ser destruida su flota y ser atacados por las tribus indígenas, perdiendo la vida. Les sustituye Publio Cornelio Escipión, llamado *el Africano,* que desembarca en Ampurias, colonia griega, y victoria tras victoria se apodera de Cartago Nova. La derrota de los cartagineses se reproduce en Italia, teniendo Aníbal que buscar refugio en África. En la batalla de Zama, ciudad del norte de África, Escipión aniquiló a las tropas de Aníbal.

Viriato

Roma, libre de competidores, comenzó a construir un imperio que abarcó casi todo el mundo conocido. Una de las falsedades históricas, admitidas por muchos, es que la conquista de Hispania no les resultó nada fácil, les costó doscientos años, mientras que el dominio de las Galias se realizó en menos de diez; pero no es cierto, sin duda fue una conquista larga y difícil, pero duró mucho menos tiempo. El sur y el este de la península dieron pocos problemas, aunque tuvieron que combatir a los reyes ilérgetes Indívil y Mandomo. Medidas políticas y militares consiguieron apaciguar los ánimos, pero las tribus de la meseta, en especial los arévacos y los vacceos, se negaban a aceptar la forma de vida de los romanos, y no admitían ser desarmados, prefiriendo morir en la guerra o suicidarse. Roma no podía consentir esa rebeldía y envió sus legiones. La heroica resistencia de Numancia ha marcado un hito en la historia y ha inmortalizado a esa ciudad; pero en realidad no luchó sola, sino apoyada por las tribus vecinas, y no se suicidaron, sino que se rindieron los pocos supervivientes que quedaron. Roma se apoderó de Tierra de Campos y de casi toda Hispania e impuso un pacto por el que las tribus tenían que ser desarmadas.

El pretor Galba reunió a los lusitanos con la promesa de repartirles tierras, pero ordenó su muerte aprovechando que estaban desarmados, provocando una insurrección capitaneada por el pastor Viriato, que había escapado de la masacre. Viriato conocía muy bien el terreno y aplicaba la táctica de guerrillas; sus victorias arrastraron a otras tribus obligando a Roma a firmar un tratado, que tampoco respetó, sorprendiendo de nuevo a los desarmados lusitanos. Viriato fue asesinado por unos traidores.

Algunos autores creen que Viriato no fue más que un simple jefe de bandidos. ¿Cuál es la verdad?; no se sabe porque hay muy pocos datos de esa época.

Las últimas tribus a dominar fueron los galaicos, cántabros y astures; su feroz resistencia costó a las legiones diez años de combates, con intervalos. Las tribus levantiscas luchaban de forma independiente, raramente aliadas entre sí, sólo seguían a un hombre concreto; eran los llamados *devoti.* Esta costumbre nativa fue aprovechada por los romanos para formar la guardia personal de sus pretores y generales. Todas esas heroicidades y sacrificios no sirvieron de nada, pues la península cayó en poder de Roma, aunque hasta el año 83 a.E.C. no lo consiguió plenamente.

Como puede apreciarse, las tribus celtibéricas desde el principio se negaron al cambio, a la cultura y a la civilización; esa forma de ser desgraciadamente la heredaron algunos, en especial los conservadores, y tratan siempre de mantenerla con machacona insistencia, a eso le llaman tradición. Después de tanto tiempo, todavía no se han enterado de que las ideas y la civilización terminan por imponerse y luchar contra ellas supone un esfuerzo y un sacrificio inútil, que se debería haber utilizado para asimilar y adaptar los nuevos pensamientos a sus condiciones de vida. Otra característica propia de los celtíberos es su repugnancia a aliarse y su devoción por su propia tierra; ambas peculiaridades no son precisamente aptas para la visión amplia de la política y para la expansión de sus dominios. Y eso, por desgracia, nos ha marcado.

Provincias romanas

Roma dividió la península en dos grandes provincias: Hispania Citerior, con capital en Cartagena, e Hispania Ulterior, con capital en Córdoba; pero fue el emperador Augusto el que completó el dominio de Hispania (29 a.E.C.) y la dividió en tres grandes provincias: la Tarraconense, con ciudades como Tarragona (su capital), Cartagena, Zaragoza, Lugo, Braga, Astorga y Clunia; la Lusitania, con Mérida (su capital), Scallabis (Santarem) y Beja; y la Bética, con Hispalis (su capital), Córdoba, Écija y Cádiz. La Tarraconense y la Lusitania eran provincias imperiales, mientras que la Bética dependía del Senado.

Las provincias eran regidas, durante la República, por los *pretores o procónsules* y en la época imperial por los *legados*. El *pretor* o legado era el responsable de la provincia ante el Senado, contaba con un equipo de *familiares* y *amici* que le asesoraban; tenía asignadas numerosas competencias, tanto las judiciales, para las que se valía de un *quaestor,* como las administrativas e incluso el mando de una legión, que se componía de cinco a seis mil legionarios y tres o cuatro mil soldados auxiliares. Cuando la situación lo requería, Roma enviaba un *cónsul,* que mandaba sobre varias legiones. El cobro de impuestos estaba arrendado al Estado por los*publicani,* lo que produjo no poca corrupción. Está claro que las privatizaciones no siempre son acertadas, en contra de lo que creen algunos.

Las provincias estaban divididas en municipios, *chitas,* base del sistema administrativo. El poder local lo ejercían los *decunviros* o *decuriones,* a cuyas órdenes estaban los *ediles,* prefectos, cuestores y escribanos, asesorados por un Consejo, llamado *Curia.* Existían tres clases de ciudades: federadas o aliadas (Cádiz, Tarragona, Málaga,

Ibiza), que conservaban su independencia; libres, o autónomas, exentas del pago de impuestos; y estipendiarías, que tributaban y sostenían guarniciones militares, como León. Se crearon *civitas,* con rango de colonias, para asentar antiguos legionarios y sus familias, muchos de ellos casados con mujeres nativas.

En la cabeza del orden social romano estaban los senadores *(ordo senatorialis);* el Senado tenía doscientos escaños y para ser senador había que ser patricio y poseer una fortuna mínima de un millón de sestercios (el sestercio era una moneda de plata; por su importancia se podría equiparar al euro de hoy); el Senado era la máxima autoridad del Imperio, todo se hacía en su nombre y se reservaba la ratificación de los tratados efectuados por los pretores o legados. Seguían los *equites (ordo equester),* que servían en el ejército a caballo, tenían grandes posibilidades de enriquecerse debido a las conquistas y muchos de ellos controlaban el arrendamiento de los impuestos o se dedicaban a la explotación agrícola o ganadera o al comercio; su fortuna mínima no llegaba al medio millón de sestercios. Los *decurionalis (ordo decurionalis)* eran pequeños burgueses que ocupaban los gobiernos municipales y sus bienes mínimos debían ser de unos cien mil sestercios. Los ciudadanos romanos más importantes, llamados *ordines,* eran los senadores, los ecuestres y los decuriones. Los *plebeyos,* constituían la mayoría de la población, eran artesanos, agricultores, mineros, ganaderos, soldados, etc. Los trabajadores se agrupaban en gremios para defender sus condiciones laborales. En el último lugar de la escala social estaban los esclavos, generalmente prisioneros de

guerra, que en determinadas circunstancias conseguían ser *libertos*.

Se calcula que pertenecían al Imperio unos cincuenta millones de seres; en Hispania se estima que vivían unos siete millones, la esperanza de vida era de cuarenta años para los ciudadanos y de treinta años para los esclavos, lo que indica la precaria situación sanitaria de la época. Los hispanos podían ser *civium romanorum* (ciudadanos romanos), ciudadanos latinos, peregrinos, libertos o esclavos; más tarde podían ser colonos. El estatuto de ciudadano romano gozaba de numerosos privilegios, entre otros del reparto de tierras. El estatuto personal era hereditario; sin embargo, era posible pasar de una categoría a otra superior, por méritos, o inferior, por ruma o condena. Las personas libres, que no fueran ciudadanos, no tenían derechos políticos, pero sí civiles. Los libertos seguían dependiendo de su antiguo amo. Los esclavos no tenían ningún tipo de derechos, ni siquiera podían tener propiedades ni formar una familia.

Existían varias gradaciones de grupos sociales: tribus, gentes, centurias y familias. El*pater familiae* era el sacerdote del culto doméstico a los antepasados y el que dirigía la educación de los hijos, ayudado con frecuencia por pedagogos o incluso por esclavos, hasta que más tarde aparecieron las escuelas públicas. Existían tres niveles de enseñanza: aprender a leer y escribir, que normalmente se efectuaba en las casas; centros educativos de las ciudades, donde se aprendía gramática, aritmética, geometría y astronomía, y centros de retórica, adonde iban las clases dirigentes.

Progresos

Hispania, gracias a Roma, conoció la paz y la prosperidad; aunque no por eso dejaron de producirse saqueos sistemáticos, para tratar de sanear las finanzas, lo que provocó quejas al Senado y se produjeron revueltas. Es preciso tener en cuenta que los territorios conquistados pasaban a ser propiedad del Estado romano, aunque luego se concediera una gran parte a las familias o para utilización comunitaria, salvo las minas y salinas, que pertenecían en exclusiva al Estado. El idioma latino se impuso en toda la península, salvo en ciertos valles del País Vasco, que conservaron diferentes dialectos del euskera, en los que apenas penetró la romanización y eso les ha supuesto una remora difícil de superar.

Los romanos trazaron numerosas vías de comunicación, principalmente la Vía Augusta, que iba por toda la costa mediterránea desde Cádiz a Francia y a Roma, con ramales hacia el interior de la península, y la Vía de la Plata, que iba desde Cádiz a Ménda, Astorga y a las minas del norte, con ramales a Badajoz, Lisboa, Toledo, Simancas, Palencia y enlazaban con los de la Vía Augusta.

Aparte de las comunicaciones, en casi todas las ciudades se construyeron templos, foros, teatros, anfiteatros, acueductos, termas, circos, alcantarillados, puentes, calzadas. La cultura latina —su lengua, el derecho, la política, la arquitectura, el arte, el urbanismo, las infraestructuras, la minería, la agricultura— se fue infiltrando en la vida y costumbres celtibéricas y creó un fondo que, a pesar de tantos avatares, aún se mantiene. Roma, entre otras muchas virtudes, impuso una política unificadora de las dos Hispanias existentes en la época: la centro-norteña y la mediterránea. A pesar de las numerosas diferencias, nació

la conciencia de que todas las regiones hispanas pertenecían a un territorio común.

Las explotaciones mineras de oro, plata, mercurio, plomo, estaño, hierro, etc., tanto de Andalucía como de Galicia y Asturias, llenaron las arcas del Estado romano, pero fueron unas extracciones tan masivas que, en muchos casos, agotaron los yacimientos, deterioraron la zona y contaminaron las aguas. Su apogeo se extendió durante los siglos I y II.

En el campo fue mejor, porque gracias a los adelantos técnicos de los romanos —el arado, los silos, los acueductos, los regadíos— transformaron la Bética y el valle del Ebro en el granero del Imperio, mientras Levante y los valles del Guadalquivir, Guadiana y Tajo se llenaban de árboles frutales, en especial olivares. Castilla y León y el norte, menos propicias a la agricultura, se dedicaron a la ganadería con excelentes resultados. También se desarrolló la pesca, instalándose importantes factorías de salazón y conservas en Cádiz, Málaga, Almuñécar y Cartagena, envasándose las conservas en recipientes cerámicos fabricados en Córdoba e Itálica (ciudad próxima a Sevilla).

Como es lógico, el comercio por el Mediterráneo se incrementó enormemente a través de los puertos de Hispania, como Cádiz, Cartagena, Tarragona y Ampurias, exportando e importando toda clase de productos. No por eso dejó de ser una colonia romana, pues exportaban materias primas y productos semielaborados e importaban artículos terminados y de lujo. Los profesionales se agrupaban, bajo la advocación de una divinidad, en organizaciones llamadas *collegium,* con el fin de defender sus intereses, costear actos sociales, mantener el culto a una

divinidad, conceder ayudas económicas, defenderse de enemigos o simplemente para hacer deporte. Se reunían en locales, llamados curia, y su administración corría a cargo de los cuestores, elegidos entre sus miembros.

Existían grandes fortunas basadas principalmente en enormes extensiones de terrenos, al extremo de que algunos latifundistas provocaban al Estado, no pagando los impuestos y gozando hasta de ejército particular, que en algunos casos les sirvió para defenderse de las razias bárbaras. La situación económica dio lugar al nacimiento de un influyente clan hispano que culminó llevando al trono imperial a Trajano (año 98) y a Adriano (años 117-138), bajo cuyo mandato Hispama consiguió su apogeo. También aportó grandes pensadores, científicos y escritores, como Columela, Juvenco, Lucano, Marcial, Materno, Pomponio Mela, Prudencio, Quintiliano y los dos Séneca.

Los hispanos se sintieron integrados totalmente con la cultura y civilización romana y sus figuras no tenían problemas de sentirse tan hispanos como romanos. A tal extremo que nuestros compatriotas participaron activamente en las luchas internas de Roma. Intervinieron en las disputas entre Mario y Sila (años 83-73 a.E.C), en los choques entre Pompeyo y Julio César y gozaron de la paz de Octavio Augusto (25 a.E.C).

Durante el politeísmo, adoración de varios dioses, no existieron las guerras de religión, porque los romanos, como buenos politeístas, no imponían sus convicciones religiosas. Los celtíberos tenían más de doscientos dioses, la mayoría locales, adoraban al Sol, a la Luna, al Toro e incluso tenían un dios de la guerra. Pues bien, los romanos adornaron esas creencias añadiéndoles unas leyendas y unos nombres; el Sol ahora pasó a llamarse Apolo, el hermoso dios que iba en un carro de fuego y era hijo de

Júpiter; la Luna era la bella hermana de Diana; Júpiter se disfrazaba de Toro para conquistar a incautas doncellas como Europa, y al dios de la guerra le llamaron Marte. Todo ello acompañado de unos relatos llenos de ingenio y de belleza, como es la extraordinaria mitología grecorromana, e incrementados por los cultos orientales de Mitra e Isis. La administración religiosa romana estaba compuesta por el colegio de *pontífices,* los *augures* y *los flamines.*

En el siglo III, el desplazamiento del comercio hacia el este afectó gravemente a las exportaciones hispanas. Por otra parte las tribus bárbaras arrasaron la Galia y se adentraron en Hispania saqueando las ciudades de Cataluña y Levante; fueron incursiones esporádicas, pero que reflejaron la impotencia de Roma. Por si fuera poco se declaró una peste el año 252.

Las batallas para defenderse de las invasiones bárbaras y norteafricanas, así como las ruinosas guerras civiles, unidas al envejecimiento del orden romano y a la labor desgastadora de los cristianos, terminaron por agotar el grandioso espíritu de civilización romano. A la muerte de Cómodo se declaró una guerra civil que provocó la ruina del comercio, la descapitalización de las empresas y el inicio de una crisis del mundo conocido. Como suele ocurrir, apareció la cara e ineficaz burocracia que alargaba innecesariamente la toma de decisiones, lo que unido a la situación económica y a la peste fueron creando el descontento tanto entre el pueblo como entre los poderosos. Hispania se fue, poco a poco, apartando de Roma.

Declive

Diocleciano (284-305) efectuó una profunda reforma con el fin de demorar la inminente caída del Imperio, pero a costa de numerosos gastos en hombres y en dinero. Dividió el Imperio en trece diócesis (se establecían las diócesis como organismo entre el poder central y las provincias); así la península se transformó en *Diócesis Hispanorum,* dividida en seis provincias: Bética, Lusitana, Cartaginesa, Gálica, Tarraconense y Mauritania Tingitania (que comprendía el norte de África); luego se añadió una séptima: Baleárica. Las provincias eran dirigidas por un gobernador y un *comes* para cuestiones militares, con el fin de conseguir mayor eficacia en la lucha contra las incursiones bárbaras y se amurallaron sus ciudades para defenderse de los ataques enemigos. Los propietarios más ricos comenzaron también a efectuar obras de defensa de sus propiedades. Constantino (306-337) añadió un organismo más, las *praefecturae,* entre el poder central y las diócesis, creando tres: Oriente, Italia y las Galias, que comprendía Hispania. Es curioso constatar que cuando un imperio entra en decadencia las medidas que se toman tienden a alargar la línea jerárquica, aumentando la burocracia y dificultando la toma de decisiones, con lo cual se precipita el ocaso.

Estas medidas supusieron una subida de los impuestos, causando la ruina de muchos, y además la burocracia ahogaba las iniciativas privadas; todo ello provocó la huida masiva de gente al campo, donde se sentían más y mejor protegidos y ofrecía mayor segundad económica la explotación agrícola o ganadera. Los terratenientes vieron con preocupación que los esclavos iban desapareciendo y que el trabajo forzado no daba buenos rendimien-

tos, por lo que ofreció a los esclavos y a los pequeños propietarios, amenazados de embargo o ruma, la posibilidad de hacerse colonos, gozando de la protección de los señores y trabajando en sus antiguos cultivos; como contrapartida impusieron la inscripción obligatoria y hereditaria de los campesinos a la tierra, transformándolos en «siervos de la gleba», que además tenían que entregar unas determinadas rentas. Esta situación fue el preludio del feudalismo, típico de la Edad Media.

Se formaron dos grupos perfectamente diferenciados: Los *potentiores* u *honestiores,* compuesto por los terratenientes, altos funcionarios, mandos militares y jerarquía eclesiástica, que asumían el poder en exclusiva; y los *humiliores,* formado por colonos, siervos, artesanos, libertos y antiguos esclavos. Se inicia desde entonces una nueva forma de relaciones sociales, los desheredados quedaban sometidos a los poderosos, disposición que aún perdura. Se trató de paliar la situación con un reparto de tierras que no fue equitativo, por lo que a muchos antiguos labradores, desposeídos, arruinados y hambrientos, no les quedó otra salida que dedicarse al bandolerismo, animados por un movimiento de descontento social de los marginados que procedía de la Galia, llamado *bagauda.* Fue un movimiento muy vigoroso y extenso, con tal poder que llegó a ocupar Lérida; atacaban a los latifundistas, que les habían robado sus propiedades, luchaban contra la opresión romana, se ocultaban en lugares inaccesibles y vivían del robo y de esporádicos ataques.

Hasta el siglo III no existen noticias de la existencia de cristianos en la península. La nueva religión llegó procedente de África y se extendió a lo largo de ese siglo. Al convertirse Constantino al catolicismo concedió a la Iglesia la exención del pago de impuestos a cambio de que le

ayudaran a recuperar el poder absoluto. Las guerras sucesorias dieron al traste con las pretensiones de que los emperadores volvieran a ser lo que fueron. Teodosio, un emperador hispano, creyó que la unidad religiosa iba a salvar al Imperio y dio el tiro de gracia al paganismo, pues prohibió la adoración a los dioses antiguos e impuso en exclusiva el culto católico. La Iglesia, de ser más o menos perseguida (más bien mucho menos de lo que se ha propagado interesadamente), pasó a ser persecutora (de esto más bien mucho más, como veremos); una de sus primeras medidas fue prohibir los espectáculos de los anfiteatros, por su crueldad, y las representaciones teatrales, por ser contrarias a la moral. ¡Pronto empezaron!

En el siglo V la ruina del Imperio romano era notoria a lo largo de todos sus territorios. Terminaban así siete siglos de plena integración de los hispanos con la civilización romana. Las causas del ocaso y fin del Imperio romano fueron muy variadas: la crisis económica y social, la decadencia del ejército, las constantes invasiones de tribus bárbaras, las revueltas sociales, la inestabilidad política con frecuentes luchas por el poder, la indisciplina de los legionarios y otras numerosas razones de todo tipo. Sin olvidar la «invasión de los bárbaros de Palestina», es decir, los cristianos que contribuyeron muy eficazmente a la pulverización del tejido social romano, dando la puntilla al Imperio más culto de todos los tiempos. Como siglos más tarde descabellaría al Imperio español y a la propia España.

La herencia de Roma en España fue impresionante. Los romanos eran eminentemente pragmáticos, por eso efectuaron numerosas obras de infraestructura, nos de-

jaron una espléndida cultura, se preocuparon de la enseñanza, hicieron florecer el comercio y la industria, implantaron el derecho y la importante idea de unidad. Algo de todo eso ha quedado, aunque por desgracia no mucho.

MONARCAS, MONASTERIOS Y MISERIA

LOS BÁRBAROS Y LA IGLESIA

Las invasiones bárbaras

La invasión de las tribus bárbaras en Hispania comenzó en serio el año 411, aunque dos años antes ya se habían producido diversas irrupciones. Galicia fue ocupada por vándalos y suevos, de origen germano, la Cartaginense y la Lusitania por los alanos, de procedencia asiática, y la Bética por los vándalos; sólo se mantenía romana, por el momento, la Tarraconense. Seguramente todos los bárbaros, como todo invasor, fueron violentos y destructores, pero han quedado como prototipos de devastación los vándalos; un pueblo de origen germánico oriental que procedía de Escandinavia, y que no fueron ni mejores ni peores que otros. También entraron en la península los bretones, unas tribus orientales que huían de conflictos religiosos y de las conquistas anglosajonas. Con el tiempo los vándalos y alanos fueron eliminados o expulsados quedando sólo los suevos y los visigodos. Desde la diáspora, que siguió a la destrucción del templo de Jerusalén en el año 60 de nuestra era, el pueblo judío se extendió por el mundo conocido, especialmente por el Mediterráneo y en particular por *Sepharad,* España.

El emperador Honorio suscribió un pacto con los visigodos, que dominaban ya la Galia, por el que les sumi-

nistraba el trigo que necesitaban a cambio de que defendieran los intereses de Roma en Hispania. El rey visigodo Teodorico II, de Toulouse, aprovechando la decadencia romana, aplastó, con la ayuda de los suevos, el movimiento *bagauda,* que se había apoderado de Castilla y Andalucía, eliminó a los demás pueblos bárbaros y convirtió su reino en el más poderoso de Occidente.

Los godos se regían por una monarquía teóricamente electiva, asesorada por el llamado Oficio Palatino, formado por *comes,* condes, de confianza. La elección se efectuaba entre los «nobles de estirpe goda y buenas costumbres». Existía, además, el Aula Regia, formada por los adinerados fieles al rey y cuya misión era asesorarle. Más tarde aparecieron los Concilios, que aunque eran instituciones eclesiásticas no cabe duda de que tuvieron gran influencia política. Las provincias estaban gobernadas por los *dux,* duques, y las ciudades por condes. Los visigodos no tributaban, que para eso eran los nuevos amos. El ejército tenía como unidad táctica la *tiufada,* compuesta por mil hombres, al mando de un duque, un conde o un *gardingo,* según los casos. Así como los reyes contaban con *fidelis regis* y *gardingos,* los nobles tenían *bucelarios* y *salones.*

La era visigoda se caracteriza, entre otros aspectos, por la paralización de las obras públicas y la ruralización de la sociedad. Sin embargo, supuso la fusión de razas y la formación del primer Estado hispánico, que comprendía la Hispania romana y la Septimania, es decir, el sureste de la Galia. Pero la configuración del Estado daba lugar a toda suerte de maquinaciones para lograr el poder, lo que le debilitó extremadamente por ser frecuentes las luchas internas. Por otra parte, la larga agonía del Imperio romano fue aprovechada por la Iglesia cristiana para introdu-

cirse en la sociedad romana y expandir su doctrina por todos sus territorios, consiguiendo que la religión terminase dominando a la política. En el año 500 se convierte al catolicismo el rey de los francos Clodoveo, que se alia con los romanos y los galos y derrota a los visigodos, obligando a éstos a refugiarse en la península, donde establecen su capital en Toledo. Pero se encontraron en minoría frente a unos habitantes romanizados y donde renacían las tribus indígenas; por ello tuvieron que ocupar lugares estratégicos y actuar con suma cautela.

Alarico II ordenó la redacción del llamado *Breviario de Aniano,* en el que se instituye una rígida separación entre los godos y los hispanos y se determina que a los hispano-romanos se les aplicará el derecho romano, mientras que a los visigodos sus viejas leyes. Los dos pueblos convivían, conservando sus creencias, jueces, iglesias y sacerdotes. Mandaban los visigodos, pero el sistema fiscal y los recaudadores de impuestos eran romanos y hasta el siglo VII no se trató de utilizar el idioma godo, pero no arraigó y en poco tiempo dejó de utilizarse. Leovigildo unificó las leyes en el *Código de Leovigildo.* A pesar de todas las prohibiciones, los habitantes se fueron mezclando y la cultura romana venció a la germana, de tal manera que los reyes pasaron de llamarse *reges gottorum* a *reges Hispaniae.* Los hacendados pactaron con los invasores para conservar sus posesiones y la nueva nobleza se hizo con la mayoría de las tierras. El resto de la población estaba formada por pequeños propietarios, artesanos, comerciantes y colonos. El pueblo, como siempre sin libertad, agregado por vida y herencia a la tierra, no tenía posibilidades de prosperar.

En 654 se aprobó un nuevo código, propuesto por Recesvinto, el *Líber Iudiaorum,* más conocido como

Fuero Juzgo, de inspiración romana, que trataba de unificar jurídicamente a la población. El rey Leovigildo, en 585, eliminó a los suevos, derrotando a su rey Mirón, reprimió cualquier tipo de desobediencia o de rebeldía y siguió la política de unificación territorial de sus predecesores, consiguiendo la unidad de la mayoría de la península. Pero la guerra civil, mal endémico de España, rompió el laborioso equilibrio del reino.

La creencia mayoritaria entre los godos era el arrianismo, una herejía de los seguidores de Arriano (256-336) que sostenía que Jesús no era Dios, por lo que fueron excomulgados en el Concilio de Nicea, pero sus ideas estaban fuertemente implantadas entre la población, tanto goda como hispana. El sucesor de Leovigildo, Recaredo, para unificar a sus subditos y tratar de resolver las reyertas azuzadas por los ambiciosos nobles, ensayó con el cristianismo y, como le pareció que daba buen resultado, en el II Concilio de Toledo (589) proclamó la definitiva conversión a esa creencia, lo que supuso la derrota del arrianismo. Como suele ocurrir, gran parte del clero arriano siguió las nuevas directrices, por aquello del árbol y de la sombra que cobija; además les permitieron conservar sus cargos, esposas y esclavos. Se impuso la creencia católica a una población con múltiples etnias y credos, pero la alianza del clero con el poder les llevó a la victoria.

Comienza de esta forma en España el dominio de la religión sobre la política, servidumbre de la que aún no nos hemos liberado. La llegada al poder de la Iglesia católica fue acompañada por la destrucción sistemática de la antigua civilización grecorromana y por una sangrienta persecución de los arrianos, los paganos y los judíos. Se les obligaba a abjurar de sus creencias, se prohibieron sus ritos, sus reuniones y hasta sus viajes y se les acusó de

conspiración contra el reino y de alterar el orden; lo que se dice siempre que se quiere perseguir a alguien. El rey Recaredo ordenó quemar todos los libros de los arrianos, empezando así en España la intransigencia religiosa, la persecución de los no católicos y la censura de libros a través del fuego, mal que hemos sufrido demasiados siglos, ¡más de mil quinientos años!

El poder emana de Dios

Al constituirse en religión oficial, la Iglesia católica empezó de inmediato a disfrutar de exenciones de impuestos, de aportaciones del Estado y de toda clase de privilegios. Con la incautación de los bienes de arrianos y paganos la Iglesia se enriqueció rápidamente. A los monarcas visigodos se les concedió el privilegio de proveer los obispados disponibles, pero a cambio los obispos intervenían en la elección de los reyes y luego les ungían, dándoles de esta forma un carácter sagrado, porque «el poder emana de Dios» y el regicidio llevaba inherente la excomunión. ¿Cabe mayor comunión de intereses? A partir de ese momento los obispos constituyen las verdaderas autoridades tanto en el orden judicial como en el civil, fiscal, económico e intelectual, llegando hasta inmiscuirse en las vidas privadas. Incluso se introdujeron en la labor de los jueces y funcionarios, con el fin de que no se impartiera justicia o se elaboraran leyes que no estuvieran conformes con las «divinas», o sea, con las dictadas por ellos. Por si fuera poco, las jerarquías eclesiásticas no podían ser juzgadas sin autorización del sínodo.

La Iglesia asegura que el poder procede de Dios y condena el regicidio con excomunión, pero su actitud lo

desdice. A lo largo de la historia numerosos reyes adquirieron la corona asesinando al que la poseía, que con frecuencia era su propio hermano, y en no pocas ocasiones apoyados por la Iglesia. Lo consecuente sería que la Iglesia se hubiera opuesto con todos sus medios —como hace cuando le interesa— a semejantes asesinatos y usurpaciones; sin embargo, nunca lo hizo, porque de inmediato se ponía a colaborar con el nuevo rey. ¿Es ésa la forma de considerar que el poder procede de Dios?, ¿acaso no dejaban de ser regicidios? ¡Curiosa interpretación de su propia doctrina y abyecta sumisión al poder!

En la zona comprendida entre Málaga y Cartagena se había mantenido un curioso grupo de cristianos orientales que obedecían al emperador de Bizancio; en 621 el rey Suintila los expulsó. Recaredo fue el primero en decretar la confiscación de los bienes de los judíos; pero la inquina antisemita continuó con Sisebuto (siglo VII), que efectuó la primera expulsión de judíos; el rey Chintila prohibió vivir en el reino a los no católicos; Chindasvinto castigó con la pena de muerte a quienes practicaran otros ritos y Recesvinto trató de erradicar el judaismo de la península. También se destacaron en la persecución Ervigio y Egica, este último mandó castrarles. Está claro que la *alianza* entre el trono y el altar había quedado indisolublemente sellada y así continúa.

Se produjo una evidente decadencia en el campo económico, en las infraestructuras, en las explotaciones mineras y sobre todo en la cultura. La incomparable cultura grecorromana no fue arrinconada u olvidada por los bárbaros, sino por los fanáticos cristianos. Es un tanto significativo que después de la magnificencia y belleza del arte griego y romano, se sumiera todo el Occidente en un arte infantil y primitivo como el románico. Esto se lo

debemos al oscurantismo cristiano; aunque no por ello dejemos de admirar las iglesias románicas y la ingenuidad de sus pinturas y esculturas. En cuanto al pensamiento, el retroceso fue aún mayor, y es que el clero siempre ha sido, y sigue siendo, intolerante y fanático, porque no saben ni pueden convencer, sólo vencer y sojuzgar. El catolicismo ha hundido a España, porque supone pereza, intransigencia, ignorancia y sumisión.

La idea de una España unida, iniciada por los romanos, renace con los visigodos. Sin embargo, no fueron capaces de implantar un sistema pacífico de sucesión al trono, de dominar las ambiciones de la nobleza, ni de paliar las diferencias sociales. Todos estos negativos factores hicieron que Toledo fuera la capital de un reino inestable donde proliferaban las conjuras y los regicidios. Con tanta guerra civil, unida a la sequía y a la peste (693), el pueblo se vio sumido en la más absoluta miseria. Los pequeños propietarios sufrían la presión fiscal y las crisis, obligando a muchos a tener que abandonar sus tierras y transformarse en siervos, mientras los nobles compartían sus riquezas y su poder con los obispos.

La famosa lista de los reyes godos

Ante esta situación es lógico que se produjeran saqueos y motines y que se propagaran rápidamente las ideas de Prisciliano, obispo de Ávila (siglo IV), pues, entre otras cosas, propugnaba el ascetismo, se oponía a la descarada unión de la Iglesia con el trono, denunciaba su rápido enriquecimiento, criticaba el lujo y la buena mesa y que se permitiera la esclavitud de los colonos. El priscilianismo arrastró a gran parte de la población campesina

descontenta, pero fue declarado herejía siendo ferozmente perseguido, Priscihano fue quemado vivo y sus seguidores excomulgados. La alianza del Estado y la Iglesia estaba dando excelentes resultados, es decir, la eliminación física de todo disidente. A eso le llaman «evangelización» y a ella se ha dedicado la Iglesia con particular celo.

La proliferación de monasterios y conventos era una muestra de la mísera situación social, pues suponían el refugio de los pobres y marginados, ya que se les garantizaba techo y comida a cambio de un nada excesivo trabajo. Algunos preferían vivir de limosnas vagabundeando, eran los llamados giróvagos, antecesores de los picaros.

Corrían tiempos nuevos y, como suele ocurrir en esos casos, san Isidoro de Sevilla creyó el momento de escribir una especie de enciclopedia, las *Etimologías,* que recogía toda la cultura y la ciencia conocida. Un curioso trabajo donde se habla tanto de historia como de filosofía, de arte como de ciencia, de costumbres como de naturaleza, todo ello mezclado con sorprendentes supersticiones. Isidoro sostenía la supremacía del poder espiritual sobre el civil. Y así nos ha ido.

De la famosa lista de los reyes godos, que inútilmente aprendíamos de memoria, muy pocos merecen ser destacados. Se dedicaban a matarse entre ellos por el poder o a hacer frente a otras tribus mvasoras. Los últimos fueron Witiza y don Rodrigo.

PACTOS, REGADÍOS Y REINOS DE TAIFAS

LA INVASIÓN ÁRABE

ÁRABE DE CÓRDOBA
ANFORA ÁRABE
ÁRABE DE GRANADA

Don Julián

En 710, al morir Witiza, se desencadenó una feroz lucha por la sucesión. Unos eran partidarios de seguir el linaje de la familia Witiza, otros deseaban elegir a don Rodrigo, duque de la Bética. Un tal Ulián o Julián, según unos, o los hermanos de Witiza, junto al arzobispo de Sevilla, según otros, solicitaron la ayuda del musulmán Tariq, gobernador de Tánger y lugarteniente de Muza, valí del Magreb. El ejército de Tariq, de unos siete mil hombres, cruzó el estrecho y se extendió por Andalucía, decidiendo quedarse. En la batalla de Guadalete (711) derrotaron a Rodrigo. El arzobispo de Sevilla, don Oppas, aliado de los árabes contra don Rodrigo, es una figura legendaria, aunque es muy posible que histórica, y refleja el comportamiento inexplicable e irresponsable de la jerarquía católica. Desgraciadamente, parecidas conductas han sostenido a lo largo de la historia.

Para otros historiadores, el conde don Julián (para unos jefe de los bereberes en Tánger, para otros gobernador de Cádiz) ofreció al valí Muza, gobernador del Magreb, la posibilidad de conquistar la península, dada la situación de enfrentamiento entre los godos. Muza mandó a Tariq con cuatrocientos hombres y más tarde envió a

siete mil bereberes. En Guadalete o en Guadarranque derrotó a las huestes de don Rodrigo, gracias a la traición de la familia de Witiza.

Existe otra versión más romántica de los hechos según la cual el rey don Rodrigo deseaba a una mujer llamada *la Cava,* ésta le rechazó y ante la insistencia del rey pidió ayuda a su padre, que era el conde don Julián, gobernador de Ceuta. El tal don Julián pidió la colaboración de los musulmanes, les ayudó a cruzar el estrecho y combatieron contra don Rodrigo, que desaparece de la historia sin que se sepa más de él, se cree que murió en la batalla de Guadalete. Existe otra versión absurda que echa la culpa de la invasión a los judíos, una interpretación fruto del odio a los hebreos, ya existente en la época.

Sea como sea, comienza la invasión de los árabes en nuestra península. Y se inaugura de ésta forma el alevoso «patriotismo» de pedir ayuda al extranjero con tal de adquirir o conservar el poder, es decir, el provecho propio en contra de los intereses del país; claro que en general suele salir mal esa «ayuda», porque «siempre es peligroso / aliarse al poderoso». Esa «proeza» la veremos repetida a lo largo de la historia con todas sus variantes, pero siempre con el mismo fin: el poder. Tenía razón Azaña, como casi siempre, cuando escribió: «La invasión extranjera es un hecho español..., con tal de reventar a los demás compatriotas, entregan la Península a un conquistador... España es el único país que se clava su propio aguijón. Quizá el enemigo de un español es siempre otro español.»

Tariq continuó su avance hasta Toledo, pasando por Sevilla, Écija y Córdoba. A la vista del éxito, Muza desembarca en la península al mando de unos 18.000 hombres. Para los nuevos invasores, como les ha pasado siempre a todos, España era un paraíso. La rapidez de la conquista

—en ocho años ocuparon prácticamente toda la península, excepto las montañas del Cantábrico y de los Pirineos— se debió a varios factores: contaban con unas tropas con deseos de conquista impulsados por la religión islámica, frente a unas fuerzas desmoralizadas e impotentes; esto unido a la hábil táctica de ofrecer y realizar pactos con aquellos que pudieran ayudar, a las frecuentes traiciones de los nobles y a la desunión de los hispanos; todo ello propició una clara rendición sin apenas combates.

Al Andalus

El éxito obtenido en la antigua Híspanla les animó a invadir la Galia, el año 719, pero el ejército de Carlos Martel les destruyó en la batalla de Poitiers, en 732, y les obligó a conformarse con la península, a la que conocían como Al Andalus. Los traidores hispanos recibieron su ignominioso premio en forma de numerosas extensiones de terrenos y en joyas, fruto del inmenso botín que habían recogido los vencedores.

La mayoría de las tropas invasoras estaba compuesta por bereberes norteafricanos, pero entre ellos había árabes, que eran los que mandaban y que ocuparon luego los puestos dirigentes; también había yemeníes y sirios. Las diferencias raciales entre las cuatro etnias y el reparto del botín ocasionaron, desde el primer momento, constantes tensiones entre esos pueblos. Unos sostenían que las tierras conquistadas eran botín de guerra y sólo debían de pagar un quinto al califato de Damasco; otros defendían que el total de la propiedad pertenecía al califato; además muchas tierras habían quedado en poder de los antiguos propieta-

rios, debido a lo pactado, por lo que quedaba limitado el reparto y del resto siempre a los árabes les tocaban las mejores tierras, las del litoral y las vegas de los ríos, y a los bereberes las peores, los secanos y los montes.

Los nuevos amos redujeron la presión fiscal, con lo que se ganaron las simpatías de los campesinos, respetaron las creencias religiosas, aunque a cambio de un impuesto; además, la desaparición de los bienes eclesiásticos supuso una redistribución de la tierra. Para librarse de los impuestos y gozar de las ventajas sociales y económicas que ofrecían, un elevado porcentaje, que se calcula en un 75 por ciento, de hispanos se convirtió al islamismo, recibiendo el nombre de muladíes, que significa «adoptados». ¡Cuántas veces en la historia se puede constatar que la mayoría de las personas siempre están dispuestas a «disfrutar del sol que más calienta», sin importarles lo más mínimo ni la religión, ni la patria, sólo su propio interés! Éste fue uno de tantos casos. Los que conservaron su religión y costumbres, a cambio de unos tributos, recibieron el nombre de mozárabes, que quiere decir «los que quieren vivir como árabes» o «mixto de árabe». En realidad la supuesta tolerancia no era tal pues los que conservaron sus creencias, judíos y mozárabes, además de los impuestos especiales, no podían construir nuevas sinagogas o iglesias, ni siquiera conservar las existentes, ni celebrar en público sus ritos.

Adelaziz, hijo de Muza, continuó las conquistas de forma que el año 716 tenía dominada la península, salvo la zona noroeste, donde se había refugiado un puñado de cristianos, que les pararon los pies en Covadonga (722). Pronto surgió el descontento porque a la cuestión racial y a las injusticias en el reparto del botín se sumaron unos años de malas cosechas, provocando la sublevación de los

bereberes, lo que obligó a reclamar la ayuda de tropas sirias, que sofocaron la revuelta. Pero se creó un nuevo problema, los sirios depusieron al valí de Córdoba y proclamaron a uno suyo, con lo que un nuevo foco étnico quedaba implantado. Las peleas internas redujeron considerablemente la capacidad ofensiva de los musulmanes, quedando el valle del Duero como «tierra de nadie».

Al Ándalus estaba gobernado por un *emir,* cargo equivalente a príncipe, de los califas omeyas de Damasco. El *califa* era la máxima autoridad entre los musulmanes por ser considerado descendiente del profeta Mahoma. Entre 714 y 756 hubo unos veinte emires. En el año 750, la familia omeya —sucesora de los cuatro califas continuadores de Mahoma— fue eliminada en la revolución capitaneada por los abbasí, que pusieron su capital en Bagdad. Un omeya que se había salvado de la matanza, Abd al Rahman I (756-788), más conocido como Abderramán, llegó a la península; consiguió captarse el apoyo de la mayoría, reorganizó el ejército y a su frente conquistó Córdoba y declaró Al Ándalus emirato independiente, aunque respetando la autoridad espiritual de los califas abbasíes. Mandó edificar la primera mezquita de Córdoba.

A Abderramán I no le fue fácil su reinado, tuvo que enfrentarse a las desmedidas ambiciones de los jefes locales, a las revueltas sociales y a una población formada por gentes tan dispares como judíos, cristianos, mozárabes, muladíes, árabes, quasíes, yemeníes, sirios y bereberes. Impuso una rigurosa autoridad, basando la estructura política en tres pilares: utilización del islam como nexo de unión social, un ejército leal, permanente y mercenario (incluyendo esclavos extranjeros, llamados eslavos), y una administración centralizada; además estableció tres

regiones militares, llamadas marcas, con sede en Zaragoza, Toledo y Mérida. También aumentó la presión fiscal de los mozárabes. Pero no desaparecieron las rebeliones, muchas veces protagonizadas por los propios mandos de las marcas, lo que era aprovechado por los cristianos para avanzar en sus conquistas.

Su sucesor Hisham I (788-796) introdujo una versión ortodoxa del islam llamada *maliki,* mucho más rígida. Alhakam I (796-822) tuvo que hacer frente a numerosas revueltas de bereberes, mozárabes, muladíes y eslavos, sobre todo las conocidas como «Jornada del Foso» de Toledo (807) y la del «Arrabal» de Córdoba (818), pero todas ellas fueron sangrientamente sofocadas. El emirato de Córdoba logró superar las crisis y alcanzó un cierto auge gracias a Abderramán II (822-852), que reorganizó el Estado, amplió Córdoba y fomentó un renacimiento cultural; también efectuó razias por toda la zona cristiana. En su época se produjeron una serie de martirios cristianos voluntarios alentados por el clérigo Eulogio. Al ser éste ejecutado se produjo una rebelión de los mozárabes, que fue tan cruelmente reprimida que muchos emigraron a la zona cristiana, permitiendo la repoblación del valle del Duero.

Dos sociedades distintas

La realidad es que ni los invasores ni los aborígenes se unieron, desde el primer momento formaron dos sociedades con estructuras, costumbres y mentalidades totalmente diferentes. Los árabes estaban muy interesados en defender su prestigio y su etnia, por eso se mezclaron muy rara vez con los indígenas, a quienes consideraban

de raza inferior, despreciaban tanto a los cristianos como a los bereberes. Sin duda la población en Al Ándalus siguió siendo la hispano-romana, con elementos visigodos y judíos. Los árabes acaparaban los puestos claves y las tierras, y no se mezclaban con los nativos, a pesar de que muchos de ellos se convirtieron al islam; los matrimonios mixtos estaban prohibidos. Se calcula que durante el esplendor del califato la mitad de la población era de religión musulmana. A finales del siglo IX Al Ándalus era caótico, ofrecía un muestrario de territorios prácticamente independientes, preludio de lo que más tarde serían los reinos de taifas, o reinos locales.

Abderramán III (912-961) pacificó el territorio y aplastó la rebelión de los muladíes de Hafsun destruyendo su centro en Bobastro. Consiguió un crecimiento económico importante y formó un eficaz ejército de mercenarios, lo que le permitió autoproclamarse «Califa y Príncipe de los creyentes y Combatiente por la religión de Alá» (929), desligándose definitivamente del califato de Bagdad; su título era *Amir al-Muminín,* que los cristianos transformaron en *Miramamolín.* Con esto consiguió tener en sus manos el mando supremo de la religión, del ejército y de la política. Gobernó con una especie de primer ministro y varios *visires,* ministros; dividió el territorio en veintiuna provincias regidas por gobernadores y concedió cierta autonomía a judíos y mozárabes. Efectuó varias incursiones militares aprovechando las luchas internas entre los cristianos a la muerte de Ramiro II, que ya ocupaban el valle del Duero, venciéndoles en Valdejunquera, pero fue derrotado en Osma y en Simancas (939). Estableció pactos con los reyes de León, Castilla, Navarra y Aragón. Conquistó Ceuta en 931, para anular la amenaza de los fatimíes del

Magreb, que seguían el *shiísmo*. Dominó las rebeliones de las marcas de Toledo y Zaragoza. Mandó construir la ciudad-palacio de Medina Azahara, que pasó a ser el centro del poder.

Los árabes eran excelentes labradores, introdujeron nuevos cultivos e implantaron eficaces sistemas de regadíos (se calcula que en el Guadalquivir había cinco mil norias), con lo que la agricultura volvió a ser el pilar básico de la economía. Se plantaron numerosos árboles frutales y madereros. Con el cruce de razas la ganadería mejoró notablemente, la industria artesanal así como las industrias del vidrio, alfarería, cueros, sedas, textiles y pieles y la explotación minera vinieron a completar el desarrollo, floreciendo de nuevo el comercio interior y exterior. El comercio marítimo recuperó su antiguo esplendor, por lo que muchas ciudades costeras e incluso del interior prosperaron.

En Al Ándalus contaban con verdaderas ciudades, como Córdoba y Sevilla, y la enseñanza estaba extendida a gran parte de la población, no sólo existían escuelas sino también importantes centros de estudios medios y superiores, bibliotecas y excelentes maestros. Los árabes supieron unir los conocimientos grecorromanos a las culturas procedentes de Persia, India y China. La libertad de pensamiento, la apertura de escuelas y bibliotecas y las traducciones abrieron el camino a una serie de adelantos matemáticos, filosóficos, científicos y literarios de primer orden. Se rescataron las obras filosóficas de los griegos, se introdujo el sistema numeral actual (en el que por primera vez se introducía el cero), la medicina dio espectaculares pasos y florecieron la poesía, el romance, la astronomía, la historia, la geografía, las matemáticas, la arquitectura y la música; en la famosa biblioteca de Córdoba se guardaban

cerca de medio millón de volúmenes. Entre los filósofos destacaron Averroes y el judío Maimónides.

Taifas

Se construyeron los mejores monumentos, como la mezquita de Córdoba, el Cristo de la Luz de Toledo, el palacio de Medina Azahara, la Giralda de Sevilla o la Aljafería de Zaragoza. Córdoba pasó a ser el centro científico y cultural más importante del mundo conocido. Nunca se ha vuelto a alcanzar, en los países musulmanes, un nivel tan alto en las artes y en las ciencias. Se creó entonces un abismo económico y cultural entre el floreciente sur y el subdesarrollado norte cristiano; mientras en el Al Ándalus todo era prosperidad, sobre todo en sus ciudades importantes, en la zona cristiana la población vivía en misérrimos poblados pendientes de la agricultura y del ganado. La diferencia cultural con la zona cristiana era más que notable, por eso en los monasterios cristianos, donde se limitaban a conservar la cultura, se produjo una clara influencia musulmana.

Alhaquem o Al Hakam II (961-976) continuó la labor cultural de su padre. Su sucesor Hisham II (976-1009) era aún muy niño y surgió la figura de Muhamad ibn Abi Amir, más conocido como Almanzor (por ser llamado *Al Mansur,* o sea el victorioso), un personaje que de forma fulgurante fue escalando puestos hasta proclamarse primer ministro por la fuerza en 978, dejando al débil califa como figura decorativa. Estableció una verdadera dictadura militar apoyada por un ejército mercenario bien pagado, por una vuelta al fundamentalismo religioso y por la declaración de guerra santa, yihad; recibió también

la ayuda de la sultana Aurora. Además proporcionó abundante botín arrasando Barcelona (985), León, Zamora, los monasterios de Sant Cugat del Valles, San Pedro de Cárdena y Sahagún, y la ciudad de Santiago (997), llevándose como trofeo las puertas y las campanas de su catedral. Resulta sorprendente saber que Almanzor estaba casado con una hija de Sancho II de Navarra. El fanatismo religioso, como siempre ha ocurrido, implantó la censura y la intolerancia, eliminó el progreso cultural y científico, llegando a saquear e incendiar la biblioteca, los eruditos fueron perseguidos y tuvieron que trabajar en la clandestinidad o huir a la zona cristiana. La triste historia se repetiría no pocas veces en la península.

Almanzor nunca fue derrotado en Calatañazor (Soria), pues esa batalla no fue más que una invención de los juglares para animar a las alicaídas huestes cristianas; a los pocos días de arrasar el monasterio de San Millán de la Cogolla murió en Medinaceli (1002) de muerte natural. Antes había creado la dinastía *amiri,* que duró hasta 1009. Con su desaparición afloraron de inmediato los males del califato: las constantes disputas secesionistas, la total ineptitud de los califas y las cada vez mayores ambiciones de los nobles. Al final, después de numerosas y sangrientas luchas y asesinatos de califas, con la frecuente ayuda de los cristianos, un grupo de notables decretó en 1031 el fin del califato. Desaparecía el poder central y comenzaba la tradicional era de los localismos, de los Reinos de Taifas. Algunos «reyes» de taifas, como los de Toledo, Zaragoza y Badajoz hicieron florecer la cultura, que sólo sirvió para tratar de ocultar la verdadera decadencia del califato cordobés y la suya propia. En general, en la costa sur dominaron las taifas de los bereberes, en el Levante las de los eslavos y en Sevilla las de los abbadíes.

La taifa de Sevilla llegó a ser la más extensa, dominaba desde el Algarve a los linderos de la taifa valenciana, pero ninguno de estos «reinos» eran capaces de hacer frente a los cristianos, se sometieron al pago de tributos, creyéndose ingenuamente que de esta forma quedarían protegidos y a salvo de su inminente desaparición; no sabían, o habían olvidado deliberadamente, que la unión hace la fuerza. Por cierto que algunos de nuestros políticos de medio pelo no han aprendido una noción tan elemental, son tan ineptos que prefieren ser cabeza de ratón que cola de león y no son ni una ni otra cosa.

Los reinos de taifas, impotentes ante el avance cristiano, pidieron auxilio a los almorávides, pero les salió mal la jugada porque el emir Yusuf, en 1086, desembarcó en Algeciras con sus tropas y se hizo el amo; su primera actuación fue derrocar a los reyes de taifas, luego atacó y venció a los cristianos en Zalaca (1086) y en Uclés en 1108 y recompuso al maltrecho Al Ándalus. Los almorávides, intransigentes religiosos, establecieron la intolerancia y la persecución de cristianos y judíos, deportando a Marruecos a numerosas personas. Pero ese mismo fanatismo les destruyó pues tuvieron que enfrentarse a la población y además no podían contar con el debilitado imperio del otro lado del Estrecho.

De nuevo se recomponen los reinos de taifas y de nuevo son incapaces de detener el avance cristiano por lo que vuelven a pedir ayuda; esta vez desembarcaron en Tarifa los almohades, quienes habían destruido el imperio almorávide, y lo primero que hicieron fue someter a las taifas almorávides (está visto que no habían aprendido la lección) y reconquistar Almería en 1157. En 1195 derrotaron a los cristianos en la batalla de Alarcos. Durante un tiempo los estudios filosóficos renacieron, principalmen-

te con las obras de Averroes, que llevó el pensamiento de Aristóteles a toda Europa. Pero los almohades, unidos a los alfaquíes, cayeron en el fanatismo religioso y ahogaron la cultura andalusí; Averroes fue perseguido y desterrado y sus obras quemadas. Muchos mozárabes y judíos huyeron al norte, que estaba falto de brazos. La historia del fanatismo se repite una y otra vez y siempre con nefastos resultados.

La batalla de Las Navas de Tolosa, en 1212, supuso la mayor derrota de los invasores árabes, en poco tiempo sólo les quedó el reino de Granada, que fue conquistado mucho más tarde. El reino nazarí de Granada fue uno de los remos de taifas creado por el emir Mohamed I que recogió numerosos moros que huían del avance cristiano. Era tributario de Castilla, pero las continuas peleas entre los reyes cristianos le aseguró su duración.

Nuestra herencia

No se dispone de datos fehacientes que nos permitan conocer la estructura social y económica de Al Ándalus. Es cierto que la agricultura incrementó su producción, como hemos señalado, pero se desconoce en qué condiciones se trabajaba; se cree que el 75 por ciento de la población pertenecía al sector agrícola. Existían las almunias, que eran las explotaciones agrícolas con vivienda y las alhóndigas, donde se almacenaban los productos. Las ciudades eran los centros económicos y su corazón era la *medina,* que con frecuencia estaba amurallada, en la que se agrupaban el alcázar, los comercios, *zoco,* la administración y las mezquitas. Dentro del zoco estaban las *alcaicerías,* muy protegidas pues en ellas se vendían productos de

calidad y joyas; el *almotacén* era el inspector del zoco. Córdoba llegó a tener cien mil habitantes, algo inusitado entonces, y se crearon nuevas ciudades, como Almería, Calatayud y Madrid. La monedas eran el diñar de oro y el dírhem de plata.

Las tribus constituían poderosos grupos sociales endogámicos, con rivalidades frecuentes, pero se unían ante los ataques externos. Las clases sociales eran las siguientes: los más importantes, *ajassa,* estaba formada por los parientes de la dinastía gobernante, se les llamaba «gente de *Qurays»,* tenían dinero y gozaban de exenciones fiscales; dentro de esta categoría podían estar personas por concesiones especiales o por ser altos funcionarios. Después venía la clase de los «notables», formada por los comerciantes importantes, los *ulemas* (doctores de la ley musulmana) y lo que hoy llamaríamos la alta clase media. El nivel más bajo, la *amma,* estaba formado por los trabajadores, los artesanos, los pequeños comerciantes, etc. Y sin nivel, los esclavos, principalmente prisioneros, cristianos, de Europa del Este y negros. La sociedad tenía un carácter teocrático, estaban en el mismo plano la religión y la política. Los musulmanes tienen obligación de entregar un décimo de sus bienes para limosna, *zacat.* Los mozárabes y judíos tenían dos tributos, uno personal, *yizya,* y otro territorial, *jarach.* La administración estaba formada por la Cnancillería, donde se expedían los documentos oficiales, y la Hacienda, que efectuaba la recaudación de impuestos y los tributos de reyes cristianos, distribuía las limosnas y a veces solicitaba aportaciones especiales para financiar alguna empresa importante.

Según Menéndez Pidal cronológicamente ocurrió lo siguiente:

De 720 a 1002, hubo dominio musulmán con peque-

ñas resistencias en Asturias, León y Aragón y cierta convivencia. Total 282 años.

De 1002 a 1045, el califato se debilita por sus luchas internas, lo que aprovechan los cristianos para afianzarse; periodo de coexistencia entre las tres comunidades. Total 43 años.

De 1045 a 1250, grandes conquistas cristianas, fanatismo de los almorávides y almohades, así como de los cristianos. Total 205 años.

De 1250 a 1492, final granadino, que duró 242 años.

Resumiendo: los árabes dominaron España durante 325 años, la llamada Reconquista duró 530 años y de principio a fin 772 años.

Hemos heredado de los árabes, a través de tantos siglos de convivencia, cosas buenas y cosas malas. Entre éstas la tendencia a los reinos de taifas, el fanatismo y el desprecio a lo extranjero. Entre las buenas, el baño y la hospitalidad. Tuvimos la suerte de que durante el califato de Córdoba los musulmanes alcanzaron el máximo de su desarrollo cultural, lo que dejó un poso importante; luego se fue imponiendo la intolerancia y el fanatismo y su espléndida sabiduría quedó anulada.

Según Joseph Holzner: «El Oriente es el administrador y guardador del *misterio;* el Occidente es el portador del pensamiento, del *logos* y de la *ratio luminosa.* El Occidente se agotaría sin el misterio y el Oriente se asfixiaría sin la luz de la ratio.» A lo que añade José María Lacalie: «El español ante la vida combina las escalas de valores de Oriente y Occidente.» ¡Esperemos que sea así!

FUEROS, FEUDOS, FACCIONES

LA RECONQUISTA

Los cristianos

Refugiados en las montañas de Asturias y de Cantabria, los cristianos consiguieron rechazar las incursiones árabes. El más antiguo y más conocido de los núcleos de resistencia fue el de Asturias, comandado por el noble godo don Pelayo (se cree que descendía de Chindasvinto), que ha pasado a la historia como un personaje casi mítico, pues consiguió rechazar a los musulmanes en Covadonga en el año 711 o en el 722, al menos eso dice la leyenda y ésa es la creencia general.

El rey Alfonso I (739-757) estableció la capital del naciente reino primero en Cangas de Onís y luego en Oviedo. También desde los Pirineos, los cristianos consiguieron rescatar diversos territorios, con la ayuda de los galos. A principios del siglo IX los cristianos dominaban toda la zona cantábrica, incluyendo amplias zonas de Galicia. Castilla y León nunca fue poblada de forma estable por los musulmanes, y en su territorio, que en realidad era «tierra de nadie», se mantuvieron muchos nobles y campesinos, aunque sometidos a las frecuentes razias musulmanas.

Alfonso II el Casto (791-842) trató de afirmar la monarquía hereditaria y fue ungido por los obispos, deseo-

sos de recuperar el antiguo poder que habían perdido con la invasión. En su tiempo un ermitaño descubrió el supuesto sepulcro del apóstol Santiago (814), hermano de Jesús. En el siglo VI se habían trasladado unas reliquias de santos desde Mérida a Compostela, y quizás este hecho iluminó la idea, fomentada por el arzobispo de Compostela Diego Gelmírez, de que allí estaba enterrado Santiago, pero está demostrado que nunca pisó nuestra península y que murió decapitado en Palestina; en cambio, san Pablo sí pensó venir a Hispania, pero nunca lo llegó a realizar. La creencia en la «milagrosa» aparición de la tumba de Santiago se extendió rápidamente por toda Europa. En realidad era muy conveniente oponer a la figura de Alá, que motivaba a los moros, otra figura importante, y ya que Jesús era imposible se escogió Santiago. Además, para «demostrar» que estuvo en nuestra tierra e incitar su culto y adoración, se lanzó el mito de la batalla de Clavijo, en la que los cristianos iban perdiendo hasta que Santiago bajó del cielo montado en un caballo blanco y comenzó a matar musulmanes, de ahí su apelativo de «Santiago matamoros», inclinando la batalla a favor de los cristianos. ¡Lo inaudito es que aún hay quien se lo cree!

La consagración de la catedral de Santiago de Compostela se efectuó a fines del siglo IX y las peregrinaciones al lugar no comenzaron hasta el siglo XI. El «Camino de Santiago» no sólo dio un empuje vital a las fuerzas cristianas sino que introdujo la cultura, el arte, las ideas políticas y religiosas y las costumbres europeas; además forzó a la construcción de caminos, puentes, albergues, iglesias y monasterios logrando que muchos peregrinos se quedaran a trabajar y vivir en nuestro país y establecieran un floreciente comercio con el resto de Europa.

Los cristianos, decididos a la llamada «reconquista» de la península, bajo el reinado de Alfonso III (866-910), avanzaron hasta el Duero, trasladando la capital del reino a León. La influencia musulmana era evidente en muchas manifestaciones, entre ellas la creencia de que «el que muere luchando contra el moro goza de inmediato del Paraíso», lo mismo que se dice en el Corán de la yihad, la guerra santa. Me pregunto: ¿acaso es posible la existencia de una guerra santa?, porque no creo que matar sea muy santo. Lo que sí está claro es que las religiones monoteístas no hacen ascos a ningún método con tal de obtener poder.

Castilla

La zona más oriental y sur del reino, es decir, Castilla, era la más expuesta a las incursiones árabes, por lo que se tuvieron que construir castillos (de ahí su nombre) de vigilancia y defensa y ejercitarse constantemente con las armas; esto hizo que se forjara una población aguerrida muy poco dispuesta a secundar los caprichos de los nobles. Castilla no sólo tenía que combatir, sino también repoblar los territorios que se iban conquistando, por lo que se hizo necesario dar toda clase de facilidades a los nuevos pobladores, entre otras se consentía que los siervos pasaran a ser hombres libres y que éstos se hicieran caballeros e hidalgos. Esto provocó que desde sus orígenes afloraran ideas igualitarias y democráticas. Una de sus más importantes conquistas fue la institución de los jueces, quienes crearon derecho sobre la base de recoger los deseos del pueblo, adecuando las leyes a las circunstancias cambiantes y a las necesidades de la población; ade-

más recordaban y exigían a los soberanos el cumplimiento de sus deberes.

En el siglo X, Fernán González (927-970) se nombra conde de Castilla, a la que agrega Cantabria, Álava y Vizcaya, establece su capital en Burgos y consigue una gran autonomía, dando origen a que en el siglo XI se constituyera en reino. Asimismo se fue formando un nuevo idioma que, por su sonoridad y riqueza y el empuje de sus habitantes, se impondría sobre las demás lenguas romances: el castellano. Castilla y León sufrieron con los años una serie de uniones y separaciones un tanto absurdas y contraproducentes, pues forman una unidad indiscutible.

Sociedad

La sociedad de la época estaba dividida en escalas en función de su riqueza, como siempre ha ocurrido y así sigue. El peldaño más alto lo ocupaba el rey, seguido de la nobleza que, bajo la Orden de Caballería, tenía tres escalones: los *ricos homnes,* de donde salían los condes, que venían a ser como gobernadores; los infanzones, que eran los primeros entre los caballeros; éstos eran los que poseían caballo y calzaban espuela y sus hijos eran llamados escuderos, jóvenes que se preparaban para ser caballeros. Por debajo de condes, infanzones y caballeros estaban los burgueses, que generalmente ejercían algún oficio, luego venían los siervos, a las órdenes de los caballeros y de los *ricos homnes,* y los esclavos, la mayoría moros. Los caballeros, como su nombre indica, iban a caballo, las mujeres y los sacerdotes (quizá porque también usaban faldas) en muías y los demás en asnos. En la guerra era posible ganarse el privilegio de hacerse caballero. Con el tiempo, los

infanzones fueron conocidos como *fijosdalgo,* hidalgos o nobles, y estaban exentos de impuestos. La Iglesia gozaba, ¡cómo no!, de un fuero especial plagado de privilegios de todo tipo. Los obispos eran verdaderos señores feudales, que disfrutaban de extensos territorios y tenían sus mesnadas, es decir, compañías de gente armada, con las que participaban en los combates, no sólo contra los moros, sino en las peleas sucesorias o en defensa de sus privilegios. ¡Con tal de tener poder nunca ha dudado en matar! Las órdenes militares, en las que los hombres eran mitad monjes y mitad soldados, como deseaba el nacional-catolicismo franquista, fueron copia de unas instituciones musulmanas equivalentes. Es evidente que cuando se desea ser mitad de una cosa y mitad de otra, no se completa ninguna de las dos. El caso es que luchaban con la espada y la cruz y su supuesta recompensa tenía doble vertiente: por un lado se les garantizaba la salvación eterna (nada más y nada menos), y por otro pasaban a ser propietarios de grandes extensiones de terrenos (lo cual era bastante más efectivo). De esto último se beneficiaban los nobles, pero también los obispados, los monasterios y las ciudades. Los guerreros formaban parte fundamental de la sociedad. Las Órdenes Militares fueron constituidas en la fechas siguientes: Calatrava en 1158, Alcántara en 1162 y Santiago en 1171. Montesa fue instituida en 1316 por Jaime II de Aragón después de haber sido abolida la Orden de los Templarios.

Carlomagno

Según la leyenda el reino de Pamplona, que luego se llamaría de Navarra, fue fundado a mediados del siglo IX

por íñigo íñiguez Arista, sucediéndole García íñiguez (851-888), que fue quien facilitó el paso de peregrinos del Camino de Santiago.

El condado de Aragón nació en los valles del Ansó, Echo y Canfranc. Se tienen referencias de principios del siglo IX de un conde Aureolo, vasallo de los reyes galos. En 828 aparece la dinastía encabezada por Aznar Galíndez, sus territorios se fueron dilatando y la heredera de Galindo Aznárez II (893-922), llamada nada menos que Andregoto, se casó con el rey de Pamplona, García Sánchez I, fusionándose ambos reinos.

Carlomagno entró en Aragón, para defender la ciudad de Zaragoza contra los moros, según creen unos; aunque otros sostienen que fueron los propios árabes de la marca de Zaragoza los que pidieron ayuda contra Abderramán I. El caso es que, fueran unos u otros, le ofrecieron la plaza, pero se encontró cerradas las puertas de la ciudad. Camino de regreso a Francia, se conoce que enfadado, arrasó Pamplona, pero al cruzar por Roncesvalles (778) la retaguardia de su ejército fue aniquilada. De entonces data la leyenda de Bernardo de Carpió, cantado en los romances, en los que termina exclamando: «¡Mala la hubisteis franceses en esa de Roncesvalles!» Por parte de los franceses la epopeya se relata en *La chanson de Roland,* en la que éste perece heroicamente al frente de sus tropas. Cada cual narra la historia que más le favorece.

En Cataluña, Carlomagno tuvo más suerte y consiguió fundar cinco condados vasallos del reino francés: Barcelona, Gerona, Ampurias, Rosellón y Urgel-Cerdaña, que le servían de muro de defensa de los ataques musulmanes y le permitió organizar la llamada Marca Hispánica. Esta situación duró dos siglos, hasta que las luchas entre los nobles franceses debilitaron su poder. Barcelona consiguió domi-

nar a los otros condados gracias al empuje de Wifredo el Velloso (879-898), que conquistó varias ciudades llegando cerca de Tarragona; pero nunca se independizó de los reyes galos. La independencia de los franceses se produjo con Borrell II, en 988, aprovechando la subida al trono galo de los Capetos, y su sucesor Ramón Borrell (998-1018) consolidó sus dominios.

Los historiadores muchas veces arruinan bellas leyendas y dicen que Wifredo no era personalmente velloso, *Pilos,* sino que se referían al terreno donde gobernaba. Y, por si fuera poco, que el escudo aragonés de la cuatro barras, fruto del gesto de Carlos el Calvo, que mojó sus dedos en la sangre de sus heridas, no se utilizó como tal hasta el siglo XIII y no en la época de Wifredo, siglo IX. Por tanto se desconoce el origen de las famosas cuatro barras rojas del escudo, sólo se sabe que proceden del Condado de Barcelona.

Dios sólo ayuda a los buenos

Los cristianos vivían exclusivamente de la agricultura y la ganadería, el 75 por ciento de la población pertenecía a ese sector, y cultivaban la tierra con métodos ancestrales. Sus ciudades eran paupérrimas comparadas con las del califato y su cultura estaba estancada y dominada por la Iglesia, que impedía cualquier influencia extraña. Los monasterios, donde teóricamente se mantenía el saber, se limitaban a copiar textos religiosos, es decir, a conservar más que a crear. A pesar de su falta de moral y de su enorme ignorancia los curas pertenecían a la minoría privilegiada de la sociedad.

La ruina del califato, en 1031, proporcionó a los cristianos, aún débiles, la ocasión de recuperar gran parte de la península, con lo que varios aventureros, que servían lo mismo a musulmanes que a cristianos, consiguieron adueñarse de dilatadas extensiones y amasar grandes fortunas. Por otra parte, los reinos de taifas se veían obligados a luchar entre ellos para sobrevivir y, con frecuencia, tenían que recurrir a la ayuda de los cristianos; todo ello a cambio del pago de las parias, un tributo en reconocimiento de superioridad, lo que enriqueció a nobles y reyes cristianos durante todo el siglo XI. Gracias a esos fondos, Sancho Garcés III el Mayor o el Grande (1000-1035) consiguió hacer de Navarra el primer Estado cristiano, apoderándose de Castilla (por su matrimonio con doña Sancha), León y Aragón y sometiendo a vasallaje al conde de Barcelona. Se proclamó «Rey de las Españas». Pero a su muerte disgregó el reino entre sus hijos, ocasionando de esta forma luchas sucesorias; Fernando I el Magno (1035-1065) se enfrentó a su cuñado Bermudo III, rey de León, y a su hermano García Sánchez III, de Pamplona, y al vencerles se proclamó rey de León, Castilla y Navarra; además conquistó las plazas de Viseo y Coimbra y sometió a régimen de parias a varios reinos de taifas como los de Toledo, Badajoz, Sevilla y Zaragoza. A su muerte también dividió sus reinos.

En la Edad Media, los reyes tenían una idea un tanto curiosa de sus dominios, creían que eran un bien privado y exclusivo y que, por tanto, a su muerte el reino podía dividirse entre sus hijos. Esta forma de actuar rompía la necesaria unidad y daba pie a constantes guerras entre los hijos, pues creaba agravios comparativos, ambiciones y envidias. La Iglesia había impuesto la idea del origen divino de los reyes. Una de tantas incoherencias de la **Igle-**

sia: por lo visto consideraban de origen divino que un rey llegara a serlo por asesinato del anterior, que con frecuencia era su propio hermano.

El llamado «Juicio de Dios» servía cómodamente a los reyes para evadirse de tomar partido y administrar justicia, pues lo dejaban a lo que determinara Dios, «que no puede tolerar que gane el que no tenga razón». Los contrincantes combatían ferozmente o se les sometía a absurdas y crueles pruebas, y Dios, que «está en todas partes», ayudaba a los «buenos», a los que tienen razón..., y de paso el rey no se hacía responsable de lo ocurrido; aunque cuando les interesaba no dudaban en hacer trampa, «ayudando» así a los designios de Dios. El pueblo, irónicamente, decía:

Llegaron los sarracenos
y nos molieron a palos,
que Dios sólo ayuda a los buenos
cuando son más que los malos.

Peleas y feudos

El avance hacia el sur se vio retrasado debido a varios factores, fundamentalmente por la necesidad de repoblar los terrenos conquistados y las continuas peleas sucesorias de los cristianos. La Iglesia y los nobles aprovechaban para adueñarse de los mejores terrenos; los pequeños propietarios se fueron quedando sm sus tierras y pasaron a ser colonos, cultivaban la hacienda de sus señores a cambio de una renta y de recibir su protección. Una vez más la fuerza del poderoso se empleaba para expoliar al débil. La Iglesia y la nobleza llegaron incluso a apoderar-

se de los bienes comunales y plantaron cara a los reyes, haciéndoles pagar bien cara su ayuda en la guerra o en las luchas sucesorias.

Pronto comenzó una guerra fraticida entre los hijos de Fernando I; asesinado Sancho II en Zamora, su hermano Alfonso VI (1072-1109) consiguió unir de nuevo los reinos de León y Castilla y extendió su poder por Navarra, La Rioja, Álava, Guipúzcoa, Vizcaya, Galicia y norte de Portugal, conquistando luego la simbólica y trascendental ciudad de Toledo (1085). Estos éxitos hicieron que Alfonso VI se autoproclamara «Emperador de toda Hispania» e incluso los intelectuales islámicos le conocieron como «Emperador de las tres religiones». Esta fue la época de Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como *El Cid,* modelo de caballero que llena de orgullo a los patrioteros, pero sin motivo alguno. Fue un hombre valiente, sin duda, aunque no demasiado heroico, ni mucho menos un dechado de virtudes, porque fue muy ambicioso, tanto de dinero como de honores y recompensas; era hábil y no dudaba en engañar o recurrir a argucias cuando le eran útiles. Fue leal con los suyos y con el rey, pero eso no quita para que actuara, a veces, de mercenario. En el *Cantar de mío Cid,* poema de especial encanto, se refleja su amor por doña Jimena y por sus hijas expresado con bellas y poéticas frases. El Cid conquistó en 1094 la ciudad de Valencia, que pasó a ser la sede de sus dominios, algo así como un condado feudal, en el que doña Jimena, al quedar viuda, resistió valientemente el ataque de los almorávides, hasta que tuvo que entregar la ciudad.

Por aquella época se introdujeron en España las órdenes religiosas de Cluny, del Císter y de los benedictinos, quienes aportaron, entre otras ideas, el más puro arte románico del que poseemos extraordinarias muestras en

todo el norte peninsular, en especial a lo largo del Camino de Santiago y en Cataluña. Es indudable la belleza del románico; sin embargo, no deja de sorprender que, después de las maravillosas obras de arquitectura que nos legaron los griegos y los romanos, se produzca tan evidente retroceso como supuso en el arte de construir y no digamos en la escultura y en la pintura. Claro que esta marcha atrás se produjo en todos los campos, gracias al oscurantismo y la intolerancia de la Iglesia.

El papa Gregorio VII introdujo una serie de reformas que supusieron el fortalecimiento de los obispos frente a los monasterios y exigió el celibato a los sacerdotes, evidentemente por motivos económicos y prácticos, pues siempre es más barata una persona que una familia y además más fácil de controlar. Las órdenes del Papa fueron cumplidas en lo relativo al celibato, pero el apetito sexual del clero se veía saciado plenamente con las feligresas y con las monjas, con especial predilección por las abadesas, a las que convencían de que con ellos no era pecado. El libertinaje era tal que muchos conventos eran verdaderos lupanares y hasta especialistas en practicar abortos. Este ambiente quedó reflejado en el *Corbacho* de Alfonso Martínez de Toledo, Arcipreste de Talavera, o en el *Libro de Buen Amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, así como en las obras de Gonzalo de Berceo a pesar de su religiosidad, del canciller Pedro López de Ayala, del converso Rodrigo de Cota, de Alonso de Palencia, de Juan de Mena, de Hernando del Pulgar, de Ramón Llull y hasta del Infante don Juan Manuel y del rey Alfonso X en sus *Partidas*.

Lógicamente, en cada reino se desarrollaron varias lenguas romances derivadas del latín; sólo han subsistido el galaicoportugués, el castellano y el catalán. El vas-

cuence no era un idioma uniforme, pues los de un valle no se entendían con los de otro valle. Hay que tener en cuenta que Guipúzcoa y Vizcaya prácticamente no habían sido romanizadas y su cristianización fue muy tardía, por lo que sus instituciones y estructura social eran arcaicas, no tenían ciudades dignas de ese nombre ni obispos.

Estaban arraigadas entre los castellanos las ideas de que «la tierra no es de nadie, porque es de todos», que «el suelo es señorío y no se puede otorgar a uno sin expoliar a los demás» y que «nadie es más que nadie», pero esos conceptos fueron liquidados por los caballeros y los obispos para hacerse dueños de los municipios y someter a vasallaje a los campesinos, creando de esta forma las bases de una sociedad feudal. El feudo consistía en que los reyes, y en ocasiones los grandes señores, concedían a algunos subditos unas tierras en usufructo y a cambio de ello el beneficiario quedaba obligado a guardar fidelidad de vasallo al donante, prestarle hombres y armas en los combates y acudir a las asambleas políticas y judiciales que convocara. Esta forma de gobierno y de organización de la sociedad se extendió por toda Europa, con la salvedad de Castilla y León, donde los señores feudales gozaban de la propiedad absoluta de las tierras y de sus vasallos. Los vasallos, por no llamarles esclavos, estaban sujetos a un señor con dependencia absoluta, tanto económica como política y social, y debían guardarle total fidelidad. Al extremo de que existía el vergonzoso derecho de pernada, por el cual el señor feudal podía yacer con la esposa del vasallo recién casada, antes de que lo hiciera el mando. ¡Y esto se hacía con el beneplácito de la Iglesia!, quizá porque más de un obispo gozó de ese privilegio. Se excusaban diciendo que «¡Dios les había hecho vasallos por su bien!».

El Arcipreste de Hita escribía:

Si tuvieres dinero tendrás consolación, placeres y alegrías y del Papa ración, comprarás Paraíso, ganarás salvación, donde hay mucho dinero, hay mucha bendición.

Falta de visión

La muerte de Alfonso VI provocó el predominio del reino de Aragón. Alfonso I el Batallador (1104-1134), casado con doña Urraca, hermana de Alfonso VI, tuvo la idea de reinar también en Castilla, pero la oposición tajante de los nobles le hicieron desecharla y dedicarse a combatir a los moros, conquistando Zaragoza (1118), repoblando el valle del Ebro. Doña Petronila, heredera del trono de Aragón, se casó con Ramón Berenguer IV (1137-1162), conde de Barcelona, y ahí es cuando se considera que comienza el Reino de Aragón, regido por condes en Cataluña y reyes en Aragón. Alfonso VII (1126-1157) devolvió a Castilla su hegemonía rindiendo a vasallaje a los reinos de Navarra y Aragón, lo que le hace también proclamarse «Emperador de las Españas». En 1147 conquista Almería con la ayuda de navios de Genova y Pisa y de tropas aragonesas y navarras. Almería era el centro musulmán del comercio en el Mediterráneo. Mientras las tropas lusas lograban conquistar Lisboa y Ramón Berenguer IV ocupaba Tortosa y Lérida.

Es evidente la falta de visión política y económica de los reyes cristianos; lo acertado hubiera sido conquistar los valles de los ríos en toda su longitud, proporcionando a los territorios la salida más lógica al mar. En vez de eso se dejaron en manos de ambiciosos nobles las zonas finales de los ríos importantes y sus puertos marítimos,

dando ocasión a que se rebelaran contra el dominio castellano y se creara el reino de Portugal. Esta falta de visión la veremos repetida a lo largo de la historia.

Al morir Alfonso VII los cristianos se enzarzan en nuevas guerras civiles, se separan León y Castilla y se arrebatan las conquistas entre ellos. Castilla combate contra León por Tierra de Campos, contra Aragón por el dominio de Navarra y contra León y Portugal por Extremadura. Estas guerras intestinas favorecieron a las tropas musulmanas. Mediado el siglo XII, la España cristiana estaba dividida en cinco reinos: León, Castilla, Navarra (que había recuperado su independencia al morir Alfonso I de Aragón), Aragón-condado de Barcelona y Portugal (que había conseguido su soberanía en 1157). Y la Iglesia dominando en todos ellos.

Se hacía necesaria la unión de los reinos cristianos para poder combatir eficazmente a los musulmanes. La guerra en España suponía una verdadera cruzada y en ella se alistaron numerosos aventureros y guerreros de toda Europa. Los cristianos unieron las fuerzas de Alfonso VIII de Castilla, de Pedro II de Aragón, de Alfonso I de Portugal y de Sancho VII el Fuerte de Navarra, junto a algunas tropas extranjeras, y derrotaron rotundamente a los musulmanes en Las Navas de Tolosa (1212). Esto hizo posible la conquista de extensos territorios durante el siglo XIII, destacando la toma de Sevilla, en 1248, y de gran parte de Andalucía por Fernando III el Santo. Los nobles y los obispos se adueñaran de enormes latifundios, que algunos aún conservan. La corona de Castilla y León fue la más extensa y poderosa de la península, comprendía: Guipúzcoa, Álava, el señorío de Vizcaya, Cantabria, Asturias, Galicia, norte de Portugal, León, las dos Castillas, Extremadura y gran parte de Andalucía. Alfonso X

el Sabio, hijo de Fernando III, declaró indivisibles sus territorios (aunque sólo hubiera sido por esto ya merecía el título de sabio) y ocupó el reino de taifas de Murcia.

El Concilio de Letrán (1215) impuso el centralismo eclesiástico, pues existía un cierto movimiento de creación de iglesias regionales y eso hubiera debilitado enormemente el poder de la Iglesia católica. Y ¡todo menos perder poder!

La corona aragonesa no lograba eliminar las rivalidades entre aragoneses, catalanes y valencianos, hasta que Jaime I el Conquistador (1213-1276) consiguió unificar la corona de Aragón ocupando el reino taifa de Valencia y las Islas Baleares, pero cerraba la expansión de la corona pues el Tratado de Almizra, de 1244, describía los límites de sus conquistas. Esto hizo que la Corona de Aragón se viera obligada a extenderse por el Mediterráneo. En 1285 conquistaron Cerdeña y Sicilia y en 1311 los ducados de Atenas y Neopatria. Jaime II (1291-1327) convirtió a la Corona de Aragón en una potencia mediterránea y eliminó la nefasta costumbre de dividir los diferentes reinos entre los herederos.

Tres culturas

Todas estas conquistas dieron lugar a una gran variedad de grupos de diferentes etnias y creencias, pues tanto Jaime I como Fernando III no tuvieron más remedio que permitir que parte de los musulmanes se quedara en los territorios ocupados, no por tolerantes y generosos sino porque no les era posible poblar con cristianos sus nuevas posesiones. Los mudejares, como se conocía a los musulmanes bajo dominio cristiano, vivían en verdaderos

guetos, llamados morerías, en los suburbios de las ciudades, trabajando en el campo o en la artesanía y estaban sometidos a tributos especiales y no pocas humillaciones. Esta situación dio lugar a un levantamiento de los mudejares en 1264, una revuelta sangrienta que sólo sirvió para que Alfonso X decretara su expulsión de la Andalucía cristiana. Algunos se refugiaron en el reino de Granada y otros se diseminaron por el resto del país.

También los judíos vivían en guetos, llamados juderías, tenían que vestir de forma diferente para no ser confundidos y no podían celebrar sus ceremonias públicamente. A diferencia de los mudejares, su gran preparación les permitió, durante mucho tiempo, ayudar en asuntos comerciales, culturales y administrativos a cristianos y musulmanes, a la par que se destacaban como eficaces financieros y expertos traductores. En general, los judíos eran defendidos por la nobleza y las jerarquías eclesiásticas, porque necesitaban su dinero, y estaban en su contra los curas y los frailes. Los judíos desempeñaron un papel predominante en la trata de esclavos durante toda la Edad Media; curiosamente esta práctica gozaba de la autorización del famoso filósofo judío Maimónides.

Tanto los monarcas castellanos como los aragoneses consiguieron el intercambio de las tres culturas, lo que enriqueció a las dos coronas. Pero fue sobre todo Alfonso X el Sabio el que logró atraer a Toledo a doctos judíos y árabes. En la Escuela de Traductores se vertieron al castellano los estudios bíblicos y la ciencia árabe y se realizaron interesantes estudios jurídicos, históricos, matemáticos, filosóficos y astronómicos. La Edad de Oro judía comenzó con la caída del califato de Córdoba, tras la muerte de Almanzor y la formación de los Remos de Taifas. Los almorávides y sobre todo los almohades per-

siguieron a los hebreos obligándoles a refugiarse en la zona cristiana, donde alcanzaron puestos importantes como tesoreros, recaudadores, diplomáticos, asesores e incluso nobles, porque sólo en España la nobleza se casaba con judíos. Por aquella época se puede decir que desaparecieron los mozárabes, pues también se tuvieron que exiliar a los reinos cristianos y no tenían razón para ser llamados así.

Gracias a los trabajos desarrollados en Toledo los sabios europeos descubrieron los textos filosóficos de los griegos, los escritos romanos, hindúes y persas, así como los estudios científicos de los árabes. Principalmente Averroes, con sus escritos, llevó el pensamiento de Aristóteles a toda Europa y trató de conciliar la religión con la filosofía. Pero los almohades, unidos a los alfaquíes, cayeron en el fanatismo religioso y ahogaron la cultura andalusí; Averroes fue perseguido y desterrado y sus obras fueron quemadas. El famoso filósofo judío Maimónides también tuvo que exiliarse, para huir de la persecución. La influencia musulmana fue evidente; santo Tomás (1225-1274), siguiendo a Averroes, sostenía que la razón estaba sometida a la revelación divina, y Ramón Llull (1235-1315) compartía con los sufíes y con los franciscanos que la sabiduría se pude obtener por la razón, pero sobre todo por la fe iluminada por Dios.

El prestigio de Toledo se expandió por todo el mundo conocido atrayendo a numerosos intelectuales; en realidad se habían adelantado cinco siglos, abriendo las puertas al Renacimiento. Alfonso X reconocía las raíces romanas, visigodas, cristianas y árabes, porque España era «madre de muchos pueblos». La historia de España se había forjado en un continuo tejer y destejer, en un constante convivir y divorciarse entre las tres comunidades. Esto mo-

tivó la famosa controversia entre Sánchez Albornoz y Américo Castro. Para éste, del choque de culturas y de su convivencia surgió España, pero no como unidad sino como diversidad que aglutina las culturas judía, cristiana y árabe. Para el primero no fue así, España es una creación de Roma con una cultura europea y cristiana, opuesta al islam, aunque recibiera influjos de esa cultura. La realidad es que el judaismo es una cultura estrictamente religiosa y nacionalista, nada prosehtista, que acepta los elementos culturales de donde reside. Mientras que el islam aspira a extenderse por toda la humanidad, llegando, si fuera preciso, a la guerra santa, yihad; además exige una arabización, sobre todo en lo referido al idioma y las costumbres. El cristianismo también aspira al universalismo y, aunque no figure en sus principios, no ha dudado nunca en declarar la guerra a los infieles.

Control y dominio

El monopolio cultural del que hasta entonces había disfrutado la Iglesia comenzó resquebrajarse, pues se requerían otros conocimientos, lo que obligó a la creación de nuevas entidades, que primero se denominaron Estudios Generales y más tarde Universidades. La inicial fue la de Palencia (1208), que más tarde se dividió en dos: la de Salamanca, creada en 1218, y la de Valladolid, fundada en 1241. Un siglo más tarde se crearon las de Huesca (1354) y Lérida (1300). La Iglesia se apresuró en dominar la universidad imponiendo y controlando su ideología.

En el siglo XI se construyeron la mayoría de las bellas iglesias del Camino de Santiago y del románico catalán.

Del siglo XII son los monasterios cistercienses de Poblet y de las Huelgas Reales así como las catedrales de Salamanca, Ávila, Segovia y Zamora. En las calles de las ciudades, los juglares, una mezcla de poetas y músicos, cantaban las hazañas de grandes héroes en lenguas romances.

Las conquistas proporcionaron grandes extensiones de tierra que, por escasez de mano de obra, no se podían roturar transformándose en dehesas, lo que permitió el desarrollo de la ganadería, en especial cerdos, ovejas y caballerías, con la ventaja de poder, en caso de peligro, resguardarlos en los castillos. Los ganaderos reclamaron la trashumancia en busca de pastos, y para defender sus derechos, mediar en las disputas y mantener las cañadas se crearon *las juntas,* verdaderos sindicatos de pastores. Los concejos sacaron beneficios de las tierras para pastos, pero por poco tiempo porque la Iglesia y los nobles, al comprobar los rendimientos de la ganadería, consiguieron adueñarse de los prados comunales. Alfonso X unificó la juntas de ganaderos en el Honrado Concejo de la Mesta (1273), lo que fructificó en la conversión de las cañadas en una importante red de caminos facilitando la exportación de productos, en especial de la lana. Las ferias anuales de Burgos, Medina del Campo, Medina de Rioseco, Villalón y Valladolid, junto al desarrollo artesanal de Córdoba y Sevilla enriquecieron esas ciudades. En Medina del Campo se ideó y utilizó por primera vez la letra de cambio. Alfonso X decretó la primera devaluación monetaria de que se tiene noticia, prohibió exportar productos alimenticios y legisló contra los lujos.

Barcelona y Valencia competían en expandirse y comerciar con los pueblos del Mediterráneo. La conquista, por Jaime I, de las islas Baleares abrió al comercio gran-

des posibilidades, en contra de los intereses de Genova, Pisa y Venecia. Tanto Alfonso X como Jaime I tuvieron fuertes pugnas con los nobles y con los obispos por el control de las instituciones, teniendo que concederles no pocos privilegios. En 1236 el papa Gregorio IX concedió a los reyes el derecho a proponer a los aspirantes a la jerarquía eclesiástica, claro que él se reservaba la última palabra y, además, conservaba el derecho a ungir y coronar a los monarcas, que quedaban de esta forma totalmente controlados. Los papas no dan puntada sin hilo.

En 1325 Alfonso XI unificó a los representantes de Castilla y León, basándose en el *Código de las Siete Partidas* de Alfonso X el Sabio, y nombró corregidores que detentaban la autoridad real. Esto, unido a la creación de cnancillerías, sirvió para fortalecer el control central y el dominio de la corona.

En 1312, en estrecha colaboración entre el papa y el rey francés Felipe IV, se procedió a la disolución e implacable persecución de la Orden del Temple, torturando y ajusticiando al maestre Jacques de Molay. En España consiguieron refugiarse en Jerez, donde se hicieron fuertes hasta sucumbir, siendo salvajemente degollados.

Como los reyes cristianos habían terminado prácticamente las grandes conquistas, pues a los moros sólo les queda el reducido reino de Granada, se vieron precisados a conseguir sus ingresos a costa de la economía de sus vasallos, en especial los de las ciudades; para ello cargaron impuestos sobre las actividades económicas y se quedaron el monopolio de las minas y salinas. Las ciudades sufragaban las necesidades reales pero exigían su representación en los órganos consultivos y que se gobernara con su aprobación; se crean de esta forma las primeras Cortes de Europa, cuya primera reunión fue en León en 1188.

Peste

En el siglo XIV se sufrieron una serie de malas cosechas a lo que se agregaron varias epidemias procedentes de Europa, en especial la peste bubónica. Como siempre ocurre en estas calamidades, el principal sufridor fue el pueblo hambriento, enfermo, diezmado por la peste y agobiado por la presión fiscal. Por si fuera poco, se desataron nueve años (de 1356 a 1365) de guerras entre Castilla y Aragón, cuatro años de guerra civil en Castilla (de 1365 a 1369) y numerosas revueltas de ciudadanos y campesinos contra la nobleza, que fueron sofocadas con dureza.

La Iglesia, aprovechando la peste, que duró casi un siglo, consiguió enormes extensiones por legados testamentarios y donaciones convirtiéndose en el principal terrateniente; además definía e imponía el orden social y la moral abusando de tal forma que los reyes, incluso Fernando III el Santo, se vieron obligados a intervenir, reduciendo sus ingresos y censurando las bulas papales lesivas al reino. Los obispos solían ser de familias nobles, y para «colocar» a los segundones de las casas contaban con sus mesnadas, y se rodeaban de verdaderas cortes formadas por vagos y aduladores a los que daban los títulos de canónigos y maestres. No hay que olvidar que el nepotismo (desmedida preferencia que se da a parientes o amigos para las concesiones o empleos públicos) es un «invento» de la Iglesia. Mientras que en muchos lugares los curas, con su escasa preparación y falta de dinero, se las tenían que arreglar con muy poca moral y muchos abusos, que ocultaban manteniendo ignorante al pueblo.

Mientras tanto los judíos fueron la cabeza de turco de una era de miseria y de devastadora peste; la masa, incitada por los furiosos sermones de frailes fanáticos, asaltó la

judería en Sevilla en 1391, produciendo una terrible matanza y saqueo, y su repugnante acción se extendió por varias ciudades. Muchos judíos se vieron obligados a convertirse al catolicismo, a abandonar las ciudades de mayor riesgo y a cambiar sus apellidos para ocultar su verdadera identidad; por eso todos los nombres que hacen referencia a oficios, profesiones, regiones y accidentes geográficos son de origen judío; algunos de esos conversos llegaron a extremar su celo religioso delatando a sus hermanos de etnia. Este acoso perjudicó en gran manera a las finanzas, al comercio y a la artesanía. Pero la persecución terminó, porque los reyes Juan II de Castilla y Alfonso V de Aragón necesitaban a los judíos, pues ocupaban cargos importantes en la administración y las finanzas y sus médicos ejercían su profesión entre los cristianos de forma oficial.

Reyes y rivalidades

Entre 1422 y 1433 el rabino Moshé Arragel de Guadalajara tradujo al castellano y comentó la Biblia, curiosamente ayudado por los franciscanos de Toledo. Este hecho, casi desconocido, supone el adelanto en un siglo a la famosa traducción de la Biblia al alemán efectuada por Martín Lutero. Claro que se ocultó la obra para que nadie la leyera, pues el peor enemigo de la Biblia es la propia Biblia.

Durante todo el siglo XV siguieron las rivalidades dinásticas, los enfrentamientos entre los nobles y las guerras civiles y no civiles. En 1412 falleció Martín I el Humano, rey de Aragón, sin descendencia. Por el Compromiso de Caspe, de ese mismo año, se nombró rey a Fernando de Antequera (1412-1416).

En la Barcelona de la época vivía una burguesía que dominaba el municipio y prácticamente toda Cataluña, también había muchos franceses, así como numerosos judíos y conversos y una clase campesina, llamada *remensa,* que reclamaba más derechos, pues vivían bajo un despiadado sistema feudal. Las reclamaciones de los payeses para eliminar «los malos usos» no fueron oídas y se sublevaron. Al mismo tiempo existían en Cataluña dos facciones: los *buscaires,* compuesta por artesanos y mercaderes, que consiguieron expulsar del municipio a los *bigaires,* formada por la alta burguesía. Al final la Consejería quedó compuesta por un miembro de la *busca,* otro de los *artistas,* o sea las profesiones liberales, otro para el pueblo y dos para la *higa,* que quedaba en minoría. El Consejo de Ciento continuó así con sus específicas funciones asesoras.

El inútil rey de Castilla Juan II (1406-1454) estaba en manos de Alvaro de Luna, un hombre enigmático. Los enfrentamientos entre los hermanos Enrique y Juan, infantes de Aragón, contra Alvaro de Luna por el control del reino de Castilla sólo sirvieron para empobrecer aún más a los paupérrimos campesinos. En las sátiras de la época se considera a los poderosos como lobos que atacan al rebaño de los corderos del pueblo. Juan II ordenó al fin decapitar a su valido Alvaro de Luna y poco después murió él mismo. Su hijo Enrique IV, llamado el Impotente (1454-1474) fue tan inepto como su padre y cayó en manos de los ambiciosos de turno, que no hacían otra cosa que combatir entre ellos por el poder. La caótica situación culminó con la llamada «Farsa de Ávila», en la que varios nobles y obispos retiraron los símbolos de autoridad de una imagen del rey y eligieron como nuevo rey a Alfonso, hermanastro de Enrique y menor de edad, pero murió prematuramente.

Enrique IV se casó con Blanca de Navarra, pero se disolvió el matrimonio al ser acusado de impotente. Se casó luego con Juana de Portugal, de conducta licenciosa. El inoperante Enrique no se atrevió a elegir heredera entre su hermanastra Isabel y su hija Juana, llamada *la Beltraneja* porque se rumoreaba que era hija de Beltrán de la Cueva, valido de Enrique, a quien concedió el título de duque de Albuquerque y maestro de la Orden de Santiago. Pero, según dicen, la ambiciosa Isabel incautó todos los documentos que acreditasen que Juana era la legítima heredera y no dudó en llegar a una guerra civil, que duró de 1474 a 1479, hasta lograr usurpar la Corona y proclamarse Isabel I, con la eficaz ayuda de la cúpula eclesiástica. Aunque según parece Enrique había desheredado a Juana a favor de Isabel en el tratado de los Toros de Guisando; si hubiera sido así, ¿por qué la guerra civil?

El Consejo Real estaba constituido por cuatro nobles, cuatro eclesiásticos y cuatro ciudadanos; su misión era asesorar a los reyes y servir como Tribunal Supremo de Justicia. La Cnancillería de Valladolid (1442), algo así como el Tribunal Supremo, fue el embrión de la capital administrativa. A mediados del siglo XV se instaló en Valladolid la Audiencia de Apelación. En Aragón se actuó de forma equivalente, pero dividido entre las tres cabezas: Zaragoza, Barcelona y Valencia; la institución del Justicia Mayor de Aragón tuvo especial importancia porque juzgaba incluso los pleitos nobiliarios y fue el guardián de los fueros.

En Aragón circulaban las libras, sueldos y dineros, más tarde se impuso el florín de oro. En Castilla se utilizaba el maravedí y la dobla. Los Reyes Católicos crearon, en 1477, el ducado, que llegó a ser moneda internacional, algo así como el dólar o el euro de hoy.

. EXPANSIÓN, ÉXODO Y LA SANTA INQUISICIÓN

LOS REYES CATÓLICOS

TANTO
REYES CATOLICOS
MONTA

Isabel y Fernando

En 1469 contrajeron matrimonio los primos Isabel, reina de Castilla (1474-1504), y Fernando, rey de Aragón (1479-1516), lo que configuraba la monarquía española, pero con una serie pactada de condiciones, que produjeron muchas tensiones; el famoso «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando», no suponía igualdad sino dejar las cosas claras desde el punto de vista jurídico. Para Isabel no fue nada fácil ya que tuvo que luchar para conseguir el trono, como hemos visto. Por su parte, Fernando no fue coronado rey de Aragón hasta el año 1479, en que murió Juan II de Aragón. Por cierto que la boda de Isabel y Fernando en Valladolid no fue válida para la Iglesia, ya que al ser primos tenían que haber pedido dispensa al Papa y no lo hicieron, por lo que podrían haber sido excomulgados; claro que, al ser reyes, todo se arregló sin problemas.

Isabel I, con rasgos ingleses por su abuela Catalina de Lancaster, era muy poco agraciada, siempre iba con gesto serio y casi nunca se la vio reír. Tenía un fuerte carácter, una gran capacidad de trabajo, una intransigente creencia católica y fue temida por la nobleza; resumiendo, debía de ser una mujer insoportable y nada compasi-

va. Estaba muy enamorada de Fernando, por lo que sufrió mucho con sus infidelidades. Se la ha querido elevar a los altares, pero no parece que haya prosperado su expediente, a pesar de que hay santos mucho peores. Fernando V, por su parte, fue el modelo de «Príncipe» para Maquiavelo, gran trabajador, mucho más humano que Isabel, un excelente político, pero intransigente cuando eran razones de Estado, y con un don especial para atraerse a la gente.

Tuvieron mucha influencia sobre los reyes, el rico y poderoso arzobispo de Toledo Alfonso Carrillo, el intrigante y hábil Rodrigo Borja, arzobispo de Valencia, y el cardenal Mendoza; los tres eran ambiciosos y con una falta de moral increíble, lucían a sus amantes y concedían prebendas a sus hijos naturales sin la menor vergüenza. Mendoza llegó a ser llamado por el pueblo «el tercer rey».

En las Cortes de Toledo de 1480, los reyes consiguieron la restitución al patrimonio de la Corona de los bienes y de las rentas cedidos arbitrariamente en épocas anteriores; con esta medida disminuyeron las rentas de todos los propietarios, incluida la Iglesia, aunque dando un trato de favor a ésta y a la aristocracia pues necesitaban de ambas.

El rey de Portugal, al casarse con Juana la Beltraneja, reclamó con las armas la corona de Castilla, pero fue vencido en la batalla de Toro. La unidad política no existía, tanto Castilla como Aragón conservaron sus instituciones, sus leyes, sus monedas y hasta sus aduanas. Castilla era más homogénea que Aragón y presentaba una gran pujanza demográfica y económica, y por esa razón gran parte de la política se llevaba desde Castilla.

Isabel I y Fernando V implicaron a la nobleza, ofreciendo recompensas, para la conquista de reino nazarí de Granada, donde por primera vez se utilizó la artillería y se

efectuó una importante movilización de hombres y dinero, destacando la labor de la caballería. La batalla fue difícil y cara, entre otras cosas supuso la creación y avituallamiento de un ejército permanente; además el terreno a conquistar era muy abrupto y con numerosas fortificaciones. En 1485 se tomó Ronda, más tarde cayeron Marbella, Málaga, Baza y Almería, y hasta el 2 de enero de 1492 no se rindió Boabdil *el Chico* en Granada. La mal llamada reconquista había terminado. Lógicamente se pensó en conquistar el Magreb, para evitar nuevas invasiones, Melilla se tomó en 1497 y poco después se fundó Santa Cruz de Mar Pequeña, llamada luego Ifni. Castellanos y portugueses se repartieron las islas Canarias, Azores y Madeira, y los portugueses siguieron su expansión en África.

Terminada la reconquista los reyes no disponían de tierras con que pagar a sus capitanes, viéndose obligados a compensarles en dinero. Para ello tuvieron que establecer tributos, no siempre del agrado del pueblo. Enseguida la «patriótica» nobleza y la no menos «cooperadora» Iglesia conseguían la exención de impuestos.

El papa Alejandro VI, Rodrigo de Borja, el famoso y corrupto Borgia, concedió a Isabel y a Fernando el título de «Reyes Católicos», curioso título, como si los demás reyes hubieran sido budistas o ateos; debió de ser porque identificaron la política con el cristianismo, anulando la tradicional tolerancia que tan buenos resultados había dado, y tratando por todos los medios de conseguir la unidad religiosa; no en vano en sus tumbas, en Granada, se dice que «consiguieron la unidad religiosa de España», porque no existía una unidad nacional, como se ha pretendido, y tampoco existía centralismo ni federalismo, eran simplemente un conjunto de territorios con una cabeza visible: los reyes.

La política exterior tuvo tres vertientes fundamentales: mantener la expansión de Aragón en el Mediterráneo, seguir combatiendo a los moros en África y estrechar las relaciones con Portugal. Pero pronto apareció un nuevo frente, el hallazgo de América, que revolucionaría todo. Para ello tenían que contar con los nobles y, cómo no, con la Iglesia, por eso les concedieron numerosos privilegios.

Inquisición y expulsión

La Inquisición había sido creada en 1233 por el papa Gregorio IX para combatir a los cataros, una secta herética. En 1478 los Reyes Católicos obtuvieron del papa Sixto IV los métodos para crear y controlar la Inquisición. Mientras esa institución dependía del Papa en Europa, en España estaba subordinada a los reyes; con ello consiguieron una excelente información y un eficaz sistema represivo, que sirvió para completar la unión religiosa de los reinos. La Inquisición efectuó un doble papel: impuso la unidad religiosa, erradicando cualquier idea heterodoxa, y estableció el pensamiento único, sin admitir ninguna desviación ni novedad, ni siquiera cultural. Los dominicos se hicieron cargo de esa organización, que empezó a funcionar en 1480, y a fe que lo hicieron bien, en sus siempre repletas mazmorras se agolpaban toda clase de pobres gentes, generalmente delatados por sus vecinos; unos por herejía, real o supuesta, otros por «desviaciones» sexuales, éstos por blasfemos, aquéllos por enajenaciones mentales y, seguramente, la mayoría por envidias, deudas, venganzas y odios de sus prójimos. En 1481 eran quemados vivos los seis primeros reos. Por lo visto ésa debe ser

la forma de realizar la evangelización, la caridad cristiana y el amor al prójimo, incluso al enemigo, tan enaltecida desde los pulpitos. El ansia represora fue de tal naturaleza que el Papa quiso intervenir para paliarla, pero los reyes se opusieron tan tajantemente que estuvieron a punto de romper relaciones.

Los Reyes Católicos no quisieron o no pudieron hacer frente a la marea antisemita que había ido invadiendo el pensamiento de la gente, debido a las falsas acusaciones de los fanáticos religiosos, envidiosos e incompetentes, y el 31 de marzo de 1492 decretaron la expulsión de los judíos, dándoles de plazo hasta el 31 de julio del mismo año; podían llevarse sus bienes, pero no metales preciosos. Precisamente aquel año coincidió con el día 9 del mes Av del calendario judío, una fecha de luto en la que se conmemora la destrucción del primer templo por Nabucodonosor y la destrucción del segundo templo por el emperador Tito; de esta forma ese día es de duelo por triple motivo. Curiosamente, los Reyes Católicos durante el sitio de Granada habían utilizado los servicios de judíos para el avituallamiento de las tropas y para la financiación de la operación, prometiéndoles las mismas garantías que a los mudejares. Está claro que no es posible fiarse de la palabra de un rey.

Para evitar su expulsión, una buena parte de los judíos se bautizaron; entre ellos, como es lógico, había auténticos conversos y había quienes lo aparentaban y seguían practicando ocultamente sus ritos, creencias y costumbres. El resto se marcharon, son los llamados sefardíes, cuya cifra se estima en 80.000, aunque durante el siglo XVI fueron yéndose más. La mayoría se estableció en Portugal, Francia, Marruecos y Argelia, pero también fueron algunos a Inglaterra, Holanda y Turquía y más tarde

a Iberoamérica. A pesar de todo, los sefardíes han conservado su amor por *Sepharad* y un castellano antiguo, llamado *ladino* o *chulio-espaniol,* que, a pesar del tiempo y de la influencia de otras lenguas, se hace entender sin problemas.

Al expulsar a los judíos la catástrofe estaba garantizada, sufrimos un retraso, que resultó atávico, en cultura, en ciencia, en política, en comercio, en industria y en finanzas. Allí donde fueron los expulsados crearon importantes centros económicos y potenciaron el desarrollo político. No cabe la menor duda que con los judíos la conquista y colonización de América hubiera sido muy diferente, tanto en sentido económico como político y social. Los judíos que se quedaron en España tuvieron que cambiarse los apellidos y el lugar de residencia, siempre con el miedo a la Inquisición y a los delatores, que les podía encarcelar y torturar en cualquier momento. Muchos se esforzaron en demostrar su «pureza de sangre» delatando o incluso torturando, como algunos inquisidores, a sus propios compañeros. Lo curioso es que hay muy pocos españoles que no tengamos algo de sangre hebrea. La lista de grandes personajes españoles de origen judío es interminable; basten unos cuantos: lo fueron santos como Teresa de Jesús y Juan de la Cruz; beatos como Juan de Ávila; escritores como Fernando de Rojas, Luis Vives, Mateo Alemán, Alonso de Ercilla, fray Luis de León, Francisco de Vitoria, Juan de Mena y, sin duda, el anónimo autor de *El Lazarillo de Tormes;* el segundo general de los Jesuítas Diego Laínez; el rey Fernando el Católico; los crueles inquisidores Torquemada y Deza, y hasta el dictador Francisco Franco, que presumía tanto de español y perseguía el contubernio judeo-masónico. Su ignorancia era antológica.

España, que se había formado sobre la convivencia, salvo ciertos períodos puntuales, de las tres comunidades: judía, cristiana y musulmana, gracias al triunfo de una de ellas, el cristianismo, implantó la intransigencia, creando una inseguridad histórica grave y un deterioro cultural, político y financiero que hemos pagado muy caro y continuamos pagando. El resultado de esa ruptura de la convivencia multisecular fue la aportación española a la mística (sobre todo con santa Teresa y san Juan de la Cruz), a la visión negativa del mundo (con *El Lazarillo de Tormes* y Quevedo), al temor al qué dirán (miedo de los conversos que se extendió a todo el pueblo, por culpa de la Inquisición), a la ignorancia y la holgazanería (pues resultaba sospechoso el querer saber o trabajar) y a la envidia, mal que ha causado no pocos crímenes e injusticias.

1492

El año 1492 fue un año muy singular y espectacular: fue elegido papa Rodrigo Borja como Alejandro VI; se conquistó Granada, último reducto árabe; se expulsó a los judíos y se produjo el hallazgo de América. No creo que haya muchos años con tal cúmulo de sucesos importantes.

La política exterior, siguiendo la ruta marcada por Aragón, se dirigió hacia el Mediterráneo, rompiendo la tradicional alianza de Castilla con Francia. Con el fin de rodear a este país enemigo, porque estaba interesado en las posesiones de Italia, los Reyes Católicos casaron a sus hijos con los soberanos de los países limítrofes. Catalina se casó con Enrique VIII de Inglaterra, pero fue repudiada y sustituida por Ana Bolena; Juana casó con Felipe el

Hermoso, nieto del emperador de Austria, que dominaba en Flandes, en el Rin y en Milán; Isabel se casó con Manuel de Portugal, pero murió al poco y el hijo de ambos también; el único hijo varón, Juan, murió agotado por la insaciable Margarita de Borgoña.

Carlos VIII de Francia, por el Tratado de Barcelona, restituyó el Rosellón y la Cerdaña, y al ocupar el reino de Ñapóles, feudo papal, Fernando el Católico consiguió crear la Liga Santa con los remos de Milán, Venecia y Ñapóles, apoderándose de Ñapóles para la corona de Aragón. Al frente de esa Liga estaba Gonzalo Fernández de Córdoba, el famoso Gran Capitán.

Represión

Los Reyes Católicos efectuaron numerosas reformas; entre ellas, una nueva cnancillería en Granada para descargar la existente en Valladolid, recopilaron los dispersos textos jurídicos formando un cuerpo legal más útil y racional y crearon la Santa Hermandad, formada por cuadrilleros con gran movilidad y justicia rápida, para garantizar el orden y perseguir a los malhechores; sus objetivos eran tanto policiales como judiciales.

En 1484 fueron asesinados dos inquisidores en Aragón y el gran homicida e inquisidor general, Tomás de Torquemada, efectuó una sanguinaria represión. Poco después Torquemada escribió unas instrucciones para el mejor funcionamiento de la organización; por ellas se creó la «Suprema», que así se llamaba el Consejo Superior de la Inquisición, formada por cinco sacerdotes y un fiscal (también sacerdote) nombrados por los reyes a propuesta del Inquisidor general. Las sentencias de la Suprema eran inapela-

bles, ni siquiera el Papa podía revocarlas. Entre otras instrucciones se establecía la confiscación de los bienes del reo, desde el momento de su detención, que pasaban a ser del Estado, que los delatores no tenían que demostrar sus acusaciones y tanto éstos como los testigos eran secretos, se regulaban las torturas y los autos de fe, etc. ¡Todo un tratado de justicia! Por su parte, el inquisidor general Deza estableció una rigurosa censura de textos, sobre todo de los humanistas, y la quema de libros «peligrosos». Desde entonces y durante demasiados siglos hemos sufrido en España la falta de libertad de expresión y hasta de pensamiento. Lo malo es que, con argucias «legales», se pretende que sigamos así.

Reformas

La economía se basaba en la protección de la Mesta, sobre todo la ganadería lanar, y en las exportaciones de materias primas; las ovejas eran esquiladas y su lana se exportaba a Flandes e Inglaterra, de donde nos devolvían, al precio que querían y siempre excesivo, los paños fabricados. No se entiende cómo no se desarrolló y protegió en España la industria textil adecuada, cuando contábamos con una inmejorable materia prima. La agricultura quedó estancada, sufriendo además largos períodos de malas cosechas, y los bosques fueron desapareciendo para incrementar los pastos y por las demandas de la construcción y los astilleros. La industria no pasaba de la artesanía y estaba limitada al consumo interno. El comercio y la banca estaba en manos de banqueros alemanes y comerciantes genoveses. Menos mal que en parte se saneó la hacienda pública.

Los nobles fueron muy favorecidos, se concedieron nuevos títulos, se instituyó el mayorazgo y se legalizaron las apropiaciones de tierras comunales. Los municipios quedaron prácticamente en manos de la nobleza, que acaparó los puestos más importantes. Los corregidores presidían los cabildos en nombre de los reyes y gozaban de facultades políticas y judiciales. Las autonomías municipales fueron eliminadas.

El Consejo Real fue modificado, pasó a estar formado por un obispo, que lo presidía, tres nobles y ocho letrados. Las reuniones eran preparadas por los secretarios reales. La nobleza podía ser consultada, pero sus opiniones no eran vinculantes. Fernando de Aragón se autonombró maestre de las Órdenes Militares; más tarde los maestrazgos pertenecieron definitivamente a la Corona. No por esas medidas la nobleza perdió mando y riqueza, sólo perdieron poder político. Se instituyeron varios consejos que se encargaban de administrar diferentes asuntos de Estado, en especial la economía, la enseñanza y la política exterior.

Los Reyes Católicos restringieron el poder de la Iglesia, consiguieron que los papas no concedieran beneficios o nombraran obispos a extranjeros y lograron el patronato sobre los obispos y lugares de culto. No es mucho, pero algo es algo. Hasta 1523 no se concedió a los reyes el derecho de patronato y de presentación de obispos. Al terminar la Reconquista, los obispos dejaron de combatir, pero asaltaron la política ocupando cargos importantes y confesando a los reyes, consiguiendo de esta forma una veraz información de primera mano. Y quien tiene la información...

Las Cortes representaban teóricamente al pueblo frente a los reyes. Estaban constituidas por los nobles, el

clero y los procuradores de las dieciocho ciudades más importantes. En la práctica los reyes eliminaban de las listas a todo posible adversario, vigilaban las reuniones y poco a poco fueron disminuyendo el número de éstas. Por otra parte, el patrimonio real había recuperado las rentas y tierras de la nobleza, otorgadas en 1464, así como las rentas de las Órdenes Militares; además se suprimieron los juros (derechos perpetuos de propiedad) y la Corona pasó a percibir todos los impuestos indirectos. Con estas medidas y otras similares las Cortes poco tenían que hacer.

En Aragón las reformas fueron más lentas y laboriosas. Aragón estaba compuesto por tres reinos, Aragón, Valencia y Mallorca, y un principado, Cataluña, con dos condados, Rosellón y Cerdeña. Cada uno con su propia organización administrativa, judicial, fiscal, económica y política y sus Cortes, constituidas por ricos hombres, caballeros, clero y estado llano. Para recaudar los impuestos el territorio se dividió en dieciséis veredas y para administrar justicia en seis juntas. El Justicia Mayor venía a ser como el tribunal superior de justicia y era el que velaba por los fueros. Tanto en Cataluña como en Valencia existía el *Consell de Cent* (que eran 144 en Cataluña y 142 en Valencia), cuya mitad se renovaba por sorteo todos los años, tenía amplios poderes y sus decisiones eran respetadas por la Corona. En Cataluña existía el problema de los payeses de *remensa.* Éstos eran prácticamente esclavos de los señores y dueños de las tierras, su sublevación obligó a intervenir a Fernando, que prohibió los «malos usos» y a cambio los payeses se comprometieron a pagar las rentas y a acatarle.

El País Vasco no existía como tal, estaba formado por el señorío de Vizcaya y las provincias de Guipúzcoa y

Álava, todos el territorios pertenecían a la corona de Castilla y estaban regidos por juntas generales presididas por un corregidor designado por el rey. Conservaron sus fueros y al ser considerados sus habitantes como hidalgos estaban exentos de tributos directos. Se cobraban las tasas sobre mercancías en los puertos, los diezmos del mar y un porcentaje sobre las rentas eclesiásticas. Navarra había quedado unida a la corona de Castilla en 1512, auque conservaba sus Cortes, que nombraban a la Diputación, y al tribunal superior de justicia. El territorio estaba dividido en cinco merindades: Estella, Olite, Pamplona, Sangüesa y Tudela. El rey estaba representado por un virrey, que además era capitán general. Los impuestos se limitaban a las alcabalas, las aduanas y los servicios.

La población era eminentemente agrícola, pero cada vez había más tendencia a vivir en ciudades. Castilla contaba con unos cuatro millones de habitantes, mientras que Aragón sólo tenía un millón. La demanda de artículos elevó las rentas de la tierra, pero los intereses hipotecarios, unidos a una serie de malas cosechas arruinó a muchos pequeños propietarios, lo que fue aprovechado por los grandes para aumentar sus posesiones. Muchos campesinos se vieron en la necesidad de servir en los tercios, pasar a ser meros jornaleros o emigrar a la recién descubierta América.

El pensamiento medieval había estado tan infestado de dogma, de superstición y de oscurantismo católico que durante todos sus siglos no se pensó en nada que tuviera verdadero valor. El retroceso en las artes y las ciencias fue patente, las obras maestras que Grecia y Roma nos habían legado en todas las áreas yacieron olvidadas

durante siglos. Los hombres del Renacimiento, y más tarde los enciclopedistas, rescataron a Europa de las tinieblas y comenzó una nueva era. Pero el espíritu del Renacimiento, eminentemente laico que propugnaba la secularización de las instituciones y el progreso, en España se vio subyugado por la Inquisición.

A pesar de todo, la primera imprenta se montó en Segovia (1471), seguida de Zaragoza (1473) y Valencia (1474); se fundaron las universidades de Zaragoza y Valencia, y aparecieron obras importantes, pues las ideas no pueden sojuzgarse. Un anónimo escribió la lujuriosa y satírica *Carajicomedia,* en la que se burlaba del desenfreno existente; Fernando de Rojas, un converso, en su inmortal *Celestina* aprovechó los amores de Calixto y Melibea para efectuar una sátira clerical y reflejar una sociedad lasciva, amoral y descreída; Antonio de Nebrija escribió la primera gramática; y otros autores, como Beatriz Galindo, *la Latina,* el cardenal Margarit, Juan de la Encina, Torres Naharro, Diego de San Pedro e historiadores como Hernando del Pulgar, Alonso de Palencia y mosén Diego de Valera, nos legaron excelentes trabajos. Los nobles, en su desmedido orgullo, demostraban sus poco reverentes ideas con la famosa cuarteta:

Antes que Dios fuese Dios y
los peñascos peñascos, los
Quirós eran Quirós y los
Velasco Velasco.

La arquitectura gótico-flamenca nos dejó verdaderas joyas, como las preciosas catedrales de León, Burgos, Toledo, Barcelona y Palma de Mallorca. Más tarde comenzaron a añadirse elementos decorativos, dando lugar

al estilo isabelino y luego al plateresco; muestras de ellos son la Universidad y la Casa de las Conchas de Salamanca, el Colegio de Santa Cruz en Valladolid, la catedral nueva de Salamanca y las de Granada y Málaga. La Edad Media había terminado.

Fin del reinado

La reina Isabel I murió en 1504, víctima de un cáncer, en Medina del Campo. Su fallecimiento originó una crisis institucional puesto que no existía unión política entre Castilla y Aragón. En su testamento designaba heredera a su hija Juana y en caso de incapacidad que gobernara en su nombre Fernando V. Las Cortes castellanas no estaban de acuerdo y al llegar Felipe I el Hermoso se aliaron con él. Según parece Felipe deseaba compartir el trono de España con su suegro; pero sus intenciones se vieron truncadas al casarse Fernando con Germana de Foix, sobrina de Luis XII de Francia. Juana la Loca empezó a dar síntomas de desequilibrio mental al comprobar la infidelidad de su marido y fue recluida en Tordesillas; según unos historiadores enloqueció de celos, pero según otros fue víctima de una trama política. El caso es que al morir Felipe I el Hermoso, Juana atravesó Castilla con el cadáver de su amado, evitando los conventos de monjas por celos. Aunque su reinado fue muy breve (1504-1506), Felipe I fue el primer rey de la Casa de Austria o de los Habsburgo.

Con la demencia de Juana y la muerte de Felipe I estuvo a punto de producirse otra guerra civil, pero gracias al arzobispo de Toledo, Francisco Jiménez de Cisneros, se encontró la solución aceptando que Fernando V el

Católico gobernara en Castilla en nombre de su hija Juana. Fernando V se dedicó a la política extenor, dejando los asuntos internos al arzobispo de Zaragoza para el reino de Aragón y a Cisneros para el reino de Castilla. En reconocimiento a su buen hacer, Cisneros fue nombrado cardenal.

Un trozo de Navarra permaneció del lado francés, regido nominalmente por un tal Enrique de Navarra o de Borbón, que así se llamaba su dinastía. Curiosamente, sus descendientes ocuparon los tronos de Francia hasta la Revolución y de España desde el siglo XVIII hasta hoy, salvo cortos periodos. A la muerte de Fernando (1516) quedó de regente el cardenal Cisneros hasta la llegada Carlos I. Cisneros procuró terminar con el libertinaje de conventos y monasterios, para lo cual nombró a una serie de reformadores, pero los resultados fueron escasos.

LA ESPADA, EL PENE Y LA CRUZ

LA LOTERÍA AMERICANA

Las carabelas de Colón camino de América.

Colón

Cristóbal Colón no era sólo un aventurero, sino también un experto marino, de posible origen genovés, que conocía las teorías sobre la redondez de la tierra e incluso los cálculos sobre su radio. Colón era indudablemente judío: su apellido y el cuidado en ocultar su origen, precisamente en el momento en que se efectuaba la expulsión de sus hermanos de etma, son factores que lo avalan.

Colón se dirigió primero a Portugal, pero una junta formada para estudiar su propuesta la rechazó por considerar equivocados sus cálculos. Luego ofreció su idea a Inglaterra, que no disponía de hombres ni de dinero pues acababa de sufrir la guerra civil conocida como la de «las dos Rosas». Más tarde se ofreció a Francia, que tampoco pudo aceptar porque se reponía de la Guerra de los Cien años.

Se dirigió entonces a España; en Granada los Reyes Católicos recibieron a Cristóbal Colón y, tras duras y difíciles negociaciones, el 17 de abril de 1492 firmaron las Capitulaciones de Santa Fe. Avalados por el prestigio de los hermanos Martín, Francisco y Vicente Alonso Pinzón, partieron, del puerto de Palos de Moguer, el 3 de agosto, en tres navios: la *Santa María,* una nao de gavia

de porte menor, y las carabelas la *Pinta* y la *Niña.* Embarcaron ciento veinte hombres al mando de Cristóbal Colón. Tras casi seis meses angustiosos llegan a la costa de una isla, la Española, creyendo que habían llegado a Asia, en especial a la India, por el oeste. Era el 12 de octubre de 1492.

Al mes siguiente vuelve a España siendo recibido por los reyes en Barcelona. En su segundo viaje a América fueron diecisiete navios con mil quinientos hombres. En el tercer viaje llegó a tierra firme, pero siguió sin comprender que era un nuevo continente. Tras su cuarto viaje muere en Valladolid, en 1506, triste y desengañado por tantas envidias y traiciones. Sin lugar a dudas, Cristóbal Colón fue un gran marino, obsesionado en llegar a la India por el oeste y murió convencido de haberlo logrado; también es cierto que no poseía dotes de gobernante, como demostró.

No se entiende la razón por la cual Fernando el Católico firmó en 1494 el Tratado de Tordesillas. El rey Juan II de Portugal sí que tenía razones para ello, pues suponía un extraordinario regalo para los lusos. El caso es que el Papa, presionado por los portugueses, trazó un meridiano arbitrario por el que Castilla cedía un enorme trozo de América, nada menos que Brasil. Todo hace pensar que Fernando no conocía la verdadera dimensión de esos territorios y los portugueses sí; encima, éstos tuvieron el sarcasmo de comentar que ese meridiano estaba trazado en el testamento de Adán. Un acto de ingenuidad política, de ignorancia o de ambas cosas, que se ha repetido demasiadas veces en nuestra historia.

El hallazgo, que no descubrimiento, pues se dio con algo sin buscarlo, del continente americano supuso para España y Portugal el gordo de la lotería. Un inmenso terri-

torio, plagado de riquezas, virgen y con unas civilizaciones originales y fascinantes, es ofrecido, de pronto, a unos pueblos pobres y hambrientos. Es lógico que se fueran allí toda clase de aventureros, aprovechados y sinvergüenzas, junto a verdaderos hombres de bien. La mayoría de los que fueron a América eran castellanos, extremeños, vascos, andaluces y portugueses. Es preciso reconocer que, invocando la civilización cristiana, tanto los Reyes Católicos y sus sucesores, como los papas, obispos, conquistadores y misioneros, fueron cómplices, encubridores y beneficiarios de un gigantesco genocidio disfrazado de misión evangeli-zadora.

Conquista

Como a todo aquel que le toca la lotería, si no sabe administrar bien sus nuevos bienes, la ruina está a la vuelta de la esquina. Esto es lo que pasó en nuestro país, pues las enormes riquezas que llegaban de América se dilapidaron en disparatadas guerras y actuaciones delirantes, como vamos a ver. Si los judíos no hubieran sido expulsados de España, la administración de esos bienes hubiera sido muy diferente, se habrían creado numerosas empresas y nuestra industria y comercio se habrían desarrollado y hoy seríamos un país de enorme poder económico y de paso lo hubieran sido las repúblicas hispanoamericanas. Una vez más se perdió la posibilidad de desarrollar el país con las inmensas riquezas de América, de la que se dejaron arrebatar hasta el nombre.

El imperio se extendía hasta límites insospechados. Las gestas de los españoles y portugueses fueron realmente sorprendentes, increíbles y gigantescas, un puñado

de hombres a pie, las más veces, se adentraron en tierras a las que aun con las técnicas modernas resulta difícil acceder, y conquistaron inmensos territorios, configurando una nueva estructura en las relaciones humanas, en la cultura, en el trabajo, en la política y hasta en el arte. Las causas de semejantes hazañas se debieron a vanos factores: los españoles y portugueses tenían un espíritu de conquista realmente extraordinario y una superioridad técnica indudable, con sus armas de fuego y sus caballos desconocidos por los indios; supieron aprovechar muy bien las rivalidades locales; existía la creencia, que también se supo explotar, de que llegarían unos semidioses por el este; por último, las enfermedades que llevaron hicieron estragos, pues no habían desarrollado las necesarias defensas contra ellas, por ello la población indígena padeció un grave descenso demográfico.

Los amerindios sufrieron una transformación radical en todos los aspectos, los conquistadores se apropiaron de las riquezas naturales, destruyeron sus milenarias culturas, esclavizaron a sus habitantes, les impusieron sus leyes, su organización social y política y hasta sus creencias y costumbres. Sin embargo, tanto españoles como portugueses se mezclaron con las amerindias; incluso para fomentar la unión de las razas se prohibió que fueran a América mujeres solteras hasta mediados de siglo XVI. Se puede decir que la colonización de América se hizo con la espada, el pene y la cruz, y además por ese orden.

Con el fin de liberar a los amerindios de la esclavitud se empezaron a enviar negros de África, dando lugar a una repugnante trata de esclavos, que enriqueció a muchos y causó más problemas que beneficios. Se ha imputado a los españoles la «trata de negros», pero la había

iniciado Enrique de Portugal, cincuenta años antes del hallazgo de América, enviando negros a Madeira y las Azores. Este tráfico inhumano fue aprobado por la Iglesia y, como se reveló un gran negocio, los ingleses fueron los que mejor supieron aprovecharse de él. En el siglo XVII se calcula que había unos trescientos mil esclavos negros, de los que también los amerindios hacían uso. Es curioso que, al llegar los primeros españoles a América, encontraron negros, los indios *saramacas,* que moraban en Guayana y Surinam.

Varios conquistadores y colonizadores escribieron sus experiencias y hazañas, siendo significativos los comentarios de Colón, Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Cabeza de Vaca, etc. La colonización pasó de la costa al interior, creándose numerosas ciudades. Los reyes no sufragaban los gastos de las colonizaciones y conquistas, se limitaban a firmar capitulaciones con particulares; éstos ponían el dinero, si fracasaban lo perdían y si tenían éxito el rey recibía un quinto de las ganancias, aparte de los tributos con que más tarde gravaran los nuevos territorios. En ciertas ocasiones, tanto Carlos I como Felipe II y Felipe IV recurrieron a la incautación de los metales preciosos de los particulares, indemnizándoles con juros, lo que les quitaba liquidez y a más de uno llevó a la ruina. Las cecas (casas donde se elaboraban las monedas) de España y de América acuñaron pesos de alta ley, provocando su contrabando.

La Iglesia, como siempre, se apresuró en no perder el tren y concedió carácter sagrado a la conquista y colonización de América, pues se trataba de «convertir» al catolicismo y llevar la «civilización cristiana» a los amerindios. El papa Alejandro VI concedió la cobertura legal redactando unas bulas, que regaló a los Reyes Católicos,

por las cuales se les reconocía como soberanos de todas las tierras descubiertas y por descubrir. Es decir, que sin la aprobación de la Iglesia no se podía conquistar «legalmente» un territorio, lo que resulta cuando menos sorprendente. América se incorporó oficialmente a la corona de Castilla en 1519.

El Estado pagaba el pasaje y manutención de los misioneros y fomentó y sostuvo cerca de trescientas misiones con cuatro mil curas. Justo es decirlo, algunos curas y frailes (más bien pocos) defendieron los derechos de los amerindios y estudiaron sus culturas, incluso lograron que no se les aplicase la Inquisición. Naturalmente, la Iglesia recibió importantes donaciones y privilegios, que incrementaron enormemente su riqueza y poder político. En siglo y medio ya contaban con cinco arzobispados, treinta obispados, numerosas «provincias» y una amplia red misionera con instituciones pedagógicas, benéficas, agrícolas e industriales. Ya se sabe, la Iglesia nunca se arriesga ni pierde.

Según unos, los españoles y portugueses llegaron a América, que debió de llamarse Colombia, para llevar la fe católica a los indígenas y se unieron a sus pobladores formando una nueva estirpe mezcla de sangre ibera e india. Para otros, lo único que les interesaba eran el oro y la plata, destruir sus civilizaciones y esclavizar a los indios. Es cierto que se cometieron toda clase de abusos contra los indígenas; pero los dominicos Pedro de Córdoba y, sobre todo, Antón Montesinos denunciaron valientemente, ya en 1511, la situación ante el propio almirante Diego Colón, y sostenían que los amerindios eran seres humanos y no podía ser esclavizados; sus denuncias provocaron las *Leyes de Burgos,* que trataron de remediar la situación. La conquista y colonización de América planteó problemas jurídicos, políticos, económicos y morales.

Francisco de Vitoria y Bartolomé de las Casas, junto a otros muchos defensores de la justicia, lucharon denodadamente por la liberación de los amerindios, considerándoles subditos y no esclavos, y consiguieron hacerse oír suscitando la promulgación de las *Leyes de Indias* (1542), verdadero modelo de ecuanimidad y justicia, que trató de evitar y de castigar toda clase de atropellos, incluso se prohibió el uso de la palabra «conquista»; aunque, todo hay que decirlo, sin mucho éxito. Carlos I creó el Real y Supremo Consejo de Indias (1524), máxima autoridad en todos los asuntos americanos; sus acuerdos formaron la *Recopilación de las leyes de los Reinos de Indias.*

A fines del siglo XVII se calcula que había en América ocho millones de indígenas, unos seiscientos mil blancos y otros tantos mestizos, unos trescientos mil mulatos y medio millón de negros. Era blanco o peninsular el emigrante español o portugués, llamaban *benemérito* al descendiente de conquistador, *encomendero* al que por concesión disponía de indios, *criollo* era el descendiente de españoles nacido en América, *mestizo* era la mezcla de blanco y amerindia, *mulato* el de blanco y negra y *lobo* el de negro y amerindia. Había otras muchas mezclas con nombres curiosos, pero de menor importancia. Los mestizos no tenían acceso a cargos públicos ni a privilegios, se tenían que refugiar en la milicia o en el clero o bien que sus hijos se casaran con criollas, porque a la tercera generación se les consideraba españoles. Es decir, de español y amerindia nace un mestizo, de español y mestiza nace un *castizo* y de español y castiza vuelve a ser español. Esto no ocurrió nunca en el mundo anglosajón. Hay que tener en cuenta que los mestizos, que suponían una cuarta parte de la población, se creían superiores a los amerindios, que eran aproximadamente la

mitad de los habitantes, y a los negros, pero a su vez eran despreciados por los criollos.

Con los conquistadores llegó la organización administrativa y política de la corte española. Los territorios se dividieron en dos virreinatos: Nueva España (1535), en México, y Perú (1542), en Lima, por eso ambas ciudades fueron durante años las más importantes. Las Audiencias administraban justicia asistidas por oidores. De forma independiente actuaba la Real Hacienda, responsable de la contabilidad y custodia del tesoro público. Los gobernadores regían determinadas jurisdicciones con atribuciones similares a las de los virreyes, pero bajo la autoridad de éstos (en algunos casos eran capitanes generales).

Se fundaron nuevas ciudades, trazadas según la solución urbanística española, o sea una gran plaza, donde se concentran los servicios, y calles rectas formando una red como en un tablero de ajedrez. Con el fin de proteger, educar y controlar a los amerindios se trasladaron las tribus a las ciudades, operación que recibió el nombre de *reducción*. En las nuevas ciudades se incrementaron el número de actividades, ya no era sólo agrícola, ganadera o minera, sino también comercial, administrativa, política y religiosa. Los ayuntamientos para regir las ciudades tenían a su frente regidores o alcaldes.

Imperio

En 1573 se promulgaron las *Nuevas Ordenanzas de Población y Descubrimientos,* que trataban de poner orden en los descubrimientos, de poblar los nuevos territorios y de ordenar la vida social y laboral. Curiosamente, los subditos de América, que tenían menos derechos legales, su-

frieron menos cargas que los de la metrópoli. A fines del siglo XVII los criollos ya ocupan altos cargos, sobre todo los que eran universitarios.

Como es lógico se impusieron los idiomas castellano y portugués. Se crearon numerosas escuelas y se fundaron las primeras universidades, en el siglo XVI las de Santo Domingo, México y Lima, en el siglo XVII las de Ménda, Bogotá, Córdoba, Santiago de Chile, Guatemala, Cuzco, Chuquisaca y Manila (ésta fue la primera en Oriente). La principal ciudad comercial era Cartagena de Indias y los puertos más importantes los de La Habana y Veracruz. La ciudad más industriosa fue Puebla y la más ganadera Córdoba. Se había traído de España la rueda, el caballo, el trigo, el olivo, la caña de azúcar y la vid; América exportó el maíz, la patata, el cacao y el tabaco, aparte de oro, plata y perlas. Las minas de plata se explotaron activamente, en especial las de Potosí en Perú. Hay que tener en cuenta que, dadas las dificultades de comunicación por la orografía y las impenetrables selvas, se impuso en gran parte la regionalización autárquica. La Casa de Contratación, con sede en Sevilla, controlaba todas las exportaciones de productos europeos y las importaciones de productos americanos, pues gozaba del monopolio en el comercio.

Se destinaron terrenos comunes para los vecinos y el resto se concedían a quienes se consideraban aptos para su explotación, concesiones que eran prerrogativa del virrey, siendo el origen de las haciendas, ranchos, estancias, etc., y constituyendo lo que se podría llamar la aristocracia de la tierra, cuyas propiedades se transmitían por mayorazgo. Hubo usurpaciones, cometidas principalmente por la Iglesia, que dieron lugar a latifundios, con grave perjuicio para los demás. La explotación de las minas se efectuó con las técnicas más avanzadas de la época; en su

entorno se crearon núcleos urbanísticos y se activó la agricultura y la ganadería. En su mayoría los mineros eran amerindios y recibían un salario que triplicaba o cuadruplicaba al agrícola.

Los comerciantes también se hicieron poderosos y junto a los terratenientes actuaban como caciques; supieron aprovechar que el Estado ponía a la venta los cargos, por la endémica falta de dinero, para adueñarse del mando en municipios y regiones; de esta forma una minoría anteponía sus propios intereses a los de la comunidad y sus abusos provocaron numerosas insurrecciones de los jornaleros, en especial cuando se producían malas cosechas por sequías o inundaciones, lo que provocaba períodos de hambruna. Los hacendados tenían sus casas principales en las ciudades, y de esta forma dominaban en ellas a través de sus cargos en los ayuntamientos y también en sus haciendas como verdaderos señores feudales.

Para protegerse de los piratas ingleses y holandeses, los convoyes tuvieron que ser escoltados por la llamada Armada de la Guarda, costeada por los comerciantes, y se efectuaron importantes obras de defensa en Cartagena de Indias, La Habana y otras plazas. Los piratas actuaban desde las islas Tortuga y Providencia y con frecuencia colaboraban con las flotas holandesas, francesas e inglesas capturando o hundiendo navios españoles. Poco podía hacer la armada española pues los ingleses nos aventajaban en artillería, diseño, mandos y dotación. Sin previa declaración de guerra, Inglaterra se apoderó de Granada, Antigua, Bahamas y Jamaica. Mientras los holandeses se adueñaban de Saba, San Eustaquio, Aruba, Bonaire y Curasao. Y los franceses, de Martinica y Guadalupe. Sin que los españoles tuvieran capacidad de respuesta.

La mayoría de los amerindios era pacíficos y cada vez

estaban más integrados, aunque también los había muy agresivos, sobre todo en México y Chile. En Paraguay, los guaraníes, enseñados por los jesuitas, se negaban a admitir más blancos que los misioneros, por lo cual se encontraron indefensos ante el empuje de las expediciones, *bandeiras,* de los portugueses.

Poco a poco el fraude fue en aumento, se escondía la plata y no se consignaba la carga real de mercancías, en el que tomaron parte no sólo los particulares sino también los oficiales de la armada en complicidad con la Casa de Contratación. La administración no tuvo más remedio que pactar con los defraudadores una cantidad determinada por flota y por mercancía. Como esto no era suficiente, se vendían los cargos de almirantes y generales e incluso se llegó a vender el cargo de virrey. Una palpable muestra de a qué grado de corrupción y decadencia se había llegado. Felipe V creó unas compañías monopolistas, al estilo de los holandeses e ingleses, destacando entre ellas la Compañía Guipuzcoana de Caracas, que comercializó el cacao de Venezuela.

El barroco se extendió por toda América pero con personalidad propia, lo que se reflejó en las iglesias y hasta en los trajes. Comenzaron a florecer escritores como sor Juana Inés de la Cruz, Ruiz de Alarcón, Bernardo de Balbuena, Hojeda y Juan Rodríguez.

En el siglo XVIII a las colonias americanas se las empieza a llamar «provincias» y las remesas, principalmente de plata, seguían siendo fundamentales para la economía española. La agricultura se basaba en dos formas de explotación: la estancia dirigida al comercio interior y la plantación que trabajaba para la exportación en numerosas haciendas que producían cacao, azúcar, algodón, café y tabaco para Europa. En 1761 se fundó la Real Fábrica

de Tabacos de La Habana y se estableció el monopolio en 1765. Se estima que a fines del siglo España controlaba unos ochenta millones de kilómetros cuadrados en América. Se crearon dos nuevos virreinatos: Nueva Granada (1739) y el del Río de la Plata (1776), lo que desarrolló poderosamente el puerto de Buenos Aires.

En 1765 el visitador general José de Gálvez introdujo en América el sistema de intendencias (que había conseguido buenos frutos en España) y el monopolio del tabaco, los licores y los naipes, reorganizó la administración, desarrolló la industria y el comercio, así como la Hacienda y castigó las injusticias. Cuando fue nombrado ministro de Indias proyectó un amplio plan de inteligentes reformas; todo ello produjo una gran expansión económica, aunque aumentó la presión fiscal. Sus ideas no se aplicaron correctamente y chocaron con una burguesía criolla, enriquecida con las exportaciones de café, azúcar, cacao, tabaco, etc., que comprobaba cómo los productos europeos eran más baratos que los que ofrecían los españoles; para tratar de paliar esta situación se decretó la libertad comercial, que no resolvió nada porque sólo beneficiaba a los españoles.

El geógrafo y matemático Antonio de Ulloa y el marino y científico Jorge Juan enviaron al gobierno central un informe, *Noticias secretas de América,* en el que señalaban las arbitrariedades que cometían tanto los funcionarios como los terratenientes y comerciantes. Por otro lado la rivalidad entre los criollos y los que llegaban de la península había dado lugar a crear la *alternativa,* por la cual se establecían turnos para la provisión de cargos. Los criollos se sentían discriminados, pues los altos cargos seguían llegando de la metrópoli; no se sentían independentistas, deseaban ser vasallos fieles en las mismas condiciones que los de España.

A fines del siglo XVIII la población de Iberoamérica era de unos dieciocho millones, muy irregularmente repartida; dominaban los criollos, seguidos de los mestizos. Los amerindios continuaron siendo explotados mediante los impuestos (del rey y de la Iglesia), los repartimientos (que eran unas ventas impuestas) y los trabajos forzosos. De forma que se fue creando una conciencia revolucionaria que llevó a la idea de emancipación y más tarde a la de independencia. La mentalidad colonial la conservaban los burócratas, los terratenientes, los militares y la jerarquía eclesiástica; la mentalidad emancipadora la compartían los criollos, los burgueses y los eclesiásticos, que siempre están en los dos bandos, por si acaso. Los amerindios y los negros, en general se dejaban arrastrar.

Se produjeron rebeliones, especialmente la de Tupac Amaru, que se declaró Inca del Perú y arrastró a miles de indios, pero fue detenido y ejecutado (1781); siguió la lucha Tupac Katari hasta que fue derrotado tras sangrientas batallas. Se produjeron varias sublevaciones, una protagonizada por criollos en Nueva Granada, otra de mestizos en Cochabamba, otra de mulatos en Guayaquil, etc., todas ellas daban muestra del descontento de la sociedad colonial y de los deseos de autonomía, aunque aún no de independencia.

Las ideas de la Ilustración habían llegado a América de la mano de los competentes funcionarios españoles del plan Gálvez, que consiguieron reactivar la economía y mejorar la calidad de la enseñanza. Los motines de 1780 hicieron disminuir el ritmo de mejoras, aunque de todas formas en 1788 el comercio con España se había conseguido triplicar, claro que beneficiando principalmente a la metrópoli, causando descontento entre los criollos por partida doble: económica y socialmente. Además se hizo

necesario, para defenderse de las grandes potencias, crear plazas fuertes en La Habana, Cartagena de Indias, Acapulco, El Callao, Guayaquil, Buenos Aires, Montevideo, formar un ejército capaz de hacer frente a las amenazas y una marina competente, lo que suponía mayores impuestos. Esta situación fue el caldo de cultivo para fraguar el movimiento independentista.

España y Francia apoyaron la independencia de Estados Unidos y por el Tratado de Versalles (1783) España recuperó Menorca, Florida y Luisiana. El conde de Aranda se percató de que la ayuda a la independencia de Estados Unidos era un grave error, pues sería imitada por los territorios del sur, y propuso dividir las posesiones españolas en tres remos independientes: México, Perú y Tierra Firme, que reconocieran al rey de España como emperador, con un trato de igualdad y unos lazos económico-comerciales. España se quedaba sólo con Cuba y Puerto Rico. No consiguió llevar a cabo sus positivas ideas, quizá demasiado tardías.

Por aquella época, la metrópoli financió diversas expediciones, como la de Malaspina, para investigar la naturaleza y recursos de América, causando admiración sus enormes riquezas. Los emprendedores catalanes comenzaron a exportar sus productos textiles a los territorios americanos.

Emancipación

A principios del siglo XIX, mientras el pueblo español luchaba valerosamente contra Napoleón, los hispanoamericanos aprovecharon para emanciparse. En las principales ciudades se formaron juntas revolucionarias que acataban

a Fernando VII, pero pronto se dieron los primeros «gritos» de independencia que se fueron extendiendo por toda Hispanoamérica. El ejemplo de Estados Unidos, la falta de atención de la metrópoli y la colaboración de la Iglesia dieron auge y fuerza al movimiento independentista. En realidad no fue un movimiento popular, un movimiento de amerindios hartos de ser explotados, sino de unos cabecillas criollos y españoles, que no se resignaban a ser tratados como inferiores por los gobiernos de «la madre patria» y por los gobernadores que se les enviaba. Por otra parte las trabas al libre comercio desesperaban a los negociantes. La vuelta al poder del absolutista Fernando VII empeoró la situación porque se decidió por la represión militar y el terror. Muy pronto los aborígenes, secundados por curas, siempre atentos a ponerse del lado ganador, y por oficiales y veteranos de la guerra de Independencia española, perseguidos por el rey absolutista, se unieron a las tropas de los jefes criollos. Deseaban una libertad que en España se había, una vez más, erradicado. Mientras tanto, Inglaterra, aliada de España contra Napoleón, ayudaba todo lo que podía a los mdependentistas suramericanos.

En 1810 el cura Hidalgo fracasó en pretender la independencia de México, en 1814 Morelos lo vuelve a intentar, pero ambos fueron ejecutados; en 1818 interviene el guerrillero español Mina; en 1822 Itúrbide se declara emperador, pero al año siguiente abdica y se proclama la República Federal de México. En 1817, gracias a las acciones del general José de San Martín, se independiza Chile. Más tarde Bolívar, llamado y aclamado como *el Libertador,* consigue formar la Gran Colombia y se une en Guayaquil con San Martín. En 1823 Sucre libera Bolivia y Perú. La batalla de Ayacucho (1824) supuso la pérdida definitiva de América. España tuvo que reconocer como

repúblicas independientes a México en 1836, a Ecuador en 1841, a Chile en 1844, a Venezuela en 1845, a Bolivia en 1847, a Argentina en 1854, a Uruguay en 1870 y a Paraguay en 1880. Del antiguo imperio español sólo quedaban Cuba, Puerto Rico y las islas Filipinas.

Desde 1868 se movía un grupo que pretendía la independencia de Cuba y que fue considerado sin importancia, pero al final la sublevación fue general. Tras diez terribles años de sangre y destrucción, el general Martínez Campos impuso la paz (1878) con la promesa de una serie de reformas, incluido el autogobierno. Pero los grandes potentados españoles se negaron a apoyar las reformas y a abolir la esclavitud por miedo a perder sus enormes privilegios; con su habitual ceguera lo único que consiguieron fue perderlo todo. En 1895 la revolución, capitaneada por el libertador José Martí y apoyada por Estados Unidos, que considera a Cuba dentro de su esfera de influencia, se alzó en armas por la independencia. Se envió al general Weyler con un fuerte ejército, pero Estados Unidos, impulsado por los negociantes y la opinión pública y haciendo gala de un cinismo criminal, hundió el *Maine,* acusando del hecho a España para poder declararle la guerra. El almirante Cervera era consciente de la inferioridad de la armada española frente a la americana en todos los aspectos y sabía que iban al desastre; a pesar de ello dio la orden de zarpar de Santiago de Cuba, saliendo los barcos de uno en uno, con lo que sirvieron de blanco a los cañones de la armada yanqui, de mucho mayor alcance que los nuestros. ¡La incompetencia e improvisación de siempre! De esta forma, en 1898, se perdió Cuba, Puerto Rico, que no había tenido ningún movimiento de independencia, y Filipinas. Al año siguiente se vendieron a Alemania los archipiélagos de Palaos y de las Caro-

linas. España, sin imperio, se encerró en sí misma y buscó afanosamente una razón de existir. Por aquella época el periodista Manuel del Palacio, al ser destituido por el general Valeriano Weyler, le dedicó el siguiente poema burlesco:

Le llaman grande y es chico,
fue ministro porque sí, y en
cuatro meses y pico perdió a
Cuba, a Puerto Rico, a
Filipinas y a mí.

No todo fue bien para los nuevos países de América. La heredada inclinación por los reinos de taifas disgregó muchos estados que lógicamente deberían estar unidos; si a esto sumamos la inestabilidad política, producto de las ambiciones de los políticos de turno y de los caciques, el resultado fue caer en manos de un nuevo colonialismo, el de Estados Unidos, que aún perdura, aunque cada vez hay más movimientos de liberación del yugo yanqui. Pero todo eso no quita para que España, con razón, tenga muy mala prensa entre los hispanoamericanos.

La verdad es que Hispanoamérica recibió una pobre herencia política de la «madre patria», aunque en lo cultural fue muy rica. Entre otras cosas recibió escuelas y universidades, pero también heredó un riguroso y anacrónico sistema de clases, ninguna experiencia en autogobierno, la imposición de una Iglesia rica, poderosa e intolerante, una tendencia a la disociación, y un orgullo sin fundamento.

¡Esperemos que algún día nos perdonen los males que les ocasionamos y sepan apreciar los bienes!

COMUNEROS, REFORMA Y CONTRARREFORMA

CARLOS I Y EL IMPERIO

CARLOS I; CAMPEON DE LA ESPADA Y DE LA CRUZ.

Limpieza de sangre

Francisco Jiménez de Cisneros (1436-1517) fue cardenal-arzobispo de Toledo, inquisidor general, confesor de la reina Isabel y fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, y murió en 1517 sin haberse entrevistado con el rey Carlos I. Haciendo caso omiso de los tratados firmados con los moros granadinos y apoyado por la ambición de los nobles obligó a los musulmanes (1502) a bautizarse, provocando una rebelión, que fue sangrientamente reprimida, impulsándole a extender la orden por toda Castilla. De esta manera desaparecieron los mudejares castellanos siendo sustituidos por los moriscos, nombre con el que se conocía a los moros teóricamente convertidos al cristianismo. En el reino de Aragón se salvaron de momento hasta que Carlos I impuso su bautismo. De todas formas y como escribió Cervantes: «los moriscos pocas o ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos».

Una vez más, la intolerancia frustró la continuidad de una convivencia entre las tres religiones monoteístas que tantos beneficios culturales había proporcionado. Con frecuencia los antecedentes étnicos y religiosos se entremezclaban con la situación económica y social, lo que hacía muy difícil clasificar a la sociedad en estratos diferen-

tes. Los hidalgos no podían labrar la tierra como los moriscos, pero tampoco podían dedicarse a la ciencia o al comercio como hacían los judíos. El resultado fue una España mísera, atrasada, intransigente, pero eso sí, por encima de todo, con «limpieza de sangre», con «honra» y con «valor»... y con hambre. Lo que llevó a un desmedido y ridículo orgullo, como quedó constancia en la literatura de la época. Resulta cuando menos extravagante la manía de la «limpieza de sangre» en un pueblo que ha sufrido invasiones de todo tipo y color, como hemos visto. Decía muy acertadamente Francisco de Quevedo: «Tres cosas son las que hacen ridículos a los hombres: la primera, la nobleza; la segunda, la honra; la tercera, la valentía.»

Carlos I

Carlos había nacido y había sido educado en Gante; al morir su abuelo Fernando se autoproclamó rey de Castilla y Aragón. No tenía derecho a ello, en todo caso podría ser gobernador en nombre de su madre Juana, por lo que fue un auténtico golpe de Estado que causó un hondo malestar; además suponía la coexistencia de dos gobiernos, uno en Castilla regido por Cisneros y otro en Flandes con Carlos I. Ante tan irregular situación se reunieron las Cortes en Burgos y decidieron hacerse cargo del gobierno, pero no hubo lugar porque Carlos avisó de su llegada a España. De entrada (1517) provocó la desconfianza de todos, pues vino rodeado de numerosos flamencos y no sabía ni el idioma, ni las leyes, ni las costumbres de los españoles. Su actitud autoritaria, la distribución de cargos, prebendas y riquezas entre su séquito flamenco y la solicitud de subsidios para tratar de conseguir la corona

del Imperio alemán, provocaron las quejas de las Cortes, que le exigieron prescindir de su corte flamenca, que no viajara fuera de la península y que respetara los fueros y costumbres.

Estando en Barcelona le llegó la nueva de haber sido elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, por la muerte de su abuelo Maximiliano. Como necesitaba dinero trató de subir el impuesto de las alcabalas (parecido al IVA), pero las Cortes, reunidas en Santiago, se opusieron; dos semanas más tarde y mediante sobornos consiguió la aprobación de la Cortes reunidas en La Coruña. Entonces embarcó para Flandes y dejó como virrey al cardenal Adriano de Utrecht, su preceptor flamenco y futuro papa Adriano VI.

Castilla era más democrática debido a la necesidad de repoblar los territorios que se iban conquistando, de forma que se fue incrementando tanto el número de hombres jurídica y económicamente libres como el de la pequeña nobleza. En los municipios castellanos se llegó a anular el poder de los nobles. Las Cortes castellanas exigieron al rey un pacto por el que se comprometían a obedecerle y a aportar los fondos necesarios para gobernar, pero a cambio el rey debería someterse a las leyes y proteger los intereses del reino. Si ese pacto no se cumplía el rey perdía legitimidad y se transformaba en tirano. Pertenecer a las Cortes era un privilegio de ciertas ciudades, sólo dieciocho gozaban de voz y voto.

Ante la actitud de Carlos los disturbios se fueron haciendo cada vez más importantes y extensos. Adriano de Utrecht, incapaz de sofocar la rebelión, incendió Medina del Campo dando lugar a que se alzaran en armas los Comuneros, principalmente en ambas Castillas, exigiendo el acatamiento del rey a las Cortes; sólo Burgos dejó de

sumarse al movimiento debido a las concesiones de que gozaban los comerciantes de lana. Varios clérigos apoyaron a los comuneros al sentirse marginados de los cargos por los flamencos y por temor a que éstos hicieran desaparecer la Inquisición. Uno de los más relevantes fue Antonio Acuña, obispo de Zamora, propuesto para la sede de Toledo, pero rechazado por el Papa.

Los comuneros

Los comuneros fueron verdaderos revolucionarios para su época, aunque prematuros. No cabe duda de que tenían ansias democráticas, deseaban que la asamblea de representantes, elegidos popularmente, discutieran todos los asuntos, aprobándolos o rechazándolos, y exigían la participación directa en los asuntos de gobierno. La última palabra debería pertenecer a la Comunidad, representada por la Junta General, o Santa Junta, elegida democráticamente. Es decir, deseaban que el reino mandase sobre el rey y no el rey sobre el reino. Los comuneros querían librarse del despotismo real, del gobierno de favoritos e incompetentes, del predominio de los nobles, y asimismo implantar un gobierno para todos, en el que también estuvieran las clases medias y los trabajadores, y una justicia y unos impuestos sin privilegios de ninguna clase.

Los documentos comuneros están plagados de sensatez y sentido común, con planes de buen gobierno y de reformas de la administración. Algunos de sus escritos son verdaderos manifiestos revolucionarios, proponen cambios en el orden sucesorio, la reforma de los señoríos, la desamortización de los bienes de la Iglesia, la libertad del individuo, la designación de funcionarios, la inspec-

ción y control de servicios y de gastos, etc. En algunos documentos se pedía que los representantes no obtuvieran mercedes de ningún tipo y que pudieran reunirse sin ser convocados por el rey. En Tordesillas, reunida la Santa Junta, se llegó a discutir un proyecto de Constitución, a la que llamaron Ordenanzas.

Al frente de la tropas comuneras, Juan de Padilla entró en Tordesillas y solicitó a Juana la Loca que se proclamara reina de los sublevados, pero no lo consiguió. Los comuneros sobrevaloraron sus fuerzas y no supieron aprovecharse de la debilidad del gobierno; además la nobleza, temiendo las ideas igualitarias de los rebeldes, se pasó con armas y bagajes a las tropas reales. El cardenal Adriano aplastó la rebelión comunera en Villalar, el 23 de abril de 1521, y ejecutó a sus cabecillas: Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado. Cuatro días más tarde, las tropas imperiales hicieron su entrada en Valladolid con gran pompa, pero el pueblo no salió a la calle a recibirles, ni siquiera abrieron las ventanas. La viuda de Padilla, María Pacheco, resistió en Toledo un año más. El rey Carlos I, al regresar a España, concedió la amnistía general, menos a trescientas personas, a las que habría que añadir los que ya habían sido ejecutados.

En acertado comentario de Ernesto Escapa, refiriéndose a la celebración anual del hecho: «A Villalar convoca el triunfo de la primavera para apostar por la fecundidad de unos ideales vigentes más allá de la derrota... no hay imágenes que adorar, ni agua bendita que llevarse a la frente, ni cuevas mágicas en las que orar, ni lujosos baldaquinos ante los que postrarse, sino el surco abierto por la historia para recibir nueva semilla de libertad.»

La derrota de los comuneros supuso el fin de Castilla, su ruina económica y social, y sus habitantes pasaron a

ser de nuevo vasallos. Las Cortes se convirtieron en una asamblea sin poderes, que no representaban en realidad a nadie, pues eran elegidos por el rey, y se limitaban a votar los impuestos directos, solicitados por la Corona, y a presentar sus peticiones. Pero los reyes siempre se imponían pues, además, se valían de los impuestos indirectos y sólo convocaba a las Cortes en casos muy especiales. Resumiendo: el rey quedaba como el único depositario de la soberanía y del poder del Estado; a partir de entonces la política de los reyes y las necesidades y deseos de los ciudadanos siguieron caminos diferentes, cuando no divergentes.

Parálisis

Castilla fue la principal víctima de las disparatadas ideas imperiales de los Habsburgo, pues ya no era posible ponerles freno; la nación, en especial Castilla, se tenía que limitar a derramar su sangre y a financiar unas aventuras imperiales que no sólo no la beneficiaban, sino que la perjudicaban gravemente. Sin duda se produjo una parálisis en el camino hacia la democracia y se afianzó la unión entre el trono y la Iglesia; la libertad política había desaparecido. Asimismo quedó patente que la mal llamada nobleza no está nunca dispuesta a sacrificar sus privilegios por el bien común; así ha seguido y sigue. Prácticamente se implantó la monarquía absolutista, que duró muchos siglos, enterrando al mismo tiempo el feudalismo medieval y las nacientes ideas democráticas.

En Levante los nobles, huyendo de la peste de 1519, se habían retirado en sus haciendas dejando sin medios a los plebeyos para combatir la epidemia y sin armas para defen-

derse de los piratas. Ante estos hechos los comerciantes y artesanos de Valencia se alzaron contra el abuso de los señores, los impuestos y las limitaciones y tomaron la ciudad, fue el movimiento conocido como las Germanías. Esta insurrección se extendió rápidamente por Castellón, Elche, Mallorca, Játiva, etc. Los rebeldes asaltaron palacios y desataron su furia contra los mudejares, por su actitud servil y resignada. Las tropas enviadas por la Corona fueron rechazadas, pero aquí también la nobleza, unida al clero, se unió a las tropas reales y sofocaron sangrientamente la revuelta. Estos sucesos motivaron que, en 1525, se declarara ilegal la religión musulmana.

Todos estos sucesos demostraron que el Estado era muy débil, que fue la nobleza la que salvó a la Corona, que la burguesía no contaba para nada y que los comuneros y las germanías actuaron cada uno por su cuenta; si se hubieran unido posiblemente las cosas habrían terminado de manera bien diferente.

Guerras y más guerras

Castilla se lanzó al Atlántico con la conquista de América. Mientras Aragón seguía con su política mediterránea arrastrando al país hacia Europa y sus correspondientes guerras. Las tropas españolas, aguerridas en la reconquista y comandadas por el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, eran temidas en toda Europa. Las luchas contra Francia, por el dominio del Mediterráneo y de Italia, fueron constantes, con victorias y derrotas. En Pavía son derrotados los franceses y su rey, Francisco I, hecho prisionero, pero una vez liberado continuó sus batallas, hasta que el papa, Clemente VII, coronó emperador a

Carlos I y se firmó la paz de Cambray (1529) por la que Francisco I renunciaba a Ñapóles, Milán y Genova y Carlos I a Borgoña.

Carlos se convirtió en el emperador Carlos I de España y V de Alemania, reinando en España, Alemania, Austria, los Países Bajos, Rosellón, Cerdaña, Sicilia, Ñapóles, Milán, Genova y gran parte de América. Indudablemente Carlos no tenía el mismo poder en todos sus territorios, en unos predominaba su autoridad, mientras que en otros estaba limitada y en algunos tenía que compartirla. Durante su mandato, que duró cuarenta años, sólo estuvo en España dieciséis años, y se metió en constantes guerras, que sólo sirvieron para arruinar el país, especialmente a Castilla. También tuvo que defender a Europa de los turcos, que habían conquistado Budapest y estaban a las puertas de Viena, cuyo cerco fue levantado en 1532. A pesar de ello Solimán el Magnífico, con la flota más poderosa del Mediterráneo, amenazaba peligrosamente a Europa.

El dominio de Italia produjo dos hechos importantes. Por un lado impuso el desarrollo de una política que englobara todo el Mediterráneo mediante las bodas de los infantes con las principales casas europeas. Por otro lado introdujo en España las innovadoras ideas renacentistas, ayudadas por el descubrimiento de la imprenta. El desarrollo de las humanidades y de las enseñanzas grecolatinas se extendió por nuestras universidades; en Alcalá de Henares el cardenal Cisneros había impulsado la edición de la *Biblia Políglota Complutense;* Antonio de Lebrija editó la primera gramática de la lengua castellana; Juan Valdés escribió *Diálogos;* Jorge Manrique publicaba las *Coplas* a la muerte de su padre; Fernando de Rojas escribió *La Celestina* y Garcilaso de la Vega sus excelsos poe-

mas. El idioma castellano se hizo internacional expandiéndose por todo el orbe. El emperador encargó la construcción del palacio de La Alhambra, el Alcázar de Toledo y la Universidad de Alcalá de Henares, todas ellas muestras del estilo renacentista que imperaba.

Por esa época se pusieron de moda los libros de caballerías, lo que supuso todo un síntoma de regresión, ya que exaltaban valores vetustos ya superados y, por otra parte, indicaba que la sociedad huía de la realidad del momento para refugiarse en un pasado idealizado. Por si fuera poco y en contra de las corrientes europeas, aparecieron una serie de autores que trataban de lo divino, una muestra palpable de la deformación producida por la enseñanza religiosa. La sociedad española se encerró en sí misma y vivía totalmente de espaldas al mundo.

Aquella España

España llegó a ser el primer imperio universal de la historia con Carlos I, quien, para lograr la fidelidad de la aristocracia, otorgó el pomposo título de *Grande de España* a un par de docenas de nobles, concediéndoles una sene de privilegios sociales, protocolarios y jurídicos a la par que les reservaba los puestos más importantes, como virreyes, embajadores, generales, almirantes y obispos.

El 80 por ciento de la población se concentraba en Castilla, la población total de España era de unos ocho millones de habitantes, con una densidad media de 17 habitantes por kilómetro cuadrado, inferior a la media europea. La mayoría vivía del campo, con una producción limitada, por escaso desarrollo técnico (mal ancestral del país), de cereales, aceite y vino. El regadío se limitaba a

pequeñas vegas y a las huertas valencianas y murcianas. La ganadería, de ovino, vacuno y porcino, era estable o trashumante; ésta era casi exclusivamente ovina y adquirió gran poder e importancia, que se concretó en el Honrado Concejo de la Mesta, compuesto por «hermanos» y que contaba con cuatro cabanas principales: León, Segovia, Soria y Cuenca; disponían de cañadas, para el paso del ganado, y gozaban de varios privilegios; para el Estado suponía una importante fuente de ingresos, tanto por la lana como por el derecho de montazgo.

La artesanía era una industria importante, los artesanos se agrupaban en gremios que controlaban la producción, imponían una calidad, evitaban la competencia y comercializaban los artículos, pero dificultaban las innovaciones técnicas. La industria textil, sobre todo la de Segovia, gozaba de merecida fama, pero tenía que competir, siempre con desventaja, por las importaciones de los paños de Flandes, pues había que tener contentos a los flamencos. Las minas eran privilegio de la Corona. Las ferrerías se desarrollaron en Vascongadas, Navarra y Cataluña.

Debido a la accidentada orografía y a las condiciones políticas, existía una cierta tendencia a la autarquía, la red de caminos era muy deficiente y existían aduanas entre los diferentes reinos. Las ferias de Medina del Campo, Medina de Rioseco y Villalón regulaban el comercio interior, basado en la exportación de lana, géneros de América y la importación de productos elaborados. Las remesas de oro y plata del nuevo continente facilitaban la compra de bienes extranjeros, en detrimento de la industria nacional y de la balanza de pagos. Esta situación era aprovechada por los banqueros alemanes y genoveses para enriquecerse. Por si fuera poco, los potentados, la Iglesia entre ellos, sólo invertían en tierras y rentas, aban-

donando las actividades productoras y creadoras de riqueza. Una vez más España perdía la posibilidad de desarrollarse y enriquecerse.

En 1503 se concentró en Sevilla el comercio con América al instalarse en ella la Casa de Contratación. Ni a los Reyes Católicos ni a ninguno de los Habsburgo se les ocurrió la idea de crear un banco que recibiera los ingresos, de las remesas de oro y plata de América y de los impuestos, y efectuara los movimientos de fondos necesarios. Tuvieron que recurrir a los banqueros foráneos, que se enriquecieron cobrando altas comisiones, que, en los casos de apuro, por desgracia demasiado frecuentes, les llegaron a producir beneficios del cincuenta por ciento. España, cabeza del mayor imperio conocido, donde en sus posesiones «no se ponía el sol», era en realidad una colonia económica de los países europeos. Es indudable que si los judíos no hubieran sido expulsados esto no habría sucedido.

La Reforma

El papa Adriano VI concedió a Carlos I el derecho perpetuo de patronato, facultándole para la elección de obispos; sin embargo, esto ha sido siempre motivo de no pocos roces entre los reyes españoles y el Vaticano. En un momento determinado Carlos I no dudó en ordenar el saqueo de Roma por la tropas imperiales, causando escándalo en toda la cristiandad, especialmente por la violencia y crueldad con que persiguieron a los clérigos y monjas (el anticlericalismo del español se hace patente en cuanto puede). La jerarquía eclesiástica apoyaba al emperador a cambio de altas rentas y numerosos privilegios,

entre otros estar en el centro de las decisiones políticas. Con el fin de tratar de ocultar la megalomanía de Carlos y sus propios intereses, extendieron la idea de que España era el pueblo elegido por Dios para combatir a los herejes, ¡qué hipócritas!

La corrupción eclesiástica y el anticlericalismo y falso cristianismo de los españoles fueron temas tratados, no sin problemas, por varios escritores, como Alfonso de Valdés en *Diálogos,* Cristóbal de Villalón en *El Crotalón,* Miguel Servet en *Christianismi restitutio,* Francisco Delicado en *La lozana andaluza,* fray Cristóbal de Castillejo en *Diálogo de mujeres,* Carvajal y Hurtado de Mendoza en *Las cortes de la muerte,* Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache,* el anónimo *Lazarillo de Tormes* y el incomparable Francisco de Quevedo en *La vida del Buscón.*

El sacerdote inglés John Wiclef (siglo XIV) ya había predicado la necesidad de una vuelta a la pobreza y pureza primitivas, además negaba valor a la misa, a la penitencia y a las indulgencias. Sus ideas se fueron extendiendo y en Praga Juan Huss (1369-1415) las apoyó en la universidad. La falta de ética y de comportamiento de los obispos, el libertinaje en conventos y monasterios y el escandaloso comercio de la bulas alimentaron los reproches del fraile agustino Martín Lutero (1483-1546). Poco después las protestas se extendieron a temas teológicos, como considerar la misa una conmemoración; suprimir las indulgencias, las peregrinaciones, la adoración de imágenes, el culto a la Virgen y a los santos y el purgatorio, por considerarlos invenciones de la Iglesia para ganar dinero. También proponía una profunda reforma del clero, supresión del celibato obligatorio y una Iglesia sin riquezas y separada del poder; como remate, que la Biblia podía

estudiarse e interpretarse directamente, sin las directrices eclesiásticas. Muchas de sus ideas se correspondían con las de Erasmo, por lo que Roma estaba convencida de que colaboraban.

Erasmo de Rotterdam (1467-1536) proponía un culto más sobrio, sin tanta parafernalia, y un cristianismo interior, atacaba el poder temporal de los papas, negaba el poder de los curas para perdonar los pecados, discutía el valor de los sacramentos (salvo el bautismo y la comunión), desenmascaraba la falsedad y la corrupción clerical y exigía una reforma; tesis que estaban muy próximas a las ideas protestantes. En España eran erasmistas Juan Luis Vives, Alonso Manrique (hermano del poeta), Alfonso de Fonseca y Juan Valdés. Existía otra corriente formada por los iluministas o «alumbrados con las tinieblas de Satanás», que creían más en la fe que en las obras, admitían la lectura e interpretación de la Biblia, negaban la voluntad propia, predicaban el abandono en manos de Dios, a quien había que llegar por amor, y propugnaban un cristianismo interno sin culto ni sacramentos ni penitencias; ideas muy próximas a las protestantes.

En Suiza el sacerdote Ulrico Zwinglio (1484-1531) condenó la práctica de las indulgencias, el ayuno, el celibato y la autoridad del Papa. En Francia Juan Calvmo (1509-1564) fue aún más intransigente y dogmático. En Inglaterra el rey Enrique VIII, al no conseguir la anulación de su matrimonio con Catalina de Aragón, para poder casarse con Ana Bolena, negó la autoridad del Papa y se proclamó jefe de la Iglesia de Inglaterra sin modificaciones doctrinales, es decir, creó una Iglesia nacional cristiana; el arzobispo de Canterbury legalizando la anulación del matrimonio y la boda de Enrique con Ana supuso la definitiva separación de la Iglesia anglicana; los que se negaron a re-

conocer al rey como jefe de la Iglesia fueron ejecutados, como Tomás Moro y John Fisher.

La herejía de Martín Lutero (1483-1546), conocida como Reforma, fue una verdadera revolución religiosa y política; entre otras cosas sirvió para que, apoyándose en ella, los príncipes germanos lucharan por su independencia, creando la Liga de Smalkalda. Carlos V trató de salvar la unidad religiosa, aunque por la fuerza, pero ni los papas parecían interesarse. El año 1547, en Mühlberg, fueron derrotados los protestantes, pero fue una victoria pírrica porque muy pronto ganaron éstos y se consolidó la división religiosa y política de Europa. Es indudable que la cristiandad quedó rota con la Reforma y supuso el principio del cambio de hegemonía de los países católicos a los países protestantes.

Las ideas protestantes, amparadas por la ambición de unos y el incipiente nacionalismo de otros, se extendieron rápidamente por Europa. Por la paz de Augsburgo se decidió que cada Estado tendría la misma religión que su príncipe: *uius regio, eius religio.* Solución salomónica, pero nada justa, pues consagraba la libertad religiosa para los monarcas y la intolerancia religiosa para los ciudadanos. La persecución de los disconformes fue igual de feroz en el lado católico que en el protestante; han sido famosos los casos de Miguel Servet, enviado a la hoguera por Calvino, María Tudor, que mandó asesinar a muchos protestantes, con tal saña que fue llamada *Bloody Mary* (María la Sangrienta), o Isabel de Inglaterra, que hizo lo mismo con católicos. El papa Gregorio XIII celebró los asesinatos de calvinistas en Francia emitiendo monedas conmemorativas.

En los países donde prosperaron las nuevas ideas se produjeron varios efectos destacados. Las ideas protes-

tantes suponían, en gran parte, lo que podríamos llamar una nacionalización del cristianismo; este hecho reforzaba enormemente la cohesión, el patriotismo y las características de cada país, siendo especialmente importante en Inglaterra con Enrique VIII. Al suprimir el celibato obligatorio los sacerdotes protestantes no tienen la obsesión sexual de los curas católicos y pueden hablar con conocimiento de causa. Por otra parte, el poder interpretar los llamados textos sagrados, sin someterse a las rígidas normas vaticanas, permitió extender ampliamente el campo de pensamiento fructificando con la aparición de eminentes filósofos. También hay que destacar que el protestante confía más en su trabajo y esfuerzo que en la providencia divina, que siempre llega tarde y mal, originando el desarrollo y riqueza de sus respectivos países.

Contrarreforma

Mientras tanto en España todas estas ideas provocaron la intervención de la Inquisición para erradicarlas. Curiosamente, la Inquisición iba a ser suprimida, porque había cumplido el objetivo de exterminar a los falsos conversos; pero las prebendas eran importantes y muchos vivían de ellas, en especial los dominicos, no se podían perder sin más; por tanto había que buscar nuevas víctimas y no les resultó difícil encontrarlas: los moriscos, los curas acusados de solicitaciones (durante la confesión), los culpables de proposiciones (cristianos «mal enseñados» que no consideraban pecado ciertos actos), los homosexuales, los bigamos, los que faltaban a la moral, y una mina nueva: los protestantes, los erasmistas y los iluministas. La Inquisición tenía una larga vida por delante.

La reacción de la Iglesia, conocida como Contrarreforma, se plasmó en el Concilio de Trento (1545), que no sólo no consiguió atraer a los protestantes sino que, debido en gran parte a su postura intransigente, los alejó aún más, provocando una serie de guerras de religión. Una vez más la Iglesia sometió la razón a la supuesta revelación divina. En ese concilio destacaron los jesuitas, una nueva orden fundada por Ignacio de Loyola, que por cierto se llamaba en realidad Iñigo López de Recalde, un guipuzcoano educado en Arévalo.

Carlos I de España y V de Alemania, enfermo de gota, cansado de tantas guerras y del fracaso de sus ideas, se retiró al monasterio de Yuste. El Sacro Imperio Germánico quedaba en manos de su hermano Fernando. Su hijo, Felipe II, heredó el resto de las inmensas posesiones.

TERCIOS, TERROR Y MANOS MUERTAS

. FELIPE II

Feline II.

El enfermo

Felipe II fue un enfermo, no sólo físico sino también mental; montó una compleja burocracia que le permitía, nominalmente, controlar la administración y la ideología de sus colaboradores y fue más defensor de la fe católica que rey de España. Se creía un elegido por Dios para defender la cristiandad, al extremo de que, en muchas ocasiones, fue «más papista que el papa» (posiblemente de esa actitud proviene la frase) y se entregó plenamente a la defensa de la cristiandad. Lo peor fue que su enfermiza mentalidad impregnó a gran parte de la sociedad, construyendo una España aislada, triste, adusta, pobre, siniestra y tenebrosa, en la que siempre se vestía de luto. Rompió con la tradición itinerante de la Corte y quiso fijar su residencia; para ello le aconsejaron que si quería ampliar su imperio pusiese la capital en Lisboa, si quería conservarlo la dejara en Valladolid y si quería perderlo la trasladara a Madrid. Eligió esta última capital, que pasó de no llegar a los diez mil habitantes a casi doscientos mil, lo que ocasionó graves problemas de construcción, urbanización y abastecimiento, sobre todo de agua; como sigue hoy día. Quedaron desplazadas ciudades mucho más aptas, como Lisboa, puerto de

mar, Toledo, tradicional capital, o Valladolid, sin problemas de agua.

Sus colaboradores más inmediatos eran los «secretarios de despacho» o «consejeros privados», algo así como ministros pero sin una función claramente definida; los principales fueron el cardenal Tavera y el arzobispo Valdés. Creó un Consejo de Estado, dirigido por un obispo, cuya misión consistía en planificar la política general, especialmente la política exterior, apoyado por los Consejos de Hacienda, Guerra, Inquisición y Ordenes Militares y seis Consejos especiales, formados por expertos, que atendían los asuntos referentes a Castilla, Aragón, Portugal, Italia, Flandes e Indias. Existía un segundo escalón que estaba constituido por los virreyes y gobernadores, todos ellos de la alta nobleza o de la propia familia real. La alta burocracia tenía que ser de «sangre limpia», y se alimentaba, en teoría, de universitarios especializados en administración. La «limpieza de sangre» consistía en certificar que sus ascendientes no eran ni judíos, ni moros, ni conversos, ni quemados, ni reconciliados, ni afrentados por el Santo Oficio. No cabe duda de que la Inquisición era el eje sobre el que giraba el indisoluble matrimonio del trono y el altar.

La última palabra en todas las decisiones la tenía el rey, a veces en contra de la opinión de sus consejeros. Esto produjo un divorcio entre los intereses nacionales y los imperiales de la Corona; hay que tener en cuenta que los Austrias siempre siguieron una política dinástica, no nacional. Los secretarios y los consejeros pasaron a ser meros ejecutores de las decisiones de los reyes. Éstos recibían la ayuda directa del Consejo de la Inquisición, puesto que imponía la unidad religiosa, con lo que se infundía una ideología en parte religiosa y en parte política.

El corregidor fue el cargo más importante en los municipios y actuaba en nombre del rey, pero poco a poco fue perdiendo poder hasta no representar a nadie y no tener apenas funciones. El equivalente al tribunal supremo estaba formado por el Real y Supremo Consejo de Castilla y el Consejo de Justicia Mayor de Aragón; también existían los Supremos Consejos de Italia, Flandes, Indias, Ordenes e Inquisición.

La sociedad

Felipe II estableció la jerarquía nobiliaria con los veinticinco grandes de España que había nombrado su padre; luego, por orden de mayor a menor, los duques, marqueses, condes y barones, y finalmente los caballeros y los hidalgos; estos últimos podían ser de sangre o de privilegio; los hidalgos, en general, tenían menos dinero que los caballeros. Una minoría de nobles gozaba de una posición económica importante, con grandes extensiones de terrenos y cuantiosas rentas, pero habían perdido poder político. Los nobles, caballeros e hidalgos no pagaban impuestos. Existía un verdadero abismo económico entre un reducido grupo de privilegiados y un resto deprimido, mísero y sin dirección intelectual. Además, la institución del mayorazgo afianzó las propiedades, quedando amplias extensiones fuera del circuito comercial, lo que perjudicó gravemente el rendimiento de la agricultura. Las tres cuartas partes del suelo pertenecían a la nobleza o a la Iglesia. Ya entonces hubiera hecho falta una profunda reforma agraria.

El clero, que suponía casi un 10 por ciento de la población, gozaba de importantes privilegios. La cúpula, es decir, cardenales, arzobispos, obispos y cabildos catedra-

licios, disfrutaban de las cuantiosas rentas de sus posesiones. Muchos segundones de familias nobles e incluso hombres de valía de clases inferiores alcanzaban esos puestos, lo que les permitía una vida acomodada. El clero en general era de muy bajo nivel intelectual y moral, los monasterios solían tener tierras suficientes, y si no era así vivían de limosnas. Las propiedades de la Iglesia y sus rentas tampoco se podían vender, contribuyendo aún más al estancamiento del suelo agrícola. Es decir, la población eclesiástica vivía sin trabajar a costa de los demás.

El 85 por ciento de la población, llamados pecheros, no tenían privilegios y tenían que pagar impuestos. Es decir, los ricos no cotizaban y las cargas fiscales las tenían que soportar los trabajadores y los más pobres. También entre los trabajadores existían notables diferencias, desde ricos negociantes o manufactureros, pasando por los letrados (licenciados, doctores, escribanos, médicos, etc.) hasta los mercaderes al detalle (llamados de vara), los artesanos, colonos, criados, mozos, jornaleros y braceros. En el último escalón social estaban los marginados, es decir, los esclavos (generalmente negros), los moriscos, gitanos, bandoleros y vagos; todos ellos ocasionaban de vez en vez serios problemas.

Asuntos exteriores

El ejército se había ido formando para atender a las necesidades; el inicio se produjo en la toma de Granada y se desarrolló en las guerras de Italia y de Flandes. Entre 1534 y 1539 se crearon en Italia los famosos tercios, en los que se incluían compañías de mercenarios europeos. Los tercios estaban compuestos de doce compañías de 250 a

300 hombres cada una y una compañía de caballería. La fuerza militar estaba formada por artilleros, piqueros, mosqueteros y arcabuceros; la intendencia se contrataba. La marina contaba con galeras, naos y carabelas. Como el ejército estaba siempre fuera de la península, apenas quedaban fuerzas, por lo que se recurrió a las milicias urbanas y a la Santa Hermandad.

A la muerte del rey Sebastián de Portugal, Felipe II, hijo de Isabel de Portugal, reclamó sus derechos a ese reino. Contaba además con diversos apoyos, pero tuvo que utilizar la fuerza para conseguirlo, enviando un ejército con el duque de Alba y una armada con Alvaro de Bazán. La península volvía a tener una cierta unidad.

Felipe II, junto al papa Pío V y el dux de Genova, formaron la Santa Liga para combatir a los turcos, lo que culminó en la batalla de Lepanto (1571), al mando de Juan de Austria, hijo natural de Carlos I, victoria que no se supo aprovechar. Durante la guerra contra los turcos crecieron las sospechas de que los moriscos no eran fieles, y además la Inquisición pretendía la unidad religiosa a toda costa; como consecuencia se decidió la prohibición del uso del árabe y de las costumbres moriscas, provocando que en la Navidad de 1568 se sublevaran los de las Alpuj arras; dos años costó a los tercios de donjuán de Austria dominarles, culminando con la deportación de ochenta mil moriscos, que se repartieron por toda España.

Aun a sabiendas de que sus decisiones provocaban la ruina de Castilla, Felipe II no cejó en su afán de mantener la herencia europea. Metió al país en guerras, muy pocas veces necesarias, que en el mejor de los casos sólo favorecían a la Iglesia y siempre perjudicaban a España. Ufano por las victorias de San Quintín (1557) y de Gravelines (1558) mandó erigir, a Juan Bautista de Toledo y a la muer-

te de éste a Juan de Herrera, el austero e impresionante monasterio de San Lorenzo de El Escorial (1563-1584), en el que concentró una espléndida biblioteca, pinturas de El Greco, Tiziano y otros genios de la época y ¡un laboratorio de alquimia!

Isabel de Inglaterra, dispuesta a mantener la causa anglicana, cortó las relaciones con España, porque ingenuamente trataba de conspirar contra ella, y amparó a los piratas ingleses con el fin de que atacaran las rutas españolas a América y Países Bajos. A Felipe II, para combatir los continuos asaltos de los piratas británicos y holandeses, vengar la muerte de la reina católica de Escocia y restablecer el catolicismo en Inglaterra, no se le ocurre otra idea que construir una inmensa flota, pomposamente llamada «Armada Invencible», con la pretensión de invadir Gran Bretaña (1585). Para ello, arrasó los bosques castellanos, fabricó unos buques obsoletos, armados con una anticuada artillería, diseñó una estrategia disparatada, junto al marqués de Santa Cruz, y puso al frente de la flota al incompetente duque de Medina Sidonia. El desastre estaba garantizado, los barcos británicos eran muy superiores técnicamente, más veloces, más bajos de borda y con artillería de un alcance al que no llegaban nuestros cañones e impedían el ansiado abordaje. El incompetente Medina Sidonia favoreció el tiro de los cañones ingleses con sus torpes maniobras; buscó ingenuamente refugio en la católica Irlanda, pero también fue rechazado y no fue capaz ni de resistir un temporal. La «hazaña» costó más de diez mil ducados, la tala de numerosos bosques, la desaparición de la flota y fortaleció la separación religiosa de Inglaterra. No parece posible que Felipe II pronunciara la famosa frase: «No he enviado mis navios a luchar contra los elementos», porque una de dos, o se

dejó engañar o trató de buscarse un pretexto echando la culpa a los «elementos». Una forma «tradicional» de buscar un culpable que trata de ocultar la absoluta falta de competencia, muy usada por los gobernantes desde entonces, en vez de investigar las verdaderas causas de los desastres.

Las relaciones con Francia siempre fueron borrascosas, y la victoria de San Quintín permitió la hegemonía en Italia. Felipe II se casó con Isabel de Valois, lo que trajo un periodo de paz, pero se unió a la Santa Liga, causante de la matanza de hugonotes en la Noche de San Bartolomé, provocando un nuevo enfrentamiento pues subió al trono de Francia (1584) Enrique de Borbón, rey de la Navarra francesa y jefe de los hugonotes. La intervención del Papa terminó con la contienda.

Leyenda negra

Felipe II apenas salió de España, lo contrario que su padre, que no paraba de viajar. Adquirió muy mala fama por una serie de misteriosos casos. El primero con su hijo Carlos, un enfermo mental, que murió víctima de sus propios excesos, pero de su no muy aclarada muerte se culpó a su padre; es muy posible que hubiera estado fraguando una rebelión contra el rey y lo pagara caro. Otro oscuro incidente ocurrió con su secretario, Antonio Pérez, quien fue detenido en 1579, acusado del asesinato de Escobedo, mano derecha de don Juan de Austria, y de colaborar, junto con Ana de Mendoza, princesa de Eboli, en la venta de cargos y en la ayuda a los protestantes de Flandes; se cree que Escobedo fue asesinado por descubrir los amores de la princesa con Antonio Pérez. El caso

es que éste logro huir y se refugió en Aragón, obligando a Felipe II a recurrir a la Inquisición, acusándole de herejía. La actuación de Juan de Lanuza, justicia mayor de Aragón, y el levantamiento popular en 1591 determinó la intervención de los tercios para apresar al fugitivo y someter la insurrección. Pero Antonio Pérez había huido a Francia, y Lanuza fue ejecutado junto con otras quinientas personas. Con estos graves incidentes Aragón perdió sus fueros y el rey se apropió del cargo de justicia mayor. En el exilio Antonio Pérez escribió duras acusaciones contra Felipe II, avivando la llamada «Leyenda Negra».

No tan «leyenda», pues era cierto que el pueblo español, pobre e ignorante, estaba sometido a la Iglesia católica y atemorizado por la Inquisición, que la intolerancia alcanzaba extremos ridículos, que era endémico el despilfarro de las riquezas de América en empresas descabelladas que no aportaban nada positivo al país, que los tercios se comportaban con crueldad e ignorancia, que el trato a los amerindios no fue nada ejemplar, y que todos estos asuntos, entre otros muchos, como los casos comentados, eran hechos comprobados, aunque sin duda incrementados por los rivales políticos. También es cierto que en esa época España no era muy diferente a las demás monarquías europeas, sobre todo las de Francia y Gran Bretaña.

Gran parte de la leyenda negra procedía también de Flandes. Carlos V era un rey nacido allí y alegre, mientras que Felipe II era un rey tétrico y residiendo siempre en España, por tanto lejos de sus subditos flamencos. La insensibilidad e intransigencia de Felipe II ante los problemas de los Países Bajos, que prefería «perder sus territorios a reinar sobre herejes» y no tolerar la libertad de cultos, le indujo a sustituir a Margarita de Austria, duquesa de Par-

ma, enraizada en Flandes, por la «línea dura», representada por el intransigente duque de Alba, Fadrique de Toledo, que, con engaños indignos de un caballero, detuvo y mandó ajusticiar a los condes Egmont y Horn. Un error, desgraciadamente muy común, pues sólo consiguió crear unos mártires que alentaron el movimiento de independencia con una sublevación, capitaneada por Guillermo de Orange, que se internacionalizó y obligó a tener que enviar un poderoso ejército para aplastar a los insurrectos y establecer una feroz represión. En 1573 se sustituyó al duque de Alba por Luis de Zúñiga y Requesens, pero los tercios españoles saquearon Amberes en protesta por no recibir sus salarios, empeorando la situación. Se envió a Juan de Austria y más tarde al hábil Alejandro Farnesio, que consiguió arreglar las cosas, pero sólo temporalmente. Guillermo de Orange fue asesinado por un sicario. Al morir Farnesio la situación empeoró y Felipe II dejó los Países Bajos a su hija Isabel Clara Eugenia.

Decadencia cultural

Los Habsburgo protegieron a numerosos artistas y lograron reunir impresionantes colecciones de pintura y escultura. Con Carlos I y Felipe II se adquieren obras de artistas de la talla de Tiziano, Rafael, El Greco, Moro, Sánchez Coello, Van Eyck, El Bosco, Veronés, Van der Weyden, Tintoretto, Correggio, etc. El ejemplo de la Corona fue seguido por la alta nobleza. Sin embargo, este florecimiento cultural no corrió parejo con la ideología y la literatura, porque la Inquisición había impuesto la más estricta censura de libros en 1502.

Con Carlos I se publicó el *índice de libros prohibidos,*

que fue incrementado por Felipe II, quien además prohibió la entrada de obras foráneas y que los estudiantes pudieran estudiar en universidades extranjeras; la universidad, renunciando hasta a su nombre, se transformó en una institución cerrada y provinciana en la que sólo se hablaba de Dios. El celo religioso llegó a perseguir a fray Luis de Granada, a fray Luis de León y hasta a santa Teresa de Jesús y san Ignacio de Loyola. Con el inquisidor Manrique se condenaron los *Diálogos* de Juan Valdés por erasmistas y se culminó con los autos de fe de Valladolid y Sevilla, que cortaron de raíz los brotes protestantes de ambas ciudades. Casiodoro de Reina logró huir y tradujo la Biblia al castellano.

La acusación de luteranismo del arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, por el inquisidor Valdés, enfrentó a Felipe II con Roma. Está claro que este rey logró enfrentarse con todo el mundo. El jesuita Juan de Mariana (1536-1623) defendía en sus escritos que las leyes emanan del pueblo, por tanto sólo pueden cambiarse con su consentimiento, y que el pueblo tiene pleno derecho a defenderse de la tiranía provocando revueltas e incluso asesinando al tirano. No es necesario añadir que sus libros fueron quemados públicamente.

El ambiente general de delación, de recelo y, sobre todo, de terror, afectó profundamente la actividad intelectual, pues se tenía miedo a opinar, sobre todo en cuestiones que pudieran siquiera rozar un dogma o algún aspecto de la religión. Los «familiares» de la Inquisición no eran otra cosa que delatores, es decir, soplones o chivatos, que tenían licencia para portar armas, estaban exentos de impuestos y de ir a la guerra y gozaban de indulgencia plenaria y de jurisdicción especial; no es de extrañar que con tantos privilegios muchos estuvieran dispuestos a ser

«familiares» (¡curioso nombre!, ¿no será esa la «familia» que desean proteger los obispos?).

La decadencia cultural fue evidente y tan profunda que aún sufrimos las consecuencias. Era peligroso mostrar afición a los clásicos o a la lectura y se mutilaron numerosas obras. Es lógico que con esta situación las universidades decayeran visiblemente debido a la falta de medios económicos (el dinero se gastaba en guerras), a la intolerancia, impuesta por la Corona y vigilada por la Inquisición, y por las cabildadas en la elección de catedráticos. El auto de fe celebrado en Valladolid en 1559 eliminó de las universidades la investigación científica, la ciencia, la filosofía y los idiomas, sólo se salvó el derecho y poco más. La enseñanza primaria prácticamente no existía, muy pocos privilegiados podían tener acceso a ella, y además estaba en manos de incompetentes, y la Iglesia, en especial los jesuítas, comenzó a ocuparse de ella porque vio un buen negocio y una mina de seguidores.

De esta forma desapareció el realismo, siendo sustituido por la ficción, por la falsedad, lo que ha sentado plaza en nuestro país durante muchos siglos, ¡cualquiera se atrevía a decir la verdad! Como dice muy bien García de Cortázar, se creó «una sociedad dominada por el contraste apariencia-realidad», cada vez se hacía mayor el abismo entre una imagen del país idealizada y la triste verdad. Se hizo todo lo posible por implantar el pensamiento único. Lo peor es que todavía hay muchos que pretenden mantener esta desgraciada situación.

Como no se podía hacer otra cosa, los escritos místicos y religiosos sufrieron un incremento espectacular. A pesar de ello nunca tuvimos teólogos o filósofos geniales,

aunque se llegó a decir jactanciosamente que la teología era española. Luis de Molina pretendía hacer compatible la predestinación con la libertad del individuo, dando origen a un enfrentamiento entre jesuitas y dominicos. Mientras Miguel de Molinos, en su *Guía espiritual,* propugnaba el quietismo, nueva herejía, es decir, la unión con Dios mediante la pasividad más absoluta; también terminó en las cárceles de la Inquisición.

La intransigencia religiosa, sustentada ferozmente por la Inquisición, había destruido el pensamiento humanista y había alejado el país de las ideas europeas, quemando vivo en los autos de fe a todo heterodoxo, por motivo religioso, pero también por materia científica, cultural, política o incluso sexual. La Inquisición, en su larga historia, inculpó a más de 800.000 personas, de las cuales 33.000 fueron quemadas vivas. No es de extrañar que nuestro mal llamado «Siglo de Oro» fuera un verdadero desierto ideológico.

Trento

Las conclusiones del Concilio de Trento no se publicaron en España hasta 1564, y además expurgadas, pero fueron declaradas leyes en sus reinos. Felipe II ordenó que se celebraran concilios provinciales en los que se regularon cosas tan dispares como el cierre nocturno de las iglesias, prohibir fornicar dentro de ellas, normas sobre las imágenes e incluso cómo se tenían que divertir los feligreses y qué libros debían leer. Se editaron los catecismos de Astete y Ripalda.

Por indicación de Trento se abrieron seminarios para la formación de los sacerdotes, que buena falta les hacía.

Los párrocos tenían que llevar un registro de todos los bautismos, matrimonios y defunciones; de esta forma la población quedaba perfectamente controlada. Se hizo obligatorio confesar y comulgar por lo menos una vez al año, otra forma de control, pues el que tiene la información, el cura, tiene el poder. Se construyeron confesionarios para dificultar la solicitación sexual. Las órdenes religiosas fueron obligadas a respetar las nuevas reglas, lo que dio lugar a que aparecieran varios reformistas, como Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, etc.

Para evitar acusaciones, no estaba bien visto trabajar, no fuera que les confundieran con un judío; por eso los ricos invertían en tierras, que no trabajaban sino que arrendaban, para no resultar sospechosos. Esa estupidez, provocada sin duda por el temor a la Inquisición, arruinó al país y a sus vasallos (no había aún ciudadanos), que pasaban un hambre terrible, pero eso sí, con un desmedido culto al honor, que según decían era patrimonio del alma, y con un orgullo sin fundamento alguno.

Los pensadores de las universidades de Salamanca, Valladolid, Santiago, Granada y Sevilla trataron de dar una explicación moral a la conquista de América y de resolver los problemas que planteaban los protestantes y las luchas constantes de Carlos V en Europa. Estas cuestiones, capitaneadas por Francisco de Vitoria, fueron el origen del derecho internacional público y privado.

Carlos I duplicó los ingresos de los Reyes Católicos, pero Felipe II los multiplicó por ocho y dilapidó las inmensas remesas de oro y plata que sus heroicos subditos enviaban desde América. Como las Cortes de Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra se negaban sistemáticamente a aprobar los recursos económicos, Castilla tuvo que soportar todas las cargas del Estado, ya que sus Cortes, después de la derrota de Villalar, no eran independientes, sus miembros eran elegidos por el rey, que ni siquiera se dignaba convocarlas.

La continua necesidad de dinero para financiar guerras disparatadas, las construcciones suntuarias y el derroche en los gastos obligó a tener que vender numerosos realengos, los bienes comunales y de las órdenes militares, así como a vender o ceder en arriendo las explotaciones mineras e incautar las remesas de América. Incluso se tuvo que recurrir a los juros, deuda pública, desviando todo el capital para cubrir los intereses de la Corona en vez de dedicarlo a la producción, la enseñanza y el desarrollo del país. Los intereses anulaban lo ingresos a tal extremo que Felipe II tuvo que decretar la suspensión de pagos en varias ocasiones y rebajar los intereses de los juros, lo que produjo una fuerte recesión económica, aprovechada por los bancos europeos para quedarse con el monopolio. El saqueo de Amberes por los tercios obligó a subir los intereses de la deuda al 7 por ciento.

Por si fuera poco, la Mesta perdió su poder y se redujeron drásticamente el número de cabezas de ganado. Las continuas guerras y la conquista de América restaron los brazos necesarios para la agricultura y despoblaron zonas enteras. El comercio, antes en manos de los judíos, era re-

chazado por los hidalgos y no tan hidalgos por miedo a la Inquisición. Se creía entonces que la riqueza consistía en acaparar oro y plata, sin hacerlos circular. Y no sólo eso, la mayoría de los productos se fabricaban en el extranjero, con frecuencia con materia prima española, como la lana de nuestras ovejas, que se enviaba a Flandes para contentar a los subditos flamencos, y se importaban los paños. Desde entonces y durante siglos, España ha sido una colonia económica de los países europeos, a los que comprábamos productos terminados y exportábamos materias primas y productos agrarios. Por eso el sector más dinámico ha sido siempre el de los comerciantes, establecidos en los puertos del Mediterráneo y del Cantábrico.

Existía un Consejo de Hacienda, dos Contadurías Mayores: la de Hacienda y la de Cuentas, y una Veeduría General para el ejército. Las recaudaciones se efectuaban bien por repartimiento (repartiendo las cantidades por contribuyentes), bien por encabezamiento (los Ayuntamientos aportaban ciertas cantidades que repartían entre los vecinos) o bien por arrendamiento (prestamos hechos por personas ricas, que cobraban intereses). Los ingresos ordinarios eran: directos, la alcabala (que gravaba las transacciones comerciales), derechos de la Corona (aduanas, minas, salinas, etc.), 2/9 del diezmo eclesiástico y los impuestos sobre bienes de consumo. Los ingresos extraordinarios estaban formados por: las remesas de América (que apenas eran tocadas por manos españolas pues iban directamente a enriquecer a los banqueros y comerciantes europeos), las ventas de hidalguías, de tierras y de oficios públicos, los juros (deuda pública) y los préstamos de banqueros foráneos.

Además es preciso tener en cuenta que en el siglo XVI la Iglesia junto a la nobleza controlaban tres cuartas partes de la tierra, que no quedaba sometida a la autoridad

directa de los reyes, y monopolizaban la cuarta parte de la renta nacional. La enorme cantidad de curas, frailes y monjas que existían colapsaban la economía, pues son personas consideradas «manos muertas», ya que ni cotizan ni son productivas, tampoco combaten y viven a costa de los demás. La capacidad de la Iglesia para conseguir beneficios económicos ha sido siempre un ejemplo de ciencia económica; no es de extrañar en una entidad en la que gran parte de sus miembros no tienen otro objetivo que procurar recursos de forma insaciable y donde escala los puestos más altos el que más consigue.

Hacia el año 1530 España llegaba a tener ocho millones de habitantes, pero pronto se produjo la sangría. La peste y las bajas de las guerras redujeron la población en más de un millón. El déficit del Estado era cada vez más elevado, afectando, como siempre, a los más desfavorecidos. Los impuestos del Estado, el diezmo y las primicias a la Iglesia, la renta al amo de las tierras, el alza de precios y los derechos de vasallaje dejaron a los campesinos, pecheros y trabajadores castellanos sin recursos, endeudados o arruinados. Sólo les quedan cinco salidas: irse a probar fortuna a América, tomar los hábitos (para garantizarse el sustento), echarse al monte como bandoleros, dedicarse a la mendicidad o quedarse de jornalero. Más del 30 por ciento de la población estaba en la miseria, obligando a muchos a ingresar en las Casas de Misericordia, que en su mayoría estaban regidas por la Iglesia.

Iconos de pies de barro

Fracasado en toda la línea, arruinado el país y enfermo, Felipe II se retiró en El Escorial, donde falleció en 1598 y el Imperio español, en el que no se ponía el sol,

comienza a derrumbarse, aunque en realidad ya había empezado a hacerlo con la derrota de la «Armada Invencible», la pésima administración y el escaso dominio de las rutas del mar. Pero esa España imperial seguía sin conseguir su unidad política. Por eso llamarla España es una incorrección, porque no era otra cosa que un conglomerado de reinos, principados, condados y señoríos, en el que cada uno tenía sus propias leyes, monedas, lenguas, instituciones y hasta aduanas, aunque bajo un mismo monarca. Ésa es la realidad de los hechos.

La iconología patriotera nos ha ofrecido como ídolos insuperables a los Reyes Católicos, a Carlos I y a Felipe II. Pues bien, en contra de lo que afirman los patrioteros, los Reyes Católicos jamás consiguieron la unidad de España y los Austrias tampoco, sólo impusieron la unidad religiosa a base del terror de la Inquisición. Tanto para Carlos I como para Felipe II lo primordial era su dinastía, como demostraron en todas las ocasiones, y luego les interesaba la defensa de la religión católica; por tanto, en el mejor de los casos, España ocupaba un tercer puesto, cuando no bajaba a un cuarto o quinto lugar, porque se presentaban otros asuntos que merecían su especial atención, como ocurría con Flandes.

Tanto con unos reyes como con otros, en los centros de toma de decisiones siempre había, al menos, un jerarca eclesiástico; además los reyes tenían un confesor; es decir, el país estaba dominado por la Iglesia porque tenía toda la información, fidedigna y de primera mano. A ningún rey, con una falta absoluta de realismo y de competencia, se le ocurrió crear un banco, ni montar una industria, permitiendo que un gran imperio en extensión de terrenos y de riqueza fuera en realidad una colonia económica de otros países europeos.

Los Reyes Católicos implantaron y Carlos I y Felipe II ampliaron el terror, que primero afectaba sólo a las cuestiones religiosas, pero que muy pronto incluía, sobre todo a partir de la Reforma, asuntos políticos. Ese terror ha durado demasiados años en nuestro país causando una profunda huella que no pocos aún conservan.

Nos han presentado a Felipe II como un austero católico; sin embargo, debió serlo de cintura para arriba, porque de cintura abajo, aparte de sus cuatro esposas oficiales, tuvo varias amantes que le dieron varios hijos, unos reconocidos y otros no tanto. O sea, que de austero nada y de falso mucho, pues con facilidad echaba la culpa a otros de los desastres, cuando se debían a su incompetencia.

Desde la caída de los Comuneros, la divergencia entre los deseos de los reyes y las apetencias y necesidades de los ciudadanos se han hecho cada vez mayores.

LAS ARCAS FAMÉLICAS

LOS ÚLTIMOS AUSTRIAS

Felipe III
Felipe IV
DECADENCIA
DE
ESPAÑA
Carlos II.

Arbitrismo

A la muerte de Felipe II se fueron acumulando los desastres. La población, mermada en las constantes guerras, se vio diezmada por la peste (1598-1602) que asoló el país. El erario estaba exhausto, los precios al alza y la industria inexistente, los productos extranjeros invadieron la península y, por si fuera poco, el mercado de América iba cayendo en manos de negociantes foráneos. El abandono de funciones y la manifiesta incapacidad de los dirigentes ha sido una lacra casi constante durante siglos. La Real Academia define el arbitrismo como la concepción de planes o proyectos disparatados para aliviar la Hacienda pública o para remediar males políticos. No cabe duda de que el arbitrismo se ha desarrollado en España de forma incontenible desde Felipe III hasta nuestros días, con especial incidencia entre los políticos y los tertulianos.

La población hambrienta buscaba en América lo que no podía encontrar en España, agravando aún más los problemas. Castilla, cabeza del país, estaba extenuada, ya no podía dar más, pues lo había dado todo: hombres, bosques, ganados, dinero, sudor y sangre; ahora, con su población mermada, las malas cosechas, la peste, las ab-

surdas políticas fiscales y monetarias, la falta de industria y, por qué no decirlo, la represión que le impedía hablar y manifestarse, ya no tenía fuerzas más que para lamerse sus profundas heridas y aguantar estoicamente la incomprensión y las difamaciones. Aquella Castilla, capaz de conquistar el mundo, gracias a la envidia y la incompetencia se estaba hundiendo, y con ella España.

En vez de analizar la situación de forma racional surgieron una serie de «pensadores» que atribuían la decadencia a un castigo de Dios por el lujo y la inmoralidad, por lo tanto sólo una regeneración profunda podría conseguir el perdón de Dios. No faltaron algunos que se dieron cuenta de que los males tenían otros orígenes, como la ignorancia, la falta de una clase media, la incompetencia de los dirigentes, los privilegios (sobre todo de la Iglesia y de la aristocracia), la baja productividad del campo, los impuestos injustos y discriminatorios (los nobles y el clero no tributaban), las «manos muertas» (rentistas, clérigos y nobles) que no trabajaban, la injusticia y la Inquisición, entre otras plagas endémicas.

Felipe III era un inútil que sólo pensaba en cazar, bailar, jugar a la pelota, montar a caballo y vestir bien, lo mismo que su mujer, la reina Margarita de Austria, pero, eso sí, eran de misa y comunión diana. Dejó el gobierno del Imperio en manos del duque de Lerma, Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, marqués de Denia. Fue el primer privado, llamado también valido o favorito, una especie de primer ministro con amplios poderes, demasiados. Lo primero que hizo fue enriquecerse sin el menor escrúpulo; relegó al rey formando a su alrededor una camarilla de familiares y amigos que acaparaban los mejores puestos y los mayores beneficios y prebendas. A su sombra prosperó el famoso Rodrigo Calderón, conde de Oliva y marqués de

Siete Iglesias. Los gastos se dispararon, y para no incrementar los impuestos se acuñaron grandes cantidades de moneda, provocando una alarmante inflación. Pero nada importaba, el derroche, los vicios, la corrupción se adueñaron de la Corte. Para tratar de ocultar los excesos colmaron al pueblo de festejos sin sentido, así no pensaban ni veían, o eso creían.

Amenazas

Con Felipe III hubo paz hasta cierto punto, pero el dinero que se ahorraba en gastos militares se gastaba en fiestas, pensiones y dotes a los cortesanos. Al morir la reina Isabel de Inglaterra y acceder al trono Jacobo I Estuardo, Lerma firmó un tratado de paz con Inglaterra por el que los comerciantes ingleses no serían acosados por la Inquisición. El talento militar de Spínola sirvió para derrotar a los flamencos, pero duró poco, pues una nueva bancarrota obligó a firmar la Tregua de los Doce Años en 1609.

Los franceses, incitados por Enrique IV, amenazaban de nuevo, pero, al ser asesinado el rey francés, las casas de Habsburgo y de Borbón firmaron una alianza dinástica que eliminó el peligro. Según la tesis del jesuita Juan de Mariana, al ser Enrique un hereje hizo bien su asesino, ¡una teoría muy cristiana! La viuda de Enrique, María de Médicis, concertó los matrimonios del futuro rey Luis XIII con la princesa Ana de Austria y de Felipe, príncipe de Asturias, con Isabel de Francia.

Se temía que los moriscos que quedaban en Levante y Andalucía fueran utilizados por los otomanos o por los franceses, por lo que fue tomando fuerza la idea de su

expulsión. A pesar de la oposición de muchos nobles, Felipe III ordenó su destierro en 1609. En Aragón, en Andalucía y en Valencia esta medida puso en grave peligro los cultivos de los campos y arruinó tanto a los propietarios de las tierras como a los prestamistas. Los cristianos no conocían las técnicas de regadío y la mano de obra competente escaseaba (habían sido expulsados unos trescientos mil moriscos), con lo que el campo perdió competencia y rentabilidad.

La especulación sobre la evidente decadencia, la defensa de las ideas tradicionales o bien de las nuevas corrientes y los temas que siempre han inspirado a los poetas y escritores, alumbraron en aquella época una pléyade de autores que componen el llamado Siglo de Oro. El anónimo *Lazarillo de Tormes,* erasmista, humanista y picaresco, desentraña la triste realidad del pueblo en pleno imperio. Mateo Alemán en su *Guzmán de Alfarache* y Vélez de Guevara con su *Diablo cojuelo,* otros clásicos de la novela picaresca, muestran la diferencia entre la miseria real y el engaño oficial. Lope de Vega, un anticlerical sincero, en su teatro nos da fe del pensamiento popular. Calderón sigue su línea, pero a través de la nobleza. Garcilaso nos deleita con sus maravillosos poemas. Tirso de Molina a pesar de ser fraile se rebela contra su destino. Pero nadie como Miguel de Cervantes para describir la crisis española, en su *Quijote* refleja la lucha de un hidalgo intelectual, seguido por el pueblo, que en su locura trata de enderezar las cosas y se encuentra con la burla de los duques (la nobleza) y del vulgo, la incomprensión de la Iglesia y de los bachilleres; sin duda es una obra anticlerical, les llama «fementida canalla» y «gente endiablada y descomunal» y exclama: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho.» Años más tarde el inteligente y satírico Francisco

de Quevedo critica de nuevo los vicios de nobles y mandamases y muestra los problemas del país. Ambos fueron perseguidos y encarcelados. Y es que la verdad no se quiere oír, porque hace daño

Felipe III nunca estuvo capacitado para regir el imperio, pero durante su reinado, al menos, no hubo guerras absurdas y ruinosas, como con su padre. Haciendo oídos a las críticas al duque de Lerma le sustituyó por su hijo, el duque de Uceda; la verdad es que la privanza de Lerma nunca fue del agrado de la reina Margarita, y el padre Aliaga, confesor del rey, le dio la puntilla. Se trataba, entre otras cosas, de atajar la cada vez más extendida corrupción administrativa, en la que los cargos se compraban y luego se aprovechaban del puesto para resarcirse del gasto y enriquecerse; pero todo cambió para que todo siguiera igual.

La economía se basaba en las remesas de oro y plata de América; cuando éstas se demoraban se pedía un crédito a los banqueros genoveses con unos intereses usurarios, de tal forma que las riquezas americanas pasaban por España sin provecho alguno para el país. A nadie se le ocurría invertir en infraestructuras, en industrias, en enseñanza o en técnica o crear un banco. Cualquiera de estas actividades se hubiera tomado como señal de ser judío y caer en las redes de la Santa Inquisición. En 1607 se entregó a los acreedores títulos de la Deuda Pública a cambio de sus créditos, causando la ruina de muchos y el desprestigio de la Corona.

Flandes

En 1618 comenzó la Guerra de los Treinta Años, a la que se ha llamado Primera Guerra Mundial, por su exten-

sión territorial y sus ingentes pérdidas. Provocó la contienda la actitud arrogante de los católicos al ser proclamado Fernando sucesor del trono de Bohemia y prohibir a los protestantes reunirse. Éstos se negaron a obedecer, haciendo resurgir los odios políticos, sociales y religiosos que estaban latentes. Nadie podía imaginar que la guerra se extendiera y asolara toda Europa durante tantos años. España participó en ella, a pesar de los deseos de paz, para defender los intereses dinásticos y los de la Iglesia católica. Como tantas veces, los intereses de España quedaban relegados a un tercer puesto, o quizá ni eso.

Felipe III murió en 1621 y le sucedió su hijo Felipe IV, a quien había recomendado: «Tened en primer lugar las causas de la Iglesia.» Otro rey «patriota» que dejó el gobierno en manos de un valido, Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares, un hombre lleno de proyectos, la mayoría irrealizables o poco madurados, pero que compartía muchas ideas y secretos íntimos con el rey. Procuró una regeneración moral, se limitaron los gastos de la corte, se restringió el lujo, para sanear la Hacienda vendió pueblos, cargos y privilegios y, entre otras medidas, se confiscaron todos los bienes de Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, y se le ajustició (se ha hecho proverbial el orgullo con que subió al cadalso). No pudieron hacer lo mismo con el duque de Lerma porque había sido nombrado cardenal, pero tuvo que devolver gran parte de lo robado; sin embargo, los duques de Uceda y de Osuna murieron en prisión de forma poco clara.

Felipe II dejó Flandes a su hija Isabel Clara Eugenia y al archiduque Alberto, pero éstos no tuvieron hijos, y al morir Isabel (1633) Flandes volvió a la corona española.

Felipe IV nombró gobernador a su hermano, el cardenal-infante Fernando. El panorama era cada día más sombrío. Inglaterra era una potencia marítima en constante alza, Holanda se industrializaba y su vigor comercial se expandía por todas partes, Francia continuaba incontenible, las guerras se sucedían una tras otra y las arcas del Estado estaban famélicas, como siempre. Por su parte, el jesuita Mariana sostenía que «un rey católico tiene la obligación de hacer casi eternamente la guerra», le falto añadir que para defensa y engrandecimiento de la Iglesia católica. ¡Lo triste es que, dominados por el clero, le hicieron caso!

Mientras tanto Felipe IV se dedicaba, en el sitio del Buen Retiro, a la ostentación, a las diversiones, a la buena comida y a las faldas, de las que era un tanto aficionado, así como a pasearse por las calles de Madrid; tuvo muchas amantes que le dieron unos treinta bastardos. Cada calamidad que se producía, y hubo muchas, creía que era castigo de Dios por sus pecados y rezaba fervorosamente para ser perdonado. Mantuvo durante varios años una copiosa correspondencia con sor María de Agreda, una monja fantasiosa que le hacía de mediadora con Dios y que era capaz de hablar con los ángeles y con la Virgen. Quizá para que le perdonase la posteridad, coleccionó una espléndida pinacoteca con cuadros de Velázquez, El Greco, Rubens, Ribera, Zurbarán, Murillo, Durero, José de Ribera, *el Españólelo,* Claudio Coello, etc., y protegía a los artistas, sobre todo a las artistas, como la «Calderona» que le dio un hijo: Juan José de Austria.

El intento de Olivares de bloquear el comercio de los holandeses provocó la intervención de Suecia y de los príncipes protestantes. Los pasos de los Alpes eran fun-

damentales para abastecer de tropas y dinero a Flandes y a Alemania, pero eso daba la sensación a Francia de estar rodeada, por lo que Luis XIII y el cardenal Richelieu no dudaron en aliarse con suecos y alemanes protestantes para derrotar a la Casa de Austria. El cardenal-arzobispo de Toledo, Fernando, al frente de un ejército hispanoitaliano, partió de Italia, cruzó los Alpes y venció a la coalición en Nordlingen (1634); se envió una flota, al mando del almirante Oquendo, con refuerzos y dinero, pero fue deshecha por los holandeses. Por su parte, los franceses atacaron Fuenterrabía, pero fueron rechazados por los valientes guipuzcoanos.

Olivares se percató de que la Iglesia llevaba camino de quedarse con todo y trató de cargarla de impuestos; los obispos, tan «patriotas» como siempre, montaron en cólera amenazando con la excomunión y pidiendo la mediación del Papa, que estaba aliado con Francia; la cuestión no pasó de un susto, pero los obispos nunca perdonaron al conde-duque. Como las arcas estaban vacías se acuñó moneda, cada vez de ley más pobre, provocando una inflación agravada con el apresamiento por parte de la flota holandesa de los barcos que traían importantes recursos. Se tuvo que devaluar a la mitad el valor de la moneda, se produjo un alza en los precios y escasearon los alimentos, por malas cosechas, sumiendo al pueblo en la miseria. Este conjunto de hechos, más las envidias, dieron al traste con todas las ideas del conde-duque de Olivares.

Como los tercios ya no motivaban a los voluntarios, lo que obligaba a imponer levas forzosas, y la marina, cuyo retraso técnico era evidente, tenía que combatir a los piratas turcos en el Mediterráneo y a los piratas ingleses y holandeses en el Atlántico, Olivares trató de formar un ejército nacional ante las amenazas que se cernían; para

ello propuso la «Unión de Armas», en la que todos los remos deberían contribuir equitativamente; pero el proyecto no estaba bien meditado, faltaban infraestructuras, el reparto no era justo y los remos sabían lo mal que lo estaba pasando Castilla. Además, los desmanes cometidos por las tropas reales de mercenarios en Cataluña provocaron una rebelión de campesinos y segadores, a la que se unieron las clases altas, «con el fin de encauzarla», pidiendo «patrióticamente» ayuda a Francia, que lo aprovechó para ocupar Cataluña, prometiendo el respeto de sus fueros y privilegios. Olivares, mal informado, subestimó el levantamiento, que llegó a asesinar al virrey, y una de cuyas cabezas era el canónigo Pau Claris, un secesionista jefe del «Brazo Eclesiástico» (la Iglesia nunca pierde ocasión de estar en los dos bandos). Ante estos hechos el propio rey se puso el frente de las tropas, con el fin de dar ejemplo a la nobleza y a los familiares de la Inquisición, que sólo deseaban privilegios, pero no deberes, como el de combatir. Las tropas reales fueron derrotadas y Cataluña quedó anexionada a la corona francesa. Los franceses se portaron aun peor que las tropas reales causando un profundo malestar entre los catalanes.

Insurrecciones

Se esperaba que Ana de Austria, al morir Luis XIII, hiciera las paces con España, pero se entregó (según dicen totalmente) al cardenal Mazarino, lo que provocó un levantamiento contra ambos. Juan José de Austria aprovechó la ocasión y el descontento de los catalanes para entrar en Cataluña, prometiendo el respeto a sus fueros; promesa que fue escrupulosamente cumplida. En 1652

Barcelona se rendía a las tropas de Juan José de Austria, que fue nombrado virrey.

En Portugal la Unión de Armas provocó también una insurrección. Fue la oportunidad para que el duque de Braganza, liderando un sector de la nobleza portuguesa y apoyado por los jesuitas, proclamara en 1640 la secesión de Portugal y fuera nombrado rey con el nombre de Juan IV. Esta decisión se fundaba en injustos reproches a Castilla por no defender los intereses portugueses en América y Asia, en la oposición al centralismo de Olivares y en la antipatía por los banqueros judíos que dominaban el erario público. A esto habría que añadir la falta absoluta de visión política del rey y de su valido, tanto con Cataluña como con Portugal. Hasta 1668 España no reconoció la independencia de Portugal.

El colmo fue que el duque de Medina Sidonia, agobiado de deudas, ambicionó ser rey de Andalucía (1641); pero fue apresado y desterrado. Y en 1648, el duque de Hijar pretendió la independencia de Aragón, para lo que ofreció Rosellón y Cerdaña a Francia y Galicia a Portugal; fue apresado y condenado a cadena perpetua. Dos claras muestras del «patriotismo» de la nobleza, capaces de las más altas vilezas con tal de conseguir sus ambiciones. Como ya era tradicional, la que más sufrió fue Castilla, que se vio sometida a más presión fiscal y a continuas levas, en unos momentos en que sufría epidemias, malas cosechas, inflación y devaluaciones monetarias. También se produjeron disturbios en numerosas ciudades, que fueron duramente reprimidos.

Con todos esos fracasos la venganza de los obispos por los impuestos quedaba consumada y el conde-duque de Olivares fue «licenciado» y sustituido por su sobrino, Luis de Haro (1643), quien decidió invadir Francia desde Flan-

des, pero en Rocroi (1643) fueron derrotados los famosos e invencibles tercios españoles, y poco después volvieron a ser vencidos en Las Dunas, obligando a firmar la paz de los Pirineos (1659), por la que se cedía a Francia Rosellón y Cerdaña, acuerdo que se sellaba con la boda de la infanta María Teresa con el rey de Francia Luis XIV; esto tuvo como consecuencia la posterior llegada de los Borbones a nuestro país.

Europa asolada

En Inglaterra el dictador Cromwell trató de negociar con España el permiso para comerciar en América, pero las conversaciones fracasaron. En 1655 los ingleses, sin declarar la guerra, se apoderaron de Jamaica, atacaron las flotas que venían de América y poco después hundieron una flota española en Tenerife. El poder marítimo de Inglaterra se hacía cada vez más patente. Al morir Cromwell volvió al trono Carlos II Estuardo. Fueran quienes fueran los gobernantes en Inglaterra, aprovechaban cualquier contingencia para engrandecer su país, por eso no dudaban en usar de los piratas para apoderarse de los envíos de América a España o para hundir los barcos.

La guerra de los Treinta Años asoló Europa y terminó con la paz de Westfalia en 1648; España perdía las llamadas Provincias Unidas y daba a los holandeses la posesión de Curacao. Esta paz supuso la derrota de la casa Habsburgo y del catolicismo. Había nacido una nueva Europa en la que la mayoría de los estados no eran católicos y en la que predominaba la razón y la ciencia y se imponía la laicización. Mientras en España el inquisidor Diego de Arce publicaba nuevos *índices* y reanudaba

los espectaculares y horrendos autos de fe. ¡Siempre lo mismo!

Felipe IV, libre de la guerra contra Francia, trató de recuperar Portugal, pero los portugueses, aliados con Inglaterra y Francia, derrotaron a los ejércitos españoles en 1665, enterrando definitivamente la idea romana y goda de una península unida. Una nueva peste, la de 1647 a 1652, asoló el país y despobló el campo.

Juan José de Austria

En 1665 muere Felipe IV siendo aún niño Carlos II, por lo que es regente la reina madre, Mariana de Austria, que se apoyó en su confesor, el jesuita Nithard, al que nombró primer ministro, consiguiendo que los jesuítas dominaran el país. Con Mariana desaparecieron las Cortes, el comercio y la industria quedaron paralizados al coexistir dos monedas: una de plata, para el comercio exterior, y otra de cobre, para uso interno.

En 1669 Juan José de Austria, apoyado por los dominicos, enemigos ancestrales de los jesuitas, marchó sobre Madrid al frente de un ejército y exigió la destitución de Nithard; se produjo de esta forma el primer «pronunciamiento», hecho que veremos muy repetido. Es nombrado Fernando de Valenzuela y Enciso; este individuo de paje del duque del Infantado pasó a ser caballero de la Orden de Santiago, luego marqués, capitán general y grande de España, un hombre que lo único que deseaba era enriquecerse. De nuevo tuvo que intervenir Juan José de Austria, que esta vez impuso su nombramiento de primer ministro.

Juan José de Austria comenzó analizando la situación

de la Hacienda pública, suprimió las subvenciones perpetuas y propuso un impuesto directo, que no logró llevar a efecto por la feroz resistencia de los «patriotas» de siempre, es decir, la nobleza y la Iglesia. Devaluó la moneda en un 75 por ciento y disminuyó la cantidad de plata en la misma. Estas medidas arruinaron a muchos y desprestigiaron la moneda, pero encauzó la recuperación económica, fomentó la creación de bancos españoles y la actividad económica. Creó la Junta de Comercio, que luchó por incrementar y mejorar la industria nacional, lo que le enfrentó con algunos gremios y con los importadores de productos europeos. Su prematura muerte (1679) le impidió desarrollar sus proyectos; le sucedió el duque de Medinaceli, que devaluó de nuevo la moneda, una medida beneficiosa a largo plazo, pero que provocó una fuerte crisis económica. En 1680 Cádiz comenzó a sustituir a Sevilla como centro del comercio con América. Y una nueva peste se extiende por el país, desde 1677 a 1686.

Todos los ahorros que se produjeron fueron gastados de nuevo en guerras, para mantener lo que ya era imposible. Los motines, por motivos de impuestos y de encarecimiento de los alimentos, se sucedieron en diferentes puntos del país. Por doquier abundaban los pobres, vagabundos, ladrones y prostitutas; los soldados, ociosos, se dedican al vino y las peleas. La rebelión de los *barretines* catalanes de 1688 fue difícil de sofocar y se reprodujo en Valencia en 1693. La agricultura y la ganadería aportaban el 80 por ciento de la renta nacional, por lo que una mala cosecha provocaba hambre y disturbios. Mientras tanto los poderosos y la Iglesia hacían y deshacían a su antojo sacando provecho de la situación y aliándose para sofocar ferozmente cualquier motín. Las órdenes religiosas abrie-

ron numerosos colegios por toda España. Las universidades se volvieron cada vez más clericales y aldeanas, con lo que perdieron su antiguo y bien ganado prestigio. Como colofón de tanta ineptitud los cargos administrativos salían a subasta, de forma que los ricos compraban los empleos permanentes para sus hijos, y luego se resarcían del desembolso. Ante tanta miseria la Iglesia católica propugnaba la resignación cristiana, aceptar las injusticias, porque Dios nos pone en un determinado estamento para probarnos y no somos quién para tratar de salir de él; por tanto, no queda otra salida que acogerse a la caridad, monopolizada por ellos. De esta forma la Iglesia ha controlado durante siglos las mentalidades de gran parte de la población.

Hechizado

La manifiesta incompetencia de Carlos II el Hechizado y su impotencia para tener herederos abrieron la codicia de los principales países europeos, en especial de Inglaterra y de Francia, que llegaron a firmar tratados secretos con otros estados para repartirse el patrimonio de los Habsburgo españoles. El Imperio español fue distribuido entre Inglaterra, Francia, Austria y Holanda, ante la incapacidad de Carlos II y de un país empobrecido y exhausto.

Desde nuestra perspectiva actual, resulta increíble que el inquisidor general y el confesor del rey creyeran que éste estaba hechizado, que había que expulsar los demonios que lo dominaban y que llamaran para ello a un experto en exorcismos. Las creencias de los altos personajes de la época produce estupor e indica que más que

creyentes eran enormemente supersticiosos. Pero así fue.

El 3 de octubre de 1700, Carlos II, moribundo, nombró como última solución, al nieto de Luis XIV, Felipe de Anjou, heredero del trono de España, con la condición de no unificarla con otro reino y de no ceder ninguna posesión española a otros países. La corona de España pasaba de estar en manos de los Habsburgo, al fin y al cabo extranjeros, a estar en poder de los Borbones, otros extranjeros.

No puedo ocultar mi indignación al ver que todo un país, y en este caso todo un imperio, tuvo su estabilidad y su futuro dependiendo de si el rey era o no capaz de hacer el amor con su mujer. Es un manifiesto ejemplo de que la monarquía es un sistema obsoleto, peligroso e injusto.

Barroco

A fines del siglo XVII la Iglesia era dueña de un sexto de la tierras y acaparaba un cuarto de la renta nacional. El marqués de Oropesa quiso remediar esta situación tratando de limitar los privilegios de los eclesiásticos y de ofrecer a los reos de la Inquisición ciertas garantías jurídicas. Como era de esperar, los obispos e inquisidores exigieron su destitución inmediata.

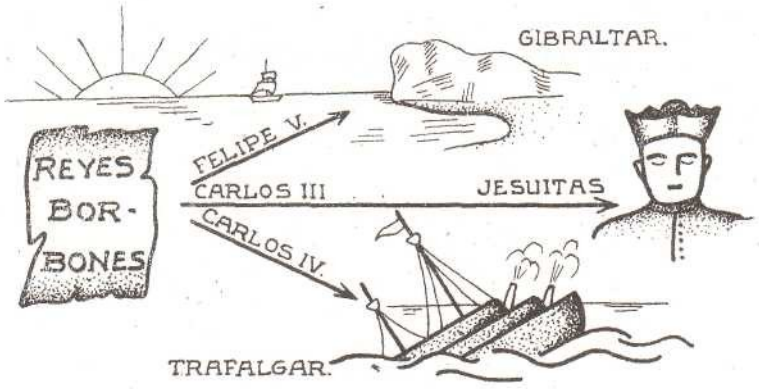
Había irrumpido en España el estilo barroco revolucionando las tendencias vigentes. Destacan de aquella época las catedrales de Granada, Valencia, Murcia y el Pilar de Zaragoza. Entre los escultores españoles sobresalieron Diego de Siloé, Alonso Berruguete, Juan de Juni y Pedro de Mena. Con el fin de generar en los creyentes la compasión, son esculpidas las más sangrientas escenas de la pasión, que luego se mostrarían en los pasos de las pro-

cesiones; en este campo descollaron Gregorio Fernández, Alonso Cano, Salzillo, Montañés, etc.

Es incomprensible que, estando casi siempre en guerra, no se tratara de formar a la clase militar; esto fue debido a que los mandos se daban a los nobles, algunos con cierta experiencia militar pero la mayoría sin ella, que iban a la guerra por la aventura en sí y por el botín. No es de extrañar que fueran de derrota en derrota. La Inquisición tuvo muchos enemigos, especialmente entre los poderosos, por su enorme poder, su fanatismo y su crueldad, aparte de que no dejaba de ser un peligro latente, ¿quién se podía ver libre de ella? Por eso en el siglo XVII aparece la *Privanza,* por la cual cada valido procuraba elegir al inquisidor general de su gusto; de esta forma se originaron una sene de ceses y de dimisiones que debilitaron el poder inquisitorial.

ESAS BLASFEMAS IDEAS DE IGUALDAD

LLEGAN LOS BORBONES


GIBRALTAR.
REYES BOR- BONES
FELIPE V.
CARLOS III
JESUITAS
CARLOS IV.
TRAFALGAR.

Guerra de Sucesión

El nuevo rey Felipe V, el primero de la nefasta casa de Borbón conocida por los graves desórdenes mentales de sus miembros y su manifiesta ineptitud, respetó al principio los fueros y compró, con importantes prerrogativas, las voluntades de los que se oponían a su centralismo. Sin duda, en los primeros años fue admitido y recibido como rey en todos los reinos peninsulares. Su abuelo el Rey Sol, Luis XIV, le había aconsejado que respetara las costumbres y privilegios, que limitara el poder de los nobles, que renovara la administración y que fortaleciera la unidad y el poder real; buenas recomendaciones, pero cometió una serie de indiscreciones que mostraban claramente sus deseos de manejar indirectamente la corte española, lo que provocó las iras de Inglaterra, Austria, Portugal y Holanda, que se aliaron para echar a los Borbones de España y poner en el trono al archiduque Carlos de Habsburgo.

Mal empezaron los Borbones porque la guerra de Sucesión, que duró catorce años, en realidad fue una guerra civil con participación extranjera y nos costó bien cara. La nobleza se dividió entre los que respaldaban al archiduque Carlos y los que apoyaban a Felipe V; la Iglesia estaba con ambos bandos, como siempre, y, aunque el

Papa apoyaba al archiduque, no impidió que la Inquisición decretase que los creyentes tenían la obligación de delatar a los que no obedecieran al rey. Al pueblo no le importaba esa pelea dinástica, pero fue arrastrado y forzado a combatir, como era habitual. Comienza de esta forma una de las tantas guerras fraticidas que han asolado España.

Cuando en 1704 la flota inglesa se apoderó de Gibraltar, su sola presencia frente a las costas arrastró a Cataluña, Valencia y Mallorca a favor del archiduque Carlos, que había desembarcado en Cádiz. Pero no tuvo éxito porque poco a poco todos se fueron rindiendo, salvo Barcelona, que ofreció una heroica resistencia encabezada por Rafael Casanova. Por cierto, el *conseller* Casanova está considerado como un «mártir» y símbolo de la independencia catalana, pero no fue así. En 1715 Felipe V decretó la anulación de todos los privilegios y fueros de Cataluña, disolvió el Consejo de Ciento y la Generalitat, detuvo a los principales dirigentes y ejecutó a varios de ellos. Pero Casanova se salvó porque un amigo médico certificó su defunción y le escondió. Cinco años más tarde, Casanova estaba ejerciendo su profesión de abogado sin problemas, y falleció en 1743 con más de ochenta años. Esto no impide reconocer que fue un gran *conseller en cap,* que luchó por su patria y perdió con honor.

Las victorias de Villaviciosa y de Brihuega, el cansancio de los contendientes y la muerte del José I, emperador de Austria, que hizo al archiduque Carlos heredero del trono, provocaron el fin de la guerra. El Tratado de Utrecht, firmado en 1713, dejaba en el trono a Felipe V, pero España perdía Flandes, Milán, Cerdeña, Sicilia, Saboya, Menorca y Gibraltar; además Inglaterra conseguía el monopolio de la trata de esclavos e importantes venta-

jas comerciales con América. Lo único positivo para España fue perder el oneroso, en todos los sentidos, territorio de Flandes.

Felipe V

Acabada la guerra Felipe V, a imitación de Francia, se propuso centralizar y unificar el Estado por el Decreto de Nueva Planta, anulando, como sanción, las instituciones y fueros de Valencia (1707), Aragón (1711) y Cataluña (1715), sólo respetó los fueros de Vascongadas y Navarra, por haberle apoyado en la guerra. Tanto catalanes como valencianos se sintieron humillados, aun comprendiendo que no se podían mantener unos fueros arcaicos. Posiblemente no hubiera ocurrido así si en vez de efectuar un cambio tan traumático se hubiera efectuado más políticamente. En Játiva se exhibe un retrato de Felipe V colgado del revés, como «castigo» por haber suprimido los fueros. Para compensar a catalanes y valencianos se retiró a Sevilla el monopolio comercial con América, lo que permitió que, junto a los vascos, pudieran comerciar y enviar sus productos y se estableciera un puerto franco en Barcelona.

Los primeros años de Felipe V fueron de gran actividad, aunque sus ideas no fueron especialmente innovadoras, pues ya estaban antes en marcha, como la reforma monetaria. Procedió a una reorganización administrativa centralista, creó las Secretarías de Estado (futuros Ministerios) de Hacienda, Guerra, Marina y Justicia, con el fin de apartar a los nobles de las tareas gubernamentales, aunque esto no lo consiguió del todo; mantuvo la Inquisición e incluso emprendió la cruel exterminación de los

marranos (falsos conversos) que quedaban, y vendió títulos nobiliarios como sus antecesores. Como hemos visto, Carlos I había concedido el título de Grande de España a dos docenas de nobles en el siglo XVII había cien personas con ese título y en el siglo XVIII ya eran doscientas.

La población había crecido en Castilla y Andalucía, pero aún más en las regiones periféricas, en especial en Cartagena, El Ferrol, Cádiz y Barcelona. Esto dio lugar a una mayor demanda de productos agrícolas, pero como no se mejoraba la productividad se aumentó la superficie labrada y subieron los precios. En Jerez aparecieron los comerciantes británicos, que arraigaron, comenzando la exportación de sus caldos. Barcelona comenzó entonces su dinámica ascensión económica.

Por aquella época y siguiendo las directrices del Rey Sol, la princesa de los Ursinos influyó mucho en la Corte, siempre al lado de la reina María Luisa de Saboya, de la que llegó a ser camarera mayor. Felipe V tuvo que lidiar con la Iglesia, que había apoyado al archiduque Carlos; por ello trató de establecer la hegemonía de la Corona y de suprimir la descarada intervención del Vaticano, llegando a retirar al embajador en Roma y a expulsar al nuncio. Pretendía, iluso de él, que la Iglesia fuese española antes que romana. Pero eso no impedía que Felipe V fuera muy religioso, aunque un tanto dominado por una obsesión sexual que le hacía ir de la cama al confesionario con inusitada frecuencia; quizá por eso sufría fuertes depresiones con rasgos demenciales.

El rey siguió con sus reformas, unas aceptadas, como la reforma fiscal, y otras protestadas, como la creación de un ejército permanente que se nutría por quintas (uno de cada cinco mediante sorteo). Tuvo la suerte de poder contar con dos ministros honrados, que tenían ideas y eran

trabajadores: Campillo y Patino. No suprimió las Cortes, pero las dejó sin apenas funciones. Nombró intendentes con competencias políticas en justicia, administración general y fiscalidad, dejando a los corregidores meramente los trabajos administrativos. Con el fin de lograr un mercado común, suprimió las aduanas entre Castilla y Aragón, y estableció una política proteccionista, que ha durado demasiados años, gravando los productos importados y creando las Reales Fábricas, para tratar de impulsar la industria nacional. Fomentó el comercio entre la metrópoli y las colonias, ayudando a la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, que consiguió el monopolio del cacao, y trasladó la Casa de Contratación a Cádiz, mejor puerto que Sevilla para el tráfico trasatlántico.

Los impuestos eran básicamente indirectos, lo que no es justo pues supone que ricos y pobres coticen prácticamente lo mismo. El clero, que suponía el 15 por ciento de la población, era considerado como «manos muertas», pues no trabajaba, no producía y poseía el 20 por ciento de las tierras de labor. Pero todos los intentos de mejorar la economía del país sufrieron considerables demoras y mermas debido a las continuas guerras. De nuevo las tropas españolas lucharon en Italia, con el exclusivo fin de que los hijos de Isabel de Farnesio, segunda mujer del rey, fueran coronados o estuvieran bien colocados: Carlos como rey de Ñapóles, Felipe como duque de Parma y Luis como arzobispo de Toledo. Lo primero que hizo Isabel, nada más llegar a España (1714), fue desterrar a la princesa de los Ursinos.

España, pues a partir de este siglo ya se puede llamar así, trataba de conservar sus dominios. La cada vez más poderosa flota inglesa obligó a reforzar la armada, según el plan del ministro Patino, con la creación de bases nava-

les y astilleros en Cartagena, Cádiz y El Ferrol; se aumentaron las posesiones con los actuales estados de Nevada, Oregón y Utah y se firmó un «Pacto de Familia» con Francia. Lo que fue aprovechado por los franceses para comerciar con América. Una vez más pecábamos de ingenuos.

La Ilustración suponía la libertad de pensamiento y de actuación, liberándose de los dogmas y de la escolástica y rescataba el sentido crítico. Ello originó una auténtica revolución cultural y científica que invadió toda Europa. El enciclopedista Denis Diderot decía: «Las viejas puerilidades han de quedar pisoteadas; debemos destruir las barreras no levantadas por la Razón y dar a la Ciencia y las Artes la libertad que tan preciosa es para ellas.» En España, como toda idea nueva, fue recibida con la tajante oposición de la Iglesia. Resulta un tanto significativo comprobar que la masonería fue fundada en Londres en 1717 con el fin de conseguir la fraternidad universal y cabe preguntarse si fue este objetivo el que impulsó a la Iglesia a condenarla. Hay que señalar que durante el reinado de Felipe V la Inquisición llevó a la hoguera a mil seiscientos penados, setecientos setenta fueron quemados en imagen (por haber huido el reo) y resultaron penitenciadas más de nueve mil personas. ¡No perdieron el tiempo! Con Fernando VI fueron más moderados, quemaron «sólo» a cinco herejes y fueron penitenciadas ciento setenta personas. Para rematar se prohibieron las representaciones teatrales, «por atentar contra la moral», ¡siempre «protegiendo» la cultura!

En 1746 murió Felipe V, y su hijo Fernando VI, de acuerdo con el marqués de la Ensenada, estableció una política extenor de pacifismo a ultranza. Esto permitió sanear la Hacienda, reducir el coste de la burocracia, re-

formar el sistema medieval de impuestos haciendo que pagaran todos, incluso los grupos privilegiados como la Iglesia y la aristocracia, redactar el catastro (censo de las fincas rústicas y urbanas) y crear un padrón de los vecinos y sus correspondientes ingresos. Naturalmente, los nobles, tan «patriotas» como siempre, y la Iglesia, tan «comprensiva y cooperadora», conspiraron hasta lograr la destitución de Ensenada y entorpecer la política fiscal.

Carlos III

Fernando VI, casado con Bárbara de Braganza, fue un rey extraño, en el que influyó mucho su confesor, el jesuita Rábago. En 1753 firmó un concordato con la Iglesia por el que podía intervenir en el control de las finanzas de la misma. En 1759 murió demente y fue sucedido por Carlos III, a la sazón rey de Ñapóles. Muchos confiaron en que el nuevo rey implantaría las necesarias reformas para modernizar el país, sobre todo los ilustrados, que percatados de la situación ofrecieron diversas soluciones, en especial Jovellanos, el conde de Aranda, Floridablanca, Olavide y Campomanes, quienes coincidieron en señalar la falta de escuelas y de industrias, el exceso de mano de obra campesina, los privilegios y la acumulación de propiedades de la Iglesia y de la nobleza, el atraso cultural, científico y económico, la postración del campo, los abusos de los hacendados, los privilegios de los militares, etc. En fin, casi como ahora.

Pero Carlos III estaba obsesionado por devolver a España su antiguo poder y firmó el tercer «Pacto de Familia» con Francia, lo que nos metió en la guerra de los Siete Años y en la guerra de Independencia de Estados

Unidos. La creación y mantenimiento de la armada supuso ingentes cantidades de dinero y de árboles. Esto agravó de nuevo la deuda pública y, por consiguiente, relegaba todo tipo de reformas, además de arrasar numerosos bosques. Una vez más la Corona se refugió en las fuerzas más conservadoras, temerosas de cualquier cambio, manipuladas por el poder eclesiástico y aristocrático y apoyadas por el ejército. Como tantas veces ha ocurrido en España, las fuerzas oscurantistas ahogaron los nobles intentos de modernización.

El proteccionismo del Estado benefició la iniciativa privada en Cataluña, Valencia y País Vasco, mientras las Reales Fábricas se acostumbraron a la ayuda estatal sin preocuparse de ser competentes ni de conquistar mercados; por eso, cuando la Hacienda no pudo pagar sus deudas, cayeron en profunda crisis. Desde entonces, e incluso a lo largo del siglo XIX y siguientes, se han enfrentado los partidarios del proteccionismo contra los del libre comercio. El proteccionismo benefició sobre todo a los fabricantes textiles catalanes, que cambiaron la manufactura de lana por la de algodón y conquistaron los mercados peninsulares y americanos. La burguesía catalana consiguió de esta forma el capital y la experiencia necesarios para su futura industrialización. Esa misma burguesía se percató de la necesidad de una buena enseñanza, basada en el pensamiento racional y crítico y en la investigación, lo que sería el fundamento para emprender una profunda reforma política, económica y social. Se hacía necesario unificar las leyes y los impuestos y eliminar la ignorancia de la mayor parte de la población. La educación estaba en manos de la Iglesia y se impartía sólo a las clases privilegiadas. Pero de nuevo esas ideas chocaron con la feroz oposición de la Iglesia y de los poderosos, y los avances fueron exiguos.

Carlos III dio, por concurso, una bandera al país «que fuera muy visible en el mar», ganando la roja y gualda, y un himno ramplón, la *Marcha Real* o *Marcha de Granaderos*. Fue un apasionado cazador, buen carpintero, coleccionista de relojes y beneficioso «alcalde» del caótico Madrid, construyendo magníficos edificios, como el Palacio de Oriente, el Museo del Prado, las Puertas de Alcalá y de Toledo, etc. Por su parte, Esquilache, personaje que se había traído de Ñapóles, trató de emprender el prim.er plan de carreteras, pero su alto coste, debido a la orografía, y la inestabilidad política dieron al traste con sus proyectos.

La población crecía o disminuía con las cosechas. Hubo una cierta prosperidad con el cultivo de la patata, la remolacha y el maíz, pero terminó pronto debido a la sequía, la caída de los salarios y las epidemias. El número de pobres, acuciados por el hambre, aumentó rápidamente provocando motines, que culminaron en el de 1766 con el famoso motín de Esquilache. Este ministro proponía la libertad de precios, la desamortización de los bienes de la Iglesia y de la aristocracia, indemnizando a sus propietarios con lo que habían pagado en su día, y no utilizar las capas largas y los sombreros redondos «de forma que de ningún modo oculten el rostro», entre otras reformas. Pero la Iglesia y los nobles supieron manipular el motín haciendo ver que era el rechazo del pueblo a sus innovaciones, sobre todo en la vestimenta. Esquilache tuvo que marcharse y el rey, temeroso, se refugió en Aranjuez.

Las investigaciones sobre el motín llevaron las sospechas a la Iglesia, en especial a los jesuitas, consiguiendo descubrir sus enormes riquezas, su casi monopolio en la enseñanza, el control que ejercían sobre los Colegios

Mayores y la privilegiada información que les proporcionaba ser los confesores reales. Ante esta situación y el deseo de Carlos III de que la Corona prevaleciera sobre el poder eclesiástico, se decretó la expulsión, en todos los territorios, de la Compañía de Jesús. Las demás órdenes religiosas también presionaron pues deseaban acaparar los privilegios que tenían los jesuítas en educación y confesión de reyes. En contra de lo que parece y de la fama que se le ha dado, Carlos III era profundamente católico, instituyó la costumbre de los Belenes, nombró a la Inmaculada patrona de España, protegió a las demás órdenes religiosas y estableció que carecer de un documento en el que se acreditara el cumplimiento pascual era un delito civil, con pena de cárcel. Lo que no toleraba es que el clero se entrometiese en los asuntos de gobierno. Hay que tener en cuenta que la Iglesia poseía el 15 por ciento del territorio nacional, el 40 por ciento de las propiedades urbanas, el 30 por ciento de las rentas agrícolas, el 12 por ciento de la cabana ganadera, el 75 por ciento de las rentas por préstamos hipotecarios y, encima, no pagaban impuestos.

El conde de Aranda restableció el orden después del motín, y, a pesar de su fama, no fue anticlerical, ni antijesuita, ni volteriano, ni masón, se limitó a cumplir la órdenes reales. Pedro Rodríguez de Campomanes fue el clásico ministro ilustrado, trabajador y culto, no fue ni pío ni ateo y efectuó las reformas que le fueron permitidas. El conde de Floridablanca actuó con decisión en la reforma de la Hacienda y en las obras públicas, y propugnaba que el ejército debía estar sometido al poder civil. El peruano Pablo de Olavide efectuó en 1767 la colonización de tierras en América, y para ello creó tres centros básicos: La Carolina, La Luisiana y La Carlota, y a su alrededor una

serie de poblaciones donde se instalaron unos seis mil labradores. A pesar de que el proyecto demostró ser rentable, de nuevo la nobleza y la Iglesia frustraron su desarrollo, temiendo que sirviera de ejemplo, y lanzaron contra Olavide a la implacable Inquisición, poniendo como excusa que restableció las representaciones teatrales (vetadas por la Iglesia), que prohibió las rogativas, pidiendo lluvia u otras cosas, y que eliminó numerosas cruces. Fue condenado, pero logró huir a Francia, donde fue testigo de la Revolución, y volvió a España como acérrimo defensor de la religión (los «conversos» suelen ser los más fanáticos). La reforma de la universidad no se realizó por falta de dinero y de profesores capacitados, el atraso científico y universitario de España se calculaba en casi cien años. El reinado de Carlos III se podría resumir en un período de muchas ideas, pero en el que ninguna llegó a desarrollarse por completo, por la oposición de la cerril Iglesia.

Las ideas de la Ilustración, emitidas principalmente por los filósofos franceses, se habían extendido por toda Europa. Se hizo evidente que era posible conseguir la unificación de Europa basándose en la secularización, en la razón, en la ciencia, en la tolerancia y en el progreso moral y económico. El llamado despotismo ilustrado sostenía que el nuevo déspota se consideraba representante de la nación debido a la confianza que le otorgaba el «contrato social» creado por los ciudadanos teóricamente libres. Esas ideas se desarrollaron sin contar para nada con España, es más, incluso en contra de sus arcaicos ideales, que estaban apoyados por la implacable Inquisición. A pesar de ésta, un reducido grupo de ilustrados influenciados por esas ideas pretendió rejuvenecer a la ajada y vetusta sociedad española desde el poder. Campomanes

impulsó la creación de sociedades económicas que realizaran estudios y trabajos para mejorar las técnicas de producción y trató de conseguir que el clero y la aristocracia participaran en la modernización del país. Pero la Iglesia y los nobles, haciendo gala de su «patriotismo» y de su «civismo», reforzaron sus posiciones defensivas frente a cualquier intento de reforma o de modernización. Para ello se preocuparon principalmente de tener siempre al ejército a su lado (mediante la selección de sus mandos), de no consentir la formación de una burguesía y de mantener al pueblo en la más absoluta ignorancia, así se le podía manipular a su antojo, y si se desmadraba para eso contaban con la Inquisición y el ejército. Con el fin de amedrentar todavía más a la población, se incoaron una serie de procesos inquisitoriales contra los intelectuales, en especial contra aquellos que pretendían eliminar las supersticiones, ilustrar al pueblo y hacer progresar al país.

La Iglesia asociaba enciclopedismo con impiedad y consideraba las ideas de igualdad como una blasfemia, pues «pretendían corregir la obra de Dios». La verdad es que, por su parte, los ilustrados, en su afán de modernizar el país, actuaron a espaldas del pueblo, incluso en contra de sus apetencias, y no supieron captarlo. Además una parte de los nobles se sintió atraída por el costumbrismo, en especial por los toros, los majos y el flamenco. Comenzaba la anacrónica España de la pandereta, que tan acertadamente supo captar Goya en sus cuadros, y que tanto daño ha ocasionado a nuestra imagen y a nuestras costumbres.

Ideas revolucionarias

En 1788 falleció Carlos III y ocupó el trono su hijo Carlos IV. El miedo a las ideas revolucionarias de Francia, que originaron un fuerte movimiento de afinidad entre los ilustrados, indujeron al ministro Floridablanca a tomar las medidas clásicas, que tantas veces hemos visto repetidas en España: aislar al país, establecer una férrea censura sobre todo de las ideas revolucionarias, no dejar que se estudie en universidades extranjeras, clausurar las Sociedades de Amigos del País, requisar cualquier publicación «anticatólica» o «antimonárquica», ampliar los medios de la Inquisición, llegando a extremos tan ridículos como prohibir la enseñanza del idioma francés y eliminar las noticias sobre la revolución en todos los periódicos. Para tratar de paliar las ideas revolucionarias se decretó, como si fuera un gran progreso, que los hidalgos pagaran impuestos, que se reconociera legitimidad a los hijos naturales y que no se exigiera la «limpieza de sangre», aunque estas medidas apenas se cumplieron. Por último, para atemorizar a la población, desterraron a Jovellanos, detuvieron a Cabarrús y destituyeron a Campomanes.

Pero no consiguieron nada, pues por mucho que se haga es imposible luchar contra las ideas. Por todas partes aparecieron panfletos pidiendo toda clase de reformas, con lo que se fue creando el ambiente que culminaría más tarde en las Cortes de Cádiz. Los artículos de los Derechos del Hombre y Deberes del Ciudadano acordados en París el 4 de agosto de 1789 son fundamentales para comprender mejor «el terrible peligro» que suponían.""* En

* El lector puede encontrarlos en el anexo 1.

el llamado «Siglo de las Luces» nacieron la crítica, el progreso, los derechos del hombre, las ideologías políticas, filosóficas, científicas y sociales. Mientras tanto en España seguíamos aferrados a un casticismo nacionalista y ridículo que pretendía resucitar a Viriato y al Cid. La pobreza de ideas, de estudios y de trabajos de los tenidos por eminentes profesores de la época causan amargura y tristeza. Las órdenes religiosas monopolizaban la enseñanza con sus clásicos y únicos objetivos: ganar dinero y conseguir sumisos. Se puede afirmar que en aquella época nació el germen del nacional-catolicismo y de «las dos Españas».

Cuando el Borbón Luis XVI fue guillotinado las monarquías europeas temblaron y se aliaron contra Francia. El valido de Carlos IV y amante de la reina, Manuel Godoy, nombrado Príncipe de la Paz, hizo que por primera vez la casa de Borbón española rompiera con la francesa y se uniera a Gran Bretaña, Prusia y Austria entrando en la guerra. La guerra contra Francia adquirió caracteres de «cruzada» contra los perversos revolucionarios; una vez más España iba a salvar al mundo de la impiedad. Pero el ejército español, con una pésima preparación, sólo era capaz de someter a su propio pueblo, no tenía idoneidad para combatir a ejércitos extranjeros. El fracaso fue tan rotundo que las tropas francesas ocuparon gran parte de Cataluña, del País Vasco y de Navarra. Godoy, asustado, firmó en 1795 y por separado la Paz de Basilea con Francia; por ella perdimos Santo Domingo y Luisiana. Un año más tarde Godoy se alió con Francia para combatir a Gran Bretaña por su expansión comercial en América, y se invadió Portugal con el objeto de cerrar sus puertos; fue la llamada «Guerra de las Naranjas». Inglaterra destrozó la armada española en el cabo de San Vicente (1797) y Espa-

ña se transformó en una especie de figurante de los deseos expansionistas de Francia.

Ocupación napoleónica

Como es lógico, con estas absurdas aventuras la Hacienda española quedó exhausta y para tratar de sanearla Godoy implantó un impuesto sobre sucesiones y comenzó la desamortización de las propiedades de la Iglesia, pero sólo un sexto de dichas posesiones fueron vendidas, pasando a manos de los terratenientes y de ricos comerciantes, pues los labradores, que cultivaban las tierras, no tenían dinero para adquirirlas. Como siempre, los ricos se hicieron más ricos y los pobres continuaron sometidos al capricho de los poderosos. Además, debido a las malas cosechas, el pueblo sufrió hambruna, se declaró una peste, los «vales reales» cada vez se cotizaban menos y el comercio con América iba de mal en peor, ocasionando numerosas ruinas. Todo un triste panorama.

Por si fuera poco, Napoleón, ya en el poder, arrastró a España en su guerra contra Gran Bretaña, guerra que se liquidó con la catastrófica pérdida definitiva de nuestra armada en Trafalgar (1805). Nuestros marinos se batieron heroicamente, pero de nada les sirvió ante la manifiesta superioridad técnica y operativa de la armada británica. Justo es decirlo, aunque duela: la Armada española nunca ha ganado una sola batalla, pero como toda regla tiene su excepción se salva de la quema la de Lepanto. La ridícula e infundada creencia de que somos los más valientes del mundo lo único que ha conseguido es llevarnos a locuras «heroicas» que han desembocado en humillantes derrotas, sobre todo a partir del momento en que la téc-

nica comenzó a ser primordial en las guerras. Es curioso que ante las derrotas se exageran e incluso se inventan «hechos gloriosos»; porque oficialmente se han empeñado en tratar de demostrar que es lo mismo triunfar que perder con gloria. Esa es la razón por la que los ejércitos vencidos están rebosantes de héroes. Nos negamos a admitir que el valor sólo es útil cuando sirve para lograr la victoria y que un ejército incompetente e ignorante jamás puede derrotar a un enemigo bien preparado.

La Iglesia y los nobles pusieron sus esperanzas en el príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, lo que indica su absoluta falta de visión. Otros muchos las pusieron en Napoleón, triunfante en Europa y portador de nuevas e interesantes ideas. La manifiesta debilidad de la monarquía española fue aprovechada por Napoleón para invadir solapadamente España, con el pretexto de atacar a Portugal y evitar que Gran Bretaña utilizase sus puertos. Ante estos hechos, Godoy trató de llevar la familia real a Andalucía, con el fin de embarcarles para América, pero se lo impidió un motín popular en Aranjuez (marzo de 1808), que, al grito de: «¡Se nos lo llevan!», rodeó e intentó entrar en el palacio, suscitó la destitución de Godoy y provocó tal pánico en Carlos IV que abdicó en su hijo Fernando VIL Se ha podido comprobar que el motín de Aranjuez fue promovido por la Iglesia para desacreditar a Godoy, como venganza por la desamortización.

Un grupo de personas impidió la salida de Francisco de Paula (hermano de Fernando VII). La brutal represión de la guardia exaltó a la multitud y el 2 de mayo de 1808 comenzó a atacar a los franceses sin más armas que navajas, palos y piedras. Sin duda fue una reacción popular,

una acción visceral y emocional que no tenía nada de política. Los madrileños, y con ellos todo el pueblo español, estaban convencidos, porque así se les predicaba desde los pulpitos, que los franceses, como hijos de la Revolución, eran la personificación del demonio, que querían cambiar nuestras costumbres, robar y quitar a los reyes. No se puede hacer del «Dos de Mayo» una fecha en la que «se logró enterrar la vieja retórica de los privilegios y al Antiguo Régimen», ni pretender que el pueblo amotinado «no tenía dudas de lo que era España», como se ha dicho con motivo del bicentenario, porque no fue así en absoluto. Esta realidad no supone restar méritos ni honores a unos hombres y mujeres, mal informados, que lucharon heroicamente por defender lo que les hicieron creer que era justo.

La reacción del general Murat fue brutal, mandando fusilar al día siguiente a centenares de ciudadanos; no fue casual que ninguno de ellos perteneciera a la nobleza o al ejército, que no intervino, permaneciendo en sus cuarteles, salvo casos aislados como los capitanes Daóiz y Velarde y el teniente Ruiz. Esa represión creó el caldo de cultivo para que se fraguara el levantamiento del pueblo por toda España. En la feroz Guerra de la Independencia, inmortalizada por la paleta de Goya, se aliaron sentimientos patrióticos y religiosos y tuvo la virtud de unir estrechamente a todos los españoles, que lucharon con enorme valor contra el poderoso ejército francés; estos trataban de reprimirles y atemorizarles con fusilamientos de paisanos, pero eso sólo conseguía enardecer aún más al pueblo. La Iglesia cooperó activamente en ambos bandos, por si acaso, pero se decantó más por los sublevados y aprovechó para declarar a Napoleón como el Anticristo que quería eliminar de España la religión católica (¡qué

gran favor nos hubiera hecho!). El pueblo, abandonado por sus gobernantes, efectuó gestas inigualables, como la defensa de las ciudades de Gerona y Zaragoza. Al comprobar su incapacidad para hacer frente al poderoso ejército francés los españoles recurrieron a las famosas guerrillas, encabezadas por figuras audaces como Díaz Porlier, Espoz y Mina, el cura Jerónimo Merino, *el Empecinado* y muchos más, incluso mujeres como Agustina de Aragón, Manuela Malasaña, Clara del Rey, Susana Claret y tantas otras. Las guerrillas sólo pueden ser eficaces cuando cuentan con el apoyo del pueblo, actúan por sorpresa y con rapidez, y se alimentan de la violencia represiva del enemigo. Todos esos factores se dieron sobradamente.

Tanto Carlos IV como Fernando VII rivalizaban miserablemente por ver quién era más amigo de Napoleón. Este convocó a ambos en Bayona, donde acudieron como vasallos, y allí se representó una escena bochornosa y nefanda: Fernando devolvió la corona a su padre, Carlos se la entregó a Napoleón y éste a su hermano José, que quedó proclamado rey de España como José I. Semejante grado de vileza no creo que se haya producido jamás en la historia de ningún pueblo. El genio de Francisco de Goya retrató de forma magistral y burlesca a la despreciable familia de Carlos IV, símbolo de la decadencia más absoluta; entre ellos está Carlos María Isidro, en cuyo nombre se lucharía más tarde en las fraticidas guerras carlistas. ¡Todo un modelo de familia!

En la parte no ocupada por los franceses se crearon juntas populares que asumieron el mando, unificadas más tarde en la Junta Central Suprema y Gubernativa del Reino. Una minoría ilustrada de españoles pretendía proceder a una reforma profunda del país tradicional, para lo cual creyeron de buena fe que era necesario colaborar con

José I Bonaparte; fueron los despectivamente llamados *afrancesados*. Hay que reconocer que José I, *Pepe Botella,* como se le llamaba de modo burlesco aunque era abstemio, trató de implantar una serie de medidas muy razonables y progresistas, como la supresión de los privilegios, la abolición de la Inquisición y de las torturas, la inviolabilidad del domicilio, la supresión de aduanas interiores, la creación de escuelas y la reducción de las prebendas de la Iglesia y del número de conventos, entre otras. Los que querían seguir como siempre se hacían llamar *castizos* y fueron los dominantes. Mientras el pueblo luchaba por la independencia, el miserable rey Fernando VII felicitaba a Napoleón por sus victorias sobre los españoles.

El general Castaños venció a los franceses en Bailen, con la eficaz ayuda del ejército británico al mando de lord Wellington. Esa victoria duró poco tiempo pues Napoleón, al frente de un potente ejército, destruyó en Ocaña las alegrías del obsoleto e incompetente ejército español y entró en Madrid. Los políticos y la Junta Central tuvieron que refugiarse en Cádiz bajo la protección de la armada británica. Muchos oficiales, soldados y aventureros, incluso bandoleros, se refugiaron en las sierras para seguir la guerra de guerrillas. Lo triste es que los guerrilleros no sólo atacaban a los franceses sino que también saqueaban a sus propios paisanos, con la excusa de abastecerse, y, por desgracia, también luchaban contra las ideas de la Revolución y contra el progreso. Los franceses solían dominar las ciudades y vencer en las batallas regulares, pero les era imposible luchar contra los guerrilleros, que mantuvieron la resistencia hasta que Napoleón sucumbió en Rusia, lo que fue aprovechado por lord Wellington para derrotar a las tropas francesas al mando

de un ejército formado por españoles, portugueses y británicos. Pero esto no ocurrió hasta 1813.

Cortes de Cádiz

En 1810, la Junta Central, los políticos y los intelectuales, refugiados en Cádiz, se declararon representantes de la soberanía nacional y consideraron que era la ocasión de crear unas Cortes modernas. Comenzaron sus reuniones bajo el juramento de mantener la unidad de la patria y modernizarla; las primeras medidas fueron: proporcionar libertad de prensa, suprimir la censura y abolir la Inquisición y los señoríos. La semilla de la Revolución francesa se volvía de esta forma contra las iglesias y los palacios, mientras los nobles y los curas trataban por todos los medios de seguir dominando, oponiéndose a aceptar la soberanía popular. Esta vez fracasaron y los diputados, tras dos años de trabajos, aprobaron la famosa Constitución de Cádiz de 1812, que comenzaba diciendo: «La Nación española es libre e independiente y no es ni puede ser patrimonio de ninguna clase y persona.»

En la Constitución se establecía, entre otras importantes medidas: que la soberanía reside en el pueblo; la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley —incluidos los americanos—; quedaban suprimidos los señoríos jurisdiccionales (que ostentaban la Iglesia y la aristocracia dominando a más de la mitad del pueblo); se anularon los privilegios de la Mesta; se pusieron en pública subasta las tierras municipales; se invalidaron los gremios sustituyéndolos por las relaciones de producción capitalista; se suprimieron los tribunales del Santo Oficio (Inquisición) y los Fueros; se estableció un presupuesto que controla-

ra el gasto público; se determinó la división y separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial; se garantizaron los derechos humanos, la independencia de los tribunales y la responsabilidad penal de los ministros. Es decir, se diseñó un Estado igualitario, que situaba los derechos de los españoles por encima de los de cada antiguo reino, una fiscalidad común, un ejército nacional, un código unificado, una burocracia central y un mercado único, con la eliminación de las aduanas interiores. El país, por primera vez, llevaba camino de modernizarse, pero en el artículo 12 se decía que «la religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana» y, por si fuera poco, se autorizaban las jurisdicciones eclesiástica y militar y los realistas lograron imponer la monarquía. Estas concesiones fueron el germen de su fracaso. Además, un grupo de obispos alentaba a los curas a predicar contra la Constitución y a que negaran los sacramentos a sus defensores.

Fernando VII

Terminada la sangrienta guerra, que duró casi seis años, Fernando VII, el Deseado, a quien más bien habría que llamar el Indeseable, regresó a España en 1814 y ahogó las esperanzas surgidas de las Cortes de Cádiz. La Iglesia seguía sosteniendo que el poder procedía de Dios, que lo delegaba en el rey. Este disolvió las Cortes y estableció la monarquía absoluta, devolvió los privilegios a la aristocracia y al clero y repuso la Inquisición. Tanto los políticos liberales y progresistas como los «afrancesados» e incluso muchos guerrilleros, pasaron a ser perseguidos por antiespañoles, y los más afortuna-

dos (unas doce mil familias) tuvieron que exiliarse, el resto fue pasado por las armas o penó en las cárceles. Fernando VII introdujo, como «gran progreso», el garrote vil para la ejecución de los condenados. Todo ello asesorado por una «camarilla» en la que figuraban varios obispos. Una vez más el país eliminaba a sus mejores hombres, mientras un pueblo inculto y embrutecido gritaba: «¡Vivan las cadenas!», a lo que añadía asombrosamente: «¡Muera la Nación!» y «¡Viva la Inquisición!». ¡¡Todo un símbolo de ignorancia!! ¡De nuevo España volvía a las cavernas! Es penoso tener que reconocer que las mal llamadas «clases altas» no eran, ni mucho menos, más cultas que el pueblo llano.

Se ha tratado de reivindicar la figura de los afrancesados, pero por desgracia se ha podido comprobar que la mayoría recibía remuneraciones de los invasores. Los que lo fueron de buena fe no tardaron en decepcionarse cuando comprobaron que las tropas francesas se llevaban cuanto podían (cuadros, joyas, esculturas, libros, objetos artísticos, etc.), que José I era una marioneta en manos de Napoleón y que pretendían quedarse con toda la zona comprendida entre el Ebro y los Pirineos, como aspiró en su día Carlomagno. También los franceses carecieron de visión política.

La situación económica era de auténtica bancarrota, sobre todo por la pérdida de casi todas las colonias, que se habían aprovechado de la extrema situación en que se encontraba España; es evidente que su actitud no resultó muy noble. El 75 por ciento de la población dependía del campo, que se seguía cultivando con métodos arcaicos. La escasez de capitales, el temor de los potentados al riesgo, la falta de enseñanza y de infraestructuras hizo que se perdiera el tren de la primera revolución industrial. Ade-

más resultó difícil hacer volver a la normalidad a los numerosos guerrilleros.

Muchos oficiales, que habían combatido en la guerra de la Independencia, junto a partidos políticos, prensa y sociedades clandestinas, efectuaron intentonas liberales entre 1814 y 1820, pero fracasaron por falta de apoyo popular; además, el clero era rabiosamente antiliberal. En 1820, había un ejército dispuesto a ser embarcado para ir a América, pero el ambicioso general Rafael de Riego les persuadió de que era más patriótico y menos arriesgado imponer la Constitución de 1812. No cabe duda de que este pronunciamiento fue una deserción en toda regla y estuvo a punto de fracasar, pero, al unirse otras guarniciones, se estableció un trienio liberal, que poco faltó para que triunfase de forma definitiva, en el que fue abolida la Inquisición, se vendieron en subasta pública los bienes de la Iglesia y se suprimieron las órdenes religiosas. Desgraciadamente se cometieron excesos como saquear y quemar monasterios y conventos, destruir los archivos inquisitoriales y otros desmanes. Los países absolutistas, Austria, Francia, Prusia y Rusia, temerosos del ejemplo español, dieron un ultimátum para que «devuelvan la libertad al rey», que había sido apresado. Como no se hizo así, invadieron España los «Cien Mil Hijos de San Luis», en realidad fueron 132.000 hombres, secundados por las partidas absolutistas que se hacían llamar «Ejército de la Fe». El gobierno se refugió en Cádiz, pero ante el acoso de los franceses y la falta de apoyo del pueblo tuvieron que ceder y devolver la autoridad al rey. Tanto Fernando VII como la nobleza aclamaron esta invasión, porque aseguraba sus posiciones y privilegios, pero el pueblo, incomprensiblemente, permaneció impasible; lo que demuestra, una vez más, a qué grado de ignorancia y sometimiento había llegado.

El llamado «Manifiesto de los persas» expresa la iniciativa absolutista para devolver a Fernando VII su poder y en él se refleja la nefasta influencia eclesiástica, proponiendo el indisoluble matrimonio entre el trono y el altar. Empezó entonces la «Ominosa Década» (1823-1833), Fernando VII, de nuevo rey absoluto, no sólo no cumplió ninguna de sus promesas sino que desplegó una feroz represión que llevó a la horca al general Riego (1823), quien ha pasado a la historia como «mártir» y su himno llegó a ser el himno nacional durante la Segunda República; por desgracia no se mereció tanto honor. Con los guerrilleros no se portó mejor; el famoso Juan Martín Díaz, *el Empecinado,* fue apresado al no aceptar el soborno (un millón de reales) que se le ofreció y por defender la Constitución, ferozmente torturado y exhibido en una jaula para escarmiento; tras un irregular proceso, fue condenado a la horca, pero rompió los grilletes y luchó bravamente hasta que fue machacado a garrotazos; sólo consiguieron colgar su cadáver (1825). Así agradecía sus servicios el miserable Fernando VIL Una vez más volvió el llamado Antiguo Régimen, es decir: la monarquía absoluta, los privilegios de la nobleza y de la Iglesia, la imposición de leyes y la expulsión de sus mejores hijos. Una nueva masa de exiliados cruzó las fronteras y, una vez más, fueron tratados, por Francia e Inglaterra, como prisioneros de guerra y no como exiliados políticos. Entre otros salieron, Espronceda, Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Moratín, militares como Torrijos y Espoz y Mina y hasta el genial pintor Francisco de Goya, que murió en Burdeos.

La manifiesta ineptitud de Fernando VII originaba constantes cambios de gobierno, lo que aprovechaban los liberales para provocar numerosas y mal planificadas asonadas. El general José María Torrijos desembarcó en Fuen-

giróla en 1831 esperando encontrar el apoyo del pueblo, pero nadie secundó sus deseos de libertad y fue fusilado junto a sus compañeros. También en 1831 era ajusticiada Mariana Pineda por el «delito» de bordar una bandera para los republicanos. La Iglesia, llena de alegría, celebró espléndidamente el «retorno a la normalidad» y sufragó a un grupo de matones para que sembraran el terror entre los liberales; por su parte el obispo de Málaga celebró la muerte de Torrijos dando un banquete. Verdaderos ejemplos de candad cristiana y de amor a la patria.

Las guerras carlistas

En 1713 las Cortes habían votado la abolición de la ley sálica, que excluía a las mujeres del trono, pero esa ley, por causas desconocidas, no había sido promulgada. Fernando VII, que se había casado por cuarta vez con María Cristina, hija de los reyes de Ñapóles, seguramente inspirado por su nueva esposa, que le había dado dos hijas, Isabel y Luisa, promulgó (1830) la *Pragmática Sanción* que permitía reinar a las mujeres, eliminando de un plumazo las pretensiones de su hermano Carlos María Isidro.

Aunque parezca increíble, existían monárquicos aún más reaccionarios, lo que hoy llamaríamos ultras, que se unieron a Carlos María Isidro porque «era más católico y defendía la santa causa de Dios», y se sublevaron en Cataluña, Navarra y País Vasco principalmente, originando una serie de guerras civiles conocidas como guerras carlistas, que tantas desgracias ocasionaron al país. Los liberales contaban con la Corona (más bien con el miedo a perderla), el ejército regular, los herederos del espíritu de la Ilustración y, sin duda por interés, con los nobles, los

burgueses y la Iglesia. Fueron ayudados por Gran Bretaña, Francia y Portugal, que contaban con regímenes liberales. Los absolutistas, seguidores de Carlos María Isidro, estaban apoyados por la Iglesia montaraz y una serie de aventureros, herederos mentales de los reinos de taifas, captados por el pretendiente al enarbolar la bandera de los antiguos fueros; sus bases principales estaban en el País Vasco, Navarra, Cataluña y Valencia, en menor medida en el norte de Castilla y León y en Aragón; recibieron el respaldo de Rusia, Austria y Prusia, monarquías absolutas. El papado estuvo expectante aunque ayudando y deseando el triunfo carlista.

El reinado de Fernando VII no pudo ser más nefasto. Al morir en 1833 dejó la corona en las manos de Isabel II, una niña que había nacido en 1830, por lo que estuvo regentada por su madre, María Cristina. De nuevo reverdeció la guerra carlista, especialmente revanchista, en la que se dieron numerosos casos de represalias por ambos bandos. Carlos María Isidro se autonombró rey de España con el nombre de Carlos V, porque se creía «llamado por Dios para ocupar el trono español», y lanzó una proclama a los españoles para que colaboraran en «la santa empresa... de salvar de un golpe la religión, la Iglesia, el trono y el Estado», ¡nada menos! De nuevo se enfrentaron dos conceptos opuestos de entender el Estado y la sociedad y a su calor fructificaron las ideas separatistas. ¡Flaco favor hicieron a España los hermanos Fernando y Carlos Borbón!

Carlos María, dueño prácticamente de la zona entre el Ebro y los Pirineos, era una nulidad que sólo quería reinar como rey absoluto; no consiguió ninguna de las capitales vascas, que resistieron los fuertes ataques de los batallones carlistas, exaltados por los curas al grito de «Dios, Patria,

Fueros y Rey». En el asedio a Bilbao murió el general carlista Zumalacárregui, mientras el general Espartero se «cubría de gloria» consiguiendo levantar el cerco a la ciudad en 1836. En Cataluña, el general carlista Cabrera tampoco logró conquistar ninguna ciudad importante. Pero la guerra continuó y tras siete años de luchas, saqueos, atropellos, crueldades y venganzas personales, dio fin con el llamado «Abrazo de Vergara», en 1840, en el que los militares carlistas, para no perder sus ascensos y pagas, reconocían a Isabel II como reina; mientras los verdaderos combatientes que se las arreglaran como pudieran, ¡qué injusticia! Por lo visto siempre habrá aprovechados que se dobleguen al poder, venga de donde viniere. Más de doscientos mil muertos y numerosas destrucciones fueron el balance de tanta barbarie. Espartero, nombrado duque de la victoria, a pesar de todo, consiguió que se respetaran los Fueros de Navarra y vascongadas.

María Cristina, apoyada por la burguesía, encargó al ministro Javier de Burgos, en 1833, la ordenación del territorio. Para ello, con el fin de disminuir el poder eclesiástico e imitar el modelo francés, dividió España en cincuenta provincias dirigidas por gobernadores, delegados del gobierno central. Una división arbitraria y absurda en la que comarcas claramente definidas geográfica, económica y socialmente, fueron repartidas entre tres y cuatro provincias. No se siguió un criterio racional, sino las directrices de caciques y politiquillos. Por esa época se construyeron los edificios del Congreso y Senado, Biblioteca Nacional, Universidad Central, Museo Arqueológico y varios ministerios. Durante muchos años los diferentes gobiernos se han creído, y se siguen creyendo, que construyendo los edificios pertinentes se ponen en marcha las cosas; así nos hemos llenado de pomposos

edificios inoperantes, porque lo importante no son los edificios sino unas normas claras de actuación y unas personas preparadas y eficaces para su ejecución. El 15 de julio de 1834 la regente María Cristina, en nombre de su hija Isabel II, firmó un decreto por el que quedaba suprimida la terrible y criminal Inquisición. Por fin desaparecía tan siniestra y asesina institución, España era el último país del mundo en liquidarla y una mujer fue capaz de hacerlo.

Los liberales trataron de crear un sistema pedagógico, con la ley de Claudio Moyano, que consiguiera eliminar o al menos reducir el analfabetismo, que aquejaba al 75 por ciento de la población, y que expandiera un único conjunto de valores y de conocimientos por todo el país. Pero, una vez más, fracasaron por la oposición de la Iglesia, la falta de medios económicos y por dejar en manos de los ayuntamientos su vigilancia y financiación, graves errores que han vuelto a producirse. Mariano José de Larra, *Fígaro,* reflejó en sus artículos la España mísera, inculta, primitiva, fanática, brutal, reprimida, supersticiosa y católica, de la que aún nos quedan muchos restos, demasiados.

La desamortización de Mendizábal

En 1836 Juan Álvarez Mendizábal, antiguo combatiente con Riego, se lanzó a poner en marcha el sueño de las Cortes de Cádiz: la desamortización, la extinción de las órdenes religiosas y la incautación de todos sus bienes. Con estas disposiciones se saneaban las cuentas del Estado y se trataba de crear una burguesía española. Pero no se consiguió porque los aristócratas conservaron e incremen-

taron sus propiedades y los ricos se hicieron con extensos territorios que los auténticos agricultores no podían comprar. A los latifundios existentes se añadieron de esta forma otros nuevos en Andalucía, Extremadura y Castilla La Mancha, base del futuro caciquismo. Además causó pérdidas irreparables del patrimonio artístico nacional. Una vez más los labradores sufrieron las consecuencias. En vez de repartirse adecuadamente las tierras por ellos cultivadas, quedaban de nuevo bajo el capricho de los antiguos y los nuevos amos y, por si fuera poco, se quedaban sin los bienes comunales que hasta entonces les habían servido para paliar su miseria. Sólo les quedó estallar en ocasionales levantamientos, hostigados con frecuencia por unas arengas agresivas o por políticos demagogos, que les llevaba a incendiar iglesias y conventos, para, las más veces, ser reprimidos sangrientamente. Se producía lo que un humorista definió acertadamente: «los españoles siempre van detrás de los curas, con un cirio o con un palo».

De todas formas en Castilla y León, Madrid, Valencia, así como en parte de Extremadura, Andalucía y La Mancha la secularización del suelo, junto a las propiedades municipales, consiguió algunos resultados. El 25 por ciento del suelo pasó a entrar en los circuitos comerciales, la deuda pública se redujo considerablemente, se desarrolló una cierta productividad y se permitió la extensión del ferrocarril. Pero el exceso de mano de obra y la absoluta falta de espíritu de iniciativa de los nuevos propietarios hicieron que la agricultura no adoptara las nuevas técnicas imperantes en Europa. A los nuevos amos sólo les interesaba presumir de sus propiedades y vivir de las rentas que les producían sus esclavos trabajando de sol a sol.

Consecuencias

La consecuencia más dramática de las guerras carlistas fue que el ejército profesional, precisamente creado por los Borbones, contagiado por las luchas partidistas, comenzó a ser el protagonista en la política española. Varios militares adquirieron un nombre y un culto que les hacía creer que eran verdaderos «salvadores de la patria», para lo cual se apoyaban en un falso nacionalismo y en un espurio orgullo patrio. Todo ello hizo que muchos de ellos se consideraran capaces de gobernar, de la misma forma que mandaban en un cuartel. Una y otra vez se repetía el procedimiento: un general al mando de una fuerza armada, arropada por un cortejo de civiles ambiciosos, se «pronunciaba» (nunca se rebelaba); si el rey no estaba de acuerdo era un ingrato que no sabía apreciar su «patriotismo» para salvar a la patria, y todo el que se opusiera a sus «nobles deseos» debería ser pasado por las armas. Unas veces triunfaban porque reflejaban el descontento social, pero en la mayoría de las ocasiones sólo sirvieron para ocasionar muertes y destrucciones; incluso hubo una algarada, el Motín de La Granja, dirigida por los sargentos de la Guardia Real. Desfilaron así generales de lo más variado como: Diego de León, Dulce, Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim, Quesada, Serrano, Zurbano; nefastos hombres que aún mantienen el inmerecido privilegio de tener una calle a su nombre en Madrid, y precisamente de las mejores. Para acceder al generalato era imprescindible ser de familia noble, lo que sirvió para elevar a la cúpula militar a los incompetentes y relegar a los más aptos. Ya decía lord Byron que en España todos son nobles, excepto la nobleza.

Otra consecuencia grave consistió en que la Iglesia se

ha servido siempre de los carlistas, sobre todo de los fueristas, para luchar contra el progreso cuantas veces lo ha considerado necesario.

Como dice muy bien Francisco Núñez Roldan: «La mayoría de las guerras en la época de los Borbones han tenido todas las características de civiles. Así la guerra de Sucesión, la de la Independencia, la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis, las guerras carlistas y la de 1936 a 1939.» Y es que «los Borbones han resultado unos incompetentes, cuando no prevaricadores y traidores».

ÉPOCA DE EXCELENTES ORADORES Y PÉSIMOS POLÍTICOS

EL SIGLO XIX

Ni una ni otra

El siglo XIX fue, en Europa y en Estados Unidos, el siglo del avance científico, social e industrial. España quedó al margen de esa corriente, pero fue apareciendo una nueva clase, la burguesía, que pretendía arrinconar a la sociedad tradicional. El llamado liberalismo se dividió en dos tendencias: los reaccionarios y los progresistas, que, al dictarse la ley de agrupaciones políticas de 1887, se transformaron, poco a poco, en partidos políticos. El pensamiento reaccionario se oponía a cualquier cambio y proyecto laico, creía que existía una conspiración contra la Iglesia que deseaba destruir España porque era «la reserva espiritual de Europa»; lo mismo que se decía durante el franquismo y algunos siguen diciendo. Como es lógico, los nobles, los terratenientes, los mandos militares y, cómo no, la Iglesia pertenecían al partido reaccionario o conservador. ¡Qué poco han cambiado! El pensamiento ilustrado o progresista creía que la enseñanza era un paso imprescindible para proceder a cualquier reforma, creía que «el genio de las naciones no existe» y que «el sujeto definitivo de la historia es el hombre»; compartían esas ideas los intelectuales y no pocos burgueses. Cada partido pretendía implantar una Constitución en la que se re-

flejaban sus excluyentes ideas, por eso llegaron a redactarse seis y no pocas reformas; todas ellas concedían el derecho al voto sólo a una minoría de propietarios, que no llegaban a las cien mil personas, y excluía a todos los demás y, por descontado, a las mujeres. El pueblo no comulgaba con ninguno, harto de mentiras, y era anarquista o indiferente.

En 1840 los progresistas se sublevaron en Barcelona y la revuelta se extendió por toda España, provocando que la reina María Cristina tuviera que abdicar, abandonara Madrid y se refugiara en París. Entonces Espartero se autoproclamó regente, pero su convenio librecambista con Inglaterra sublevó de nuevo a los catalanes, que fueron sometidos bombardeando Barcelona; ¡por lo visto los militares sólo saben resolver así las cosas! En 1843 se adelantó la mayoría de edad para Isabel II, que sólo tenía trece años, y en 1846 se casó con su primo Francisco de Asís, descartando su enlace con el conde de Montemolín, hijo de Carlos María Isidro, quien, despechado, suscitó la segunda guerra carlista en 1846. Fueron proverbiales las numerosas aventuras eróticas de la reina, que concedió no pocos títulos nobiliarios a sus amantes. Los descendientes de la «nobleza» tan «moralmente» conseguida, presumen hoy de «abolengo» y defienden las costumbres morales que predican la Iglesia y «las personas decentes», como sus «ilustres» antepasados.

Narváez, favorito de la reina, impuso dictatorialmente en 1845 una Constitución, hecha a la medida de los intereses de la Corona y de los conservadores, en la que la reina podía nombrar los ministros a capricho, se prohibía el derecho de reunión y la libertad de prensa, se declaraba a la religión católica como única y la Iglesia recuperaba sus bienes, la enseñanza y la censura. Restableció de esta

forma el «orden» que desean los conservadores, un orden basado en más de doscientas ejecuciones. Decía Benjamin Franklin: «El que prefiere seguridad a libertad no tendrá ni una ni otra.»

Efervescencia política, atraso económico

Hasta 1848 no se puso en marcha el primer tren, que hacía el trayecto Barcelona-Mataró; el ferrocarril no cubrió la península hasta finales de siglo. En 1851 se aprobó un absurdo plan radial de carreteras con centro en Madrid. Ese mismo año Bravo Murillo firmó un concordato con el Vaticano por el que la Iglesia recuperaba los privilegios en la enseñanza y en la censura, recibía una dotación estatal para el clero, el culto y los seminarios y el Estado se reconocía confesional. ¡Aún no hemos conseguido liberarnos de semejante remora!

El atávico miedo al riesgo de los adinerados les llevó a negocios más seguros, como el campo y la especulación, lo que provocó una falta de capitales imprescindibles para la industrialización, dando lugar a una economía casi colonial, pues no sólo se dependía de las manufacturas europeas sino que las empresas francesas e inglesas se adueñaron de nuestros recursos mineros y de gran parte de las industrias. Se salvó de esta situación el País Vasco, porque eran pocos los dueños de las minas de hierro y los fueros ponían numerosas trabas a las inversiones extranjeras; gracias a esto la burguesía vasca, vizcaína sobre todo, pudo desarrollar la industrialización local. La siderurgia asturiana se hundió ante la competencia vasca y se refugió en la metalurgia del zinc y en las minas de un carbón de baja calidad.

Mientras tanto en Cataluña la industria textil se adueñaba del mercado español y colonial. El permiso de comercio con América y el monopolio textil hicieron que Cataluña se industrializase. La riqueza económica facilitó la riqueza intelectual, fructificando en la llamada *Renaixenga,* que, por un lado, consideraba al idioma catalán al mismo nivel que el castellano y por otro hacía que el dinamismo de los catalanes chocara con la abulia y la burocracia de la España oficial. Prat de la Riba, Cambó y Maragall, entre otros, ofrecieron su colaboración a Madrid, mientras los más exaltados creían que era mejor romper con un centralismo decadente, incompetente y miserable y declarar independiente a Cataluña.

La censura de prensa, los casos de corrupción, las sublevaciones, las ejecuciones, los destierros y los encarcelamientos eran constantes y terminaron por desilusionar a unos y exaltar a otros. Las revueltas que se producían en Madrid y otras ciudades en 1848 inquietaban a la reina, que llamó al general Espartero, exiliado en Londres. El duque de la Victoria trató de implantar una nueva Constitución progresista, la de 1856; pero nunca llegó a establecerse por culpa de otro general, O'Donnell, que obligó a tiros a Espartero a dejar el poder. La Unión Liberal de O'Donnell, que pretendía reunir a progresistas y moderados, proporcionó al gobierno un instituto armado, la Guardia Civil, copia de la Guardia Cívica que implantó José I, dispuesto a garantizar el orden público, sofocar cualquier intento de oposición política y proteger la propiedad privada; las clases privilegiadas ya podían dormir tranquilas. O'Donnell consiguió que el papado aceptara la venta de los bienes eclesiásticos, dictada por la desamortización de Madoz, y tomara valores de la deuda pública al 3 por ciento. En 1861 se constituyó el reino de Italia, que España no

reconoció hasta 1865, por presiones eclesiásticas, ya que el Papa perdía sus territorios y se consideraba «preso en el Vaticano».

El siglo XIX se caracterizó por su efervescencia política, que se reflejaba en las redacciones de los periódicos y en las tertulias de los cafés y reboticas, que se convirtieron en verdaderos parlamentos apócrifos. Mientras Europa se industrializaba, España se debatía en continuas asonadas estériles y en inanes charlas de café. Fue una época de excelentes oradores, pero de pésimos políticos. Mientras tanto el atraso económico se hacía endémico.

Serrano, Prim y Topete

O'Donnell, para salvar su gobierno, metió a España en aventuras imperialistas en Marruecos, pero la crisis financiera y el encarecimiento de los artículos de primera necesidad provocaron una irritación general y la subida al poder del general Narváez, apodado *el Espadón de Loja,* que no supo responder a las cuestiones sociales, especialmente al paro y a la carestía. En Madrid hubo un grave incidente entre la policía y los estudiantes, conocido como «Noche de san Daniel». La situación se fue agravando hasta originar La Gloriosa (1868), una revolución encabezada por los generales Prim y Serrano y el almirante Topete, que destronó a Isabel II, quien se refugió en París y abdicó, en 1870, en su hijo Alfonso XII.

El periodo revolucionario duró hasta 1874, sirvió para imponer, hasta cierto punto, el poder civil sobre el militar, abolir el impuesto de consumo, la ley de quintas y los privilegios del clero y de las órdenes religiosas, proclamar la libertad de reunión, asociación, prensa y culto e intro-

ducir una moneda única (la peseta), pero no modificó las bases sociales y económicas del país. Como no tenían clara la forma de Estado, convocaron elecciones a Cortes Constituyentes. En 1869 se redactó una nueva Constitución progresista que, aunque concedía libertad de enseñanza y de culto, no consumaba la separación entre la Iglesia y el Estado; como dijo muy bien Pi i Margall: «Si la Iglesia queda protegida por el Estado, influirá sobre él y se le impondrá como se ha impuesto siempre.»

La Gloriosa contó siempre con la enemistad del Papa, quien no condenó al régimen, pero ayudaba y fomentaba a los disidentes, con las frases estereotipadas de siempre, como: «quieren acabar con España», «la Constitución es herejía, la libertad es una iniquidad y la igualdad no es cristiana, pues hasta el Evangelio reconoce que siempre habrá ricos y pobres», «el destino de España ha estado siempre en manos de Dios», más correctamente debían decir en manos de su insaciable «representante» en la Tierra. El Papa consideraba nocivas las ideas liberales, republicanas, demócratas y socialistas, creía en la desigualdad natural por ser obra de Dios, idealizaba la Edad Media y apostaba por el corporativismo. Los definió muy bien el líder obrero Fernando Garrido: «El Poder Negro que tiene en Roma su caverna, y que se conoce con los nombres de jesuitismo, clericalismo y neocatolicismo; en una palabra, el Pontificado Romano.»

Habían cometido otra torpeza: la de mantener la monarquía, por lo que los generales Serrano, Pnm y Topete, en una de las acciones más vergonzosas de nuestra historia, y por desgracia hay muchas, buscaron afanosamente un rey católico y democrático, y lo encontraron, en 1870, en Amadeo de Saboya, hijo del rey de Italia Víctor Manuel II. Poco le duró su «reinado», pues Prim murió en

un atentado, los cubanos se sublevaron y los republicanos se hacían oír, por lo que cansado y desilusionado renunció en 1873. Surgieron de nuevo las ideas disgregadoras de los reinos de taifas, sólo que ahora se les llamaba cantonalismo, llevándose la palma Cartagena. El cantonalismo pretendía un Estado español resultado de la unión voluntaria de unidades territoriales independientes; algo así como el «federalismo a la española», o sea una completa e irracional chapuza.

La Primera República

En 1871 se fundó la Asociación del Arte de Imprimir, en la que entró Pablo Iglesias y de donde partió su idea de crear el Partido Socialista Obrero Español (1879) y la Unión General de Trabajadores (1888). En 1873 se había iniciado en España el movimiento anarquista, que tanta fuerza llegó a conseguir junto la lograda por los socialistas.

Ante el vacío institucional se proclamó la Primera República (1873), que pretendía una sociedad más justa, un Estado descentralizado, una enseñanza pública, gratuita y eficiente, la libertad religiosa, la igualdad de oportunidades y ante la ley y la abolición de la esclavitud en las colonias. Fracasaron por falta de dinero, el rechazo de la Iglesia, de los poderosos y del ejército y las sublevaciones de los cubanos y de los carlistas, más una manifiesta falta de pragmatismo. Por si fuera poco, los conflictos sociales y las absurdas ideas cantonalistas dieron al traste con la Primera República soñada por Pi i Margall, Salmerón, Figueras y Castelar, excelentes oradores pero nada pragmáticos, que hicieron lo posible por salvar la revolución democrática; pero la derecha, aludiendo como siempre a la desin-

tegración de España, logró que en 1874 el general Pavía disolviese las Cortes a tiros, terminando con la experiencia republicana. La República cayó abatida tanto por la derecha, aliada con la Iglesia, como por la extrema izquierda, que no supo estar a la altura. Sin embargo, dejó entre los trabajadores la sensación de que, aunque se habían traicionado sus ideales, era posible conseguir una sociedad más justa.

Por cierto, ninguno de los promotores de la Primera República llegó a presidirla puesto que no se había aprobado la Constitución y, por tanto, no estaba institucionalizada la figura y función del presidente. Todos ellos destacaron por sus buenas intenciones y por estar dotados de una rigurosa ética laica, que debería de ser ejemplo para muchos. Fue curioso que el general Serrano se hiciera nombrar presidente de la República en 1876 ¡con una Constitución monárquica! ¡Qué país! Otra curiosidad es que Pavía nunca entró en el Congreso a caballo, como se ha dicho, sino a pie. La Primera República duró casi dos años, de febrero de 1873 a diciembre de 1874.

En agosto de 1876, Sanz del Río y Giner de los Ríos fundaron la Institución Libre de Enseñanza, con la idea de crear «una España nueva... una España rica y que coma, una España culta y que piense». Los krausistas creían en el progreso moral de la humanidad, en la perfectibilidad del hombre y de la sociedad, en el predominio de la ética en la conducta privada y pública, en el papel activo de la inteligencia, en la constante vinculación entre teoría y praxis y en una realidad armónica que eliminara la lucha de clases. Perseguían un ideal ético y reformar para adelantarse a la revolución. Después de más de un siglo, se ha logrado una España nueva, rica y que coma, pero nos falta una España culta y que piense. En el año 1907 inaugu-

raron la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Tanto la Institución como la Junta constituyen el único proyecto seno de enseñanza en nuestro país, una enseñanza laica basada en la libertad de conciencia. Su eficacia fue de tal envergadura que alumbró un auténtico «Siglo de Oro» en todos los campos de las artes y de las ciencias, como veremos. Y es que, como muy bien dice Gonzalo Puente Ojea: «La ética laica de valores fundados en la razón práctica es connatural al progreso de las ciencias y a la hegemonía de la razón.»

Alfonso XII

Desilusionados los proletarios por ver traicionados sus ideales, acobardados los burgueses por las violentas algaradas y una Iglesia temerosa pero agresiva, dieron lugar a que nadie defendiera el rancio gobierno del general Serrano cuando el general Martínez Campos se sublevó, perdón, se pronunció en Sagunto para dar el trono a Alfonso XII. La indiferencia de la gente ante este hecho fue sorprendente, ¿por cansancio?, ¿por creer que todo iba a ser como siempre? Pensándolo desapasionadamente, ¡cómo iban a ilusionar esas mascaradas de los militares! El caso es que, con esa actitud, los conservadores salieron triunfantes una vez más, hecho que se repetiría, y quedó claro que la dinastía borbónica debe todo a los militares.

Alfonso XII se casó con María de las Mercedes, hija del duque de Montpensier, en 1879, pero enviudó muy pronto y se volvió a casar con María Cristina, archiduquesa de Austria. Siguiendo la costumbre de su madre, gozó de numerosas amantes, a las que también concedió títulos nobiliarios, y con las que tuvo varios hijos, reconocidos u «ol-

vidados». Alfonso XII y Alfonso XIII crearon más de 650 títulos nobiliarios; si hubieran durado un poco más lo habrían logrado la mayoría de los españoles. El rey falleció en El Pardo en 1885. Su sucesor, Alfonso XIII, fue hijo postumo, nació en 1886, por lo que su madre, María Cristina, ejerció la regencia hasta 1902.

Cánovas y Sagasta

En 1890 entró en España la filoxera, que arruinó las explotaciones vinícolas, además el casi monocultivo de cereal en Castilla se hundió ante la competencia de los cereales foráneos. Por esas fechas la sexta parte de la propiedad estaba en manos de la nobleza, que poseía el 30 por ciento de la superficie cultivada. En una agricultura de subsistencia trabajaba el 75 por ciento de la mano de obra, sólo un 15 por ciento laboraba en la industria, y el 70 por ciento de la población era analfabeta. La esperanza de vida apenas llegaba a los treinta y cinco años. La minería, gran parte de la industria y los ferrocarriles estaban en manos extranjeras. La renta per cápita no llegaba a la mitad de la de Inglaterra. España era un país francamente atrasado, «sin escuela y sin despensa», como muy bien dijo Joaquín Costa.

La llamada Restauración se encontró con problemas muy graves. La España intransigente, ultracatólica y fanática, apoyada por la Iglesia, se echó al monte pretendiendo llevar al trono al mal llamado Carlos VII y encerrar al país en las sacristías. Tras cuatro años de lucha fueron estrepitosamente derrotados por los generales Martínez Campos y Primo de Rivera, lo que fue aprovechado por Cánovas para eliminar los fueros vascos, aunque conser-

vando unos ventajosos conciertos económicos que impulsaron enormemente su industria.

Antonio Cánovas del Castillo, ideólogo de los conservadores y un «meapilas» disfrazado de liberal, decidió redactar una nueva Constitución que respetara las libertades fundamentales y en la que estuvieran representadas todas las corrientes políticas. Consiguió asegurar el régimen capitalista con el apoyo de los industriales catalanes y vascos y los terratenientes andaluces y castellanos, pero no tuvo en cuenta a la cada vez más fuerte clase proletaria. La Constitución de 1876 instituyó la soberanía compartida entre el rey y las Cortes bicamerales, trató de alejar a los militares de la política, estableció un bipartidismo oligárquico, burda copia del sistema británico, y proclamó la confesionalidad del Estado, católica por supuesto, que se obligaba a mantener el culto y el clero. A pesar de eso, el insaciable Vaticano protestó porque no se reconocían «todos los sagrados derechos de la Iglesia». ¡Nunca tienen suficiente!, pero ¡la avaricia un día romperá el saco!

Para Cánovas la pobreza era cristiana (la de los demás, claro está, nunca la propia); sin embargo, para tratar de paliar su carga desestabilizadora proponía la caridad, la educación católica, la resignación cristiana y, si fuera preciso, la fuerza. ¡No necesita comentarios! Claro que más tarde tuvo que reconocer que la caridad no era suficiente y que se hacía necesaria la intervención del Estado. Era la época en que se alternaban en el poder Cánovas, jefe de los conservadores más intransigentes, y Sagasta, líder de una derecha más civilizada, consiguiendo una falsa estabilidad a base de marginar los grandes y graves problemas del país. Se instauró el caciquismo, un sistema que combinaba el palo y la zanahoria, que funcionaba en ayuda de

uno u otro partido y que amañaba las elecciones cuando era necesario, o sea siempre. El resto de las corrientes políticas se tenían que contentar con oír, ver y votar a favor de uno o de otro. Con estos métodos es lógico que imperase la corrupción, sobre todo en los niveles bajos y medios. Resumiendo: una miserable farsa con apariencia de una democracia, situación que hemos vuelto a sufrir.

La Iglesia, recelosa como siempre, hizo ver que olvidaba el pasado, pero estaba atenta a cualquier conato de modernidad que pudiera producirse, para lo cual mantenía a toda costa su predominio en la enseñanza. Pronto se recuperó de la desamortización y de los motines anticlericales. El papa León XIII publicó su encíclica *Rerum Novarum,* en la que proponía el corporativismo, lo que dio pie a la creación del sindicalismo católico, y seguía sosteniendo que «la pobreza tiene su origen en el pecado original, por lo que es preciso resignarse y esperar la caridad de los ricos». A eso le llaman «doctrina social», basada en «la caridad cristiana y la resignación sumisa», una doctrina pomposa, llena de palabrería inane y contradictoria en sus argumentos. Por otra parte, la Iglesia veía con justificada intranquilidad el establecimiento de la Institución Libre de Enseñanza, pues era consciente de que jamás podría competir con ella ni conseguir sus resultados, y temía el avance continuo y constante de las ideas marxistas.

Al perder las colonias, el ejército se replegó a la península, y como el gobierno contaba con escasas fuerzas policiales tuvo que recurrir a él con frecuencia para restablecer el orden público, consiguiendo que se especializara en dominar a su propio pueblo y sus generales se autoproclamaran «salvadores de la patria» en cuantas ocasiones les fuera conveniente. Esta situación se trató de paliar

proclamando al rey como jefe supremo del ejército y de la armada, aunque de poco sirvió, como veremos.

La realidad es que ni Cánovas ni Sagasta deseaban que la verdadera democracia se instaurara a través del voto, aunque se aprobó el sufragio sólo masculino en 1890; para ello todas las elecciones eran manipuladas y manejadas por los caciques, a las órdenes de las consignas de Madrid. Los diputados «elegidos» por las urnas votaban en el Parlamento lo que se les ordenaba, como por desgracia ocurre ahora. Lo poco que se hacía se efectuaba sin tener en cuenta la realidad, ¡y encima se quejaban de la incomprensión e indiferencia del pueblo! Los funcionarios eran las víctimas de la alternancia de los partidos, cada vez que uno llegaba al poder despedía a todos los funcionarios, incluidos los porteros y ujieres, para poner a sus amigos; los destituidos llegaban a pasar hambre, hasta otra oportunidad, en la que se resarcían, incurriendo en cohecho las más de las veces, pues era su única opción.

Vascos, catalanes y americanos

La depreciación de la peseta y un arancel proteccionista impulsaron fuertemente las industrias vascas y catalanas, era la forma más fácil de prosperar pues se limitaban a un mercado interior sin competencia, pero no podían competir con el exterior, ni en calidad ni en precios. Ese pretendido avance de la economía, que sólo beneficiaba a dos regiones, ocultaba la tremenda realidad: un país muy atrasado e inculto, en manos de los caciques y dedicado en su mayoría a la agricultura con métodos medievales. La llegada a Europa de productos americanos, sobre todo de Estados Unidos, con los que no se

estaba en condiciones de competir, sumieron al país en una profunda crisis. Una gran masa de españoles se vio abocada a emigrar; se calcula que entre finales de siglo y primeros años del siglo XX más de dos millones de personas tuvieron que marcharse a América. Cuatrocientos años después de su conquista los españoles volvían hambrientos a América para tratar de encontrar trabajo y poder rehacer su vida.

En 1892 Sabino Arana (¡qué bien puestos su nombre y su apellido!) se inventó el separatismo vasco. La verdad es que tuvo que innovar todo: un patria, una historia, un nombre (Euskadi), una bandera, un idioma (el *euskera batua) y* hasta un grito: «¡Muera España!», que reflejaba un absurdo victimismo por el que venía a decir: la culpa de todos los males la tienen otros, sobre todo el resto de España, nunca «nosotros». En 1895 fundó el Partido Nacionalista Vasco, limitado a Vizcaya aunque luego se extendió por todas las provincias vascas, y que curiosamente jamás se ha conocido con sus siglas en euskera, EAJ. En su ideario destacaba su fanático catolicismo, propugnando la total subordinación del Estado a la Iglesia; reclamaba el restablecimiento de los fueros y de las tradiciones, que los políticos fueran de «raza» vasca y que el *euskera batua* se impusiera como lengua oficial. Antes de morir se desdijo y recomendó la unión con España. Arana fue apoyado por muchos eclesiásticos y por la burguesía y cuando murió (1903), se llegó a pedir su canonización; Ramón de la Sota siguió su doctrina. Parece increíble que personas que teóricamente deberían ser cultas y racionales hayan podido seguir sus falsedades y desatinos; basta con leer sus escritos para darse cuenta de que era un racista precursor de Hitler. Pero, sin duda, supo captar el descontento de muchos.

Para rematar este aciago período de nuestra historia, en 1898 Estados Unidos declaró la guerra a España y hundió nuestra flota en Santiago de Cuba. El esperado triunfo de Estados Unidos les permitió quedarse con Puerto Rico y las Islas Filipinas, así como colaborar en la independencia de Cuba, donde tenían grandes negocios de azúcar y tabaco. El pesimismo, la desilusión y los reproches a tanta incompetencia se adueñaron del sentir de los españoles; aunque el pueblo se vio aliviado porque no quería ir a combatir. En el siglo XIX, como en el XVI y tantos otros, los españoles se vieron obligados a empuñar las armas de forma constante; comenzaron con la guerra de la Independencia y terminaron con la guerra contra EE.UU. y la emancipación de Cuba. La pérdida de Cuba sirvió para destapar la ineptitud del ejército, el militarismo chulesco y patriotero, la irresponsabilidad de la prensa y el oportunismo de la Iglesia. ¡Debe ser nuestro triste sino!

Muchos de los capitales tuvieron que ser repatriados, yendo a parar a los bancos, como el Bilbao, Español de Crédito, Hispano-Americano, etc., que obtuvieron enormes beneficios. Los industriales y comerciantes catalanes poseían grandes negocios en América, sobre todo en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, por lo que su renuncia provocó una ola de reproches al gobierno central de Madrid, a quien atribuían la derrota por su incompetencia y falta de previsión. Por otra parte, los empresarios catalanes se habían negado siempre al libre comercio con Cuba, gran aspiración de los empresarios antillanos. Sea como sea, los catalanes se refugiaron en un catalanismo a ultranza como rechazo a un Estado centralista, mal llamado «castellano» o «madrileño», incompetente, extemporáneo y atrasado que había perdido todo el mercado colonial; por

ello reclamaban mayor participación en los gobiernos y el reconocimiento de su particularidad. El nacionalismo catalán presenta una imagen romántica e imaginaria de Cataluña, de sus virtudes, de su historia, de su cultura y de sus gentes, pero atrae a la burguesía ofreciendo propuestas, muchas de ellas razonables, basadas en la necesaria regeneración de España. La habilidad política de Cambó les captó en la *Lliga,* que en 1888 pidió la autonomía. Como contrapartida a los movimientos nacionalistas de catalanes y vascos se desarrolló un no menos absurdo, ridículo y chapucero nacionalismo español, que sólo ha servido para dar la razón a sus rivales. La derecha y la Iglesia monopolizaron la idea de una España de charanga y pandereta en la que ser español es sinónimo de ser católico. Todavía estamos sufriendo las consecuencias de esa «política».

El movimiento obrero

Gran parte de la población del país, unos dieciocho millones, estaba compuesta por obreros industriales (15 por ciento) y campesinos (70 por ciento), analfabetos en su mayoría (60 por ciento), hambrientos y explotados, dominados por el miedo al infierno y a los sables y con una esperanza de vida de 35 años. Un pueblo que enviaba a sus hijos al matadero de Marruecos y a sus hijas a servir a casa del cacique, unos ciudadanos que emigraban cuando ya no podían más, sm otras armas que su valor y esfuerzo. En ese ambiente, las clases dominantes, satisfechas de su situación, no se percataban de la verdadera agitación social. Los campesinos y los obreros se dieron cuenta del extraordinario poder que les proporcionaba su unión y se apresuraron a reclamar a nivel nacional diver-

sas mejoras económicas y políticas, siguiendo unas directrices perfectamente definidas. El movimiento obrero se polarizó en dos corrientes: el socialismo, encarnado por el Partido Socialista Obrero Español y su sindicato, Unión General de Trabajadores, y el anarquismo, liderado por la Federación Anarquista Ibérica y su sindicato, Confederación Nacional del Trabajo (fundada en 1910).

El socialismo español se implantó y desarrolló sin la intervención de los intelectuales; España es el único país donde esto ha ocurrido y, por desgracia, se nota mucho. El PSOE nunca fue revolucionario, deseaba reformar en profundidad el sistema sin destruirlo; siempre contó con la antipatía de los demás partidos, pero supo captarse a numerosos intelectuales y estudiantes así como a las masas obreras y a los campesinos, aunque tuvo un fuerte competidor en los anarquistas. Éstos supieron aprovechar el típico individualismo hispano, el atraso cultural de obreros y campesinos y las ansias de libertad y de mejoras económicas, para arrastrar a numerosos seguidores hacia una idea hacía tiempo olvidada en Europa, pero sus actuaciones lograron un fuerte impacto en la sociedad, como la bomba del Liceo de Barcelona y los asesinatos de Cánovas, Canalejas, Dato, etc.

En 1907 se creó el «Requeté», una organización paramilitar carlista preparada para la lucha callejera. En 1908 se fundó la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y poco después Ángel Herrera Oria creó la Acción Católica Nacional, ambas entidades trataban de atraerse a los intelectuales, en claro antagonismo con la Institución Libre de Enseñanza, sus cimientos descansaban en la doctrina de la Iglesia y en Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien acertadamente se le ha definido como el profeta del nacional-catolicismo.

Los sucesivos gobiernos no fueron capaces de dominar la situación, cada vez más revolucionaria. Se efectuaron tímidas reformas, como la jornada laboral de ocho horas, cuando se estaba trabajando entre once y catorce horas, las leyes sobre accidentes en el trabajo, el descanso dominical, el trabajo de las mujeres, el derecho a la huelga, la prohibición del trabajo a los niños, etc. La realidad es que, pese a esas medidas, la clase trabajadora seguía en la miseria, amontonados en viviendas insalubres y padeciendo hambre. Mientras tanto el rey, Alfonso XIII, continuaba con su frivolidad ajeno a todo, cazando y cultivando su estudiado casticismo, su fama de simpático y sus frases ocurrentes, costumbres inveteradas de los Borbones.

Maura se enfrentó a las clases poderosas al pretender eliminar el caciquismo, descentralizar el sistema para lograr la captación del catalanismo, modificar el sistema electoral y expandir el territorio español en Marruecos. Pero la ya tradicional incompetencia del ejército español se reflejó, con toda su crudeza, en la catástrofe del Barranco del Lobo, donde perecieron miles de soldados. Durante los primeros años del siglo se produjeron numerosas revueltas de obreros en Andalucía, País Vasco, Cataluña y Asturias.

Marruecos y otros desastres

La derecha española siempre ha tratado, y sigue haciéndolo, de monopolizar el sentimiento patriótico, aunque en realidad no es más que pura fachada demagógica. En el caso de Marruecos gritaban ¡Viva España! y alababan al «glorioso ejército», mientras sus hijos se libraban

del servicio militar pagando. Esta situación provocó la indignación popular, que se lanzó a la calle, en especial los llamados «jóvenes bárbaros» de Lerroux, exigiendo que fueran a Marruecos todos o ninguno. En Barcelona, el ministro La Cierva lanzó el ejército a la calle, con lo que la protesta se agrió de tal forma que desembocó en la llamada «Semana Trágica» (1909), en la que ardieron numerosos conventos e iglesias y se produjeron cien muertos y miles de heridos. La feroz represión que siguió a estos disturbios, incluyendo la pena de muerte a su supuesto líder, Francisco Ferrer y a otros cuatro, indignaron al pueblo y provocó la caída de Maura. A pesar de todo, el rey y sus generales decidieron continuar la aventura africana.

Canalejas, nuevo jefe de gobierno, estableció el servicio militar obligatorio sin exclusiones, trató de reducir el poder de la Iglesia, con la llamada «Ley del Candado», así como de pacificar la situación social. Pero su proyecto fracasó, la derecha le criticaba duramente y los anarquistas terminaron con su vida en un atentado (1912), con lo que el Partido Liberal perdió su importancia. Los partidarios de la monarquía perdían adeptos cada día y los republicanos se hacían oír cada vez más. El Partido Republicano Reformista de Melquíades Álvarez consiguió el apoyo de numerosos intelectuales y de los republicanos históricos.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, España declaró la neutralidad más absoluta; que así fue en las armas, pero no en las ideas, pues dividió la opinión en aliadófilos (los liberales, republicanos y socialistas) y germanófilos (la Iglesia, los conservadores, los monárquicos y el ejército). La guerra trajo consigo la desorganización de los mercados, provocó el alza de precios e hizo ricos a los especu-

ladores y a no pocos burgueses, aumentando aún más las diferencias entre ricos y pobres. También repercutió en el ejército, que protestó contra los escasos salarios, la catástrofe de Marruecos y los valimientos en el escalafón. Ante esta situación el PSOE, secundado por la UGT, pretendió organizar unas auténticas elecciones que derrocaran la monarquía, para lo cual convocó una huelga general en 1917 que fracasó, porque los republicanos y los campesinos no la secundaron, pero desató la violencia en varias ciudades, que fue cruelmente reprimida por el ejército. Los líderes socialistas fueron condenados a cadena perpetua, lo que aprovechó la CNT para implantarse por todo el país y liderar el movimiento de masas.

Los anarquistas dejaron sin luz a Barcelona, obligando a cerrar las fábricas. La Federación Patronal de Cataluña, apoyada por el gobierno y los catalanistas, reaccionó sanguinariamente reclutando sicarios que sembraron el terror: patronos y obreros, soldados y guardias, políticos y sindicalistas cayeron acribillados a balazos, entre ellos el jefe del gobierno, Eduardo Dato, en 1921, como venganza por la «Ley de Fugas», y en 1923 el líder anarquista Salvador Seguí. La violencia se extendió como la pólvora por todo el país, el pueblo quería resarcirse por la fuerza de tanta miseria, de tanta esclavitud y de tantas injusticias y humillaciones, y luchaba por una vida mejor; además ahora contaban con el triunfo de la revolución bolchevique, que les servía de ejemplo.

El crecimiento demográfico de España era muy lento, debido a las elevadas tasas de mortalidad producidas por la escasa y deficiente alimentación y las penosas condiciones higiénicas. Mientras la economía europea había crecido el 2 por ciento, en España sólo el 1 por ciento; y cuando el ingreso medio por habitante era de 38 libras oro en Fran-

cia, 35 en Alemania y 53 en Inglaterra, en España el ingreso medio era de 20. En Francia y Alemania la enseñanza era laica, obligatoria y gratuita, pero en España el 30 por ciento de la escuelas primarias y el 80 por ciento de la enseñanza secundaria estaba en manos de la Iglesia. Los acomodados de nuestro país, haciendo gala de su «caridad cristiana», creían que el obrero debería resignarse con su situación, ser más frugal (?) y ahorrar (?), aunque reconocían que por parte del Estado «se debería garantizar el precio del pan». ¡Qué mentalidades!

La sociedad atrasada, analfabeta, atemorizada y en perpetua abulia, comenzó a cambiar de costumbres, empezó a prescindir de la religión y a creer más en el trabajo que en la providencia divina, que nunca aparece y si llega lo hace tarde. Las mujeres iniciaron la invasión de las universidades y de todas las profesiones en competencia con los hombres. Más de un millón de personas abandonaron el campo para irse a las ciudades industriales, en busca de mejores condiciones de vida. En los años veinte se duplicó el consumo de electricidad, se triplicó el número de coches, de teléfonos y de kilómetros de carreteras asfaltadas. No es exagerado decir que ese movimiento fue en gran parte provocado por los ejemplos que ofrecía Estados Unidos a través del eme. La Iglesia veía con horror que había perdido a la clase obrera y comenzaba a perder a la clase media.

Por aquella época, en las casas antiguas se efectuaban obras para instalar la calefacción y el cuarto de baño, que sus dueños enseñaban orgullosamente a las visitas. Hubo muchas familias, católicas a machamartillo y «de toda la vida», que en las habitaciones del servicio no pusieron calefacción y el «aseo» se limitaba a un retrete, sin taza, y un lavabo con sólo agua fría. Ése era el amor al prójimo

que tanto pregonaban, aunque quizás estoy en un error y los criados, para ellos, no son «prójimo». (Por cierto, qué humillante palabra es la de «criado».)

Como las fundadas críticas al ejército eran cada vez más numerosas se crearon las Juntas de Defensa, con el fin de protegerse «desde la salida de la Academia hasta el empleo de coronel inclusive», provocando la intervención directa del ejército en la política. Mientras tanto el incompetente y fanfarrón general Manuel Fernández Silvestre trató de llenarse de gloria conquistando Alhucemas, pero en Annual fue frenado por Abd el Krim, pereciendo junto a más de quince mil soldados; a eso se sumó otro desastre, el del monte Arruit. Es preciso señalar que Abd el Krim no tenía estudios militares, era un simple jefe de tribu ilustrado, lo que hacía aún más penosa la derrota. Las Juntas de Defensa desaparecieron con el desastre de Annual, no tenían defensa posible.

Los republicanos, socialistas, liberales y anarquistas pidieron el castigo de los causantes del desastre, forzando a que Antonio Maura, jefe del gobierno, encargara una investigación, cuya ejecución recayó en el general Juan Picasso González. Temeroso de no haber cumplido sus obligaciones, el general Berenguer, Alto Comisario en Marruecos, pidió ser excluido de la indagación. El famoso «Informe Picasso» dejaba bien clara la incompetencia y la corrupción de los mandos militares, incluía al rey en la responsabilidad, acusaba de negligencia a los generales Berenguer y Navarro y de negligencia temeraria al general Silvestre. Pero los militares, cada vez más envalentonados y apoyados por la derecha, no toleraban las justas acusaciones de nadie, ni siquiera de sus compañeros y menos aún de los políticos. La triste realidad es que en relación con el ejército español sólo se oía hablar de de-

rrotas, de malversaciones o de represiones. A los bochornosos descalabros de Cuba y Filipinas se unía ahora el de Marruecos, y para defenderse tenían la llamada Ley de Jurisdicciones, aprobada en 1908, en la que se prohibía «la ofensa clara o encubierta del ejército».

Primo de Rivera

La guerra de Marruecos daría lugar al militar llamado «africanista», un militar que sólo apreciaba el valor, mofándose de la preparación estratégica y táctica, con una disciplina bestial, arbitraria y cuartelera, un patrioterismo de grito y machadas, un ansia de medallas y ascensos, un vocabulario tabernario y un desprecio absoluto por la democracia y la cultura. Todo el honor que les reportaba la guerra se limitaba a poder jactarse de sus hazañas ante atónitos oyentes. En ese ambiente, imitando a la famosa Legión Extranjera francesa, dos generales fundaron la Legión: Millán Astray, un mutilado físico y mental, y Francisco Franco, un individuo ambicioso y sanguinario. Sus éxitos militares consistían en lanzar a sus hombres a la conquista de un objetivo sin importarles el número de bajas y sin más armas y preparación que el valor, al grito absurdo de «¡Viva la muerte!». Estos individuos llegaron a creerse los auténticos «salvadores de la patria» y así lo demostraron años más tarde.

En Europa, en los años veinte, se produjo un movimiento que daría mucho que hablar y ocasionaría una verdadera hecatombe: el fascismo. Nació en Italia con Benito Mussolini y una década después se implantó en Alemania bajo el nombre de nacionalsocialismo a las órdenes de Adolf Hitler. Este movimiento político tuvo dos fuentes:

por un lado, la frustración de los militares que perdieron la guerra y vieron su país humillado; por otro lado, la revolución bolchevique, triunfante en Rusia, que amenazaba al capitalismo y hacía necesaria un fuerza capaz de hacerle frente. El fascismo y el nacionalsocialismo atrajeron a los jóvenes haciéndoles creer que «las esencias patrias» eran compatibles con el progreso y a desear un poderío militar que les permitiera encumbrar al país y devolverle su perdido prestigio. Encontraron rápidamente el apoyo de la Iglesia y de los capitalistas, porque les garantizaban la protección contra los movimientos marxistas de los obreros. En 1922 se creó en España, por inspiración del Vaticano, el Partido Social Popular, copia del Partido Social Italiano, que fue fundado por miembros de la ACNP.

En 1923 se produjo el golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, capitán general en Cataluña, y se efectuó al estilo decimonónico «para liberar a la Patria de los profesionales de la política». Se estableció una dictadura que hizo «olvidar» el informe Picasso y proporcionó un balón de oxígeno a la marchita monarquía. El rey, que había jurado la Constitución, no dudó ni un momento en cometer perjurio y apoyar el golpe. (Más tarde, en el exilio, admiró la «bella dictadura personificada en un hombre excepcional», refiriéndose a Benito Mussolini, quizá llegó a creer que Primo de Rivera era un Mussolini.)

Una vez más los militares entraban en política, lo que nunca ha dado buenos resultados. Primo de Rivera creyó que reprimiendo los atentados y silenciando a los intelectuales era suficiente para ordenar el país. Varios factores fueron favorables a sus ideas: el movimiento obrero, cansado y perseguido, se tomó un respiro, muchos intelectuales fueron acallados o exiliados y el éxito del desem-

barco en Alhucemas, que logró coordinar los ejércitos de tierra, mar y aire por primera vez, dieron lugar a un periodo de relativa tranquilidad. La economía mejoró considerablemente al imponerse un férreo control de las relaciones laborales, y eso hacía felices a los patronos. Además, el PSOE y su sindicato UGT colaboraron con el general y hasta 1929 no se distanciaron. Por otra parte, la bonanza económica permitió construir cinco mil kilómetros de carreteras, nueve mil de caminos vecinales, crear las confederaciones hidrográficas y electrificar numerosos pueblos, mitigándose de esta forma el endémico paro. Pero se entregó prácticamente la enseñanza a la Iglesia.

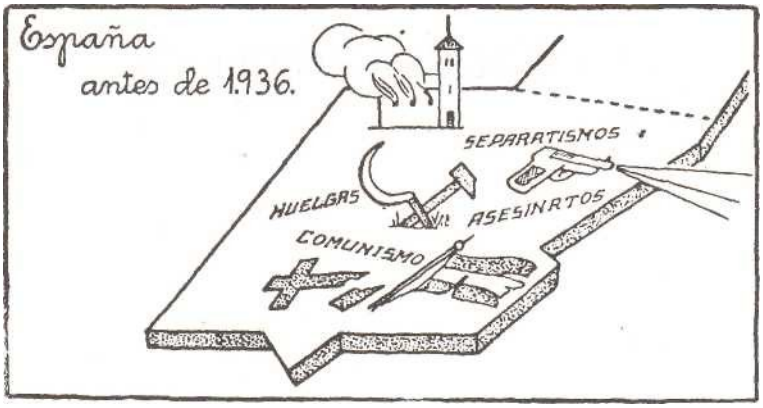
La dictadura fracasó al intentar suprimir los partidos políticos, los nacionalismos y la lucha de clases. En 1925 anuló la Mancomunidad catalana y prohibió las sardanas, y Maciá tuvo que exiliarse. Al enfrentarse con los artilleros, los nacionalistas, los intelectuales y los estudiantes, Primo de Rivera tomó una serie de decisiones represoras, un tanto inútiles y un mucho inhábiles, que le desprestigiaron y ridiculizaron; además era un hombre entrometido, locuaz y paternalista que explotaba un casticismo y un machismo que rayaba en lo vulgar. Los empresarios restringieron las inversiones y comenzaron a evadir capitales; la Iglesia empezó a desertar y los mandos militares terminaron por negarle su apoyo, Alfonso XIII, el 28 de enero de 1930, le destituyó y nombró al general Dámaso Berenguer, con el encargo de devolver a la Corona el prestigio y respeto perdido. Pero demasiado tarde, Primo de Rivera moría desamparado en París y con él arrastraba a la muerte a la monarquía española.

En 1930 se firmó el republicano Pacto de San Sebastián, al que se adhirieron más tarde el PSOE, la UGT y la CNT. El 12 de diciembre, adelantándose, los capitanes

Galán y García Hernández proclamaron la República en Jaca y fueron fusilados. Las continuas huelgas de estudiantes y obreros, la detención de opositores, el juicio adverso de la prensa y la radio, el crac económico mundial, todo se ponía en contra del rey y del nuevo primer ministro, el oportunista e inepto almirante Aznar. Por fin, como resultado de las elecciones municipales, el 14 de abril de 1931 se proclamó la Segunda República y Alfonso XIII salía para su definitivo exilio.

HIJA DE UN PARTO PREMATURO

LA SEGUNDA REPÚBLICA


España
antes de 1.936.
SEPARATISMOS
HUELGAS
ASESINATOS
COMUNISMO

Entusiasmo y cultura

Al proclamarse la Segunda República, las calles de todas las ciudades españolas hirvieron de ciudadanos llenos de entusiasmo, esperanza e ilusión por una España nueva, en la que quedaran enterrados para siempre el oscurantismo, los caciques, los militares salvapatrias, la corrupción, los abusos, el yugo eclesiástico y tantas otras cosas que había que modificar, para conseguir una España moderna y libre. Desde el primer momento se adoptó la bandera tricolor (símbolo de: Libertad, Igualdad, Fraternidad) con la introducción del color morado, representando a Castilla, relegado en la bandera anterior (según la tradición o la leyenda, el pendón de Castilla era morado, aunque algunos opinan que fue carmesí).

A pesar del negro panorama que dejó el siglo XIX, y fruto indudable de la Institución Libre de Enseñanza, se produjo una eclosión cultural más amplia y profunda que en el llamado Siglo de Oro. Los pensadores, novelistas, ensayistas, poetas, cineastas, músicos, pintores, escultores y hasta investigadores, inventores y matemáticos, aparecieron por doquier iluminando el panorama intelectual español como jamás se había producido. Fueron las mal llamadas generaciones del 98, del 14 y del 27, unos inte-

lectuales convencidos de su misión directiva de la sociedad, que llevaría al país a una definitiva incorporación a la modernidad con la recién proclamada República.

La llamada generación del 98 analizó y denunció los problemas de una España caciquil, beata, militarista, atrasada, ignorante y vetusta, que propugnaba un nacionalismo fanático y excluyeme, cuyas ideas sólo eran sostenidas por el ejército, la burguesía (por miedo a los revolucionarios) y la Iglesia tradicional (que jugaba, como siempre, a dos bandas: la centralista y la periférica). Las generaciones del 98 y del 14 se trazaron el objetivo de formar al pueblo a través de una universidad que fuera centro del saber y del impulso intelectual, y de una escuela gratuita, obligatoria, laica e integral. Se pretendía hacer de España un país moderno, auténticamente democrático y por tanto libre del caciquismo y del clero, con una enseñanza laica, una legislación social avanzada y eficaces medidas económicas. Y en ese espíritu floreció la generación del 1927.

Constitución

Nada más irse Alfonso XIII, se retiraron de los bancos más del 15 por ciento de los depósitos y se produjo una evasión de capitales y un drástico descenso de las inversiones y de los créditos. Éste es el «patriotismo» de los poderosos, de esos que gritan hasta enronquecer: ¡Viva España!, se emocionan en los desfiles y poseen la exclusiva del amor a la patria. ¡Qué hipocresía! Desde el primer momento, la Iglesia católica chocó frontalmente con la idea laicista de la República, por eso el cardenal Segura aconsejaba fingir la venta de los bienes de la Iglesia, conseguir un acuerdo con bancos extranjeros y poner el ca-

pital en títulos de la Deuda Pública de Francia, Suiza e Inglaterra. ¡Otro gran «patriota»!

Se eligieron unas Cortes Constituyentes, convocadas por un Gobierno provisional, que redactaron una de las Constituciones más avanzadas que han existido; la Comisión Constituyente estuvo formada por 64 catedráticos y 47 escritores. Al ser discutida ampliamente en el Parlamento y darle la máxima publicidad, fue conocida y comentada por todo el pueblo.*

La República no sólo se instauró para reemplazar a la monarquía como sistema, sino para implantar en España una auténtica democracia, con la separación y control de los tres poderes, la separación de la Iglesia y el Estado, la igualdad ante la ley, la igualdad de oportunidades, la enseñanza laica, integral, obligatoria y gratuita, la no discriminación por sexo o creencias, los derechos humanos; en fin, la implantación y exigencia de los valores republicanos. Por algo se la llamó *la Niña Bonita.* Pero, por desgracia, la República nació prematura y en política no existen las incubadoras; además, sus cuidadores no eran, salvo excepciones, auténticos republicanos sino antimonárquicos, cosa muy diferente. La Segunda República nació más por defectos de la monarquía que por convencimiento; circunstancia que se suele repetir en nuestra política, en la que no gana las elecciones un partido sino que las pierde el contrario por sus errores.

Fue elegido presidente de la República Niceto Alcalá Zamora, y como ministro de la Guerra y más tarde jefe del gobierno Manuel Azaña. La Segunda República heredó una población de 23 millones, de los que un 45% de-

* En el anexo 2 encontrará el lector las Disposiciones generales del Título Preliminar.

pendía de la agricultura y el 3,5% era propietario de la mitad de la tierra cultivable, el 25% trabajaba en la industria y la mitad de la población era analfabeta; además había 140.000 clérigos y monjas y el ejército se llevaba el 25% del presupuesto, mientras que la enseñanza sólo el 8%. El campo estaba descapitalizado, la peseta devaluada, el paro en aumento y el 23% del presupuesto era para amortizar la deuda.

Reformas

Desde el primer momento el gobierno se percató de que el atraso del país se debía a la enseñanza y se lanzó a una política pedagógica sin precedentes, impulsada por Marcelino Domingo, con el fin de formar ciudadanos libres, demócratas, plurales y justos. En dos años se crearon doce mil escuelas y en las Escuelas Normales de Magisterio se formaron adecuadamente ocho mil maestros, con mejores sueldos, desterrando aquel bochornoso dicho: «Pasa más hambre que un maestro de escuela.» El Patronato de Misiones Pedagógicas, dirigido por Manuel B. Cossío de la Institución Libre de Enseñanza, fue muy eficaz, sobre todo en el campo, y abrió cinco mil bibliotecas. En esto, como en muchos aspectos, Azaña demostró ser el último, y quizás el único, estadista que ha tenido España, pues no eran medidas electoralistas ya que los resultados se hubieran apreciado muchos años después.

En el ejército había, entre otras cosas, una exagerada desproporción entre el número de oficiales, jefes y generales y los efectivos de tropa, tenía una preparación muy deficiente, como se había podido comprobar, y era muy costoso, liberticida, encerrado en sí mismo y se consideraba

único depositario de los valores nacionales, por tanto, el único capacitado para «salvar al país». Azaña emprendió una drástica reforma, y entre otras disposiciones suprimió los Tribunales de Honor, se vetó la posibilidad de que un general pudiera llegar a ser presidente de la República, el ejército sólo debía estar vinculado a la nación, nunca a una dinastía, persona o partido político y tenía que tener el tamaño adecuado, ser moderno, efectivo y competente para defender a la nación, y los jefes y oficiales que quisieran se podían retirar con el sueldo íntegro. Las reformas disgustaron a los mandos, acostumbrados a no hacer nada y gozar de no pocas prebendas. No se tocó a la Guardia Civil, aunque no contaba con las simpatías populares, y para completar sus funciones se creó la Guardia de Asalto.

La Segunda República, consciente de que el agua es un bien escaso, sobre todo en gran parte de nuestro país, desarrolló un plan hidráulico nacional que no pudo llevar a término, pero del que se aprovechó en gran parte Franco para inaugurar sus famosos pantanos. Indalecio Prieto efectuó numerosos proyectos y realizaciones en materia de ferrocarriles, carreteras, embalses, centrales eléctricas, etc. Mientras que Largo Caballero impulsó leyes muy importantes para el trabajador, como los contratos de trabajo, los jurados mixtos, la jornada laboral, los seguros de accidentes, etc.

Otro frente importante fue la regularización de las relaciones con la Iglesia, un problema ancestral, siempre demorado. La modernización del Estado exigía la laicización de la enseñanza y de la sociedad y la separación, no persecución, de la Iglesia y el Estado. En el manifiesto de la «Agrupación al Servicio de la República» se decía que la República era la única posibilidad de llegar al laicismo y de que el pueblo español «tome briosamente en sus

manos su propio e intransferible destino». El nuevo Estado debía constituirse sobre el principio de la libertad de conciencia y de cultos. Fernando de los Ríos, ministro de Justicia y luego de Instrucción Pública, defendió una posición moderada y dispuesta a conseguir un acuerdo con la Iglesia, incluso permitió que en 1933 Ángel Herrera abriera en Madrid el Centro de Estudios Universitarios (CEU), pero chocó contra la actitud intransigente de socialistas y anarquistas, que tenían prisa por desmontar algo que arrastraba España desde hacía varios siglos, y contra la intolerante Iglesia. La expulsión de los jesuitas, la prohibición de enseñar a las órdenes religiosas y la supresión en dos años de las aportaciones del Estado enfrentaron abiertamente a la Iglesia con la República. Pero eran medidas imprescindibles para la laicización y modernización del Estado y de la sociedad... Y siguen siéndolo.

El hervidero político

Y topar con la Iglesia era muy peligroso en España, entre otras cosas porque arrastró a la derecha y a la alta burguesía, de marcado arcaísmo e intransigencia, temerosas de perder sus privilegios e incapaces de evolucionar, a una campaña contra el gobierno recurriendo a toda clase de medios, en especial la difamación, la descalificación y la mentira. La Iglesia se quedaba sin el importante negocio que es para ella la educación y puede perdonar todo menos perder patrimonio, por eso a través de la ACNP y de Acción Católica, dirigidas por Ángel Herrera y su Acción Popular, empezó a blandir el lema: «Religión, Familia, Orden, Trabajo y Propiedad.» Asimismo apoyó

la creación de grupos paramilitares para la lucha callejera y la violencia, como Juventud Monárquica, Renovación Española, Partido Nacionalista Español de Albiñana, los Requetés, etc. El cardenal Segura incitaba a «defender los derechos de la religión, porque la soberanía nacional lleva al ateísmo del Estado». Quedó claro, una vez más, que a la Iglesia y a la alta burguesía sólo les interesa el poder y los privilegios inherentes, el país les trae sin cuidado. Gonzalo Puente Ojea ve, con razón, que «el error de Azaña y de la Segunda República fue subvalorar la fuerza de la Iglesia y su implacable belicosidad».

En 1930 la UGT, con más de un millón de afiliados, creó la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra, que llegó a tener medio millón. En 1931 Acción Popular pasó a ser dirigida por Gil Robles, que, junto a Ramiro de Maeztu (llamado «Ramiro el Monje») actuaron como verdaderos conspiradores. Adelantándose a todos, en 1932 el incompetente general Sanjurjo efectuó un «pronunciamiento» que fracasó rotundamente.

En 1933 se creó la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas), TYRE (Tradicionalistas y Renovación Española) y FE de las JONS (Falange Española de la Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista). Un año políticamente prolífico.

El catalanismo, que comenzó siendo conservador y de ideología católica, había sido arrastrado por Maciá hacia la izquierda y reivindicaba la independencia, El mismo día de la proclamación de la República, Maciá pregonó el Estado catalán, aunque luego añadió «dentro de una confederación de pueblos ibéricos». Azaña tuvo la valentía de defender en el Parlamento, con uno de sus discursos más brillantes, el Estatuto de Cataluña, que fue aprobado el 9 de septiembre de 1932, y con ello comenzó a funcio-

nar la Generalitat. El Estatuto comenzaba diciendo: «Cataluña se constituye en región autónoma dentro del Estado español.» El 6 de octubre de 1934 Lluis Companys, su nuevo presidente, proclamó el Estado catalán dentro de la República Federal Española.

En el País Vasco se había pasado demasiado rápidamente de la agricultura y el pastoreo a los negocios y la industria, del cavernícola carlismo al progresismo político. El derechista PNV estaba redactando un Estatuto, que era confederal, antidemocrático y muy clerical, ya que el clero era el mejor propagandista del Partido Nacionalista Vasco. El Estatuto no prosperó hasta principios de la Guerra Civil, porque se pusieron en contra Álava y Navarra. El primer gobierno vasco fue presidido por Aguirre, pero en plena Guerra Civil, en 1936.

La reforma agraria

Quedaba pendiente la ya inaplazable reforma agraria, problema que llevaba el país a cuestas desde hacía más de dos siglos. La Ley de Reforma Agraria chocó frontalmente con los latifundistas y los partidos de derechas; además, los altos gastos que suponían las expropiaciones, la falta de dinero, las eternas discusiones en el Congreso y la lentitud burocrática permitieron el asentamiento sólo a unas doce mil familias. Los propietarios de las tierras, viviendo bien en las capitales a base de explotar a los arrendatarios, no sólo despreciaban a los campesinos hambrientos, sino que aconsejaban no cumplir las leyes, no pagarles lo pactado, no sembrar y no dar trabajo a los afiliados a UGT o CNT. Como reacción, los campesinos ocuparon por la fuerza las tierras que trabajaban. Los dis-

turbios más graves se produjeron en Arnedo (La Rioja), Castilblanco (Badajoz) y sobre todo en Casas Viejas (Cádiz), donde, en enero de 1933, los guardias civiles y de asalto aplastaron a tiros la revuelta. Las muertes de los campesinos consiguieron ahogar las excelentes ideas de Azaña.

La derecha y el fascismo, cada vez más en auge, aprovecharon la coyuntura para arremeter contra el gobierno. Por su parte, el latente anticlericalismo del pueblo fue aprovechado para quemar iglesias y conventos. La primera quema de iglesias, que no fue reivindicada por nadie, lo cual es un tanto sospechoso, causó un profundo daño a la naciente República. Las fuerzas de seguridad se vieron obligadas a actuar con contundencia a costa de la popularidad del gobierno. A Azaña no le quedó otra alternativa que convocar elecciones, en noviembre de 1933, en las que por primera vez en la historia votaron las mujeres. La división de la izquierda, la crisis económica mundial y la desilusión dieron el triunfo a la CEDA, liderada por el ultraconservador José María Gil Robles, y al partido radical, capitaneado por el demagogo e inmoral Alejandro Lerroux. Se iniciaba el llamado «Bienio Negro».

Al conseguir el poder, Gil Robles, como no sabía qué hacer, se dedicó a deshacer: anuló la Ley de Reforma Agraria, la secularización y la coeducación de la enseñanza, el Estatuto de Cataluña y la legislación social, redujo el presupuesto de educación y los salarios de los maestros, efectuó una contrarreforma agraria, concedió la amnistía a los colaboradores de Primo de Rivera y de Sanjurjo y devolvió a la Iglesia su capacidad docente, asignándole, además, diecisiete millones de pesetas. Gil Robles, de acuerdo con el papa León XIII, quería que la Iglesia ocupase un papel predominante en la sociedad, sin depender

de la forma de gobierno, y que se implantase en la educación una disciplina paramilitar y católica. Es decir, derribar el edificio de progreso que había levantado Azaña e implantar una política burdamente conservadora, mediocre e incompetente, que se ensañaba con los derrotados persiguiéndoles y negándoles el trabajo o rebajando los jornales, llegando al extremo de que si se quejaban de que con lo que les ofrecían no podían vivir, les contestaban: «Pues ¡comed República!» Fue un revanchismo absurdo y provocador que sirvió para demostrar que la derecha española sabe reprimir pero no sabe crear, sabe destruir pero no es capaz de construir. Como les definió muy bien Azaña: «un caso de miopía política y de falta de patriotismo».

La extrema derecha no aceptaba el pacto CEDA-Radicales, tampoco quería la República, por lo que fundaron el Bloque Nacional encabezado por Calvo Sotelo, Maeztu, Goicoechea, Lequerica y varios militares afines, como Mola, Fanjul y Franco. Las declaraciones, totalitarias, autoritarias y antidemocráticas de Gil Robles y las masivas concentraciones de sus seguidores, que le gritaban «¡Jefe!», convencieron a los mandos socialistas y anarquistas de que la CEDA, siguiendo los pasos de Italia y Alemania, se proponía implantar un totalitarismo fascista en España y que era necesario actuar de inmediato de forma revolucionaria. Lo cierto es que las huestes católicas y monárquicas experimentaron una profunda fascistización, por el influjo de Italia y Alemania; hay que tener en cuenta, como muy bien se ha escrito, que «el fascismo no es un partido, es una epidemia» y que en la CEDA decían: «Votemos para dejar de votar algún día.» Además,

Goicoechea, Olazábal y el general Barrera habían firmado un pacto con el fascismo italiano por el cual recibían dinero y armas. Y empezaban a aplicarse las consignas de Goebbels,* que llevaron «democráticamente» a Hitler al poder.

De mal en peor

En 1933 irrumpió en la política la Falange Española, fundada por José Antonio Primo de Rivera, unida a las JONS de Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma. Era un claro partido fascista a imitación del nacionalsocialismo alemán y del fascismo italiano, siendo financiado y armado por ambos, claramente antidemocrático y antirrepublicano, aunque José Antonio decía: «el cuento de los reyes ya está desfasado y rebasado». Curiosamente, en sus veintisiete puntos se contemplaba la separación de la Iglesia y el Estado, aunque «reconociendo el espíritu católico tradicional», la nacionalización de la banca y una reforma social agraria. El nuevo partido tenía muy escasos seguidores, pero su agresividad hacía que se hablara de ellos con frecuencia. Propugnaba «la dialéctica de los puños y de las pistolas», lo que provocó una espiral de violencia.

La constante labor de desprestigio de las derechas, encuadradas en la CEDA, los pistoleros de Falange y otras organizaciones y la violencia contra la República, proclamada por el cardenal Vidal i Barraquer y apoyada por la cúpula eclesiástica, colaboraron eficazmente a la creación de una situación caótica. Su tradicional consigna de «cuanto peor, mejor» fue cumplida a rajatabla.

::' El lector podrá encontrarlas en el anexo 3.

Como contrapartida, la CNT, con García Oliver, Durruti y Ascaso, se radicalizó. El ansia revolucionaria de los anarquistas favoreció el fracaso de la República, porque deseaban la revolución por encima de todo, y en eso estaban apoyados por el POUM, Partido Obrero dé Unificación Marxista, seguidores de Trotski. Desde el primer momento creyeron que habían sido traicionados e intentaron implantar el comunismo libertario en Sevilla en junio de 1931, en la zona del Llobregat en 1932 y en Casas Viejas en 1933. Con su actitud, lo único que consiguieron fue equiparar desorden y caos con República, causando inmenso daño a ésta. Es cierto que el hambre y la miseria no admiten esperas, pero las prisas, sobre todo en política, nunca han dado buen resultado. Si anarquistas y socialistas hubieran tenido menos urgencias se hubieran conseguido muchas cosas con una planificación racional y continuada.

Porque asimismo los socialistas contribuyeron al fracaso de la República. En sus filas existían tres claras corrientes enfrentadas: la moderada liderada por Besteiro, la de centro con Prieto a la cabeza y la revolucionaria dirigida por Largo Caballero. Al triunfar este último ideario, los socialistas lanzaron una huelga general en octubre de 1934, con la colaboración de los anarquistas, que en Asturias se les fue de las manos y se transformó en una revolución popular. Según Adrián Shubert fue «una revolución de autodefensa». Las masas de obreros asaltaron los cuarteles de la Guardia Civil, ocuparon las fábricas de armas y la cuenca minera, se adueñaron de Oviedo y proclamaron la República libertaria, en la que se implantaba la sociedad sin clases sobre la base de comunas. El gobierno declaró el estado de guerra enviando al ejército a sofocar la revuelta. La represión, dirigida por el general Fran-

co, fue feroz, numerosos obreros murieron en los combates (se calculan unos 1.500) y más de 30.000 personas fueron encarceladas. Franco empezó a considerarse a sí mismo, con el aplauso unánime de la derecha, como «salvador de la patria», y así actuaría en el futuro. La crueldad de la represión provocó el rencor en la izquierda, y la brutalidad de los revolucionarios el odio en la derecha; los moderados de ambas ideologías quedaban una vez más marginados.

El fracaso de la revolución debería de haber servido de aviso a los patronos; sin embargo, su reacción fue reprobable, comenzaron a seleccionar obreros (los de UGT, CNT o cualquier partido de izquierdas quedaban eliminados), rebajaron drásticamente los salarios, les anularon todos los derechos adquiridos (jornada, vacaciones, etc.), es decir, implantaron su voluntad y la más absoluta injusticia. Y a esto había que añadir la represión de orden penal con varias condenas a muerte. ¡Todo un modelo de relaciones sociales, de patriotismo, de justicia, de política y de candad cristiana!

Cayó el gobierno de Lerroux por los escándalos financieros, conocidos como el estraperlo. En enero de 1936 se creó el Frente Popular, que aglutinaba a los partidos de izquierda, y se presentó con un programa nada extremista; en las elecciones de febrero de 1936 ganó ampliamente. Se cometió el grave error político de nombrar a Azaña presidente de la República y como jefe del gobierno a Santiago Casares Quiroga, un hombre enfermo, sin ideas y sin arrestos; con ello los inteligentes proyectos de Azaña quedaban relegados. La derecha, como es habitual, no supo asimilar su derrota. La quema de iglesias y conventos se sucedieron; el fanatismo de Francisco Largo Caballero, llamado el Lenin español, arrastró a la UGT

hacia una clara intolerancia; por su parte la CNT cada vez exigía más salario y menos jornada (¡pedía 36 horas semanales!); el fascismo, encarnado en la Falange Española de las JONS, practicaba el terrorismo por las calfes de las ciudades; la Iglesia estaba temerosa pero beligerante y violenta; el ejército cada vez más inquieto, expectante y minado por las ideas de los salvapatnas; los patronos cerraban las empresas, evadían capitales o se negaban a sembrar; todos eran factores que conducían inexorablemente hacia el desastre.

El 16 de junio Gil Robles presentó en el Parlamento un panorama catastrofista, aunque un tanto exagerado, y Calvo Sotelo habló en tonos muy amenazadores. El 12 de julio la Falange asesinó al teniente de la Guardia de Asalto José del Castillo; al día siguiente, en venganza, un grupo de guardias de asalto asesinó a José Calvo Sotelo. La situación era tan tensa que el 17 de julio se levantaron las tropas en Marruecos.

Factores del fracaso

Los factores que hicieron fracasar la Segunda República, ahogándola en sangre, fueron muchos y variados. Como acabo de indicar, las antidemocráticas, intolerantes y antisociales derechas, apoyadas por la Iglesia, y el afán revolucionario de ciertas izquierdas hicieron el mayor trabajo. Los partidos de la izquierda cometieron el error añadido de apropiarse en exclusiva del republicanismo, sin percatarse de que para que triunfe la República es imprescindible que sea de todos, izquierda, derecha y centro. Es triste llegar a la conclusión de que todos los políticos, y esta vez sin excepción, tuvieron la culpa de que estallara la guerra.

Otro hecho indudable es que la gran masa española estaba hambrienta y vivía en condiciones infrahumanas, por eso consideró la República como el primer paso para la revolución. El pueblo se lanzó con entusiasmo a la idea revolucionaria porque no tenía nada que perder y veía la posibilidad de tener mucho que ganar, y no se preocupó de defender la República. Si se hubiera tratado por todos los medios de combatir la miseria, de proceder a una eficaz e inteligente reforma agraria y a la industrialización del país, las cosas habrían sido muy diferentes.

Otro factor en contra fue el egoísmo inhumano de los poderosos, que bajo ningún concepto estaban dispuestos a hacer concesiones que pudieran, directa o indirectamente, privarles de sus enormes prerrogativas. Mejorar las condiciones de trabajo, dar salarios justos o enseñar a sus trabajadores no entraba en sus planes. He conocido personas muy poderosas que se negaron a implantar una industria en su ciudad porque sus mujeres se iban a quedar sin servicio. Por si fuera poco, cometían la vileza de humillar a los obreros y campesinos mofándose de sus condiciones y di-ciéndoles que si tenían hambre comieran Constitución o República.

Un factor de suma trascendencia fue la absurda e interesada idea de algunos militares de que debían «salvar a la patria», aunque nunca decían de qué tenían que salvarla, y cuando trataban de justificar su postura era para mentir. Y así unos militares incultos, sangrientos e infames, que gritaban consignas tan aberrantes como «¡Viva la muerte!» y «¡Muera la inteligencia!», se levantaron para erradicar la ingente labor de progreso y cultura que había comenzado la Segunda República. Implantaron una dictadura que supuso el triunfo de la Iglesia, del terror y del atraso cultural y económico. Como escribe acertadamente Almu-

dena Grandes: «Este país tuvo una oportunidad, la tuvo y se la robaron. Fue una vez el país de los hombres y las mujeres admirables... Perdimos una guerra, pero jamás la razón.»

La Iglesia desde el principio estuvo contra la República porque perdía sus muchos privilegios, entre *qzr*os el magnífico negocio que le supone el casi monopolio de la enseñanza. Negocio económico, pues le produce grandes beneficios, y negocio humano, pues le proporciona personas sumisas que la van a defender cuando sea necesario; personas de las clases privilegiadas, por supuesto. La Iglesia siempre se ha enfrentado, y lo seguirá haciendo con inusitada violencia, a la Democracia y a la República; porque para ellos el poder emana de Dios, mientras que la democracia se basa en que el poder reside en el pueblo y es éste el que elige a sus gobernantes; dos posturas irreconciliables. No cabe la menor duda de que la Iglesia católica, apostólica y romana ha causado, y sigue provocando, daños ingentes al pueblo español.

El mejor medio que ha tenido y tiene la derecha española para tratar de sofocar los derechos individuales y las libertades de conciencia y de pensamiento es acusar a los demás de carecer de religión, de moral y de patriotismo. Otro remedio consiste en la labor sistemática y continuada de utilizar el DDT político: Difamación, Descalificación y Tergiversación de todos los adversarios y de todos sus actos. Sin preocuparles para nada el bien del país, sólo la toma de poder. Por desgracia, siguen igual. Porque en España la moderación, la ponderación, el respeto a las ideas de los demás han sido siempre minoritarios e incluso denostados. Una consecuencia más de la pésima enseñanza que imparte la Iglesia casi en exclusiva.

La causa republicana ha tenido, y por desgracia sigue

teniendo, que luchar contra la imagen, forjada por la propaganda franquista, de un régimen sin autoridad. Sin embargo, fueron los republicanos los únicos que llevaron a cabo una tarea formativa y cultural que contribuyó a crear una cultura democrática y un contrapeso a la nefasta influencia de la Iglesia, los únicos en tratar de consolidar la República y en modernizar el país.

Los republicanos contaron con muy poco apoyo, ni los políticos ni la mayoría de los intelectuales y de los partidos tenían una ideología republicana, eran simplemente antimonárquicos. Las masas, movilizadas por los socialistas y anarquistas, tenían prisa por desquitarse de las persecuciones sufridas y por mejorar su paupérrimo nivel de vida y se lanzaron a violar las leyes, dando de esta forma argumentos a la derecha para propagar el caos y propiciar una sublevación militar. La Segunda República fue asesinada sin piedad y ha servido de saco sin fondo en el que han echado todos los males, los errores propios y los de los demás.

UN PEQUEÑOBURGUÉS INCULTO Y GÉLIDO

LA GUERRA CIVIL Y LA DICTADURA

SI. r.ENBRALÍSIMO FRANCO, 1NV1CTCJ CAUDILLO Dt ESPAÑA

Azaña escribió, con toda la razón: «Una parte del país odiaba a la otra y la temía... el odio y el miedo son los culpables de la tragedia.»

Los generales del siglo XIX presumían de liberales; sin embargo, en el siglo XX fueron, en su mayoría, la salvaguardia de los conservadores y no dudaron en rebelarse. La sublevación del ejército de África tuvo el cinismo de efectuarse al grito de ¡viva la República!, quizá para captarse a los indecisos. El bando que firmó y publicó el general Franco en Melilla (cuando aún estaba en Canarias), en el que asumía el mando militar en Marruecos, lo justificaba diciendo que era «para restablecer el orden dentro de la República... en su misma esencia» y terminaba gritando: «¡Fraternidad, Libertad e Igualdad!» La realidad es que los militares sublevados tenían pocas ideas, aunque un tanto sanguinarias, y sólo les importaba el ascenso, el alcohol y las rameras y, por supuesto, el poder.

La famosa y cacareada «Operación Dragón Rapide», el avión que debía llevar a Franco de Canarias a Tetuán, salió del aeropuerto de Gando a última hora de la tarde del 18 de julio, con Franco vestido de paisano; repostó en Agadir y pasaron la noche en Casablanca. Está claro que

esa demora era para esperar confirmación del triunfo del alzamiento en Marruecos, por eso Franco no llegó a Tetuán hasta el día 19... ¡Por si acaso!

El general Emilio Mola, jefe del levantamiento, tenía previsto apoderarse de prácticamente todo el país en breves días, pero no todas las guarniciones le siguieron y España se dividió en dos. Las zonas dominadas por las sotanas y las derechas: Castilla y León, Galicia, Navarra, gran parte de Aragón y algo de Andalucía, cayeron en manos de los sublevados, aunque con problemas. El 20 de julio Mola constituyó un Directorio Militar «para defender la República», en el que no figuraba Franco, que no entró a formar parte del mismo hasta el 3 de agosto siguiente. El 1 de octubre se nombró a Franco jefe del gobierno y generalísimo de los ejércitos, a lo que se añadió, por maniobra de su hermano Nicolás, la ambigua frase: «Jefe del Gobierno del Estado Español», lo que dio pie a asignarle poderes ilimitados; es decir, un dictador con todos los poderes en su mano.

El resto del país había quedado fiel a la República, pero esa superioridad se vio menguada cuando Franco y su «africanista» ejército cruzaron el Estrecho y los anarquistas, socialistas, nacionalistas y comunistas chocaron entre sí, planteando al gobierno legítimo el dilema de tener que optar por la revolución o por ganar la guerra, con lo cual no consiguió ninguna de las dos cosas. La República tardó demasiado tiempo en reaccionar y en crear un verdadero ejército.

El hado —quizás un tanto forzado— fue eliminando a todos los posibles competidores de Franco: el general Sanjurjo murió en accidente de aviación en los primeros días de la guerra, el general Mola se estrelló en Burgos cuando iba en su avioneta, José Calvo Sotelo había caído

asesinado antes de la sublevación y José Antonio Primo de Rivera había sido fusilado en la cárcel de Alicante. Decía Plutarco que «en las revueltas el más ruin se alza con el mando»; en este caso fue el más vil con más suerte. Conviene resaltar que desde el primer momento Juan de Borbón, heredero de la Corona, apoyó la sublevación militar, trató de luchar en sus filas y felicitó a Franco por haber «liberado España».

La Iglesia, que había promovido el levantamiento, colaboró activa, total e inmediatamente con los militares insurrectos. Poco después de la sublevación militar, los obispos españoles redactaron una pastoral colectiva apoyando a los golpistas. Aprovecharon la persecución religiosa que se produjo en la zona republicana para transformar la lucha de clases y de ideologías políticas en una «santa cruzada religiosa» y aducir que era una «guerra legítima y santa». Consideraban que se habían sublevado «para defensa de la religión» y contra unos revolucionarios «cruelísimos, inhumanos, bárbaros y anticristianos». Por descontado, jamás criticaron los crímenes de los rebeldes, ni siquiera cuando Franco ordenó fusilar a más de cuatrocientos curas y seminaristas acusados de separatismo. La Iglesia bendecía a las tropas e incluso el armamento que iba a matar; en uno de estos actos el cardenal Isidro Goma Tomás, primado de España, exclamó: «¡Benditos sean los cañones si en las brechas que abran florece el evangelio!» Toda una abyecta interpretación de la doctrina de Jesús de Galilea, pero acorde con la trayectoria seguida por la Iglesia durante siglos: eliminar al enemigo. Goma quería para España «que ni una ley, ni una cátedra, ni una institución (alusión a la Institución Libre de Enseñanza), ni un periódico fuera contra Dios o su Iglesia». Queda claro que el nacionalcatolicismo es una ideología totalitaria, cuyo fin

es el pensamiento único: el de la Iglesia. Decía Azaña con acierto: «Amparar con la bandera de la religión una contienda rigurosamente política y social, es malo para la burguesía misma (que ha hecho del catolicismo un programa político), que se desgarra, y para la religión, que se desacredita.»

Vencieron

La sangrienta Guerra Civil, que duró tres terribles años, fue una lucha de clases, en ella se enfrentó la democracia contra la dictadura, y se reflejó en el ejército africanista, integrado principalmente por mercenarios, legionarios y moros (¡de nuevo moros matando y saqueando a españoles!), apoyado por la Iglesia y los poderosos, contra un pueblo que sólo deseaba vivir, vivir sin miseria, sin hambre, tener acceso a la cultura, al progreso y a la paz. Por desgracia se desataron en la contienda las envidias y las venganzas personales. El resultado no pudo ser otro: casi un millón de muertos, centenares de miles de mutilados, pueblos, barriadas e infraestructuras enteras destruidas y un país arruinado económica, moral e intelectualmente. El enfrentamiento se personalizó en dos personajes: Azaña, un intelectual, y Franco, un militar; como suele ocurrir, ganó la fuerza bruta. En un bochornoso acto celebrado en la Universidad de Salamanca y provocado por Millán Astray, Unamuno les definió al contestar: «Venceréis, pero no convenceréis.» Y así fue.

Desde el primer momento las tropas sublevadas optaron por implantar el terror allá donde entraban asesinando a todo aquel que se mantuviera fiel a la República; se consideraba una eficaz arma para intimidar y desconcer-

tar al enemigo, procurando su paralización por el pánico. La masacre que las tropas del general Yagüe llevaron a cabo en Badajoz supera todo lo imaginable, pero la revancha con la matanza de Paracuellos no fue menor, ambas constituyen abominables asesinatos. El terror desató una de las más abyectas acciones humanas: la envidia y su hermana la venganza. En numerosos lugares los de uno y otro bando, escudándose en la situación de guerra, aprovecharon la ocasión para resolver antiguas rencillas, envidias o simples deudas. El mero hecho de pensar de otra manera o de acusar de ello era suficiente para que se les invitara a dar *un paseo* del que jamás regresaban. Justo es decirlo, en el lado republicano esta forma de actuar fue ejercida por bandas de incontrolados de extrema izquierda, sin consentimiento de los diferentes gobiernos, que trataron, con poco éxito, de impedir las ejecuciones. Mientras que en el bando franquista se legalizaron los asesinatos por la Ley de Responsabilidades Políticas y tanto el ejército como la Falange y el Requeté dieron sobrados ejemplos de furia asesina, con el pleno beneplácito, cuando no la incitación, de la Iglesia. Asegura Raymond Aron atinadamente que «la violencia se torna aún más inhumana cuando pretende estar al servicio de la verdad a la vez histórica y absoluta».

La mayoría de los españoles, en especial los jóvenes sin edad militar, veíamos aterrorizados y sin entender aquella orgía de venganzas y de sangre. Creo sinceramente que deseábamos ser libres, trabajar, aprender y vivir sin odios, sin represalias, sin muertes violentas, sin exiliados, donde se respetaran las ideas de los demás, donde sólo se luchara para crear riqueza, para vivir mejor y por la paz, donde lo importante fuera el progreso y bienestar de los españoles, donde fuera erradicada para siempre la intole-

rancia y el fanatismo. Porque la mayor tragedia que le puede ocurrir a un pueblo es una guerra civil; por descontado que deben desaparecer todas las guerras, pero las civiles tienen que ser erradicadas de la historia de los pueblos.

La Guerra Civil española acaparó la atención del mundo, pues fue la antesala de la Segunda Guerra Mundial. Los sublevados contaron, desde el primer momento, con la descarada y eficaz ayuda de la Alemania de Hitler, que le sirvió para probar su armamento y entrenar a sus hombres, y la Italia de Mussolini, que envió material y numerosos «voluntarios». El absurdo egoísmo y el descabellado temor, que más tarde pagarían muy caro, de las democracias de Gran Bretaña y Francia al «Eje Berlín-Roma» les llevó a firmar un «Tratado de No Intervención», que sólo ellos cumplieron y que cínicamente suscribieron Alemania, Italia y la URSS. De esta forma el gobierno legítimo sólo pudo contar con una tímida y cara ayuda de Rusia y la valentía de los auténticos voluntarios de las Brigadas Internacionales. Más de siete mil de estos hombres dieron su vida en aras de la libertad. Desgraciadamente ese espíritu democrático y altruista se vio manipulado por la tétrica e implacable mano de Stalin. La República no sólo no contó con una eficaz apoyo externo, tampoco consiguió la necesaria unidad interna, minada por los sindicatos y por los partidos.

La Falange

A consecuencia de las posturas de los diversos países, dos partidos minoritarios: el Comunista y la Falange, se convirtieron en los principales protagonistas políticos de

la contienda. Con Franco, la Falange se transformó en el partido único, típico de una dictadura. En la zona republicana el Partido Comunista fue tomando auge, gracias a la ayuda de la URSS, pero tardó en conseguir la hegemonía porque tenía enfrente a los poderosos y mayoritarios anarquistas y socialistas. Pero poco a poco fue ganándoles terreno a base de conseguir los principales puestos de mando, sobre todo a raíz de la pérdida del norte peninsular. Los anarquistas durante el periodo de dos años, en plena guerra, efectuaron una interesante experiencia en la que colectivizaron tierras y fábricas, regidas por comités independientes con el fin de «evitar que el poder corrompa». Los resultados fueron espectaculares al principio, luego las luchas internas dieron al traste con el proyecto.

El conde de Romanones y Gil Robles apoyaron a Franco desde el principio, pero también lo hicieron Lerroux, Cambó y muchos de la Lliga.

En la zona de los sublevados, Ernesto Jiménez Caballero sostenía que Erasmo era el principal enemigo y Franco arengaba a sus oficiales señalando que el objetivo era «desterrar hasta los últimos vestigios del fatal espíritu de la *Enciclopedia».* No es de extrañar que el cardenal primado, Isidro Goma, al terminar la guerra y recibir «la invicta espada» de Franco en la iglesia de Santa Bárbara de Madrid, exclamara: «Franco ha terminado para siempre en España con el inicuo pensamiento de Kant.» «Joyas intelectuales» como éstas y otras muchas jalonaron la España franquista. ¡Con estos mimbres es imposible tejer un cesto! Es un tanto significativo que mientras en la zona franquista se cantaba, casi exclusivamente, el *Carrasclás,* una canción soez y de una vulgaridad apabullante, en la zona republicana se cantaban canciones tan bellas

como *El gallo rojo, ¡Ay, Carmela!, El quinto regimiento, En el pozo María Luisa, Sin pan, Si me quieres escribir*. La diferencia era simplemente abismal, lo cual parece lógico, en el lado franquista estaba la fuerza bruta de los militares, la necedad y crueldad de los patronos y la intolerancia y cinismo del clero; en el lado republicano estaba la cultura de los maestros, de los escritores, de los artistas y el sano sentido del pueblo, tantos siglos avasallado, humillado y hambriento. Muy pronto, en la zona franquista, la educación pasaba a ser casi un monopolio de la Iglesia, por una de las leyes más retrógradas de la historia; sin embargo, en la zona republicana se continuó la ingente labor educativa y se efectuaron actos culturales de gran relevancia.

Nada ni nadie pudo convencer a los generales de que una guerra civil sólo puede acabar por transacción, porque es imposible aniquilar al enemigo y Franco podía haber acelerado el fin de la guerra, pero su táctica era el exterminio para asegurarse la retaguardia y eso alargó la contienda innecesariamente. Además amarró su autoridad en todos los campos y exigió la unificación de carlistas y falangistas en un bodrio llamado Falange Española Tradicionalista y de las JONS, algo realmente incomestible, pero al que nadie se atrevió a rechazar. Franco corrompió la ideología falangista transformándola en una fuerza de choque nacionalcatólica y decretó la muerte del carlismo. Los auténticos falangistas (¡qué pocos lo demostraron!) sólo tuvieron dos opciones: oponerse o participar en un gobierno que se servía de sus símbolos y desechaba sus proyectos políticos. La mayoría optó por esta última alternativa, sólo Hedilla y algunos más fueron capaces de enfrentarse a Franco, y terminaron muy mal. La unificación creó un engendro, llamado «franquis-

mo», mezcla de dictadura, reino sin rey, catolicismo y mucha cursilería.

Guernica y Madrid

En 1937 fue bombardeada cruelmente Guernica por la Legión Cóndor de Hitler; el cardenal Goma informó a Roma que había podido comprobar personalmente que el «incendio» de Guernica había sido provocado por los propios vascos; esa «fidedigna» noticia nunca ha sido desmentida y constituye un indicador de la conducta moral de la Iglesia, que no duda en mentir cuando le interesa. Otra masacre «olvidada», aún peor que la de Guernica, se produjo en el pueblo aragonés de Alcañiz, verdadero «campo de entrenamiento» de los pilotos alemanes, como lo fueron Málaga, Barcelona y otras ciudades. Madrid era incesantemente bombardeado por la artillería y los aviones, salvo el barrio de Salamanca, el barrio donde vivía «la derecha de toda la vida» y no era lógico que destruyeran sus propias casas. La extraordinaria resistencia de Madrid, al mando del general José Miaja, adquirió aires de leyenda y demostró la superioridad de un auténtico general frente a un inepto como Franco, a pesar de que éste poseía muchos más hombres y armamento. El pueblo de Madrid no se rindió en ningún momento; el grito, acuñado por Dolores Ibárruri, *¡No pasarán!* se hizo célebre en el mundo y dio una elevada moral a las fuerzas republicanas.

Por primera vez en la historia la población civil sufría directamente los horrores de la guerra; a partir de nuestra contienda los bombardeos de ciudades indefensas han sido, y siguen siendo, una actividad bélica justificada con

«el objetivo de quebrantar la moral del enemigo». La realidad es que sólo sirve para asesinar a seres indefensos. Existe una significativa estadística: durante la guerra franco-prusiana (1870), de cada 100 muertos, 98 fueron soldados y dos civiles; en la Primera Guerra Mundial (1914-1918), por cada 100 muertos, 52 eran soldados y 48 civiles; en la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), de cada 100 muertos, 24 eran soldados y 76 civiles; en Vietnam se invirtieron los términos de la franco-prusiana, sólo dos eran soldados por cada 98 civiles. De nuestra Guerra Civil no hay datos suficientes. Las guerras de Irak y de Afganistán están en plena actividad, y me temo que van a confirmar la estadística; por de pronto Irak ya lleva un millón de civiles muertos.

Derrota

En 1938 Inglaterra y Francia se sometieron vergonzosamente a los deseos de Hitler, provocando el repliegue de la URSS y la salida de las Brigadas Internacionales. Los alemanes e italianos siguieron luchando y ayudando a las tropas insurrectas. Cayeron Vizcaya, Cantabria y Asturias, pero no todo fueron victorias para las tropas franquistas. Hubo cruentas batallas en el Jarama, Madrid, Guadalajara, Brúñete, Belchite, Teruel, Lérida y muchos otros lugares. Sólo una de ellas alegró a ambos bandos: los «voluntarios» italianos fueron derrotados y huyeron como conejos en Guadalajara. A mediados de 1938 los republicanos, diestramente dirigidos por el general Vicente Rojo, lanzaron una importante ofensiva en el Ebro; la batalla fue la más prolongada, destructora y cruel de la guerra; durante cuatro meses ambos ejércitos lucharon

ferozmente hasta que las fuerzas republicanas, con material escaso y obsoleto, fueron derrotadas. Las tropas de Franco, saliendo al Mediterráneo, cortaron en dos la España legítima, lo que les permitió entrar en Cataluña y en enero de 1939 se apoderaron de Barcelona.

Miles de personas (se calcula que unas 400.000) huyeron a Francia, donde fueron tratadas ignominiosamente, entre ellas el gran poeta Antonio Machado y el extraordinario político Manuel Azaña, que tristes y desilusionados morirían poco después. Si el éxodo ha sido un hecho por desgracia frecuente en nuestra historia, éste fue particularmente ruinoso y lamentable, pues tuvo que exiliarse una gran parte del verdadero «Siglo de Oro», que Franco y sus sicarios habían reducido a medio siglo. Los exiliados eran nada menos que las principales figuras de todas las ramas del saber; se calcula que el 90 por ciento de la inteligencia española tuvo que ir al exilio; la mayoría fue a Iberoamérica, donde efectuaron un nuevo descubrimiento de América y de España, aunque se resistieron a la integración social, manteniendo durante 38 años un Gobierno de la República. Los que se quedaron en Francia colaboraron muy activa y eficazmente con la resistencia contra la ocupación alemana y muchos murieron en los campos de exterminio nazis o fueron entregados a los esbirros de Franco, como Lluís Companys, que fue fusilado en 1940 en Montjuic. Los primeros en liberar el París ocupado por los alemanes fueron republicanos españoles.

La derrota de la República se acercaba; sin embargo, Juan Negrín, jefe del gobierno desde mayo de 1937, creía que alargando la resistencia la inminente guerra mundial resolvería la situación, pero la contienda llegó demasiado tarde. El presidente Azaña presentó su dimisión y poco

después Francia y Gran Bretaña reconocieron al general Franco. Ya sólo quedaba Madrid, donde el coronel Segismundo Casado, traicionando vilmente a los seguidores de Negrín, se sublevó y ordenó la rendición; de forma que estalló una guerra civil dentro de la Guerra Civil. El 28 de marzo de 1939 las tropas franquistas entraban en Madrid y el 1 de abril se daba por terminada la guerra.

No hubo piedad

Desde el primer momento se declaró taxativamente que no habría piedad con los vencidos, no se dejaba ni un hueco para la tolerancia, se imponía una represión semejante a la «solución final selectiva» de los nazis. La victoria de los franquistas fue recibida «con inmenso gozo» por Pío XII, a pesar de que Franco ocultó el documento en el que pedía piedad con los vencidos, porque deseaba dar paso al ejercicio de una crueldad sistemática e ilimitada, a una sangrienta represión, cuyo último objetivo era aniquilar al enemigo vencido, al que incluso se requisaban sus bienes como botín de guerra. La paz, la piedad y el perdón que propugnaba Azaña se verían suplantados por las penas de muerte, las cárceles, los campos de concentración y el exterminio. Las ejecuciones y las condenas, producto muchas veces de delaciones anónimas y venganzas personales, se trataban de justificar mediante procesos sumarísimos, verdaderas parodias de una legalidad inexistente.

Se violaron prácticamente todos los principios básicos del Derecho, buscando toda clase de pretextos, con apariencia de legales, para cometer las mayores injusticias, como juzgar por rebelión o por incitación a la misma,

cuando eran ellos los sublevados, aplicar las leyes de forma retroactiva, acusar de delitos que no figuraban en el Código o eliminar la presunción de inocencia. Pasaron a ser «crímenes» no sólo los delitos de sangre, sino el hecho de haber postulado para el Socorro Rojo, estar casada con un «rojo», haber participado en una huelga o manifestación, estar afiliado a un partido o simplemente criticar al régimen. La Ley de Responsabilidades Políticas pretendía dar legitimidad a los vencedores. El poder judicial y su aparato jurídico quedó totalmente sometido a la voluntad de los militares sublevados. El supuesto defensor, que era siempre un militar no letrado, se limitaba a asentir. Las condenas no podían recurnrse y en caso de pena de muerte la sentencia tenía que ser ratificada por «la máxima autoridad», es decir, por Franco, que, según testigos fidedignos, firmaba las penas de muerte después de comer, tomando café, y en compañía de su mujer, Carmen Polo, que reafirmaba las condenas y, a veces, rechazaba los indultos. Estaba bien puesto el nombre de «Auditoría de Guerra del Ejército de Ocupación», porque eso era, un ejército que ocupaba su propio país. El «estado de guerra» perduró hasta 1948, pero durante toda la dictadura franquista estuvieron vigentes los tribunales militares. Se implantó tal odio que no consiguió saciarse con derramar sangre. El terror llenaba las calles y las casas y la más absoluta miseria atenazaba las familias y sus estómagos. Desgraciadamente he sido testigo de varios casos; pude ver cómo se llevaban a varias personas, por el simple hecho de ser republicanos, entre los gritos angustiosos de sus familiares; pude ver cómo los matones de Falange alardeaban de sus «ejecuciones»; pude ver cómo los curas incitaban a la delación, fomentaban el odio y animaban las sangrientas represalias; pude ver tanta miseria moral

que recordándolo sólo puedo sentir repugnancia de tanta crueldad, de tanta hipocresía, de tanto cinismo, pues tenían la espeluznante osadía de decir que mataban «por Dios y por España». Además, durante los terribles años cuarenta y cincuenta, he sido testigo de un ensañamiento con el vencido que dice muy poco a favor de la «caridad cristiana» de la que tanto presumían.

Mientras no sea posible consultar y estudiar todos los archivos existentes es difícil, por no decir imposible, conocer el alcance de la represión franquista. Además, por desgracia, la mayoría de las víctimas y de sus verdugos han desaparecido. Se calcula que unos 200.000 sospechosos fueron ejecutados y cerca de medio millón penaron en las cárceles. Se estiman en 15.000 los asesinados en Castilla y León, sólo en la ciudad de Valladolid cayeron más de 3.000. No todos los fallecidos lo fueron por fusilamiento, muchos fueron «paseados», sin control alguno, otros fueron torturados hasta su extinción y muchos más fallecieron por hambre o enfermedades o terminaron en manicomios o con graves secuelas. ¿Por qué no se permite investigar?, ¿por qué ese deseo de olvidar?, ¿no será porque lo que se podría descubrir implica a muchos que presumen de demócratas? La realidad es que los verdugos han quedado impunes y estaríamos dispuestos a que así fuera con tal de no olvidar a los muertos y represaliados, dándoles una sepultura digna y recuperando su nombre, porque la dignidad nunca la perdieron.

Una enfermiza ambición de poder

Franco era un pequeñoburgués inculto y gélido, sin valor humano, que, conocedor de sus escasas cualidades,

fue cauteloso, nada aventurero e incapaz de mover ni emocional ni intelectualmente a nadie, sólo sentía una enfermiza ambición de poder. Terminar una guerra es fácil, pero conseguir una auténtica paz no está al alcance de cualquiera. Y Franco, sin duda, no tenía preparación para dirigir el país, ni poseía un ideal que movilizase a las gentes, por ello se aferró a un nacionalcatolicismo rancio y vulgar, pues consideraba que ser español era esencialmente ser católico y, por otra parte, creía que la fe católica, por su simpleza intelectual y su ancestral imposición, sería fácilmente admitida por el pueblo; su mentalidad no daba para más. El nacionalcatolicismo pretendía ser una religión cívica, pero no es más que una de tantas chapuzas hispanas, porque no es ni nacional ni tampoco catolicismo y mucho menos cívico. No es más que una fachada que trata de ocultar unas ideas retrógradas e inmovilistas que se aferran a los ritos externos de una religión en la que en realidad no creen. No cabe duda de que la idea de Dios es muy útil a los tiranos, pues bajo una teocracia la persecución es inevitable al tratar de controlar todas las actividades humanas. Plutarco escribía: «Lo más irracional de todo es mezclar el cielo con la tierra.» Y Azaña dijo, con razón: «¡Gigantesco dislate! Los que han hecho del catolicismo un programa político.»

Los partidos políticos y sindicatos fueron prohibidos, las libertades democráticas fueron derogadas y todos los medios de comunicación quedaron sometidos a una implacable censura. El gobierno vasco fue derrocado y los convenios suprimidos, conservándose los de Álava y Navarra, que habían apoyado la sublevación. En Cataluña se suprimió el Estatuto y se prohibió el uso del catalán. Se impuso un odioso, torpe, ineficaz y humillante centralismo, que sólo ha servido para crear un resentimiento cu-

yas consecuencias hemos pagado y seguimos pagando con dolor y sangre. Se decretó la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo, mediante la cual toda represión quedaba «legalizada». Se negó la condición de español al laicismo, al progreso, al socialismo, al comunismo, a la República y hasta a la democracia.

La soberanía del pueblo fue barrida por los militares a tiro limpio; porque es mucho más fácil matar a un hombre que convencerle. La falta de libertad política produce un orden, al que algunos llaman «orden público», pero en realidad es el orden que existe en los cementerios o en los campos de concentración. Mediante el terror institucionalizado, se impusieron métodos capaces de fomentar el silencio y el desinterés por la política y se trató de erradicar todo lo que supusiera modernización o cultura. Apareció de nuevo el mito de las dos Españas, a pesar de que la propaganda aseguraba que sólo existía una España auténtica, naturalmente la de ellos; aunque reconocían que había una España falsa, una antiEspaña, que era la de los que no piensan como ellos. Pero esa España «auténtica» no era una nación, en el sentido moderno de la palabra, sino una absurda especie de imperio (?) católico, que gritaba: «¡Por el Imperio hacia Dios!», frase incomprensible y disparatada. Como es lógico, la Iglesia estaba encantada.

Para su «política», Franco contaba plenamente con la Iglesia, el ejército, la implacable derecha, la Guardia Civil y la nueva Policía Armada. España pasó a ser un inmenso cuartel y una ingente cárcel en los que Franco sólo era «responsable ante Dios y ante la Historia». Franco quería además una Iglesia domesticada y sumisa y, a base de prebendas y privilegios, lo consiguió. Y triste es decirlo, pero así fue, la sociedad española, en su mayoría, se

acomodó a la dictadura, lo que indica su bajo nivel ético y cultural. Pronto se acostumbró a no pensar por su cuenta, a no actuar de forma independiente y responsable, a acatar las falsas verdades proclamadas como dogmas inamovibles. Lo malo es que eso crea hábito y aún hay muchas personas incapaces de pensar por su cuenta. Sin duda la bárbara y larga represión del franquismo ha dejado una profunda huella en la mentalidad y en las actitudes de los españoles.

Las primeras medidas que tomó Franco fueron dirigidas contra la cultura, contra la intelectualidad, lo que es lógico pues era de los que gritaba «¡Muera la inteligencia!», y eliminándola se notaba menos que él no la poseía. Las universidades fueron desmanteladas, la mayoría de los catedráticos tuvieron que exiliarse o fueron destituidos de sus cátedras cuando no pasados por las armas. Los maestros sufrieron una inexorable eliminación, muchos fueron fusilados y cerca de 7.000 sufrieron la «depuración» y perdieron su trabajo. ¡Llegaron a hacer desaparecer del vocabulario la hermosa palabra «maestro»! Por eso, las generaciones siguientes han crecido sin maestros. ¡Así nos va! Sólo se admitían los textos que estuvieran acordes con la doctrina católica, se implantó la separación de sexos y el estudio de la Historia Sagrada y de la religión; el crucifijo y una imagen de la Virgen debía instalarse en todas las aulas. Los maestros, los profesores, los catedráticos fueron sustituidos por individuos cuyo único palmares era haber luchado en las filas de Franco, ser religioso o pertenecer al Opus Dei; éstos se adueñaron de numerosas cátedras por medio de unas oposiciones amañadas que llegaron a llamarse «opusiciones». He conocido y sufrido catedráticos cuyos conocimientos no eran válidos ni para una escuela elemental, pero eso sí, se ro-

dearon enseguida de una fachada de ridicula solemnidad con el fin de tratar de ocultar su absoluta ignorancia. Lo peor del caso es que esta situación apenas ha sido remediada. Ha habido y hay excepciones, que sólo sirven para confirmar los hechos.

La verdadera ganadora de la guerra fue la Iglesia católica, que siempre utiliza la misma táctica: cuando manda exige el monopolio de su fe, cuando no es así reclama libertad de cultos para todos. Como siempre ha hecho, de perseguida pasó a ser perseguidora, acosando a los que no iban a misa, invadiendo toda la vida pública y privada, implantando una censura por la que no era posible ni rozar un dogma, imponiendo una moral oscurantista y esperpéntica, exigiendo la confesionalidad del Estado y de la enseñanza. Los españoles sólo podíamos casarnos por la Iglesia y no nos podíamos divorciar, los bailes estaban prohibidos, las mujeres tenían que vestir y comportarse casi como monjas y no se permitía otra creencia que la de la Iglesia católica, apostólica y romana. La Iglesia se adueñó de toda clase de medios, efectuando sus actos en la calle; con procesiones, rosarios y vía crucis controlaba las conciencias, organizaba masivos ejercicios espirituales, acaparaba la prensa, la radio y la televisión, en cuanto se implantó. Los cardenales fueron equiparados a generales y uno de ellos, Pía y Deniel, afirmaba que «una España laica, ya no es España». Y es que, como dice Javier Figuero: «Debajo de muchas sotanas latía un Franco más, y Franco pareció muchas veces que iba vestido con sotana.»

Hambre y racionamiento

Durante varios años, protegidos por los bosques y las montañas, se batieron valientemente diversos grupos de guerrilleros; unos 7.000 hombres ilusionados que confiaban en la ayuda de unos países democráticos que iban ganando poco a poco la guerra a las fuerzas del Eje. Pero se toparon con la indiferencia del pueblo, la feroz represión del ejército y la Guardia Civil y la traición de los aliados, que decidieron apoyar al régimen franquista. Unos 3.000 cayeron bajo las balas y el resto, tras arriesgadas odiseas, consiguieron exiliarse o esconderse. Hay que reconocer que el único partido que supo organizarse para ayudar a las familias de los fusilados, encarcelados y a los propios represaliados y mantener la lucha contra la tiranía fue el Partido Comunista Español.

El Producto Interior Bruto se había reducido en una tercera parte y la peseta perdió el 60 por ciento de su valor. La hitleriana Legión Cóndor pasó una factura de casi doscientos millones de marcos y como no se podían pagar se cobraron con materias primas. Aunque parezca increíble, se reconstruyeron antes las iglesias y conventos que las fábricas, las carreteras, los ferrocarriles o las numerosas casas asoladas. Se implantó un llamado sindicato vertical donde «convivían» empresarios, técnicos y obreros, que pasaron a denominarse patronos y productores, lo de obreros les sonaba mal. Los salarios quedaron congelados, las huelgas prohibidas, la economía trataba de ser autárquica y los negocios se financiaban casi sin intereses. Los salarios agrarios se redujeron en un 40 por ciento y las tierras expropiadas fueron devueltas a sus antiguos propietarios. Con estas disposiciones la burguesía obtuvo suculentos beneficios y apoyaba al franquismo sin trabas.

Mientras tanto el hambre y el racionamiento, unidos a la represión, diezmaban a la población, víctima a la vez de graves epidemias de tifus, tuberculosis y disentería. El precio de los alimentos había subido en 1942 el 275 por ciento, mientras que los salarios reales habían descendido un 30 por ciento. Para paliar el hambre se llegó a comef peladuras de patatas, algarrobas y otros productos que normalmente consumían los animales. La Comisaría de Abastos fue tan «eficaz» que, al fijar precios bajos, los agricultores aparentemente no sembraban y ocultaban los productos. Aprovechándose de la situación se fomentó un mercado negro de alimentos, el estraperlo, que enriqueció a gente sin conciencia. Sólo Argentina se apiadó de nosotros y los envíos de trigo del matrimonio Perón consiguieron paliar en parte tanta hambre. En aquella época, con mucho recelo y temor, se decía:

> *Los coches sin gasolina, las tahonas sin harina, las cocinas sin carbón. ¡Qué haces aquí, so cabrón! ¿Por qué no vas a la Argentina a tirarte a la Perón* f

La miseria y el hambre que pasamos aquellos años me hacen recordar la tremenda frase de Joseph Bau en su libro *El pintor de Cracovia:* «Querido Dios, ¿tú has pasado hambre alguna vez?»

La corrupción estaba tan generalizada que parecía la cosa más normal; el embajador británico de la época, sir Samuel Hoare, definió con acierto la situación: «España sufre una dictadura dulcificada por la corrupción» (lo de dulcificada es un decir). Y a fe que sabía lo que decía por-

que no pocos altos cargos del gobierno y del ejército estaban sobornados por alemanes e italianos, o bien por británicos y yanquis (estos últimos potenciales enemigos), cuando no por ambos bandos. Pero es que a esos ministros, generales y demás jerarquías se les llenaba la boca blasonando de su honra y del honor de España y sostenían que sólo ellos eran capaces de conservar sus costumbres y tradiciones. Esa era la «nueva España» que pregonaban.

A todo esto se sufrió una dilatada época de sequía, con lo cual a las numerosas penurias tuvimos que añadir la falta de agua y de luz. Los jóvenes nos refugiábamos en el humor, un tipo de humor cuya nao capitana era *La Codorniz,* «la revista más audaz para el lector más inteligente», en la que se podían leer, la mayoría de las veces entre líneas, críticas a la situación real del país. En más de una ocasión la revista fue suprimida y requisados sus números.

La reserva espiritual y las rameras

El más irracional y, sin duda, peor de los nacionalismos fue implantado (y continúa entre los franquistas): el llamado nacionalismo español, un nacionalismo excluyeme, torpe y rancio, bendecido por una Iglesia que se hace llamar católica. Fue una invención elaborada con restos manipulados de la historia, de la religión y de la tradición, que pretendía ser seña de la identidad nacional; se mitificaba a Viriato y al Cid, a los Reyes Católicos, a Carlos V y a Felipe II, se exaltaban la Guerra de la Independencia y, como no, la Guerra Civil. Se manipuló la historia para asegurar la idea de «unidad histórica», su-

puestamente conseguida por Isabel y Fernando, con el concepto de «unidad de destino en lo universal» (que nadie supo explicar qué quería decir), eliminando cualquier hecho diferencial. Todo ello envuelto en el ampuloso lenguaje cursi-fascista, sobre el que existen numerosas testimonios, pero basten las dos «joyas literarias» siguientes: «La palabra sacra del Duce de Roma, incorporada a la luminosa de Hitler y culminada por la de Franco, son, hoy, las que salvaguardan la cruz» (frase aparecida en un diario de difusión nacional); la otra es parte de una alocución de Franco a los obreros de una fábrica en Barcelona: «La verticalidad de nuestro movimiento es como un rayo de luz, que partiendo de la prenascencia llega a la posmuerte y sabe de dónde viene y adonde va.» (!) La reacción de muchos a tanta palabrería y falsedad fue el desprecio a esa pretendida unidad y el apoyo a la diversidad; porque no cabe la menor duda de que el centralismo y el seudonacionalismo a ultranza de la monarquía y del franquismo son los responsables del fracaso histórico de la unidad de España.

Franco fue un dictador sin paliativos, despreciaba a los políticos, era enemigo visceral del liberalismo y de la democracia, estaba obsesionado con los marxistas, judíos y masones (curiosamente, sus apellidos son judíos y pretendió entrar en la masonería, siendo rechazado, por lo que su actitud tiene visos de venganza) y creía que España era «la reserva espiritual de Occidente». Para eso la Sección Femenina, junto a sacerdotes, monjas y censores, reprimían cualquier adaptación de las modas extranjeras. Las homilías inculcaban en las mujeres la sumisión y la resignación, el servicio y el silencio. Resultaba contradictorio que mientras se efectuaban redadas de prostitutas, por «faltar a la moral», aquella época se pueda considerar

como la «edad de oro» de la prostitución, por todas partes había burdeles, bares, *boites,* restaurantes y hoteles dedicados a esos menesteres, y tanto las jerarquías como los nuevos ricos presumían de tener una «querida». Gran parte de las rameras, así como la mayoría de los porteros y taxistas, eran confidentes de la policía.

Franco y su mujer estuvieron siempre rodeados de una turba de aduladores serviles, que, a su sombra, hacían pingües negocios. Franco, que se hizo llamar «Caudillo» y «Generalísimo», llegó a creerse con derecho a mandar por derecho divino, al extremo de que en la leyenda de las monedas se decía que era «Caudillo por la g (gracia) de Dios»; aunque a sovoz decíamos «por la guasa de Dios». Ante esto la Iglesia católica no sólo no protestó sino que dobló su rodilla ante él y le llevó bajo palio; después de semejante actitud ¿cómo puede defender que el poder procede de Dios?, ¿o es que la unción se hizo con sangre y terror?, ¡es intolerable tanta hipocresía! Los ministros que elegía Franco, salvo raras excepciones, eran siempre lisonjeros devotos, verdaderos paletos y afamados corruptos. La realidad es que muchos paisanos colaboraron con el régimen y otros se resignaron; pero «la resignación no siempre es virtud, es crimen cuando alienta tiranías» (Balzac). Los colaboracionistas, que fueron demasiados, son los que más gritan ahora en defensa de una Constitución y de una democracia que se aprestarían a traicionar a la menor oportunidad.

El régimen, aislado

Bajo el yugo de Franco la España industrial, principalmente Cataluña y el País Vasco, se impuso a la Espa-

ña agrícola, que fue precisamente la que había ganado la guerra. Por otra parte, la «redención de penas por el trabajo» proporcionó a numerosas empresas, sobre todo a las constructoras, beneficios incalculables y se transformaron en sociedades de ámbito nacional; recibían un trabajador, verdadero esclavo, que no tenía ningún derecho laboral, ni civil, a quien pagaban el salario mínimo (nunca mejor dicho) y explotaban a conciencia. Para el trabajo intelectual se requerían condiciones más exigentes, como demostrar las creencias religiosas y políticas, lo que no resultaba fácil. Durante los años cuarenta y parte de los cincuenta, para viajar por el país, ni pensar en salir al extranjero, había que ir provisto de un salvoconducto, que sólo era posible obtener con un certificado de «buena conducta» expedido por el párroco.

En 1941 se fundó el Instituto Nacional de Industria, el INI, con el fin de industrializar el país. Fue un claro ejemplo de estatismo que consiguió montar una industria despilfarrando el dmero, con irregularidades notables, sm el menor sentido de la racionalidad y de la competitividad. La verdadera obsesión por la autarquía llevó al gobierno a caer en monumentales estafas. Parece mentira que no hubiera personas preparadas para darse cuenta de que no se puede extraer carburante de la paja, que no hay motores que funcionen con agua o disparates equivalentes, a no ser que participaran en el fraude, que es lo mas probable. Hasta mediados de los años 50 no se consiguió la producción industrial de antes de la guerra; pero más de uno se había enriquecido.

La derrota del fascismo y del nacionalsocialismo supuso la reconstrucción del mapa político de Europa y abrió ampliamente las puertas de la esperanza a los presos, a los guerrilleros y a los exiliados. En 1946 se produ-

jo la retirada de todos los embajadores, España quedaba aislada y repudiada. La situación parecía insostenible, pero Franco, apoyado por la Iglesia, el ejército, la burguesía y los sumisos medios de comunicación, se mantuvo firme y tuvo la gran suerte de que en breve comenzó la llamada guerra fría contra la URSS. Es curiosa la creencia de los dictadores en que el tiempo lo arregla todo, cuando normalmente lo encona todo, porque si se deja pasar el tiempo de hacer algo, se pierde la ocasión de hacerlo. Pero, en este caso no fue así, porque Franco tuvo la chamba de poder aprovechar su «título» de haber conseguido una «victoriosa lucha contra el comunismo» para inclinar la balanza internacional a su favor.

En 1945 se proclamó pomposamente el «Fuero de los Españoles», un verdadero insulto a los ciudadanos, en el que el dictador nos «concedía» una serie de derechos y deberes que podía anular a su capricho en cualquier momento. En 1947 se efectuó un referéndum, que era obligatorio y en el que se controlaba lo que se votaba, para aprobar la «Ley de Sucesión»; con esta ley se creaba un Consejo de Regencia, formado por el presidente de las Cortes, el capitán general más antiguo y, cómo no, el cardenal primado, y un Consejo del Reino, con numerosos clérigos, que también formaban un nutrido grupo en las Cortes.

La Ley de Educación concedía a la Iglesia unas ventajas y unas atribuciones como jamás había conseguido, en detrimento de la enseñanza estatal. Los colegios religiosos no tenían que someterse a examen para dar títulos, se pasaba de curso con las notas que ellos mismos ponían. Sólo quedó el llamado Examen de Estado para ingresar en la universidad. El mero hecho de ser religioso capacitaba para enseñar cualquier asignatura, ¡así salían los alumnos! Se implantaron obligatoriamente «las tres raa-

rías», Formación Religiosa, Formación del Espíritu Nacional y Educación Física, y las tres fracasaron estrepitosamente. El objetivo de la Iglesia era desmantelar la extraordinaria y eficaz labor de la Institución Libre de Enseñanza y de la Segunda República. Es indudable que la «cultura» franquista, impuesta por decreto, produjo un verdadero «erial», en el que, por la excepción que confirma la regla, aparecieron figuras como Buero Vallejo, Miguel Delibes, Vicens Vives, Goytisolo y pocos más.

En 1947 se produjo un hecho desconocido para la mayoría. Los ingenieros industriales teníamos que pasar por un riguroso ingreso en la Escuela Especial y seis años de carrera, lo que suponía de ocho a diez años de estudios. En el mes de agosto, para evitar incidentes y que se «olvidara», Franco decretó que los del ICAI (Instituto Católico de Artes e Industrias), de los jesuitas, que sólo cursaban cuatro años y no tenían ingreso, alcanzaran el mismo título que nosotros. Naturalmente, al empezar el curso en octubre, nos declaramos en huelga las tres Escuelas existentes, Barcelona, Bilbao y Madrid. La huelga duró poco, pues, aparte de recibir varias cargas feroces de la policía, resolvieron militarizarnos, ya que todos pertenecíamos a las Milicias Universitarias de Tierra, Mar o Aire. Esta huelga pudo tener consecuencias muy graves para mí, pero me salvé con mucha suerte, y me dio ocasión de conocer la Jefatura de Policía, las comisarías, las condiciones de los presos y los «persuasivos métodos» policiales. Ese mismo año se produjo en Bilbao la primera huelga de obreros metalúrgicos.

En pleno período de hambre y racionamiento se celebró la fastuosa boda (1950) de la hija de Franco con Cristóbal Martínez Bordiú, marqués de Villaverde, un médico de «buena familia», pero sin un duro. En poco

tiempo él y toda su familia pasaron a ocupar importantes cargos y a entrar en la categoría de los potentados. Años más tarde la pareja Carmen-Cristóbal tuvieron un hijo al que llamaron Francisco y le cambiaron los apellidos para que se llamara como el abuelo. Un periodista anónimo (por miedo, claro está) les dedicó el siguiente poema jocoso:

Por alta bondad de Dios,
que en sus virtudes no es manco,
en vez de un Francisco Franco
nos encontramos con dos.
El uno del otro en pos
nos llegan por nuestro bien,
pero Dios libre, amén,
que, duplicando la hazaña,
«salvada» una vez España,
la «salve» el otro también.

Lo más positivo del régimen fue la labor empezada por Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, que comenzó con el Auxilio de Invierno para tratar de paliar la angustiosa situación de las familias de los obreros, muchos de ellos en las cárceles. Como pronto se vio que no era suficiente con el invierno se amplió a un Auxilio Social para todo el año. Más tarde fue continuada y ampliada la labor por José Antonio Girón, creándose la Segundad Social para la clase obrera. El demagogo Girón, que había sido un matón de Falange y atemorizó Valladolid con sus «paseos», fue nombrado ministro de Trabajo y estuvo en el cargo más de quince años. Me temo que la Seguridad Social, dada la tradicional «generosidad» de los poderosos, sólo pudo ser implantada y de-

sarrollada en una dictadura. Hoy ha sido extendida por los socialistas a toda la población.

Para poder darse una idea de las condiciones en que se trabajaba, es significativa una terrible anécdota. En Valladolid se tuvo que efectuar, en aquellos años, una colecta popular con el fin de mitigar las condiciones de vida de los obreros de la constructora Agromán, una de las principales empresas del país por aquel entonces. Por descontado, sus propietarios vivían espléndidamente. Creo que no necesita comentarse.

Vendida en cuerpo y alma

En 1948 visitaron España la VI Flota americana, al mando del almirante Connolly, y el rey Abdullah de Jordania, de las que fui abochornado testigo. La cauta y ladina Iglesia no quiso firmar un concordato hasta 1953, en plena guerra fría. En él se concedieron a la Iglesia tal cantidad de privilegios que hasta pensaron que había alguna trampa, pero no fue así, fue una entrega total y sin precedentes, concediéndoles prácticamente el monopolio en la educación y numerosas prebendas. Con Estados Unidos pasó algo equivalente, ese mismo año se firmaba un tratado por el que se les concedían todas las bases militares que les interesaban y donde quisieran. Supuso la mayor cesión de soberanía jamás realizada. Según atinada frase, anónima por supuesto: «España había vendido su alma al Vaticano y su cuerpo a Washington.» Ambos tratados fueron francamente humillantes.

Los préstamos de Estados Unidos salvaron la desastrosa economía española. Por fin era posible comer sin cartilla de racionamiento y sin tener que acudir al estra-

perlo. En 1955 España era admitida en la ONU y al año siguiente nos visitaba el presidente Eisenhower, lo que hizo exclamar a Franco: «Ahora sí que he ganado la guerra.» Todas las alabanzas que se dispensaron a la Alemania de Hitler y a la Italia fascista se trocaron en loas a Estados Unidos. La Falange se oponía tímidamente a esos cambios, pero cada vez contaba menos, si es que Franco alguna vez la tuvo en cuenta. El famoso eslogan «la revolución pendiente» de los falangistas sólo sirvió para .hacer millonarios a varios «camisas viejas». Y es que las revoluciones o las hace el pueblo o no las hace nadie.

El primitivo entusiasmo de algunos idealistas se convirtió muy pronto en desilusión; el «amanecer» de España se había transformado en su ocaso y el esplendoroso futuro en la mísera mediocridad del franquismo. De ahí surgió la idea de un acercamiento a los vencidos, motivando numerosas deserciones, como la de Dionisio Ridruejo, quien llegó a decir: «Muchos de los que fuimos vencedores nos sentimos vencidos, queremos serlo.» Pero la reacción no se hizo esperar, había que liquidar la herencia de los vencidos, tener a gala ser intransigente y tratar de adueñarse de las razones de los derrotados para asimilarlas y así poder eliminarlas. Los disidentes y los desilusionados fueron eliminados social y económicamente.

La Iglesia satanizó a la España laica considerándola la antiEspaña, pero no consiguió la catolización de la sociedad ni crear una cultura católica (¿acaso existe?). La realidad es que no tenían capacidad mental para conseguir anular el espléndido legado de los intelectuales exiliados y tuvieron que terminar asumiéndolo, tratando de «purificar» ciertos conceptos. Pero esa idea se vio desbordada por la rebelión estudiantil de 1956, que no admitía más

falsedades; los estudiantes se enfrentaron al régimen y a su brutal policía, los tristemente famosos «grises».

En 1956, por exigencias de EE.UU., Marruecos consiguió la independencia. Un año más tarde un llamado «Ejército de Liberación», apoyado por Mohamed V y capitaneado por el príncipe Muley Hassan, futuro rey Hassan II, comenzó a invadir las posesiones españolas de Cabo Juby e Ifni. Los soldados españoles, armados con mosquetones Mauser de 1914 y sólo 200 balas, sin apenas otros medios, incluso teniendo que ir en alpargatas, defendieron heroicamente sus posiciones; hasta que Franco ordenó volar los fortines y retirarse a Sidi Ifni. Poco después se dejó Ifni y Cabo Juby a Marruecos y hubo orden expresa de no dar de todo ello la menor noticia. Había costado 300 muertos, 500 heridos, 100 desaparecidos y la entrega de los territorios sin lucha. Ése era el «patriotismo» y el «imperio» del que tanto hablaban Franco y sus generales.

También en 1956 nació el separatismo vasco violento bajo las siglas de una banda criminal: ETA, *Euskadi ta Askatasuna,* es decir: «País Vasco y Libertad» (¡qué macabra ironía!). Los secuestros y asesinatos fueron frecuentes durante muchos años, como reacción a la represión franquista. Un «regalo» de la «política nacional», pues la violencia sólo engendra violencia. Y esa espiral de intransigencia y violencia hicieron que Franco terminara siendo el revitalizador de los nacionalismos periféricos y el fundador honorario de ETA.

En 1957 se había creado en Roma el Mercado Común Europeo, lo que supuso un mayor aislamiento, y entrar en él fue la aspiración española durante treinta años. La reconstrucción de Europa exigía numerosa mano de obra, y esta situación fue aprovechada por tres millones de es-

pañoles para trabajar en el extranjero. Gracias a lo cual cobraban salarios dignos, efectuaban importantes remesas, reducían el endémico paro, mejoraban su nivel de vida y su alimentación y además adquirían visiones políticas y costumbres nuevas. Paradójicamente se redujeron considerablemente los problemas del campo pues su población disminuyó drásticamente, al emigrar a las ciudades o a Europa, e hizo necesaria su mecanización, la diversificación de cultivos e incrementar la productividad. El problema agrícola quedó, una vez más, olvidado, con algunos retoques, como la «concentración parcelaria» y las «fincas manifiestamente mejorables», que no resolvieron casi nada. La cuestión de la distribución de las tierras sigue pendiente. Las poblaciones activas de 1930 y 1960 eran idénticas, el 38 por ciento del censo.

La influencia capitalista norteamericana no tardó en hacerse notar, resaltó de inmediato la necesidad de cambiar a los ministros falangistas o militares por expertos en economía. A pesar de las reticencias de Franco, que seguía aferrado a la autarquía y no veía con buenos ojos la liberalización, Laureano López Rodó convenció al almirante Carrero Blanco y ganó la batalla, en un momento crucial, pues la situación económica del Estado era de bancarrota. Los nuevos ministros, que fueron economistas o expertos en derecho administrativo y pertenecían mayoritanamente al Opus Dei, huyeron de los conflictos políticos y se dedicaron a «gestionar» la administración del Estado, desplazando a los del Movimiento. Implantaron un Plan de Estabilización con el fin de reducir el déficit público y la inflación galopante, relajaron los controles económicos, estabilizaron el cambio de la peseta (60 pesetas por dólar), redujeron el déficit comercial, liberalizaron los precios, controlaron el gasto público, refor-

marón la política fiscal y atrajeron capitales foráneos. Diseñaron tres planes de desarrollo, según el modelo francés, para promover la industrialización y utilizaron profusamente la propaganda para crear un ambiente de prosperidad que hiciera olvidar la carencia de libertades. Todo ello, aunque fue positivo, produjo un grave desequilibrio regional, la despoblación de amplias zonas y un caótico crecimiento de las ciudades. La mayoría de las empresas que se crearon entonces no estaban diseñadas para hacer frente a la competencia internacional, que llegó más tarde, y, como era de esperar, fracasaron y han desaparecido. A partir de los primeros años sesenta, los españoles dejamos de creernos el pueblo elegido, «la reserva espiritual de Occidente» y demás quimeras, y nos pusimos a trabajar dura y seriamente, en vez de confiar en la «providencia divina». El esfuerzo de varias generaciones, tanto de los que se quedaron en el país como el de los tres millones que salimos al extranjero, consiguió que España se alineara entre los países desarrollados, pasando de enviar emigrantes a recibir inmigrantes. Según acertada frase de Tuñón de Lara, «se pasó de un régimen fascista-autárquico a otro autocrático-tecnocrático». Habíamos conseguido que España tuviera «despensa»; pero por desgracia aún nos falta lograr que también tenga «escuela». ¡Ricos, pero incultos!

El desarrollo de los sesenta

Durante los años sesenta el desarrollo fue realmente espectacular, las remesas de los emigrantes, el trabajo de todos y la entrada de turistas, que traían divisas, impulsó la construcción, permitió la industrialización del país,

aunque casi siempre bajo empresas y patentes extranjeras, y se fue creando una clase media que, harta de penurias, se lanzó a un consumismo desenfrenado pues carecía de todo y a la que la falta de libertad apenas le preocupaba. Pero los españoles veían en los turistas unas costumbres y mentalidades bien diferentes de las impuestas por el nacionalcatolicismo imperante y muy rápidamente fueron absorbiendo esa forma de vida. Toda la moral de sacristía, todos los apolillados dogmas, cayeron como castillos de arena y la gente se refugió en la incredulidad, el cinismo, el trabajo y el antisistema. Es claro que con el desarrollo económico se produce un continuo y constante abandono de las prácticas religiosas, sobre todo cuando son impuestas. Pero seguíamos con los montes pelados, las tierras resecas, los latifundios dedicados exclusivamente a las cacerías de los magnates y tantas otras calamidades e injusticias.

En 1960 el 40 por ciento de la población activa trabajaba en el campo, el 33 por ciento en la industria y el 27 por ciento en los servicios. El campo aportaba el 25 por ciento del PNB. Se fabricaban dos millones de toneladas de acero y unos 40.000 coches; nos visitan seis millones de turistas. En 1972 se fabricaban diez millones de toneladas de acero, 600.000 coches, 94.000 camiones y veinte millones de toneladas de cemento; visitaron el país treinta millones de turistas. Muchos españoles pasaron de peones a obreros cualificados, de la infravivienda o la chabola a ser propietarios de pisos, de protección oficial o no, y a tener nevera, lavadora, teléfono, radio, televisión y coche. Resultó cierto el dicho latino: *primum vivere deinde philosophare;* el desarrollo económico hizo resurgir las reivindicaciones de obreros y estudiantes, a las que se unió una parte de la Iglesia, que siempre juega a dos bandas

por si acaso. La realidad es que el anacrónico régimen franquista era incapaz de dar réplicas adecuadas a las necesidades de una sociedad cada vez más desarrollada y plural. Los movimientos obreros y estudiantiles desecharon el sindicalismo vertical y único y se lanzaron audazmente a la calle, provocando contundentes y con frecuencia brutales reacciones policiales; nuevas remesas de profesores, estudiantes y obreros llenaron las cárceles.

El régimen, para hacer olvidar la falta de libertades, se esforzó en crear un ambiente totalmente ficticio que podríamos llamar de «alegría folclórica decimonónica», a base de toros, fútbol, seudoflamenco y las ramplonas melodías llamadas «canción española», que lo inundaban todo. En las letras de esas cursis y lacrimógenas canciones se nombraba siempre a España y se exaltaban «los valores» españoles, en boca de unas tonadilleras que pretendían encarnar «la pureza y bravura de la mujer española». Se exaltaba la imagen de un hombre muy macho y la de una mujer muy hembra, pero encerrada en el hogar y sumisa. No es de extrañar que muchas personas de fino sentir detestaran esas ridiculas imágenes y otros muchos asociaran equivocadamente España con todo eso y terminaran odiando ambas cosas.

Salieron a la luz grandes escándalos, como Sofico y Matesa, pero quedaron ocultos otros muchos, y se produjeron daños irreparables en urbanismo y en ecología, por la ambición de los especuladores. El bienestar material arrastró a las ideas y empezaron a aparecer publicaciones, como *Cuadernos para el diálogo* y *Destino,* en las que colaboraban toda clase de gentes, todos ellos laicos; incluso muchos católicos habían llegado a la conclusión de que una creencia religiosa no tenía por qué derivar en una doctrina política, cultural o social. Es indudable que

no se puede presentar el Evangelio como texto de argumentación política, ni mostrar a Jesús de Galilea como líder revolucionario. Deseábamos una ética civil basada en la tolerancia, en el respeto a las personas y a sus ideas. En Cataluña y el País Vasco, lugares donde el régimen protegió ampliamente sus industrias, se reprodujeron los movimientos nacionalistas, nunca acallados, incrementados por un centralismo absurdo y una persecución a sus tradiciones. Muchos se han preguntado si el defecto del separatismo no será consecuencia del clásico egoísmo que se declara en los hijos mimados; porque tanto Cataluña como el País Vasco han sido los hijos consentidos, preferidos, protegidos y favorecidos por el resto de España y durante muchos años, teniendo que comprar forzosamente sus productos, con frecuencia caros y malos. Me parece muy bien que se ame a la tierra natal, es lógico y humano, pero no por eso se tiene que despreciar a los demás. Han idealizado las imágenes de sus regiones y de su historia; los vascos desean recuperar unos fueros idealizados y una independencia que nunca tuvieron, los catalanes su pretendido auge medieval y los gallegos la excelsa cultura celta. En el País Vasco la organización terrorista ETA consiguió que una gran parte de los vascos, e incluso otros muchos españoles, rechazara a un régimen opresor; pero sus crímenes han aterrorizado al país y les ha llevado a un callejón sin salida, pues la sangre nunca soluciona las cosas, las empeora porque exige más sangre. El terror es inútil para el logro de lo imposible y el terror o mata o envenena, cuando no ambas cosas. Se vista con el ropaje ideológico que se quiera, bien sea religioso, político o nacionalista, la verdad es que matar es asesinar. De todas formas, en un mundo que cada vez se nos hace más ridiculamente pequeño, resulta anacrónico el separatismo.

Entre 1961 y 1965 se efectuó el Concilio Vaticano II, promovido por el papa Juan XXIII; muchas de sus conclusiones no eran del agrado del régimen y se ocultaron, ante el cómplice silencio de la jerarquía eclesiástica española. En 1962 se produjo el llamado «Contubernio de Munich» judeo-masónico-marxista (¡vaya mezcla!), según la terminología oficial. Ese mismo año, el régimen, debido a la iniciativa de Manuel Fraga Iribarne, estableció una Ley de Prensa que suponía una cierta apertura, aunque no política, que transformaba la censura en autocensura, lo que fue peor para todos. Se creó también el Tribunal de Orden Público, que dictaba sentencias injustas y hasta ilegales contra las opiniones políticas, como la expulsión de la universidad de Tierno Galván, García Calvo y Aranguren.

La sucesión

El 22 de julio de 1969 Franco nombró a Juan Carlos de Borbón su sucesor en la jefatura del Estado, como rey. Existe una aforismo jurídico que dice: «Nadie puede dar o conceder a otro lo que él no tiene», por tanto Franco no podía nombrar sucesor legal puesto que él no tenía legitimidad alguna. El hecho de que Juan Carlos hubiera nacido fuera de España no fue impedimento porque esa ley había sido sustituida por la Pragmática Sanción en 1789. Juan Carlos no dudó en ningún momento en pasar por encima de quien hiciera falta para lograr el poder; se saltó a la torera las normas sucesorias, eliminando toda posibilidad a su padre, y acató la decisión de Franco sin pestañear. El futuro rey pronunció un discurso en las Cortes en el que recalcó «la legitimidad política surgida el 18 de

julio de 1936» e incluyó el siguiente juramento: «Juro lealtad a su excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino.» No necesita comentarios.

Hay quien ha sostenido que Franco, «después de tantos años en el poder», tenía legitimidad. La pregunta es inmediata, ¿es necesario que pase un cierto número de años para que exista legitimidad?, ¿acaso la legitimidad es como el vino que mejora con los años? Tenemos demasiados casos de reyes usurpadores y, por tanto, ilegítimos. Como dice muy bien Gonzalo Puente Ojea: «la legitimidad como la legalidad deben serlo de origen y no puede subsanarse, como pretenden los logreros de la política como "asalto al poder", con el mero "ejercicio" práctico de éste».

Siempre las ratas son las primeras en abandonar el barco, por eso la Iglesia, «con cinismo evangélico», como dice Gonzalo Puente Ojea, comenzó a separarse del franquismo, pero eso sí, sin renunciar a ninguno de sus privilegios; se percató de que la dictadura moriría con Franco y comenzó a tomar posiciones capitaneada por el cardenal Tarancón, presidente de la Conferencia Episcopal. El Consejo de Guerra de Burgos, en 1971, que terminó con indultos, alegró a los obispos irritando a los franquistas; incluso Carrero Blanco les recriminó su ingratitud por las numerosas subvenciones que el régimen había aportado a la Iglesia. La jerarquía eclesiástica seguía con sus arcaicos mensajes en los que no reclamaba democracia ni justicia, sino orden, piedad y fe. La ultraderecha se organizó en agrupaciones como Guerrilleros de Cristo Rey y Fuerza Nueva, que agredían a los tachados de progresistas, incluidos sacerdotes.

Pero los años no perdonan a nadie y Franco no supo

retirarse a tiempo; en 1973 se vio obligado a ceder las funciones de jefe de gobierno al almirante Carrero Blanco, quien desde el primer momento aumentó la represión, pero el 20 de diciembre de ese mismo año era asesinado en un espectacular atentado realizado por ETA.

En 1973 moría asesinado el presidente de Chile, Salvador Allende, y el sangriento general Pinochet implantaba una feroz dictadura, con la eficaz ayuda de EE.UU., lo que causó un profundo desaliento entre los demócratas españoles. Pero en 1974 se produjo en Portugal la Revolución de los Claveles terminando con la dictadura de Salazar y nos dio muchas esperanzas. Fue nombrado jefe del gobierno Arias Navarro, que se empeñó en endurecer la represión, pero ya no era posible sostener un régimen que hacía agua por todas partes con un jefe del Estado decrépito y muy enfermo. Todo esto no fue óbice para que Franco, tres meses antes de morir, firmara varias sentencias de muerte. Se despedía como empezó: matando. Y precisamente, cuando estaba agonizando, Marruecos, con el innegable respaldo de Estados Unidos, organizó la Marcha Verde adueñándose del Sahara español. ¡Paradojas de la vida, el general que presumía de sus hazañas africanas y que por ellas llegó a su cargo, perdió Marruecos, Ifni, el Sahara español y Guinea Ecuatorial (1968), todas nuestras posesiones en África!, ¡el gran «patriota» que tanto hablaba de conseguir un imperio!

Nada es eterno, todo lo que nace se desarrolla, madura y termina muriendo, y eso es más palpable en las personas. Al final Franco enfermó gravemente y, a pesar de los esfuerzos de varios médicos que pretendieron alargar inútilmente su vida, el 20 de noviembre de 1975 fallecía oficialmente en el hospital La Paz de Madrid. El hombre que quitó la paz a demasiados moría en un hospital con ese

nombre, el hombre que hizo morir a tantos violentamente fallecía de muerte natural, en una cama y atendido por un equipo médico. ¡Paradojas de la vida! El «invicto caudillo, el salvador de España y adalid de la cristiandad», como le llamaban, propugnaba una España una, grande y libre; pero legó una España desunida, pobre y reducida a la mínima expresión territorial y subyugada al Vaticano y al capitalismo multinacional. ¡Todo un éxito!

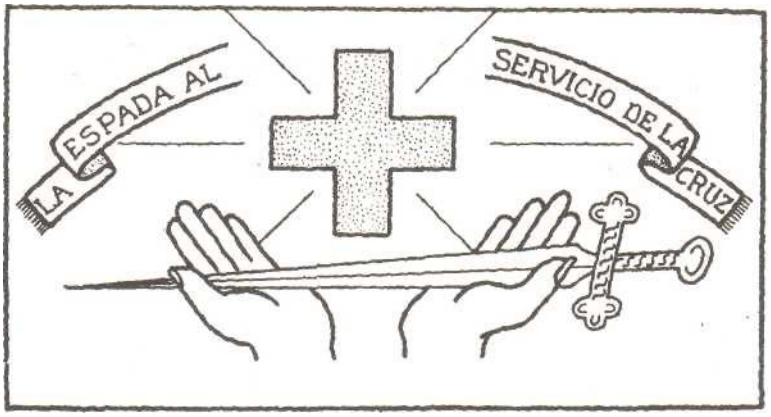
Y antes de terminar...

El nacionalcatohcismo no resistió la menor brisa de aire fresco y ha causado un grave daño al país y a la Iglesia, ya que identificó el ser español con ser católico, lo que ha provocado que al ser el pueblo cada vez menos creyente, se sienta cada vez menos español. La sangre derramada y los sufrimientos pasados no han servido para nada. La sublevación militar ha fracasado rotundamente y al final las ideas han vuelto a florecer, como pasa siempre. Creo que la derecha debe asumir su participación en la Guerra Civil y su colaboración con la dictadura y pedir perdón al pueblo español. La izquierda ya ha purgado sus faltas con sangre, humillaciones y lágrimas durante cuarenta años.

Antes de terminar este capítulo quiero dedicar mi modesto homenaje a todos los represaliados por el régimen franquista: a los que fueron asesinados, a los que fueron torturados y penaron en las cárceles, a sus mujeres, hijos y familiares, y a los que tuvieron que abandonar España; todos ellos demostraron una entereza, una dignidad y una firmeza de convicciones merecedoras del agradecimiento de todo bien nacido.

CONTINUISMO, CREDULIDAD Y CRISPACION

UN PAÍS DE PARADOJAS


LA ESPADA AL
SERVICIO DE LA CRUZ

Al morir Franco

Es triste comprobar que durante demasiados siglos los españoles nos hemos visto obligados a hablar, a escribir y a simular que se pensaba de acuerdo con los dogmas y principios católicos. El que se desmadraba, el que tenía dudas de fe o profesara una creencia distinta era considerado disidente, tanto religiosa como políticamente, y era perseguido por la Inquisición o por la policía, y, a veces, por ambas. Con el franquismo se llegó a extremos realmente aberrantes y hasta ridículos.

Al morir Franco, como suele ocurrir en las convulsiones políticas, muchos aprovechados y sinvergüenzas declararon públicamente su «pureza de sangre» democrática, naturalmente dispuestos a renegar de ella si las cosas se torcían. Pero la política se vivió principalmente en la calle, una vez más el pueblo se lanzó a ella lleno de ilusión y deseando que todo cambiara. Las manifestaciones eran constantes por toda España y los gritos que reclamaban libertad, democracia, autonomía y amnistía se oían por doquier. Se cantaba con emoción: *Libertad, libertad sin ira, libertad.* Pero el gobierno seguía en manos del franquista, incompetente y llorón Anas Navarro, que se empeñaba, inútilmente, en mantener la represión; su minis-

tro del Interior, Manuel Fraga Iribarne, que se creía un nuevo Cánovas, refrenó una huelga en Vitoria, ocasionando cinco muertos, y militarizó Correos y la RENFE. En 1976 se produjeron 18.000 huelgas, se ve que después de tantos años sin poder hacerlas ahora se desquitaban.

La tan cacareada y loada transición, fue un fraude más de las clases dominantes. Todos deseábamos la liquidación incruenta del franquismo y una gran mayoría optaba por una República, pero esta idea fue ocultada y desestimada en todos los medios. Felipe González, secretario general del PSOE, había defendido en el Congreso del partido de 1976 las ideas marxistas, republicanas y anticapitalistas: sin embargo, se sabe que había tenido contactos con Franco, en los que se comprometió a no aliarse con los comunistas, a acatar la monarquía y a «olvidar» los crímenes franquistas. Felipe González, con su ambición, transformó al PSOE en un partido monárquico y sumiso, de forma que se quedó sin ideología y se convirtió en el centro de acogida de no pocos católicos y falangistas que presumían de progresistas, pero respetaban escrupulosamente los poderes fácticos de siempre: la Iglesia, el capital, el ejército y la corona. ¡Si Pablo Iglesias levantara la cabeza!

En 1974 el Partido Comunista había creado en París la Junta Democrática, que aglutinaba a partidos desde monárquicos hasta de extrema izquierda, pero Felipe González no quiso unirse a ella y creó la Plataforma de Convergencia Democrática; ambas organizaciones se fusionaron en 1976 en la llamada Platajunta. El rey, asesorado por Torcuato Fernández Miranda, destituyó al inepto Arias Navarro y nombró jefe del gobierno a un desconocido falangista, Adolfo Suárez. La Ley de Reforma Política, de 1976, diseñada por Torcuato Fernández Miranda, fue en

realidad una imposición del rey aunque «negociada» de forma clandestina con los capitostes políticos del momento: Felipe González, Enrique Tierno Galván, Joaquín Ruiz Jiménez, Jordi Pujol y Santiago Carrillo.

Se decidió enterrar el pasado, tratar de olvidar y perdonar las tropelías de la dictadura, aprovechándose de la buena fe y generosidad de los que sufrieron directamente la represión franquista, dispuestos a efectuar un enorme esfuerzo de reconciliación. En realidad llamaron «amnistía» a la «amnesia». Se impuso la eliminación de la memoria histórica, lo que sirvió para tratar de enterrar los crímenes del franquismo, beneficiando a muchos asesinos y a los sinvergüenzas que se habían enriquecido bajo el palio de Franco; todos ellos se apresuraron a ocultar su sangriento pasado, sus saqueos y sus verdaderas ideas. Creo sinceramente que fue un error, porque quien pretende borrar el ayer se queda sin mañana y ni siquiera puede vivir el hoy, pues sin memoria no puede haber identidad; un pueblo sin memoria es un pueblo sin referencias, un pueblo desorientado. Además, los pueblos sin memoria histórica están condenados a repetirla, y cuando la historia se repite siempre lo hace en clave de tragedia. Pretender romper con el pasado, sin analizar sus aciertos y errores, es empezar de nuevo, lo que equivale a retroceder. Como dijo Azaña: «No habrá presente ni futuro sin conocer el pasado.»

La ley para la reforma política pretendía que, sin salirse de la supuesta legalidad vigente, se desmantelara teóricamente la organización franquista, se quería un cambio de régimen «sin dañar el esqueleto del Estado». Se pretendía pasar de una «legalidad» a otra, pero es que esa legalidad no era tal, pues se fundaba en la toma del poder por la fuerza de las armas; ¿acaso es legal sublevarse con-

tra un gobierno legalmente establecido y liquidarlo a sangre y fuego?, pues ésa era la pretendida «legalidad del 18 de julio».

La llamada Transición

A pesar de todo y de que iba contra los propios procuradores, fue aprobada por las viejas Cortes franquistas en 1976; acto que se consideró un verdadero *harakiri* y que para algunos fue una demostración de patriotismo, pero la realidad es que no tenían otra salida. De esta forma se inició la llamada Transición, que trataba de disimular la idea de una continuidad, porque en realidad no suponía una ruptura con el pasado, sólo se daba paso a una reforma. Se impuso la monarquía con un rey designado por Franco y tutelada por el ejército, no dando opción a otras ideas, como las republicanas. Es decir, que seguían «los mismos perros con otros collares», ahora con un «collar» democrático que nadie sabe cómo ni cuándo adquirieron. Esos «perros viejos» se apresuraron a unirse («prietas las filas») a los nuevos políticos emergentes.

La Iglesia, siempre atenta, reclamaba «sus derechos inalienables» y no veía con muy buenos ojos la implantación de una auténtica democracia. En 1976, y en el mayor secreto, se ratificó un acuerdo entre España y la Santa Sede, como parte integrante del concordato de 1953.

Pero las calles no se calmaron, los criminales de ultraderecha cometieron numerosos atentados, asesinando a sangre fría a cinco abogados laboralistas en Atocha, y los del GRAPO, un pequeño grupo de descerebrados de extrema izquierda, secuestraron al presidente del Consejo de Estado, a un general y cometieron varios crímenes.

Muchos creíamos, ingenuamente, que con la democracia ETA desaparecería, pero no fue así, siguió asesinando dentro y fuera del País Vasco. Es indudable que el terrorismo, de uno y otro lado, pretendía conseguir tal caos que hiciera imprescindible un nuevo golpe militar. Y faltó poco para que lo lograran.

Los nacionalismos mezclan símbolos y ritos, religiones y patrias; como la idea de nación es más popular que la de religión, los nacionalistas se aprovechan de ello para sacra-hzar su nación, por eso se reinventan constantemente la historia y especulan con una pretendida persecución. Decía Dostoievski: «Siempre hay quienes gozan de creerse perseguidos e incomprendidos y en lamentarse de ello, o adorar, hasta la saturación de su orgullo, su no reconocida grandeza.»

Españoles incompletos

En el País Vasco unos cuantos matones, ciegos de un mal entendido orgullo étnico, se han adueñado del país por el terror; entre otros «logros», han dilapidado la fama de sus paisanos. Ser vasco suponía un certificado de honradez, laboriosidad y simpatía; hoy día es todo lo contrario y eso se lo deben a esos «héroes» llamados *abertzales.* Se ha llegado a extremos tan aberrantes como que antiguos amigos me hayan negado el saludo por ser «español»; claro que he tenido la suerte de que sólo me ha ocurrido en dos casos; lo lamento profundamente por ellos mismos, pues indica su ridicula mentalidad; el resto siguen siendo muy buenos amigos, con los que he pasado, y sigo pasando en cuanto puedo, extraordinarios momentos disfrutando de su amistad, su incomparable paisaje y su extraordinaria

cocina; como era de esperar, estos amigos son más auténticos vascos que los otros. Por desgracia, tiene razón Fernando García de Cortázar cuando escribe: «Cualquier nacionalismo vasco podrá condenar los métodos de ETA, pero lo que nunca podrá hacer sin traicionarse es rechazar el propósito final de la organización: la independencia de Euskadi.» ¡Pobre País Vasco, qué mal porvenir se está labrando!

Conozco muy bien Cataluña, en la que he vivido dieciséis años en épocas muy difíciles; soy un enamorado de la belleza de sus paisajes, de su arte, de sus tradiciones y de su trabajador, culto y acogedor pueblo. Aunque por desgracia muchos han fallecido, conservo excelentes amigas y amigos catalanes. Por todo ello, no puedo comprender cómo una parte de tan maravilloso pueblo se deja llevar políticamente por auténticos paletos, con una estrechez de miras que no se corresponde con su gloriosa historia; menos mal que son los menos, o eso espero.

Decía Antonio Machado. «De aquellos que dicen ser gallegos, vascos, catalanes, castellanos, andaluces, etc., desconfiad siempre. Suelen ser españoles incompletos, insuficientes, de quienes nada grande debe esperarse.» Una de las tendencias más señaladas de la estupidez es la de definir a las naciones y más en estos tiempos en que la tierra se nos ha hecho ridiculamente pequeña. No se puede tratar de construir el futuro basándose en mentiras o en mitos por muy halagüeños y tradicionales que sean; es preciso conocer la historia y asumirla plenamente. Se hace necesario superar el aldeanismo, heredero de los reinos de taifas musulmanes. Ya va siendo hora de que se desprecie a los figurones, a los politicastros y a los patrioteros, a quienes sólo interesa su ambición. Tanto el nacionalismo como el derecho divino tienen el mismo origen:

la falsedad. Decía Ortega: «Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia; la barbarie es tendencia a la disociación.» Creo sinceramente que debemos considerarnos ciudadanos del mundo, no sólo respetando sino admirando las costumbres de todos, ¡qué maravilla la diversidad y qué tediosa e insoportable sería la uniformidad! Además, conviene tener muy en cuenta la frase de Samuel Johnson: «el patriotismo es el último refugio de los canallas», porque desgraciadamente es así.

Pactos de La Moncloa

Adolfo Suárez legalizó, el 9 de abril (sábado santo), el Partido Comunista, demostrando que el temible y amenazador partido no era tan fiero como lo pintaban. El «horrendo» PCE, por una mal entendida convivencia, había pasado a ser un sumiso eurocomunismo, capitaneado por Santiago Carrillo, es decir, otro partido de izquierda «descafeinado». El caso es que, a pesar de tantos inconvenientes y de no poca sangre, el 15 de junio de 1977 se celebraron las primeras elecciones democráticas, lo que no se hacía desde febrero de 1936.

Se alzó con la victoria la Unión de Centro Democrático (165 escaños), una asociación de partidos de derechas, que se hacían llamar de centro, porque entonces era hasta vergonzoso ser de derechas, liderados por Adolfo Suárez; el PSOE consiguió 118 escaños y el PCE 20. Se definió en esas elecciones un interesado bipartidismo: un centro-derecha, la UCD de Suárez, y un centro-izquierda, el PSOE de Felipe González, y en los extremos, un tanto marginados, la «derecha de toda la vida» (léase franquismo), la AP de Manuel Fraga, y el eurocomunismo de

Santiago Carrillo. Sin olvidar a los partidos nacionalistas, el Partido Nacionalista Vasco, Convergencia i Unió y Bloque Nacionalista Galego. A los partidos republicanos no se les dio opción alguna, quedaron excluidos, pues no fueron legalizados hasta después de las elecciones. Una forma muy poco democrática de eliminar a un rival.

Un grupo de militares demócratas había creado una organización antifranquista y lógicamente clandestina, la UMD, que tuvo la honradez de autodisolverse al inicio de la llamada Transición. Sin embargo, el ejército se opuso a que sus miembros fueran reintegrados a sus cargos. Se les concedió una amnistía, pero negándoles cualquier destino y obligándoles a pasar a la reserva. Se han efectuado varios intentos de reconocimiento de su audaz labor, pero ninguno ha fructificado. En la descafemada Ley de la Memoria Histórica ni siquiera se les nombra, mientras otros militares, reconocidos franquistas, han ascendido incluso a generales. Vaya aquí mi modesto homenaje a aquellos militares y a su meritoria misión.

El aumento del precio del barril del petróleo provocó una crisis mundial ocasionando en España un aumento del paro (17 por ciento), una fuerte inflación (15 por ciento) y un déficit público alarmante. Se solucionaron en parte los problemas mediante los famosos Pactos de La Moncloa, en los que se firmaron una serie de acuerdos entre el gobierno, los empresarios, los partidos políticos y los sindicatos.

La Constitución

Mientras tanto un reducido grupo de «sabios», sólo siete y elegidos a dedo por el gobierno, supuestamente

representando a los partidos con escaños en el Parlamento, elaboró una Constitución que definía al país como un «Estado social y democrático de Derecho» cuya forma política era la monarquía parlamentaria. Es increíble que se redactase una Constitución sin actas y a puerta cerrada, por un reducido grupo y sin discusión en unas Cortes Constituyentes, es decir, que no gozó de un proceso realmente constituyente y democrático. El resultado no podía ser otro: no se rompió con el régimen anterior, incluso se reforzaron sus instituciones, con lo que tanto gran parte de los políticos como el pueblo quedaron como comparsas o convidados de piedra y se tuvieron que limitar a aprobar o abstenerse. A eso se le llamó «consenso», no se sabe entre quiénes, e incluso se habló cínicamente de «ruptura pactada», sin saber qué se había roto ni pactado, y afirmando gratuitamente que el pueblo no quería una ruptura. Por si fuera poco, se «perdieron» informes de la sangrienta Brigada Político-Social franquista, lo que permitió ocultar la colaboración de varios políticos que ahora presumen de demócratas.

La Constitución tiene fallos garrafales y numerosas ambigüedades. En primer lugar no es democrática, pues no consagra los principios básicos de la misma: principios electivo y representativo, ni la división y control de los poderes del Estado. No se dio opción al pueblo español para determinar si quería un rey, designado a dedo por el dictador, o deseaba una República. Una Constitución no pude ser elaborada por un grupo de personas, por muy «sabios» que se consideren, sino por un Parlamento Constituyente, elegido democráticamente, donde sea posible discutir y aprobar sus artículos, dando lugar así a que el pueblo se vaya enterando de su contenido; además se redactó con miedo a una involución y en esas circuns-

tandas no pueden salir bien las cosas. No se supo cohesionar ni definir claramente el proceso autonómico, ni organizar la Transición, lo que ha debilitado gravemente la estructura del Estado. Se implantó un interesado bipartidismo, creándose una partidocracia, bien lejos de una auténtica democracia. Por último, y esto es importante, recibimos las «visitas desinteresadas» de Vernon Walters y de Henry Kissinger, que, según parece, nos «otorgaron» esa Constitución.

Los partidos, especialmente el PP y el PSOE, se han convertido en verdaderos instrumentos de mercadotecnia para que alcancen el poder unos cuantos aprovechados, y exigen un tributo de sumisión al resto de los militantes; para los que no piensan como los jefes sólo existe el desprecio y la anulación social y política. Hoy el país cuenta con una extrema derecha: el Partido Popular, una derecha social: el PSOE, y una izquierda prácticamente testimonial y desunida: IU.

Y siguió sin resolverse el problema eclesiástico. La Constitución de 1978 dice que el Estado es aconfesional, pero a continuación dice: «Ninguna confesión tendrá carácter estatal. Los poderes públicos tendrán en cuenta las creencias religiosas de la sociedad española y mantendrán las consiguientes relaciones de cooperación con la Iglesia católica y las demás confesiones.» Y en el artículo 27 se añade: «Los poderes públicos garantizan el derecho que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones»; olvidándose de los derechos de los hijos a poder elegir la opción religiosa o irreligiosa que deseen.

Está claro que cada vez que existe un resquicio, por pequeño que sea, la Iglesia se cuela por él para imponer su

hegemonía. Una vez más no se consiguió la anhelada separación de la Iglesia y el Estado, que es ya imprescindible para la salud del país. Mientras estemos sometidos al yugo eclesiástico ninguna reforma puede prosperar, porque lo primero es la libertad de pensamiento y de conciencia. La Iglesia siguió disfrutando de toda clase de privilegios y exenciones y monopolizando la enseñanza.

Es preciso señalar que el rey Juan Carlos I no juró la Constitución de 1978, se limitó a sancionarla, pues ya era jefe del Estado. El 21 de enero del año anterior había nombrado, por decreto, Príncipe de Asturias a su hijo varón, Felipe. De nuevo estamos ante un rey ilegítimo que nombra sucesor, que forzosamente también será ilegítimo. Somos un país de paradojas: tenemos una Constitución nominalmente democrática, que no es democrática; un Parlamento donde no se dialoga, se defienden y se valoran las ideas, sólo se oyen descalificaciones, insultos y monólogos; la Guardia Civil, como su nombre indica, ¡es militar!; el Partido Popular puede ser cualquier cosa menos popular; el Partido Socialista Obrero Español no tiene nada de obrero y menos de socialista; Izquierda Unida está más desunida que nunca. Y, por si fuera poco, la jefatura del Estado está ocupada ilegalmente.

Café para todos

En un principio las ansias autonomistas se limitaban al País Vasco, Cataluña y Galicia, pero los políticos se dedicaron a elaborar sentimientos regionahstas por toda España, llegándose al absurdo «café para todos», es decir, autonomía para quien la quisiera, consiguiendo la multiplicación de la burocracia y proliferando el número de

políticos de toda laya y muy poca categoría. De un «Madrid», centro burocrático, se pasó a diecisiete «Madrid»; de un Parlamento se pasó a tener diecinueve; por tanto los gastos también se multiplicaron y encima se conservaron las antiguas provincias. La nefasta herencia de los reinos de taifas se había hecho realidad, los políticos de medio pelo se lanzaron a fomentar los sentimientos regionales e incluso provinciales con el fin de buscar un fundamento al «café para todos» autonómico; así se han alcanzado cotas de estupidez tan elevadas que si no dieran repugnancia harían reír a las piedras. A punto estuvimos de tener más de una autonomía por cada provincia, pues algunas de éstas deseaban dividirse en dos. ¡Los reinos de taifas!

Una vez más nuestros «sabios» políticos se dedicaron a inventar lo que ya estaba inventado y funcionando perfectamente en varios países: el federalismo. Pero aquí no se podía llamar así, había que llamarlo de otra forma más original y pasó a llamarse Estado de las Autonomías. Un Estado sin coherencia, sin una seria planificación, sin definir los límites de las competencias, que está ocasionando una desmedida y absurda transferencia de cometidos debilitando la estructura del Estado, incrementando los trámites burocráticos y creando unas diferencias sin sentido. Y es que, entre otras consideraciones, ¿por qué inventar lo que ya está inventado y funcionando bien en muchos países?: la república federal, que ofrece opciones racionales y experimentadas.

El «café para todos» ha provocado una absurda y alocada carrera para diferenciarse, en especial en Cataluña y en el País Vasco. Las autonomías autodenommadas «históricas» (no se sabe bien a qué historia se refieren, ni en qué momento hay que pararla) desean a toda costa ser

distintas de las demás. La realidad es que hoy día tanto una como otra han conseguido unas competencias que no ha logrado ningún estado en ninguna República Federal. Es lógico que quieran conservar su idioma, pero de eso a imponerlo de forma categórica, coaccionando a los castellanohablantes, creo que existe un abismo.

El primer presidente de la Generalitat en la transición fue Tarradellas, un gran y experimentado político y estadista. Cataluña, sin recurrir a la violencia y al asesinato, consiguió las más altas cotas de competencias y ha ayudado poderosamente a la estabilidad de España. Es justo reconocerlo. Por cierto, se ha dado en llamar presidente al que siempre se ha conocido como jefe del gobierno o primer ministro, y este título ha proliferado de tal forma que rara es la persona que no es «presidente» de algo, aunque sea de la comunidad de vecinos.

El caso del País Vasco raya en lo absurdo; con el objetivo de diferenciarse han tenido que crear un nuevo idioma, que aterra al verdadero erudito vasco, el *batúa* al que llaman euskera, y han impuesto una bandera, la ikurriña, copia de la *Union Jack* británica, diseñada por un hermano de Sabino Arana, que pertenecía en exclusiva al PNV de Vizcaya. Es intolerable que, sembrando el terror, ETA y sus sicarios estén imponiendo sus irracionales ideas, tanto en las íkastolas como en las calles de sus pueblos y ciudades; exigen una pluralidad que ellos están muy lejos de conceder a los demás, porque son intolerantes y siembran el odio. Dicen que desean la autodeterminación, pero para ello es imprescindible que cese el terror y la intolerable coacción. Conseguir algo bañado en sangre nunca da resultados duraderos y se volverá contra ellos mismos. Si quieren la independencia, me parece muy bien que la tengan, pero con total y absoluta libertad de sus ciudadanos. Para

ello es necesario un prudente periodo de desintoxicación, de auténtica libertad para expresar sin coacciones ni miedos las diferentes ideas; si no es así los resultados de un referéndum estarían viciados de origen y, bañados en sangre, no reflejarían la verdad.

Adolfo Suárez cometió un grave error al impulsar las autonomías a ultranza sin una cuidada y meditada planificación, que limitara, entre otras cosas, la cantidad y calidad de las transferencias. Por ejemplo, no se puede dejar en manos de incompetentes interesados la enseñanza; así está ocurriendo que se enseña a los chicos una historia amañada, una geografía aldeana y un odio a todo lo que no sea «nuestro»; gracias a eso ya somos el último país de Europa en calidad de enseñanza. No se puede ceder el ordenamiento urbanístico pues sólo ha servido para extender la corrupción y destrozar la costa, las ciudades y los parajes más bellos. No se puede permitir que la Sanidad Pública, que está funcionado razonablemente bien, se esté prácticamente desmontando, sobre todo en Madrid y otros «reinos» del PP, con el fin de privatizar sus servicios. Se impone un plan hidrológico peninsular, que incluya a Portugal, que sea imparcial y que resuelva los problemas del agua, de la reforestación y de la lucha contra la contaminación y la desertización.

Primeros ochenta

En 1979 Felipe González efectuó una estratégica dimisión como secretario general del PSOE; con el fin de desprenderse de la ideología marxista, el partido pasó a ser «interclasista» y a utilizar el marxismo como mero «instrumento teórico». De esta forma los socialistas se

quedaron huérfanos de ideología y no se sabe bien qué son. Sin embargo, como dice acertadamente Gonzalo Puente Ojea: «El pensamiento marxiano no sólo no ha muerto, sino que constituye un legado intelectual indispensable para el correcto planteamiento de construir una sociedad razonablemente humana y libre.» Y añade que el marxismo teórico ha aportado una herencia fundamental, como el principio del valor-trabajo, fundamento de las categorías económicas; el análisis de los mecanismos económicos, sociales e ideológicos del capitalismo; las transformaciones morfológicas del valor; la concepción del ser humano; la visión de la dinámica social e histórica; los conceptos de lucha de clases y de explotación económica, entre otras muchas aportaciones. Con Marx la noción de trabajo se convirtió en un valor social universal.

Se dice que el capitalismo es libertad y que el marxismo es igualdad, pero resulta que en el capitalismo la mayoría de los trabajadores se ven obligados a vender su libertad para poder comer, tener techo o poder aprender ellos y sus hijos. Y en la pésima aplicación del marxismo que realizó Stalin, no se consiguió la verdadera igualdad, que no es la física o mental sino la igualdad ante la ley y ofrecer a todos las mismas oportunidades ayudándoles a aprovecharlas.

En 1980 ETA asesinaba a más de cien personas, acelerando la sensación de que el gobierno no podía garantizar el orden y de que carecía de un programa político. A esta situación se unió la crisis interna de UCD obligando a Suárez a dimitir y traspasar el poder a Leopoldo Calvo Sotelo en enero de 1981. Un mes después, el 23 de febrero de 1981, se produjo un intento de golpe de Estado, cuyas cabezas visibles —cuatro descerebrados que no se merecen ni dar sus nombres— ocultaban algo más profundo y

que implicaba a más altos cargos. Pero fracasó porque los golpistas se equivocaron, el pueblo estaba contento con la situación política y no deseaba que los militares tomaran de nuevo el poder implantando una dictadura. Millones de personas de todas las clases sociales nos lanzamos a la calle, en multitudinarias manifestaciones por toda España, a favor de la democracia y contra el ridículo intento de los golpistas. Se rumoreó que los obispos habían redactado dos notas opuestas, de forma que una o la otra respaldaran lo que ocurriera tras el intento de golpe; no se ha podido aún confirmar si es cierto o no, pero lo que sí es evidente es que no movió un dedo en defensa de una democracia que siempre ha odiado. ¿Algún día se sabrá si pasó lo mismo con el rey?

La investigación que se efectuó sobre el fallido golpe de Estado y las sentencias condenatorias del mismo han constituido una auténtica farsa que ha ocultado la verdad. Nunca se ha conocido la verdadera trama de la asonada y los golpistas apenas fueron castigados. Resulta cuando menos sorprendente enterarse de que dos nombrados políticos, teóricamente socialista uno y comunista el otro, llegaran a mantener contactos con militares para formar un «gobierno de salvación nacional» presidido por un militar. ¡No podía ni sospecharlo! Y esto ocurrió antes del 23-F.

Las rencillas internas de UCD obligaron a Calvo Sotelo a adelantar las elecciones, que se efectuaron en octubre de 1982. El triunfo del PSOE fue definitivo, la esperanza de conseguir un verdadero cambio a través de un partido que *gozaba* de «cien años de honradez» empujó a diez millones de españoles a confiarles el gobierno con sus votos. Hay que reconocer que los españoles, en general, suelen votar, o incluso afiliarse, más a Fulano de Tal

que a sus ideas o programas; a eso se le llama «Fulanismo». También se produce en nuestro país no votar «a favor de», sino «en contra de». Con frecuencia una credulidad sin fundamento arrastra a la masa popular con más fuerza que una convicción o un razonamiento, sobre todo en un pueblo inculto como el nuestro.

Al nuevo gobierno le tocó la impopular tarea de tener que proceder a la reconversión industrial y promover un reajuste económico, algo totalmente necesario pues se heredaba una fuerte inflación, una industria obsoleta, un déficit público, un elevado paro y una deuda exterior preocupantes, todo ello fruto del sistema franquista. Las medidas que hubo que tomar aumentaron el paro, por lo que muchos creyeron que el PSOE les había engañado. Pero esas disposiciones de saneamiento de la economía consiguieron rebajar la inflación, reducir el déficit y acercarnos a Europa, donde se consiguió entrar el 12 de junio de 1985. Con la entrada en Europa afluyeron masivamente capitales foráneos.

El PSOE

Parece paradójico que en 1982 el PSOE se opusiera rotundamente a la entrada en la Alianza Atlántica y en 1986 Felipe González refrendara la entrada en la OTAN, pero es una muestra de la indefinición ideológica de su partido. Lo único bueno de esa decisión es que ofrecía a España un lugar en el mundo occidental y proporcionaba a los militares la posibilidad de realizar misiones en el extranjero. En el haber del gobierno de Felipe González es justo añadir que supo encauzar los fundamentos del ejército en la protección de los valores democráticos y en

el servicio a una nación plural; el ministro Narcís Serra, precisamente un catalán, supo transformar el ejército en una fuerza moderna, operativa, adiestrada y subordinada al poder civil. La primera vez que se conseguía en nuestra historia.

El gobierno efectuó una reforma fiscal que descubrió numerosas bolsas de fraude y, en contra de lo que muchos creían, sólo nacionalizó la red de alta tensión: incluso a partir de 1986 se privatizaron las empresas del INI, Repsol, SEAT y Endesa, y se tuvo que intervenir Rumasa, lo que costó 560.000 millones de pesetas. Se aprobó la ley del divorcio y la despenalización del aborto hasta la duodécima semana. Se trató de sacar de los estudios la enseñanza de la religión, pero el rechazo de la Iglesia fue tan feroz que el gobierno dio marcha atrás. Se implantó el sistema sanitario público para todos los españoles.

En 1986 el PSOE volvió a ganar las elecciones, en las que fracasó rotundamente el Partido Reformista de Roca. La europeización, que tanto soñaron los intelectuales del 98, por fin se hizo realidad y el 1 de enero de 1986 España se incorporaba de lleno a la Unión Europea; eso trajo consigo un despegue económico que mejoró notablemente la calidad de vida de todos los españoles; se había alcanzado el llamado «estado de bienestar», que culminó en 1992 con la Exposición Universal de Sevilla y las Olimpíadas en Barcelona.

Sin embargo, el éxito económico no se basaba sólo en la creación de riqueza sino en obtener información privilegiada y buenas conexiones con el poder. La cultura especulativa y financiera se impuso a la empresarial, de forma que los hombres de negocios efectuaban operaciones

rápidas con grandes beneficios, lo que se dio en llamar «pelotazo». En 1989 se destapó el «caso Juan Guerra», hermano del vicepresidente del gobierno Alfonso Guerra, y poco después los casos de Filesa e Ibercorp, la utilización fraudulenta de fondos reservados, las comisiones ilegales del AVE a Sevilla, de la Exposición Universal de Sevilla y de las Olimpiadas y las irregularidades del Patronato Sindical de la vivienda, rematado todo ello con el escándalo del director general de la Guardia Civil, Luis Roldan. Todos los partidos jalearon la situación, pero también tenían sus asuntos el PP con los casos Naseiro, Cañellas y Zamora; CiU contaba con Banca Catalana y el PNV con las máquinas tragaperras. Estos escándalos eran fruto de una pésima ley de financiación de los partidos y, sin duda, de la inmoralidad de ciertos políticos. A pesar de todo el PSOE volvió a triunfar en 1992.

En 1989 cayó el «telón de acero», representado por el muro de Berlín, y en 1991 la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS, se desintegró en varios países independientes. El comunismo soviético había caído y en su desplome arrastró a la mayoría de los partidos comunistas del mundo, que se quedaron sin referencia. En 1995 se dio por terminada la llamada guerra fría. A partir de ese momento el capitalismo más feroz se ha implantado globalmente, despreciando los valores humanos y desmontando, con una constancia digna de mejor causa, todos los derechos que los trabajadores habían adquirido a los largo de muchos años. Los sindicatos prácticamente han desaparecido, sólo conservan el nombre con unos dirigentes manejables. Aquellos hombres y mujeres que tanto lucharon y sufrieron por defender los derechos de los trabajadores o han muerto o están jubilados o les han anulado, de forma que el capitalismo campa por sus res-

petos y está sometiendo a verdadera esclavitud a los trabajadores y hasta a países enteros.

En 1993 el Banco de España tuvo que intervenir Banesto, encarcelando a su presidente Mario Conde por varios delitos, personaje a quien poco tiempo antes se le había considerado como modelo a seguir y se le había colmado de honores y condecoraciones, incluso por el rey. Se calcula que en ese año la Conferencia Episcopal recibió más de veinte mil millones de pesetas y los colegios concertados de la Iglesia recibieron unos ochenta mil millones. Los colegios concertados tienen la obligación de impartir enseñanza gratuita, pero ninguno la cumple y cobran también a los padres, consiguiendo de esta forma ser un excelente negocio y sin control alguno.

Cae González

La crisis económica y las exigencias de Maastricht produjeron más de tres millones de parados, por el desmantelamiento de industrias, las cuotas pesqueras y lecheras y el arranque de viñedos y de olivos. Las acertadas medidas del ministro Solbes encauzaron de nuevo la economía preparando el camino para salir del bache. Pero era demasiado tarde, el escándalo de los GAL, un hecho claro de terrorismo de Estado y de chapucería, los casos de corrupción generalizada, cada vez más notorios, que Felipe González no quiso o no pudo cortar de raíz, entregaron en bandeja el poder, en las elecciones de 1996, al Partido Popular de José María Aznar, aunque con el apoyo de CiU y del PNV, a cambio de conseguir más fondos y más competencias.

En 1996 España había cambiado, contaba con cuarenta millones de habitantes, de los cuales el 76,2 por ciento

vivía en ciudades, sólo el 3 por ciento se ocupaba de la agricultura y la mitad de la población activa eran mujeres. La inflación fue del 3,6 por ciento, el déficit un 4,7 por ciento y el paro un 21,7 por ciento. La renta per cápita suponía el 85 por ciento de la de la Unión Europea. Se había creado riqueza económica. Al incorporarse la mujer al trabajo, legalizarse el aborto y el uso de contraconceptivos, se produjo un descenso muy acusado de la tasa de natalidad, de forma que no cubría la tasa de reposición.

Por primera vez la derecha no actuó de Penélope y no desmanteló toda la labor del PSOE, consiguió reducir el déficit público y controlar la inflación; quizá fue así porque no tenía mayoría absoluta. Estas medidas produjeron una mejora económica y lograron la expansión de varias empresas españolas en otros países, en especial en Hispanoamérica, siendo pioneros los bancos BBVA (Bancos Bilbao, Vizcaya y Argentaria), BSCH (Bancos Santander, Central e Hispano) y Telefónica. Pronto se produjo un caos en los aeropuertos, aumentaron las listas de espera en los hospitales y se triplicó la deuda de Radio Televisión Española. Pero Aznar, desde el primer momento, se empeñó en destruir al adversario e impedir que se recuperara de su derrota, tratando de tapar así sus propios fallos.

En 1997 se crearon dos nuevas universidades de la Iglesia, pero pagadas por todos, que contaba de esta forma con diez. Ese mismo año el cardenal Rouco Várela se negó a que la Iglesia pidiera perdón por su ayuda al franquismo, mientras el nuncio, Lajos Kada, cometía una estafa con la venta de unos grabados.

En 1998 ETA declaró una tregua que fue aprovechada por Aznar para llamarles Movimiento de Liberación del Pueblo Vasco, acercar presos a Euskadi y establecer unas conversaciones con ETA, en las que participó un obispo; pero la tregua duró un año sin resultado alguno. Hoy el Partido Popular, con un cinismo inaudito, niega que existieran tales contactos. Mientras tanto, con una oportunidad detestable, el Vaticano declaraba que «veía bien el nacionalismo» y creía que «hoy se impone la autonomía». A la Iglesia todo lo que sea dividir a otros le interesa, por aquello de que «divide y vencerás». Pese a esa actitud clerical se acordó subvencionar a la Iglesia con más de doscientos mil millones de pesetas. No cabe duda de que el sentimiento nacionalista ha sido apoyado, cuando no fomentado, desde un principio por la Iglesia, demostrando, como siempre, su sentido de aprovecharse de las circunstancias, lo que amplía, aún más si cabe, la devaluación de su magisterio. En algunas iglesias del País Vasco, los párrocos se han negado a oficiar funerales por las víctimas del terrorismo; se ha apoyado explícitamente a curas que han escondido etarras tras cometer un asesinato; existe un grupo, llamado Herria Eliza 2000, formado exclusivamente por curas que apoyan públicamente a ETA y otros casos en los que incluso están implicados obispos con sus declaraciones y actuaciones. Sobre todo esto la Conferencia Episcopal Española guarda silencio y mira para otro lado, mientras se escandaliza de que el gobierno mantenga contactos con ETA para tratar de erradicar el terrorismo mediante el diálogo.

ETA y sus sicarios siguen sin conceder valor al sistema democrático y continúan sus matanzas, amparando

sus asesinatos en una supuesta «guerra por la independencia»; no estiman suficiente el rechazo que su forma de actuar causa entre el pueblo, que se ha manifestado rotundamente en numerosas ocasiones, en especial después de sus indiscriminados y feroces crímenes. No les fueron a la zaga en su intolerancia tanto el PNV, en el País Vasco, como ERC y algunos sectores de CiU en Cataluña. La situación obligó a que en 2000 el PP y el PSOE firmaran el «Pacto por las libertades y contra el terrorismo», con el fin de combatir el terrorismo de ETA y tratar de disminuir la influencia de los nacionalismos a ultranza.

Aznar

En 1999 España entró en el euro, la nueva moneda europea, fijándose el cambio a 166,386 pesetas; pero hasta el 1 de enero de 2002 no empezó a circular. Por el «redondeo», autorizado por el gobierno, se produjo una exagerada elevación de los precios.

En las elecciones de 2000 el Partido Popular se alzó con la victoria logrando la mayoría absoluta. La megalomanía, encubierta hasta entonces, de José María Aznar se hizo patente, apoyada por un partido totalmente sometido que le consentía todo. Aznar comenzó a actuar como un auténtico dictador, sin contar para nada con el Parlamento, unido a una arrogancia que se reflejó en sus frases: «en España es peligroso admirarme» y «soy un milagro». Transformó su gobierno en una verdadera oposición de la oposición; para Aznar no existen los rivales políticos, son enemigos a los que «ni agua se les debe de dar», según sus propias palabras, y trató por todos los medios, incluso los ilegales, de liquidar a los medios de comunicación no afi-

nes. Al mismo tiempo creó una amplia red de poder económico y mediático sometido a sus ideas, sobre la base de privatizar empresas públicas. Las privatizaciones de varias empresas estatales, en especial las de Telefónica, Sintel y Endesa, supusieron un ruinoso negocio para el Estado y un multimillonario regalo para sus amigos. Todo ello ha creado, y así sigue, una innecesaria crispación de la vida política muy peligrosa, porque se está transmitiendo a la masa.

La derecha siempre ha sabido «vender» sus logros, lo sean o no, así se ha ufanado de los resultados económicos, pero éstos se fundamentaron exclusivamente en la construcción y en el consumo, lo que resulta muy peligroso por ser poco consistentes y no crear riqueza. La propaganda gubernamental insistía en que «España va bien», porque se crecía más, los beneficios de las empresas eran mayores que la media europea y se había alcanzado el «déficit cero». Pero las cosas no eran tan buenas, la inflación y el déficit de la balanza comercial también eran superiores a la media europea, la precariedad y siniestrahdad laboral iban en constante aumento, los salarios subían con el IPC oficial, pero al encarecerse la vida mucho más, los sueldos perdían poder adquisitivo. Los costes laborales crecieron en España seis veces menos que en la Europa-15.

La liberalización del suelo (en 1996) provocó la creación de una «burbuja» inmobiliaria con la promoción de verdaderas aberraciones urbanísticas, destruyendo las costas y los más bellos parajes, y la vivienda pasó de ser un derecho constitucional a ser un espléndido negocio y un manantial de corrupción; el precio de las casas subió más del triple que los costes de producción, produciéndose una cadena especulativa que comienza en el precio

del suelo, sigue con los beneficios del promotor y del constructor y termina con la agobiante financiación bancaria, consiguiendo esclavizar al ciudadano de por vida al banco. Sin embargo, esa falsa riqueza se transmitió a la gente, que se creía «millonaria» sin serlo realmente. Además, la construcción era cara y en general de pésima calidad. Más de la mitad de las familias adquirieron una deuda superior a su renta disponible y se creó una bolsa de pobreza del 20 por ciento. La situación se fue haciendo cada vez más insostenible, hasta explotar, como lo estamos sufriendo actualmente. Y es que la construcción y el consumo, factores en que se basó la economía, no son creadores de auténtica riqueza.

Por otra parte, la manifiesta incompetencia de varios ministros dio como resultados las pésimas gestiones en la catástrofe del *Prestige,* en el trazado del AVE a Zaragoza, la tragedia del avión *Yak 42,* el escándalo financiero de Gescartera y de Sintel, la ridicula y vergonzosa «conquista» de la isla Perejil, el déficit de las tarifas eléctricas (a consecuencia de unas disparatadas normas impuestas por el gobierno), etc. Aznar llegó a la cumbre de su megalomanía en la reunión del «Trío de las Azores», con Bush y Blair, llegando al extremo de ordenar que España participara en la sangrienta, ilegal y disparatada guerra de Irak, en contra de la mayoría del sentir nacional, apoyándose en interesadas mentiras. Esto es considerado por sus incondicionales como que «España había conseguido un importante puesto entre las naciones». (¡Increíble falsedad!)

Al terrorismo islamista no se le puede combatir en el campo de batalla, sólo es posible alcanzar la victoria en el terreno social y político, erradicando la ignorancia, la miseria y las injusticias. Y no debe olvidarse que no hay

enemigo pequeño, así lo ha demostrado Corea, Vietnam y ahora Irak y Afganistán, porque las bombas no sirven de nada contra las ansias de redención de un pueblo o contra creencias arraigadas. Recibe el curioso nombre de «jingoísmo» la patriotería vocinglera que propugna la agresión a otras naciones, con el fin de ocultar su propia incompetencia. Eso ocurrió, un puro jingoísmo para ocultar las ineptitudes de Bush, Blair y Aznar.

Las consecuencias de esa disparatada política no se hicieron esperar; el 11 de marzo de 2004 los islamistas efectuaban el atentado más sangriento de nuestra historia, produciendo víctimas precisamente entre ese pueblo que se oponía rotundamente a la guerra. La reacción del gobierno de Aznar no pudo ser más calamitosa. En casos de tragedias los pueblos suelen agruparse alrededor de sus gobiernos en busca de protección. Pero el gobierno, en vez de ofrecer confianza, se dedicó a mentir descaradamente desde el primer momento, haciendo recaer en ETA la autoría del atentado, a pesar de las evidentes pruebas en contra, y descalificando a los que dudaban. En la ingente manifestación de repulsa, que en Madrid marcó un hito histórico con más de dos millones de personas, sólo se oía un grito: «¡¿Quién ha sido?!», porque nadie creía en la versión oficial.

Su suicida insistencia les llevó el día 14 del mismo mes a la derrota electoral, derrota que aún no han conseguido asimilar. Según el dicho popular: «en la comida y en el juego se conoce al caballero», por tanto no deben de ser muy caballeros cuando no han sido capaces de reconocer su descalabro en el juego político, en el que hay que saber ganar y perder, y se han inventado una serie de ridiculas conjuras, alimentadas por unos periodistas irresponsables e inicuos a su servicio. Se ha llegado a afirmar que el aten-

tado suponía un golpe de Estado encubierto, promovido por el PSOE, la policía, ETA y los servicios secretos de Francia y de Marruecos. Semejante monstruosidad ha sido sostenida (¡y sigue siendo!) por altos dirigentes del Partido Popular y destacados periodistas.

José María Aznar cometió varios errores graves e imperdonables, muy perjudiciales para España y para su propio partido, el PP. Mintió al Parlamento y al pueblo en dos ocasiones claves: al empezar la ilegal y desastrosa guerra de Irak y al producirse el atentado terrorista islámico del 11 de marzo. Otro error gravísimo e imperdonable, de muy trágicas consecuencias, es haber fomentado y mantenido una constante crispación de la vida política, porque ninguna política puede basarse en el exterminio del adversario; para ello ha seguido, punto por punto, el programa de Goeb-bels, que adoptó en los años treinta la CEDA, y que el lector puede ver en los anexos. Y lo peor es que sigue sosteniendo la teoría ridicula de la conjura, a pesar de la ejemplar sentencia judicial del 31 de octubre de 2007. No cabe duda de que la terquedad es un claro síntoma de falta de inteligencia y de egolatría. La actuación del Partido Popular y sus medios afines pasará a la historia de la ignominia y del antipatriotismo. No han tenido en consideración ni la dignidad de las víctimas, ni el dolor de sus familiares, ni el desprestigio de las instituciones, ni la ética más elemental.

La España de Zapatero

La victoria del PSOE autorizó al nuevo jefe de gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, a ordenar la retirada inmediata de nuestras tropas de la guerra de Irak, lo que provocó la ira del presidente Bush, pero el tiempo ha de-

mostrado que la medida era acertada. Hoy EE.UU. no sabe cómo salir dignamente de esa complicada situación que cada vez le cuesta más muertos y heridos, más dinero, más desprestigio internacional, está asolando y desangrando a Irak (se calcula que, hasta ahora, un millón de iraquíes han perdido la vida en esta disparatada guerra) y ha contribuido poderosamente al ingente déficit de EE.UU. y a la crisis económico-financiera mundial, de inciertas y graves consecuencias, que estamos sufriendo.

La labor de Zapatero, en su primera etapa, ha tenido, como todas, luces y sombras. La economía fue yendo bien, dirigida sabiamente por el ministro Solbes, que logró, por primera vez en nuestra historia, superávit en las cuentas. Las leyes sociales y sanitarias fueron necesarias y atinadas, aunque aún no se han sabido difundir ni, en algunos casos, aplicar. El gobierno ha estado siempre a la defensiva ante la campaña de calumnias de una derecha bronca e impresentable, que sólo sabía negarse a todo y descalificar. Además, el gobierno de Zapatero ha entregado a la Iglesia más dinero y privilegios que ningún otro, demostrando que le tiene un miedo incomprensible, de lo cual se han sabido aprovechar los insaciables obispos para exigir nuevas prebendas y enfrentarse al ejecutivo descaradamente. Un pecado de candidez, porque a la Iglesia es imposible saciarla, siempre reclamará más y más, pues su poder invasor es inagotable.

Ante la posibilidad que se presentó de erradicar el terrorismo, el Partido Popular, en vez de ayudar a los socialistas en esa gran tarea, por el bien del país, se dedicó a torpedearla y a hacer lo posible e imposible para que fracasase; por su parte Zapatero, en esta grave cuestión, pecó de ingenuo y de optimista, faltas en las que nunca debe caer un gobernante. ETA, una vez más, rompió la tregua

en el aeropuerto de Barajas (2006), asesinando a dos ecuatorianos y dinamitando un edificio; más tarde asesinó a dos guardias civiles en Francia (2007). El PP aprovechó para organizar manifestaciones contra ETA que se transformaron en rechazo al gobierno. Tienen razón los que afirman que el saber y la razón hablan, mientras que la ignorancia y el fanatismo gritan.

No nos engañemos, la derecha española y la Iglesia, por lo menos su jerarquía, siguen siendo, en el fondo y en la forma, franquistas, nunca han sabido adaptarse al juego democrático y necesitan con urgencia una catarsis y una profunda autocrítica. El desprecio por la democracia se refleja en el constante desprestigio o paralización de las instituciones, en el incumplimiento de las leyes aprobadas en el Congreso, en no acatar las sentencias judiciales y en la deslegitimación del estado de derecho. Y es que en realidad no son demócratas, ni les interesa para nada el país, lo único que ansian es tener el poder, por el procedimiento del «todo vale» (incluso por las armas como ya han hecho varias veces), para poder seguir disfrutando de las ventajas que se creen con pleno derecho a gozar en exclusiva. La derecha española es oro, incienso y sable, y siempre le han fallado la ética, la estética y el estilo. Su misión no debe ser la de fustigar y enardecer al pueblo con falsedades o catastrofismos, sino presentar ideas y trazar rumbos hacia un porvenir esperanzador e ilusionante. ¡Cuánto tienen que aprender de las derechas, auténticamente democráticas y patriotas, de Europa!

En las campañas electorales vemos que se suceden los inútiles y absurdos mítines a los que sólo acuden los seguidores de quienes los convocan y en los que se multi-

plican las promesas, más dignas de un sacamuelas que de un futuro dirigente, que no dan resultados positivos y cuestan mucho dinero. Aparte de que las campañas no aportan ideas, sólo una larga lista de reproches y de medidas poco definidas. Sería mucho más positivo y más barato multiplicar los debates por televisión y radio, en los que todos los candidatos tuvieran ocasión de exponer y defender sus programas y de contestar a las preguntas de los electores. Y si quieren parecer sinceros, simplemente tienen que ser sinceros. El 9 de marzo de 2008 se celebraron elecciones generales. Previamente ETA puso su sello tiroteando a un trabajador que había sido concejal de Mondragón, un asesinato cobarde y de una horrible vileza. Se alzó con la victoria el PSOE, con 169 escaños; sin embargo, el PP también subió a 153 escaños.

El Partido Popular está dando la imagen de que sus objetivos y programas son definidos por el diario *El Mundo,* la COPE y la Conferencia Episcopal. Dirán que no es así, pero lo hechos confirman día a día esa impresión. El Partido Socialista está dando, a su vez, una imagen un tanto errática, es y no es capitalista, es y no es socialista, quiere contentar a todos y no satisface a nadie. Las luchas internas y la falta de un hderazgo claro están dejando un tanto marginada a Izquierda Unida, lo que no es bueno para el país, que necesita de su concurso. El bipartidismo forzado que «disfrutamos» no da opción a sentirse debidamente representados. Creo que, por lo menos, deberían de existir cinco partidos a nivel nacional: la democracia cristiana, como les gusta llamarse (aunque ser cristiano y demócrata es un oxímoron); la derecha democrática, civilizada y europea (supongo que existe, porque en España no conozco a nadie con esas características); los verdaderos republicanos (tantas veces posterga-

dos); la auténtica socialdemocracia; y una genuina izquierda (no «descafeinada»).

Existen una serie de problemas fundamentales cuya resolución sólo es posible con la adhesión y colaboración mayoritaria, como son la elaboración de una nueva Constitución, la reforma de varios organismos institucionales, la separación, independencia y control de los tres poderes, la separación de la Iglesia y el Estado, implantar una enseñanza laica, integral, mixta, obligatoria y gratuita, resolver el problema hidráulico y la desertización, etc. Pero para eso hace falta un civismo y un auténtico patriotismo de los que carecen muchos políticos. En España son necesarias muchas dosis de civismo, cosa que pretende, con mejor o peor acierto, la «Educación para la ciudadanía» y que, quizá por eso, ha sufrido el acoso y derribo de la Iglesia y de la derecha.

La obsoleta y mal diseñada Constitución ha dado lugar a que hoy el Estado sea una dependencia del partido en el poder, a través del que se enriquece a sus secuaces y se explota al país en beneficio de unas cuantas familias y de un partido. Las listas electorales cerradas, que elaboran dictatorialmente las cúpulas de los partidos, sirven para incluir en ellas a las personas de «confianza», o sea, sumisas, rechazando a todos aquellos que tengan talento y criterio propio, no sólo porque pueden ser «molestos» sino porque pueden hacer «sombra»... ¡y son precisamente los mejores! Por eso se ha institucionalizado la mediocridad y la incompetencia entre nuestros políticos. Además, las listas cerradas son antidemocráticas y el ciudadano no se siente realmente representado. Con listas abiertas, cada político se tiene que ganar a los electores de su circunscripción y votar en la defensa de sus intereses, no de los de su partido. Como hasta ahora el poder del pueblo ha

resultado ser una farsa, está dando lugar a una abstención cada vez mayor y a que sólo el uno por ciento de los votantes milite en un partido o en un sindicato.

El abismo

Es absurda la costumbre de la mayoría de los políticos de no admitir sus errores. Un error sin enmienda es un doble error, y además sólo progresan los que aprenden de sus errores. Decía Cicerón: «Humano es errar, pero sólo los estúpidos perseveran en el error.» Por otra parte, los políticos, sobre todo los españoles, tienden a discutir sobre el sexo de los ángeles, olvidando o restando importancia a los problemas verdaderamente graves y trascendentales que aquejan al pueblo. El gobierno, y a veces la oposición, no pueden fingir una situación inexistente, simular la realidad y ocultar la verdad. Esto está creando un tremendo abismo entre la España oficial y la España real. Tengamos en cuenta que existen dos formas de llegar al desastre: sostener lo imposible y retrasar lo inevitable. Huyamos de ambas. Los políticos están dando además un ejemplo deplorable, se suben los sueldos de forma increíble (¡y qué sueldos!), mientras al resto de los ciudadanos se los suben en función del IPC; además se pueden morir en su escaño, cuando los demás tienen unos años límite, y, por si fuera poco, gozan de unas ventajas realmente escandalosas, como viajes, dietas, comisiones, etc., que multiplican sus ingresos. ¡Precisamente los políticos tienen la obligación de dar ejemplo de una ética y una austeridad intachables, y si no están dispuestos a ello que se vayan a sus casas!

El franquismo, durante largos años, no sólo ensalzó a todas las víctimas de su bando sino que les construyó un ingente mausoleo e incluso consiguió elevar a muchos de ellos a los altares como «caídos en la cruzada por Dios y por España» (¡qué tremendo sarcasmo!). Negar a las víctimas del bando vencido el derecho a un reconocimiento y a un entierro digno no parece muy cristiano, de lo que tanto presumen, aparte de que es injusto. Los consejos de guerra sumarísimos de la época franquista son nulos de pleno derecho e incompatibles con los Derechos Humanos y el Derecho Internacional. Es necesario anular esas sentencias y tratar de corregir los expolios materiales que sufrieron los vencidos. No se trata de revancha ni de remover viejos fantasmas, se trata de devolver a unas personas y a sus herederos la condición de ciudadanos sin discriminación alguna; porque la dignidad nunca la perdieron. Lo que sí resulta una auténtica provocación es la beatificación de más de quinientos «mártires» de la Guerra Civil, exclusivamente del bando franquista, efectuadas por Juan Pablo II y Benedicto XVI, y que tengan en cartera muchas más.

En el congreso del PP de junio de 2008, fue elegido presidente Mariano Rajoy y parece que desea la marcha hacia un centro civilizado (por cierto, ¿existe el centro en política?). En las próximas elecciones europeas, gallegas y vascas el señor Rajoy se juega su porvenir, porque como no obtenga buenos resultados los ahora defenestrados exigirán su cabeza. Por su parte, Rodríguez Zapatero se enfrenta a una legislatura plagada de retos. La crisis económico-financiera e inmobiliaria mundial es más profunda de lo que parecía, sus consecuencias son imprevisibles y nos está afectando especialmente. Esperemos que se tomen las medidas adecuadas para que podamos superarla al menor costo posible. Sobre este asunto hablaré más ex-

tensamente en el capítulo «Con los vaivenes del péndulo» de este trabajo.

El 9 de septiembre, tras dos años de enfrentamientos, se ha llegado a un acuerdo entre el PP y el PSOE, con la adhesión de CiU y del PNV, para nombrar a los miembros del Consejo General del Poder Judicial (al que se seguirán los nombramientos en el Tribunal Constitucional, en el Tribunal Supremo y hasta en la Audiencia Nacional). En ese acuerdo los partidos se reparten los nombramientos entre sus adeptos. No existen palabras para calificar semejante ignominia. Es preciso recordar, una vez más, que en un Estado democrático existen tres poderes totalmente independientes: el Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial, y que precisamente este último es el que pone coto a las ilegalidades, los abusos y la corrupción. ¿Cómo va a poder ejercer sus funciones si se debe a sus respectivos partidos? Llegar a esta solución, tras dos años de vacío, sólo puede producir vergüenza y asco. Una vez más se demuestra que no estamos en una auténtica democracia, sino en una corrupta e impresentable partidocracia.

Los políticos nos han acostumbrado a esperar y valorar las diferencias entre lo que dicen y lo que hacen. Por sus frutos vamos conociendo y valorando a los diferentes partidos y a sus líderes. Porque en política no basta con ser o estar, hay que demostrar que se es y que se está. Cuando leo u oigo a muchos de ellos, a ciertos periodistas ambiciosos e irresponsables y a esos tertulianos sabelotodo, me viene a la memoria, sin poder remediarlo, la conocida cuarteta:

Hay tontos que tontos nacen, hay
tontos que tontos son y tontos
que tontos hacen a los que tontos
no son.

CON LOS VAIVENES DEL PÉNDULO

(A MODO DE CONCLUSIÓN)

HISTORIA DE ESPAÑA

La historia de España, salvo pequeños intervalos, es la historia de un fracaso. Hemos visto cómo unos fanáticos reyes dieron la espalda al progreso, que se inició con el Renacimiento, y se dedicó a defender a la Iglesia, con esfuerzos por encima de las posibilidades reales del país, y ahogó la incipiente democracia interior. Con ello sólo se consiguió quedar fuera de las ideas científicas, la ruina de las arcas, convertir al pueblo en vasallo y alimentar un orgullo absurdo al propagar la idea de que éramos el pueblo elegido por Dios. Por desgracia esa política, por llamarla de alguna manera, continuó cuando en Europa afloraban la Ilustración y la Revolución francesa, de nuevo cuando el liberalismo y por último con el franquismo.

La gran culpable de esos hechos ha sido la Iglesia católica; como dice muy bien Javier Figuero: «La lista de horrores de la Iglesia en España es de tal magnitud que sus fieles harían bien en valorar, como prueba de la existencia de Dios, el que sea aún tolerada.» La estrecha alianza que ha existido entre el trono y el altar ha dado lugar a que la Iglesia haya ejercido el poder temporal durante siglos, bien a través de puestos relevantes en las instituciones, bien como asesores y confesores de los reyes, pero

siempre con una excelente información de primera mano, y ya se sabe que quien tiene la información tiene el poder. Ese poder lo ha ejercido por encima, y a veces en contra, de las instituciones civiles, imponiendo una legislación con arreglo a sus conceptos morales, llegando a establecer hasta el calendario de días festivos y a imponer una clara y odiosa discriminación contra los creyentes de otras religiones y, sobre todo, contra los no creyentes. Y esa alianza se ha prolongado oficialmente hasta el final de la dictadura franquista, y ¡sigue vigente aún! Está claro que nuestros gobernantes, salvo escasas excepciones, nunca han tenido una idea clara de lo que es el Estado, por eso han tolerado que la Iglesia acumule tanto poder. El resultado de todo ello ha sido un pueblo convertido en vulgo, en masa, incapaz de escuchar, de pensar por sí mismo, que se deja arrastrar por cualquier charlatán, sea cura, periodista o político. Y lo peor es que la clase dominante tampoco es culta ni es capaz de pensar por sí misma.

La historia ofrece muchas lecciones sobre nuestro pueblo. Una de ellas es el descubrimiento del falso cristianismo del pueblo español, de su epidérmica creencia, la de un pueblo que ha ocultado un supersticioso paganismo bajo la fachada de los ritos católicos. Culminando en una curiosa mezcla de fanatismo y exhibicionismo, como son la procesiones de Semana Santa, del Rocío y de otros espectáculos similares.

No nos engañemos, la mayoría de los ciudadanos, en su fuero interno, no acepta las creencias católicas, incluso las impugna, y no sigue en absoluto sus normas morales. La asistencia a bautizos, bodas, funerales, procesiones, romerías y otros actos son para muchos españoles actos sociales, donde figurar, o motivo de diversión y no de creencia. Lo que pasa es que, después de tantos siglos

de Inquisición, franquismo y persecuciones, el miedo sigue estando a flor de piel y es preciso disimular, y para no complicarse la vida lo mejor es no saber, no pensar y decir amén a todo; pero por desgracia esto crea un hábito muy difícil de erradicar.

Las creencias son una cuestión personal y las iglesias se deben limitar a su ámbito religioso sin contaminarse, ni siquiera en apariencia, del poder civil. Y éste no debe infestarse de aquél. En ese sentido la mayoría de los españoles desea que la Iglesia y el Estado actúen claramente diferenciados, que tanto el Estado como la enseñanza sean laicos, que los eclesiásticos estén sometidos a las leyes comunes y fiscales y que todas las iglesias y creencias se autofmancien y estén sometidas a las leyes generales. Por y para ello el Estado tiene que ser rigurosamente laico.

Sin duda la autofinanciación de la Iglesia le daría credibilidad, ¿o es que temen no tenerla? Debe tener derecho a crear, sostener y regir establecimientos docentes o de otra índole por su exclusiva cuenta, pero siempre supeditados a los planes de enseñanza establecidos y a la evaluación de sus resultados. Hora es ya de que dejen de percibir las aportaciones del Estado, de beneficiarse de exenciones fiscales y de vivir a costa de todos nosotros, creyentes y no creyentes. El Estado no tiene por qué recaudar para la Iglesia en el IRPF. Actualmente el Estado financia todas las actividades de la Iglesia con unas cifras que la interesada y antidemocrática opacidad hacen difícil evaluar. Las necesidades de conservación del patrimonio histórico-artístico tendrán que recibir un trato especial y rigurosamente controlado, pues pertenece al pueblo aunque lo utilice la Iglesia.

La alianza entre el Estado y la Iglesia perjudica a ambos y, por descontado, al ciudadano. Es urgente, hasta por tranquilidad, la separación de la Iglesia y el Estado, puesto que la autoridad eclesiástica sólo tiene un objetivo: extender el poder, lo que supone una confrontación directa con el propio Estado. Hay que erradicar el clericalismo que lo infecta todo. Es intolerable que la Iglesia efectúe manifestaciones claramente políticas y fomente toda clase de insultos y descalificaciones desde sus medios, oponiéndose incluso a las leyes sancionadas en el Parlamento. ¿No dice que su reino no es de este mundo?, pues si le gusta la política que se presente a las elecciones con su programa y con su dinero, no con el de todos los españoles. La Iglesia ha gozado y sigue gozando de prebendas, privilegios y prerrogativas como ninguna otra comunidad católica del mundo ha tenido. Pero son insaciables, siempre desean más... ¡hasta conseguir su objetivo: una teocracia más tiránica y cruel que la musulmana! Con la Iglesia nunca es posible dar por definitivas las conquistas conseguidas, porque espera pacientemente para saltar sobre su presa a la menor ocasión, y avasallarla. Decía Xavier Domingo: «Es imposible una verdadera política de oposición en España si no se incluye el más duro anticlericalismo.» Y Fernando Savater añade: «El clero es intrínsecamente perverso y sus recursos de hipocresía y mala fe son prácticamente inagotables.» Me temo que tienen toda la razón.

Los evangelios, que los creyentes consideran sagrados al suponerlos inspirados por Dios, dicen claramente que «no se puede servir a dos señores», lo cual es hasta de sentido común. Por consiguiente toda aquella persona, religiosa o no, que tenga voto u obligación de obedecer a una autoridad distinta de la legítima del Estado debe quedar

excluida de cualquier tipo de cargo público. No debemos olvidar que democracia y república son incompatibles con la Iglesia católica apostólica y romana, con el islamismo y con cualquier clase de fundamentalismo. La Constitución de México, con clara visión, dice: «Los ministros religiosos no podrán asociarse con fines políticos, ni realizar proselitismo a favor o en contra de un candidato, partido o asociación política alguna. Tampoco podrán en reunión pública, en actos de culto o de propaganda religiosa, ni en publicaciones de carácter religioso, oponerse a las leyes del país o a sus instituciones, ni agraviar de cualquier forma las instituciones o los símbolos patrios.» Con estas sabias disposiciones ni México se ha roto ni se ha hundido ni ha pasado nada y la Iglesia está en su sitio. Azaña dijo que España había dejado de ser católica, refiriéndose a que el Estado había dejado de serlo, quizás una afirmación prematura. Hoy se puede afirmar de forma rotunda que el pueblo español, en su mayoría, ha dejado de ser católico. Aunque cabría preguntarse si alguna vez lo fue, posiblemente porque nunca hemos tenido una religión originaria, una creencia nuestra, tanto el judaismo, como el cristianismo y el islamismo son religiones extranjeras y por tanto extrañas. Quizá nos hubiera sido muy útil un Enrique VIII o un Lutero.

Más visceral que racional

España no es una utopía ni algo ficticio, es algo real y tan positivo como el bienestar y el desarrollo intelectual, moral y económico de todos los españoles. Y esto, tan elemental, ha sido olvidado o soslayado por la mayoría de nuestros políticos. Fruto de un centralismo impuesto,

tanto por las monarquías como por el franquismo, asistimos al fracaso de la España unitaria: no tenemos un idioma común, ni una bandera indiscutible, ni un himno que todos cantemos. Seguimos siendo, como en los tiempos iberos, una sociedad atomizada en grupos tribales, incapaces de concebir la realidad de la nación como algo común y colectivo. En quinientos años ni siquiera hemos tenido una dinastía española, tanto los Austrias como los Borbones han sido casas extranjeras. «Esas razas degeneradas, que no tienen ni fe ni ley», como las definió Napoleón.

Seguimos sosteniendo que existen dos Españas que viven juntas, pero que chocan entre sí: una España anclada en el pasado y una España vital que lucha por entrar de lleno en la historia mundial. Y esto no tiene el menor sentido ni real ni histórico, aunque sí que lo tiene para los sectarios empeñados en que militemos en uno u otro bando. Mientras no seamos capaces de erradicar esa idea cainita, sin que nada ni nadie nos arrastre a un implícito o expreso «o conmigo o contra mí», sin que nada ni nadie nos obligue a militar en un bando condenando al otro, no nos encontraremos a gusto y no habrá patria española, sino un conjunto de fanáticos paletos con pretensiones. A ver si de una vez por todas nos percatamos de que somos una nación multicultural y de que vivimos en un mundo cada vez más interracial del que están desapareciendo las fronteras. Los regímenes políticos, como los organismos vivos, o evolucionan para adaptarse a las circunstancias, o mueren. ¿Podrá ser que algún día nos dejen en paz tanto los arcaicos y beatos españolistas como los insensatos separatistas?

Somos un país más visceral que racional, por eso nuestra historia se ha movido con los vaivenes del péndu-

lo. Así pasamos de considerar normal que las diferentes comunidades —religiosas, lingüísticas o políticas— convivan sin problemas a considerar que la coexistencia no sólo es desechable sino que es una aberración y es preciso expulsar, o incluso matar, al «diferente». No hemos conseguido consumar la mezcla de culturas y de etnias que conforman España; esto se había achacado a su abrupta geografía, pero hoy, sin apenas obstáculos físicos, la desunión está más en boga que nunca, por eso Eugenio de Nora escribe:

España, España, España.
Dos mil años de historia
no acabaron de hacerte.

Se dice que cuando dos judíos se reúnen fundan tres partidos políticos. Me parece que si son dos españoles crean cuatro partidos: uno a favor de cada uno y otro en contra del compañero. Debe ser por nuestra herencia semita. La realidad es que no hay más que pueblo, carecemos de una élite que espiritualice, que dé sentido a la vida, que conduzca, enseñe e ilumine. Porque, como decía Ramón J. Sender: «En España todo lo bueno, original y creador lo ha hecho y lo hace el pueblo, con armas o sin ellas.» Mientras que Manuel Azaña opinaba: «España no llega a ser una nación porque no hay pueblo, y no hay nación ni pueblo porque no hay Estado.»

Creo que uno de los más graves problemas que padecemos es la falta de identidad política, y esto es debido a que nunca hemos tenido una revolución triunfante que nos diera personalidad, que nos hiciera realmente independientes. La Iglesia católica es en gran parte la culpable de ello, porque siempre se ha empeñado en embrutecer al pueblo,

con el fin de que no pensara por su cuenta y no dejara de ser sumiso y resignarse; pues mientras menos sepa más fácil es de dominar. Como dice Gonzalo Puente Ojea: «La Iglesia y los totalitarismos saben por igual que la mejor policía y el baluarte de su poder es la ignorancia.»

Un personaje de la inteligente novela de Almudena Grandes *El corazón helado* comenta: «Este país está mal hecho y hay que volver a hacerlo entero, de arriba abajo», y más adelante añade: «Este país no ha hecho más que degenerar... no es un país civilizado. Aquí nunca pasa nada, y por eso vale todo, lo que sea.» Como desgraciadamente esto es cierto, es preciso oponer a las tradiciones y creencias antiguas la razón. Como dice muy bien Gonzalo Puente Ojea: «La razón está sujeta a error, pero es la única capaz de autoanalizarse, rectificarse o confirmarse en un proceso sin fin.» Y España necesita utilizar la razón para resolver los graves problemas que le aquejan. Siempre con respeto a las ideas de los demás y ofreciendo alternativas.

Existe algo superior al ciudadano y es el hombre mismo; y una dignidad superior a todas, la dignidad del hombre. El hombre es soberano, no recibe el mandato de ningún dios trascendente, por lo que establece su propia ley y delega su poder en las personas que elige. Necesitamos, por tanto, políticos inteligentes, próximos a la moral social de hoy, capaces de aprovechar el inmenso potencial de nuestra tierra y de atraer e ilusionar a nuestro pueblo. Y que se percaten de que la mayoría de los españoles ha pasado de proletarios a propietarios (casi las mismas letras, pero ¡vaya diferencia!), es decir, que se ha aburguesado, con todas sus consecuencias.

Frenofobia

Es indudable que la libertad no hace felices a los hombres, los hace simplemente hombres. Decía don Quijote: «La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre.» La auténtica libertad presupone la no dominación, es decir, tiene que existir un freno jurídico que impida la dominación de unos sobre otros, pero sin ser él mismo una fuerza de dominación. La libertad es la que hace que las masas lleguen a ser pueblo y que alcancen la cualidad superior de ciudadanos. Pero la libertad es también un servicio y una responsabilidad; se es libre para cumplir con el deber y se es libre porque se cumple con el deber. Por eso no se pueden permitir aquellas instituciones que pretendan privar a los hombres de inteligencia y voluntad para hacerles instrumentos ciegos de sus objetivos, pues sólo se consiguen fanáticos o hipócritas, cuando no asesinos. Pero la auténtica libertad no admite la diferencia de derechos y de obligaciones, aunque sí reconoce el derecho a la diferencia. Por otra parte, la libertad de expresión y de información debe tener, al menos, dos límites éticos: el primero es la veracidad y el segundo el respeto a las ideas ajenas.

«Gozamos» de una libertad utópica, en la que abundan los vetos, en especial sobre la monarquía y sobre la Iglesia. El primer requisito de libertad es la libertad de mente. Se ha extendido una enfermedad muy contagiosa llamada frenofobia, que es el miedo a pensar, y es una herencia de tantos años de represión como hemos sufrido. Algunos tratan de imponer el pensamiento único, «lo políticamente correcto», es decir, que unos pocos piensen

(naturalmente ellos)... mientras los demás pacen. Existen dos grandes caminos que conducen a la libertad: la cultura y la justicia, ¡marchemos por ambos!

No estamos en una auténtica democracia, ya que el Parlamento es ineficaz, puesto que no es representativo al imponerse las listas cerradas, no se argumenta ni se discute, se suceden uno tras otro los monólogos, y se vota por mandato, porque «los que se mueven no salen en la foto», ¡y son precisamente los mejores! El Senado, tal como funciona hoy, es inoperante y legislatura tras legislatura se demora su transformación en una cámara de representación territorial. Vegetamos en una partidocracia o en una cleptocracia, en la que se puede robar impunemente con la excusa de que se ha hecho «para financiar al partido», y de paso a uno mismo. De forma que el control que, teóricamente, el Parlamento debería ejercer sobre el gobierno es pura ficción, porque no se defienden los intereses de los electores sino los de los partidos o, más exactamente, las ambiciones de los políticos de turno.

Por si fuera poco, hoy contamos, desgraciadamente, con un jefe de Estado antidemocrático e ilegítimo, puesto que fue designado a dedo por el dictador. Un rey que no ha jurado la Constitución, que además es absolutamente irresponsable, ya que, por ley, «es inviolable y no está sujeto a responsabilidad». Cabe, por tanto, preguntarse: ¿entonces, para qué sirve, para darse buena vida él y toda su cada vez más numerosa familia?, ¿para dar «ejemplo» aceptando regalos costosos?, ¿para pagar sus viajes?, ¿para enriquecerse a nuestra costa?

Pero no sirve de nada lamentarse ni echar la culpa a este gobierno o a los anteriores, ni añorar gloriosos tiempos

pasados, ni repudiar épocas aciagas, sino aprender de los éxitos y, sobre todo, de los fracasos. No es posible cambiar el pasado, pero sí preparar el futuro con tesón y esfuerzo. Hay que comenzar de inmediato a trabajar en serio para transformar nuestra sociedad y actuar sobre la «salud» del Estado, que queda diagnosticada por tres factores fundamentales: la enseñanza, la justicia y la economía.

Enseñanza

Desde la Segunda República, ningún gobierno se ha volcado en resolver uno de los problemas más acuciantes e importantes de España: la enseñanza. Se ha desaprovechado y se sigue desaprovechando la bonanza económica para conseguir un nivel de instrucción adecuado. Hemos pasado del dogmatismo impuesto por la dictadura a la anarquía educativa, olvidándonos de la eficiente experiencia de la *Institución Libre de Enseñanza,* de la ingente labor pedagógica de la Segunda República y del ejemplo de otros países. Por ello, es imprescindible y urgente elaborar un plan de instrucción pública, que no pueda cambiarse arbitrariamente por cualquier ministro, como ha ocurrido con lamentable frecuencia, y que sea capaz de preparar a nuestros jóvenes para la vida, que desarrolle su razón, su inteligencia y su carácter. Que todos adquieran una formación humanística y científica básica que les permita entender el mundo en que vivimos.

La regeneración de la vida nacional sólo puede realizarse a largo plazo, a través de una escuela laica, obligatoria, pública, mixta e integral, que vaya transformando los vasallos en ciudadanos cultos, libres, responsables, capaces de razonar y pensar por su cuenta, sobre los que cons-

truir una auténtica democracia de progreso y bienestar. Decía acertadamente Azaña que «si a quien se le da el voto no se le da escuela, padece una estafa». Un pueblo culto no tiene necesidad de «conductores», y menos aún de «salvadores», se conduce y se salva solo participando de forma activa en la política. Y en esa regeneración deben colaborar no sólo los centros educativos sino todos los medios de comunicación apoyados y ejemplarizados por los políticos y por el Estado en pleno. Siguiendo con Azaña: «El Estado tiene que ser el impulsor, el creador, el director y el orientador de las reformas.»

La instrucción no es una obra de improvisación, sino de reflexión, de estudio y de seguimiento. Urge formar maestros, cambiar los métodos didácticos, destruir prejuicios, hablar y escribir bien y que la propaganda no sustituya al razonamiento. Hay que transformar al subdito en ciudadano, sin interferencias confesionales, inculcarle los valores éticos y cívicos, los deberes con uno mismo, el sentimiento de la propia dignidad, la honradez, la tolerancia, la rectitud, la cortesía, la convivencia pacífica y la compostura. Hay que formar ciudadanos, en igualdad de condiciones, sin discriminación alguna, con libertad de conciencia, que abominen de la mentira, de la injusticia y del abuso. Decía Azaña: «Antes de todo en la vida, incluso antes que el régimen político, es la libertad de juicio y la independencia de espíritu.» Porque hace más daño a la formación el miedo a la razón que la propia razón.

Se ha dejado en manos incompetentes la enseñanza, en especial en las de la Iglesia, que ha demostrado, hasta la saciedad, que no sabe formar, sólo sabe adoctrinar y además con escaso éxito. Por eso, no se puede consentir

que se entregue a la Iglesia la formación de nuestra juventud, porque la actuación sobre sus conciencias es la causante principal de los males que venimos sufriendo en España. Es una cuestión de salud pública. La escuela estatal está bajo mínimos por las concesiones a los intereses privados, que no estriban en enseñar, en formar, sino en obtener los mayores beneficios. Se han multiplicado las universidades, pero de ínfima calidad. Los planes de estudio son obsoletos y, con frecuencia, totalmente disparatados. Faltan escuelas, institutos, conservatorios, auténticas universidades, bibliotecas, laboratorios, centros de investigación, talleres. Se hace necesaria y urgente una reforma total de la enseñanza, de arriba abajo, desde la escuela a la universidad, desde los métodos a los contenidos, desde los maestros y profesores a los padres y los alumnos. Una reforma que entusiasme y comprometa a un profesorado que aspire a conquistar la dignidad y no los privilegios, que imponga como norma la exigencia, donde prime el mérito y el esfuerzo, que estimule el ansia de saber. Y que se exija un mínimo de disciplina, a los alumnos y a sus padres, pues sin ella no es posible enseñar.

Urge conseguir un verdadero culto a la verdad, a la sinceridad lúcida y honesta, a la transparencia en el empleo de los recursos, a la comprensión y la tolerancia para otras ideas, sean las que sean, erradicar la envidia, el odio, el formalismo y la intransigencia, adquirir una mente hospitalaria y solidaria, estudiar con serenidad y sin apasionamiento nuestra historia, cultivar nuestro rico idioma, el mayor tesoro de un pueblo, porque sin lenguaje no somos más que monos. En resumen: enseñar, enseñar, enseñar.

Mientras no se aborde este grave problema seguiremos siendo el furgón de cola de Europa. Y esto es vergonzoso. Todo hace pensar que los políticos sólo quieren resultados inmediatos, para «cortar la cinta» y ganar las próximas elecciones; por eso no se preocupan de conseguir una instrucción óptima pues sus resultados se recogerían a partir de los veinticinco o treinta años y eso no les interesa, porque ellos ya no estarán. Pero la realidad es que nos jugamos no sólo el futuro económico, porque la productividad depende de la formación y la riqueza económica de la investigación, sino también la paz social y hasta la democracia, pues ésta necesita una sociedad instruida que participe en las tareas del Estado. Sin cultura no puede haber democracia participativa. El Estado debe ser la única autoridad para conceder títulos; por consiguiente, todo aquel que efectúe sus estudios en un colegio o universidad privada tendrá que someterse a un riguroso examen, ante los tribunales designados por el Estado, en el que debe demostrar sus conocimientos y preparación.

Tanto las aportaciones que se efectúan a la Iglesia como las subvenciones a sus colegios concertados, así como a otras organizaciones e instituciones, son un caso claro de malversación de fondos públicos; sencillamente porque no se puede tolerar que se dé un dinero, que es de todos los españoles, a nadie ni para nada, sin controlar eficazmente a quién se da, por qué se da, cómo y para qué se utiliza y cuáles son los resultados obtenidos. ¡¿Cabe mayor negligencia del Estado que financiar a los colegios concertados y a las universidades privadas sin controlar rigurosamente los resultados?! Por si fuera poco, esas subvenciones se conceden para que la enseñanza sea gra-

tuita, pero los colegios siguen cobrando a los padres con subterfugios fraudulentos.

Si los ciudadanos desean que sus hijos reciban adoctrinamiento de cualquier religión, están en su derecho, pero a su costa y dentro de sus correspondientes recintos, y, desde luego, bajo control del Estado; no se puede permitir que se impartan doctrinas agresivas, intolerantes, xenófobas y discriminatorias. Y que no aduzcan el derecho de los padres a educar a sus hijos en un determinado credo, porque por encima del derecho de los padres está el derecho de los hijos a poder optar entre las propuestas religiosas o no religiosas que se les ofrezcan. Para ello la escuela les ha de presentar, sin proselitismo, las diferentes posibilidades que existen. No se puede enseñar algo basándose en el temor y en la mentira, sino en la libertad, en la demostración y en el ejemplo. El miedo es la fuente de donde emana la sumisión y no queremos vasallos, sino ciudadanos libres. Es preciso considerar que la ética es de todos y para todos, mientras que la religión es de algunos, cada vez de menos.

Esto no se debe considerar, m se puede realizar, como un enfrentamiento, sino desde la cooperación entre todos para convivir democráticamente y construir una sociedad más justa. La enseñanza laica no va contra ninguna religión o creencia, trata de formar a los ciudadanos en los valores éticos universales y capacitarles para que, libremente y con conocimiento de causa, adopten las creencias o no creencias que consideren más convincentes. No se pretende fomentar un anticlencalismo a ultranza, aunque se lo tendrían bien merecido, pero sí de arreglar la situación de una vez por todas. En contra de la opinión de la Conferencia Episcopal, no existe cristofobia, porque en mayor o menor medida se respeta a Cristo. Lo que sí existe, y cada vez con más difusión, es lo que podríamos

llamar episcofobia, porque los obispos españoles, salvo raras excepciones, son impresentables.

No se puede tolerar el cinismo del papa Benedicto XVI, quien, en su último viaje a Francia, de forma sibilina y retorcida ha defendido el «laicismo tolerante», el «laicismo positivo» y hablado de «la tiranía del relativismo». El laicismo es tolerante por esencia, no existe el laicismo intolerante, la intolerancia pertenece a la Iglesia (aunque no en exclusiva), como demuestra la historia, *¿o* es preciso recordársela? Además, el laicismo siempre es positivo, porque significa independencia de los grupos religiosos y libertad de conciencia. No se pueden poner «apellidos» al laicismo, recuerda los calificativos que se añaden a la palabra democracia en las tiranías, como «democracia orgánica» o «democracia popular». Y el relativismo rechaza cualquier imposición dogmática, convierte al hombre en libre al evitarle la sumisión a verdades fijas e inmutables y defiende el valor de la razón y del diálogo, es decir, todo lo contrario de una tiranía.

La universidad debe ser uno de los principales motores de progreso, debe producir ciencia y dejar de ser una oficina donde se va a «cubrir el expediente» mientras la actividad principal es otra. En la universidad o se crea arte o se hace investigación o se hace ciencia o se hace cultura, no hay otras metas, ni otros cometidos. En nuestro país sólo se ha dado ciencia de forma personal, nunca como una acción social y continuada. Las matemáticas y la filosofía son la clave de la cultura europea, pero nunca hemos destacado en ninguno de los dos campos, y eso no es por incapacidad genética, sino consecuencia de una lamentable enseñanza. La ciencia, la búsqueda de la verdad, no puede prosperar sino bajo un sistema legal de libertad, sin dogmatismos de ningún tipo, de ahí nuestro retraso. En España disfrutamos

de excelentes médicos, gracias a una larga y muy selectiva carrera con rigurosas experiencias; como resultado nuestros doctores están entre los primeros del mundo, ¿por qué no se implanta en otras carreras algo equivalente?

Justicia

Un país sin justicia no es un país, así de rotundo. Decía Cervantes: «Es tan buena la justicia, que es necesaria que se use aun entre los mismos ladrones.» Por desgracia, la justicia en España es tan lenta, ineficaz, incompetente y, con frecuencia, disparatada que es como si no existiera; el caso es que nadie confía en ella, ni siquiera convence a los que absuelve o da la razón. La justicia está mediatizada y altamente politizada; el bochornoso espectáculo que se ha dado en la elección del Consejo Superior del Poder Judicial es indicativo de su degeneración, y lo malo es que se repetirá el desatino en futuras elecciones. Además, raro es el mes en que no podamos leer sentencias absurdas, disparatadas, bochornosas y fuera del más elemental sentido común, o asistimos, atónitos, a extravagantes o perezosas actuaciones de algunos jueces, quedando todo ello en la más absoluta impunidad o con sanciones ridiculas.

Los orígenes de esta situación son remotos, agravados durante el franquismo, y se debe a la escandalosa politización de la judicatura, a la carencia de una adecuada formación de los jueces, a la falta de igualdad de los ciudadanos ante la ley y a la escasez de medios. ¿Qué se puede esperar de unos jueces que deben su nombramiento a sus vínculos con los partidos ? No se puede comprender que un juez dé testimonio de sus creencias religiosas o políticas y menos aún que milite en algún partido o cofradía. En su vida pri-

vada podrá creer o no creer y votar o no votar a quien desee, pero públicamente debe ser apolítico, equitativo, objetivo y neutral. Y mucho menos se puede permitir que acepte invitaciones y regalos, como ha ocurrido y está ocurriendo. Un juez no puede dictar resolución en razón de su ideología o creencias personales, sino de acuerdo estrictamente a la ley, pues actuaría contra el estado de derecho. El mero hecho de demostrar sus ideas y preferencias le incapacita para juzgar. Si no somos capaces de conciliar justicia con independencia y con libertad, el fracaso está garantizado.

Por eso es imprescindible que la justicia, sobre todo sus órganos directivos, sea totalmente independiente del poder político o religioso. Hay que erradicar ese bochornoso espectáculo que están dando los partidos intrigando para nombrar a «uno de los suyos» en el Consejo Superior del Poder Judicial, en el Tribunal Constitucional o en el Supremo, e incluso en la Audiencia Nacional; porque entre otras cosas indica que ninguno de los partidos se fía de la actual justicia. Esos cargos deben elegirse de otra forma y en función, exclusivamente, de sus méritos y conocimientos personales y de su probada independencia.

Actualmente la selección de los jueces se efectúa mediante una oposición en la que prima el conocimiento de las leyes. Pero eso no es suficiente, porque con ese sistema sólo demuestran su excelente memoria. Es indudable que no todas las personas están capacitadas para ser jueces, por tanto los candidatos deben someterse a una serie de exámenes psicológicos que demuestren su capacidad de juzgamiento. Por otra parte la formación de los jueces ha de ser especialmente rigurosa, completa y permanente, con un largo periodo de prácticas. ¿Acaso nos ponemos en manos de un médico sin formación y sin experiencia? Es evidente que no; pues un juez puede causar

tanto daño o más. No debe desdeñarse, sin estudiar su aplicación, el sistema anglosajón, en el que los jueces sólo juzgan, las investigaciones las efectúan los fiscales y la policía.

Es esencial la igualdad de todos ante la ley. ¿Cómo se puede tener respeto a la justicia y a sus fallos cuando se divulgan sentencias que justifican el calificativo de «fallos»? Son demasiados los casos en que se dictan sentencias en las que salen absueltos algunos, o con penas mínimas, por el mero hecho de ser «famosos». Es incomprensible que un ladrón o un malversador de fondos no devuelva absolutamente todo lo que ha sustraído, con intereses, y que poco después, tras una corta condena y «por su buen comportamiento», salga de la cárcel para disfrutar de los bienes fraudulentamente conseguidos. Los poderosos, con la colaboración de eminentes y caros bufetes de abogados, consiguen prorrogar los juicios hasta que el delito prescriba o que nunca se llegue a dictar sentencia.

A propósito, ¿cómo es posible que un delito prescriba?, se puede comprender en un caso leve, pero en un asesinato, un robo o una violación es totalmente inadmisible. Porque prescribir es extinguir, desaparecer, y el mal causado no ha desaparecido en absoluto. ¿Cómo se puede permitir que no se dicten sentencias en un tiempo razonable? Además, ¿cómo no se castiga ejemplarmente el perjurio, la mentira y la difamación?, ¿cómo es posible que a un asesino le condenen a miles de años y al cabo de una docena de éstos salga a la calle?, ¿cuál está mal, la condena, el indulto o ambos?

También es necesaria una actualización de las leyes, algunas un tanto obsoletas, y una aportación de los medios materiales necesarios. Es urgente conseguir la confianza en la justicia. El verdadero honor de los jueces es

cumplir con su deber, que no reside sólo en procurar tomar la decisión correcta, sino en asumir las consecuencias de la incorrecta.

Economía

Una economía independiente es poco menos que imposible hoy día, la mal llamada y peor entendida globalización lo impide. La crisis mundial que produjeron las subidas del barril de petróleo en 1973 y 1979 proporcionó las bases para que Ronald Reagan en EE.UU. y Margaret Thatcher (de soltera Margaret Hilda Roberts) en el Reino Unido, con la entusiasta colaboración de Karol Wojtyla (el papa Juan Pablo II), movidos por un irreflexivo odio al socialismo y apoyándose en las teorías de Milton Friedman, se lanzaran a modificar las bases del mundo económico. Sus ideas provocaron una verdadera revolución elitista y reaccionaria, conocida como neoconservadora o neoliberal (abreviado en neocon), que propugna el desmantelamiento del estado de bienestar (alcanzado por el socialismo) y eliminar la redistribución de la riqueza y la solidaridad social. Su lema era: «Menos Estado y más mercado.»

Para ello tomaron las siguientes medidas: reducir al mínimo la estructura y los gastos del Estado (en especial los gastos sociales), anular los sindicatos, dejar caer el salario mínimo por debajo de la inflación, abaratar el despido o hacerlo libre, privatizar la enseñanza, la sanidad y los servicios públicos; es decir, que no apareciera por ningún lado la famosa «mano invisible» que todo lo arregla. Y en la que algunos siguen creyendo. Se pretendía eliminar todas las conquistas sociales, conseguidas tras tantos años de lucha, e imponer un nuevo dios: el omnipotente

y sacrosanto mercado libre, capaz, por sí sólo, de resolver cuantos problemas y circunstancias se presenten. Eran ideas de la economía clásica que tienden a creer que la política monetaria (el llamado monetarismo) es lo único que hace falta. Su implantación se vio favorecida por la caída del Telón de Acero (1989) y la descomposición de la Unión Soviética (1991), pues supuso la eliminación de la «amenaza comunista», que tanto les preocupaba, y les dejaba vía libre para actuar.

Al desaparecer el comunismo y el miedo al mismo, sólo han conseguido un mundo deshumanizado en el que ha imperado la ambición y donde las multinacionales, algunas con más presupuesto que muchos Estados, imponen a los gobiernos las políticas que les favorecen y tienen poder para rechazar las que les perjudican. Actúan de forma que, cuando no están conformes con la política económica de un país, obligan a invadirlo militarmente (si tiene interés económico) o a abandonarlo dejándolo en la miseria; incluso han conseguido derrocar o asesinar a quienes les hace frente e implantar una dictadura, como ha ocurrido tantas veces y sigue ocurriendo, incluso en países «amigos».

Pero eso no les parecía suficiente, había que ganar más y en menos tiempo; la desmedida ambición de los gestores financieros les llevó a crear la «burbuja» tecnológica (como toda burbuja, sin nada dentro), que fracasó rotundamente a finales de los años noventa. Pero pronto la reemplazaron por una «burbuja» financiera e inmobiliaria sobre la base de dar créditos sin garantías de ningún tipo. Durante los años de bonanza económica esta política creó una sensación de riqueza que engañó a muchos, mientras sus promotores adquirían ingentes fortunas. La economía mundial, sobre todo en los últimos treinta años, ha vivido a crédito; empezando por el Estado (sobre todo EE.UU.

para financiar sus guerras) y siguiendo por las empresas y los particulares, unos y otros se han endeudado muy por encima de sus posibilidades. Se ha consumido muchos más de lo que se ha producido y se ha despreciado la ética puritana de que el trabajo duro y el ahorro es la única forma real y efectiva de actuar y de vivir.

La situación se hizo insostenible y, como buena burbuja, ha reventado produciéndose una crisis, de dimensiones incalculables, que ha decretado el fin de la banca de inversión y ha demostrado, como creía John Maynard Keynes, que el mercado no resuelve nada, pues es totalmente ineficaz, que el capitalismo financiero oculta errores de suma gravedad y que es incapaz de controlar una codicia irracional e irresponsable, para la que la tierra, la atmósfera, las aguas y hasta los hombres son meras mercancías de las que se prescinde cuando ya no se les puede esquilmar más. La ideología neocon y el capitalismo han fracasado rotundamente y sin paliativos.

Es indudable que, a lo largo de la historia, no se ha conseguido nunca el progreso y bienestar de los pueblos sin esclavitud, ni se ha logrado un crecimiento armónico en condiciones de sostenibilidad humana, social, ética y medioambiental. El 15 por ciento de la humanidad, los llamados países ricos, han vivido bien a costa del 85 por ciento restante, que vive en la miseria. Pero también existe esclavitud, más o menos solapada, en los países ricos, donde hemos vuelto al feudalismo, a un feudo-capitalismo aún más despiadado, en el que todo trabajador es un vasallo de los poderosos. Esta es la realidad que hay que sacar a la luz para combatirla, porque el hombre debe estar por encima de cualquier otro valor, lo que hoy no se tiene en cuenta. Prueba de ello es la alarmante noticia de que la Comunidad Europea ha propuesto que sea legal

trabajar ¡¡60 o 65 horas semanales!! Es decir, de doce a trece horas diarias, lo que supone una auténtica esclavitud y que el trabajador no tenga tiempo para leer, asistir a un teatro o un museo, y ni siquiera para dedicarse a su familia. Ante este atropello a la dignidad humana, no se han alzado con rotundidad ni los sindicatos ni los obispos (tan celosos de la familia), ni nadie. ¿A tal extremo ha llegado nuestra desidia y claudicación... o nuestro miedo? Menos mal que el Parlamento la ha rechazado, pero no deja de ser alarmante que haya tenido que ser debatida y votada.

Con el capitalismo, las crisis se han sucedido regularmente, lo que hace sospechar que son fomentadas con el fin de eliminar o absorber a los competidores y quedarse con los medios de producción, de financiación o de información, y así poder conseguir el ansiado monopolio y los máximos beneficios. Está suficientemente comprobado que el libre mercado en ningún caso ha aportado mayores dividendos económicos, ni ha conseguido el despegue económico de un país; sin embargo, sí que ha contribuido a incrementar de forma dramática las desigualdades económicas de la población. Los mercados financieros tienden a desestabilizarse a sí mismos, porque no reflejan las bases económicas reales, pues quedan distorsionadas por los agentes y por los inversores, dando lugar, de forma endémica, a la creación de las burbujas y otros trucos de «ingeniería financiera» (?).

Ahora bien, esos mismos que han erigido al libre mercado en juez supremo, cuando las cosas van mal, son los primeros en exigir la intervención del Estado. Tanto economistas como políticos no han visto otra solución. Es decir, las ganancias y plusvalías para ellos, las pérdidas y minusva-

lías para el Estado. La Reserva Federal de EE.UU. y los bancos centrales han salido en defensa de las empresas en peligro con el fin de evitar su bancarrota y que se reproduzcan en cadena, causando pánico con sus terribles consecuencias, como en 1929. Pero las medidas adoptadas no han hecho reaccionar las Bolsas. Porque está claro que la economía real y el verdadero dinero no son capaces de cubrir, ni de lejos, los agujeros producidos en la economía; ha quedado al descubierto la impotencia de los gobiernos para encarar la crisis y estamos cayendo en una grave recesión.

Cabe preguntarse ¿qué método se seguirá para intervenir las empresas en peligro?, ¿se ha evaluado el impacto que tendrá esa medida en la economía mundial?, ¿la Reserva Federal y los bancos centrales pueden soportar semejante desembolso?, ¿qué contrapartidas se prevén con la intervención?, ¿entrarán los gobiernos en el consejo de las entidades intervenidas?, ¿supone nacionalizar esas empresas, aunque sea temporalmente?, ¿esa ingente cantidad de dinero que tiene que aportar el Estado resolverá la situación o agravará el problema?, ¿se obtendrán beneficios con el dinero invertido?, ¿se conoce la verdadera amplitud y profundidad de la crisis?, ¿se va a exigir un control de las normas bancarias?, ¿se empleará el dinero público exclusivamente en inyectar liquidez al sistema y conceder créditos?, ¿no se aprovecharán algunos para sanear sus cuentas?, ¿no supone un nuevo e inmenso endeudamiento de los Estados, lo que les obligará a conseguir dinero de los países emergentes, los cuales se podrían apropiar de los restos del sistema financiero? Se pueden efectuar muchas preguntas sin poder obtener respuestas convincentes y claras.

Las soluciones propuestas no son otra cosa que la socialización de las entidades con problemas, porque se ha comprobado que las ideas neocon y capitalistas han fra-

casado y hay que recurrir a métodos socialistas para solucionar los problemas que han ocasionado esos sinvergüenzas. Esto supone el suicidio del credo del libre mercado y nada menos que el fin del liderazgo de EE.UU. El binomio guerra-deuda ha hundido siempre a los imperios y esta crisis, además de económica y financiera, está creando una radical transformación del equilibrio de poder en el mundo. A partir de ahora Estados Unidos tendrá que compartir liderazgo con China, Japón, India, Brasil, Rusia y Europa, si ésta es capaz de actuar con una sola voz.

Es patente la injusticia que supone tener que salvar empresas privadas con dinero público, cuando es evidente que consiguieron enormes beneficios; lo justo es que hagan frente a su situación con todos sus recursos, incluidos los de sus dirigentes. Los bancos centrales, sometidos a la ideología neocon, han sido cómplices de la situación, cuando no parte interesada, y han favorecido a los bancos, propiedad de los ricos, mientras predicaban austeridad y contención salarial. Los Estados y el Fondo Monetario Internacional también han sido sus causantes por acción y omisión. Es evidente que todo esto no es otra cosa que el blanqueo de una colosal estafa, aunque lo adornen de otra forma.

Crisis

Nadie sabe hasta dónde llegará la crisis total, porque la crisis financiera ya está produciendo una crisis estructural, la economía real, y se aprecian los primeros síntomas de crisis social. Ya estamos comenzando una recesión grave, profunda y dilatada, pues el ciudadano o la empre-

sa, verdaderos consumidores, al no disponer de dinero y desconfiar, no pueden ser la locomotora que tire de la economía, por eso los gobiernos deben estimular la demanda. La situación es tremendamente grave y exige profundas reformas. El mercado debe estar sometido a una serie de controles estatales que protejan a los trabajadores, a los consumidores y a los empresarios honrados, que los hay aunque sean pocos. Reformar el mercado hipotecario con el fin de que las hipotecas no valgan más que las casas y para ayudar a las familias endeudadas. Prohibición internacional de todo tipo de negocio meramente especulativo. Eliminación del anonimato en las transacciones. Transparencia en los mercados. Control de la liquidez de los actores financieros y de la situación económico-financiera de las empresas. Limitación de los riesgos. Establecimiento de un ratio entre deuda y capital. Erradicación de los paraísos fiscales y de los contratos blindados, donde la corrupción y la incompetencia reciben protección. Y, por supuesto, responsabilidad de los gestores financieros que han llevado a esta situación. Aunque me temo que todo cambie para que todo siga igual, como siempre ha ocurrido.

Es indudable que de forma equivalente a la que hoy permite juzgar los genocidios y los crímenes contra la humanidad, se debe poder juzgar a los causantes de estas crisis financieras, a los que atentan contra el bienestar social, a los que destruyen el medio ambiente y a los que no garantizan las libertades civiles. Porque el colmo del sarcasmo es que mientras los responsables de la catástrofe siguen en sus puestos o son cesados con indemnizaciones multimillonarias, cientos de miles de trabajadores se van al paro y se tienen que arreglar como puedan. Y esto no es demagogia, es lo que realmente está pasando.

Sin embargo, no conviene ser dogmáticos, ni los mercados nunca pueden arreglar las cosas, ni siempre lo hacen y son lo único que funciona. Es preciso convencerse de que los mercados funcionan mal y necesitan la intervención estatal, y que en determinados casos, en especial en los servicios públicos (enseñanza, sanidad, agua, ferrocarriles, energía eléctrica, etc.), ofrecen abrumadoras pruebas en contra de su privatización.

El gobierno tiene que elaborar y dirigir un extenso plan de estímulo al desarrollo de energías limpias (solar, eólica, etc.) y de construcción de importantes infraestructuras ecológicas. El gasto público es el principal instrumento para combatir la crisis y suavizar la recesión, en esta grave situación no hay que temer al déficit, es preciso reducir el gasto corriente e incrementar las inversiones, sobre todo en infraestructuras, enseñanza e investigación. Se tiene que auxiliar a la economía real, evitando su desplome. Hay que ayudar a los gobiernos autónomos y a los ayuntamientos para que inviertan en servicios públicos. Hay que bajar los tipos de interés y reestructurar los préstamos para ayudar a las familias.

A pesar de lo interdependiente que es hoy la economía, los gobiernos pueden paliar y mucho las circunstancias adversas, empezando por una distribución equitativa de la riqueza. Es un tanto significativo que en el regresivo IRPF actual, el 80 por ciento corresponde a las rentas salariales, mientras los salarios suponen el 50 por ciento de la renta nacional, es decir, que soportan una presión fiscal cuatro veces superior. El peso de los salarios en el conjunto de las rentas lleva cayendo mundialmente de forma constante desde hace más de veinte años. Para un reparto equitativo de la riqueza, e incluso por justicia, los impuestos directos tienen que ser progresivos: quien más tie-

ne y más gana más cotiza. Y los impuestos indirectos se deben reducir al mínimo posible, con el fin de que las rentas bajas no paguen en proporción más de lo que les corresponde. Vemos con preocupación cómo los grandes patrimonios, producto las más veces de despojos y estafas, se pueden heredar sin impuestos. Cómo los poderosos emplean toda clase de medios para defraudar a Hacienda. Es preciso perseguir el fraude fiscal y los paraísos fiscales, sin excepciones de ninguna clase.

Es un tanto clarificador comprobar que los gobiernos y los bancos centrales han salido con rapidez, unanimidad y «generosidad» a salvar el sistema financiero, mientras muestran una incapacidad y vergonzosa indiferencia para erradicar la pobreza, combatir la degradación ambiental o proteger la enseñanza y la sanidad públicas.

Los políticos deben ser los primeros en predicar austeridad y honradez con su ejemplo. Uno de los factores clave de una democracia es la transparencia, tanto en los presupuestos como en las inversiones y gastos. El ciudadano tiene pleno derecho a saber dónde, cómo, por qué y para qué se emplea el dinero de los impuestos que paga. Esto evitaría no poca corrupción y malversación de fondos públicos.

La verdadera creación de riqueza se da cuando es posible competir mundialmente con productos, en calidad y en precio, mediante tecnología propia y diseños avanzados. Y eso sólo es posible lograrlo con investigación y con una perfecta formación de los trabajadores. La falsa riqueza, cuyos resultados estamos sufriendo, es la que se basa en la especulación, en el «pelotazo», en las burbujas, en las influencias, en las recalificaciones de suelo y tantos otros fraudes como hemos visto, que tienen la desfachatez de llamar «ingeniería financiera».

Seguimos sin resolver el problema agrario. Miles de hectáreas son improductivas o se dedican sólo a la caza, donde pueden ejercer sus habilidades cuatro privilegiados, y en las que se podrían asentar y trabajar miles de campesinos. No se hace nada para combatir el avance constante de la desertización. Se despilfarra la escasa agua de que disponemos, por falta de una política racional de regadíos y de aprovechamiento de los recursos hídricos. Nunca se ha hecho y se sigue sin efectuar una planificada y racional repoblación forestal con árboles autóctonos. La especulación del suelo y los planes urbanísticos disparatados han encarecido de forma escandalosa las viviendas y están destruyendo el país; gran parte de nuestras costas han sufrido un daño irremediable y se cierne ahora la amenaza sobre nuestros más bellos parajes. Y la emisión de gases y otros productos contaminantes no sólo no disminuyen sino que aumentan constantemente y poco debe faltar para que el deterioro medioambiental sea irreversible.

Patriotismo

El auténtico patriota no es el que besa con fervor la bandera, se emociona al paso de las tropas o enronquece gritando ¡viva o arriba España! El verdadero patriota es el que, en su terreno, se esfuerza por perfeccionarse, el que trata de hacer cada vez mejor su trabajo, el que crea riqueza. Pero no sólo riqueza económica, muy necesaria, sino también riqueza intelectual y cultural, creando arte, investigando o desarrollando las mentes de los ciudadanos y la suya propia, de ahí la importancia extrema de los artistas, de los maestros y de los científicos. Y, por des-

contado, también creando riqueza ética, mediante el ejemplo e inculcando los principios morales en todos los ámbitos. Todos podemos actuar en uno o varios campos, la enseñanza, la ética, el arte, la salud, la economía, la investigación, etc., pero el político tiene la obligación de trabajar y esforzarse en mejorar todos ellos.

El fanatismo, dolencia muy arraigada, es la superstición (religiosa o patriótica) en acción que pretende convertir las leyendas en verdades científicas. El «patriotismo» se ha transformado en un reducto donde se esconden los incompetentes, cuando no los canallas, que tratan de ocultar su incapacidad con sangre y con gestos ridículos. Federico García Lorca nos aconsejó: «Desconfiad del patriotismo como sentimiento que tiene por espíritu a un trapo de colores y por voz una corneta desafinada. Detrás de toda madre patria hay unos tipos tiesos y campanudos tratando de hacer besar a los jóvenes una cruz infame formada por la bandera y una espada; es decir, la cruz de las tinieblas y de la fuerza.»

¿Cuántas mentiras nos han hecho creer? Y la falsedad es una muestra palpable de debilidad. Sorprende comprobar que existen muchos convencidos de que las cosas ocurrieron como nos han contado. Y no fueron así, intereses económicos, políticos, religiosos, militares o simples ambiciones estaban ocultos tras frases rimbombantes —como «la paz mundial», «el interés general», «la defensa de la patria»— con el fin de ocultar o pervertir, cuando no erradicar, la realidad; sobre todo por parte de la Iglesia, con su obsesión por el poder, su insaciable codicia y su intolerancia. Se miente diciendo que somos la octava potencia industrial del mundo, cuando es absolutamente falso, nuestro puesto queda entre el duodécimo y el decimoquinto, los demás son fantasías. Son de tal envergadu-

ra y tantas las mentiras que nos han soltado, y siguen sosteniendo algunos, que sólo cabe sacar las propias conclusiones en libertad sin prejuicios y teniendo en cuenta las pruebas exclusivamente. ¿Seremos capaces, algún día, de analizar y asumir, sin apasionamientos partidistas o de conveniencia, nuestra historia?

Debemos recuperar nuestra personalidad, luchar incansablemente por lograr la perfección y marcarnos un propósito común, que no puede ser otro que los valores republicanos de Libertad, Igualdad, Solidaridad, Laicismo, Honradez, Austeridad, Transparencia, Responsabilidad, Pacifismo, Racionalidad, el derecho a la Diferencia, pero no la diferencia de derechos y obligaciones. El poder de la Tercera República, que no tardará en llegar, debe fundamentarse en la enseñanza, en la justicia, en el trabajo eficiente y honrado, en no permitir que se pierda una sola inteligencia, en dar mayor valor a la adquisición de un sabio o de un artista que a cualquier otra riqueza y en rechazar el amiguis-mo y la incompetencia. Pretender inculcar en el pueblo español el orgullo nacionalista es perder el tiempo; el español luchará antes por una idea que por España, por la sencilla razón de que está harto de ver cómo bajo la capa (o el palio) de un patriotismo de verborrea y de emblemas sólo existe la ambición de unos cuantos. Decía Antonio Machado: «Mientras unos hacen la patria, otros se la comen.»

«A pesar de los pesares», España ha cambiado profundamente y sigue haciéndolo, hemos pasado un «invierno», que ha durado siglos, en el que lo típico y lo tópico se confundían, dando una vergonzosa imagen de atraso, de olor a incienso y a sangre de toro. Pero hoy los españoles nos vamos sacudiendo el pelo de la dehesa y marchamos, pues, como decía Antonio Machado:

Al andar se hace camino, y
al volver la vista atrás se ve
la senda que nunca se ha de
volver a pisar. Caminante no
hay camino, sino estelas en
la mar.

Y eso hay que hacer: hacer camino al andar. Pero ¡ojalá nunca volvamos a pisar las sendas del pasado! Pero no a olvidarlas, porque los pueblos que no asumen su historia se autodestruyen. Las dictaduras, políticas o religiosas, imponen el olvido al pasado, tratan de anular la memoria, para que perdamos la personalidad con el fin de conseguir el dominio absoluto y lograr el pensamiento único. Por eso es importante el pasado, pero de lo que hagamos hoy dependerá el futuro.

En una revista comunista italiana se decía algo que podemos aplicar a nuestro caso: «Instruyámonos, porque tendremos necesidad de toda nuestra inteligencia. Movilicémonos, porque tendremos necesidad de todo nuestro entusiasmo. Organicémonos, porque tendremos necesidad de toda nuestra fuerza.»

¡Ojalá lo hagamos así, para bien de todos los españoles!

*Vale**

*"' *Vale* es un saludo latino de despedida que quiere decir: «consérvate sano», acepción bien diferente de la que hoy tiene.

ANEXOS

1

Declaración de los Derechos Humanos

Declaración de los derechos del hombre y deberes del ciudadano

Artículo 1.°: Todos los hombres nacen libres e iguales en derechos, las distinciones sociales sólo pueden fundarse en la utilidad común.

Artículo 2.°: El objeto de toda sociedad política es la conservación de los derechos naturales e ineludibles del hombre, como son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la tiranía.

Artículo 3.°: La soberanía reside esencialmente en la nación. Ningún individuo ni corporación puede ejercitar autoridad que no emane expresamente de ella.

Artículo 4.°: La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no daña a otro; por tanto, el ejercicio de los derechos naturales del hombre no tiene otros límites que aquellos que aseguran a los demás miembros de la sociedad el goce de los mismos derechos. Estos límites sólo pueden ser determinados por la ley.

Artículo 5.°: La ley tiene el derecho de prohibir las acciones nocivas a la sociedad. Se puede realizar todo lo que no está vedado por la ley y nadie puede ser obligado a ejecutar lo que ella no exige.

Artículo 6.°: La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen el derecho de concurrir a su formación personalmente o por medio de representantes. Todos los ciudadanos son iguales ante la ley, tanto la que proteja como la que castigue. Todos los ciudadanos pueden acceder a cualquier dignidad, cargo y empleo público, según su capacidad, sin otra distinción que la de su virtud o su talento.

Artículo 7.°: Ningún hombre puede ser acusado, arrestado, ni detenido sino en los casos determinados en la ley y con las formalidades prescritas por ella. Aquellos que expidan o hagan ejecutar órdenes arbitrarias deben ser castigados; lo que no es óbice para que todo ciudadano llamado o arrestado por la ley deba obedecer al instante, y si se resiste se hace culpable.

Artículo 8.°: La ley no debe establecer más penas que las estricta y evidentemente necesarias, y nadie puede ser castigado sino en virtud de una ley establecida anteriormente al delito y legalmente aplicada.

Artículo 9.°: Todo hombre se presume inocente mientras no sea declarado culpable, si se juzga indispensable arrestarlo, todo rigor innecesario para apoderarse de su persona debe ser severamente reprimido por la ley.

Artículo 10.°: Nadie debe ser molestado por sus opiniones, aunque sean religiosas, con tal que su manifestación no turbe el orden público establecido por la ley.

Artículo 11.°: La libre comunicación de las opiniones y de las creencias es un derecho de los más preciosos del hombre; todo ciudadano puede, por tanto, hablar, escribir

e imprimir libremente, salvo la responsabilidad por el abuso de esta libertad en los casos determinados por la ley.

Artículo 12.°: La garantía de los derechos del hombre y del ciudadano necesita una fuerza pública; esta fuerza es, por tanto, instituida en beneficio de todos y no para utilidad particular de aquellos a quienes es confiada.

Artículo 13.°: Para el mantenimiento de la fuerza y para los gastos de administración es indispensable una contribución común, que debe ser repartida entre todos los ciudadanos en razón de sus medios.

Artículo 14.°: Todos los ciudadanos tienen el derecho de comprobar, por sí mismos o mediante sus representantes, la necesidad de contribución pública, de consentirla libremente, seguir su empleo y determinar la cualidad, la cuota, el método de cobro y la duración.

Artículo 15.°: La sociedad tiene derecho a pedir cuenta de su administración a todos los empleados públicos.

Artículo 16.°: La Constitución debe garantizar los derechos y deberes del ciudadano, así como fijar la separación de poderes.

Artículo 17.°: Siendo la propiedad un derecho inviolable y sagrado, nadie puede ser privado de ella sino cuando la necesidad pública, legalmente justificada, lo exija y a condición de una justa y previa indemnización.

Constitución de la Segunda República

Disposiciones generales

1.° España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia. Los poderes de todos sus órganos emanan del pueblo. La República constituye un Estado integral, compatible con la autonomía de los Municipios y las Regiones. La bandera de la República española es roja, amarilla y morada.

2.° Todos los españoles son iguales ante la ley

3.° El Estado español no tiene religión oficial.

4.° El castellano es el idioma oficial de la República. Todo español tiene obligación de saberlo y derecho de usarlo, sin perjuicio de los derechos que las leyes del Estado reconozcan a las lenguas de las provincias o regiones. Salvo lo que se disponga en leyes especiales, a nadie se le puede exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional.

5.° La capitalidad de la República se fija en Madrid.

6.° España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional.

7° El Estado español acatará las normas universales de Derecho Internacional, incorporándolas a su derecho positivo.

Es difícil en tan pocas palabras decir tantas cosas fundamentales.

Consignas de Joseph Goebbels

Arremeter contra el gobierno o los adversarios políticos apoyándose en los siguientes principios de propaganda:

1. Principio de simplificación y del enemigo único. Adoptar una única idea, un único símbolo. Individualizar
   al adversario en un único enemigo.
2. Principio del método de contagio. Reunir diversos adversarios en una sola categoría o individuo. Los adver
   sarios han de constituirse en suma individualizada.
3. Principio de transposición. Cargar sobre el adver sario los propios errores o defectos, respondiendo al ata
   que con el ataque. Si no se pueden negar las malas noti
   cias, hay que inventar otras que las distraigan.
4. Principio de exageración y desfiguración. Conver tir cualquier anécdota, por pequeña que sea, en amenaza
   grave.
5. Principio de vulgarización. Toda propaganda debe ser popular, adaptando su nivel al menos inteligente de

los individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a *realizar*. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa; además tienen gran facilidad para olvidar.

6. Principio de orquestación. La propaganda debe limitarse a un número pequeño de ideas y repetirlas incansablemente, presentarlas una y otra vez desde diferentes perspectivas, pero siempre convergiendo sobre el mismo concepto; sin fisuras ni dudas. Hay que tener presente que si una mentira se repite suficientemente acaba por convertirse en verdad.
7. Principio de renovación. Hay que emitir constantemente informaciones y argumentos nuevos a un ritmo tal que, cuando el adversario responda, el público esté ya interesado en otra cosa. Las respuestas del adversario nunca han de poder contrarrestar el nivel creciente de acusaciones.
8. Principio de verosimilitud. Construir argumentos a partir de fuentes diversas, a través de los llamados «globos sondas» o de informaciones fragmentarias.
9. Principio de silenciación. Acallar las cuestiones sobre las que no se tienen argumentos y disimular las noticias que favorecen al adversario; contraprogramando con la ayuda de los medios de comunicación afines.
10. Principio de transfusión. Por regla general, la propaganda opera siempre a partir de un sustrato preexistente, ya sea una mitología nacional o un complejo de odios y prejuicios tradicionales. Se trata de difundir argumentos que puedan arraigar en esas actitudes primitivas.
11. Principio de unanimidad. Llegar a convencer a muchos de que «piensan como todo el mundo», creando

una falsa impresión de unanimidad.

4

Textos

A lo largo de la historia varios autores han descrito situaciones aplicables a España y a los españoles. He aquí algunas de ellas:

En los *Diálogos* de Platón aparecen unos personajes, como Menón y Anitos, que son un perfecto retrato de más de uno de los políticos actuales; los describe así:

Menón: «Ambicioso, inteligente, ante todo y sobre todo busca la riqueza. ¿Las amistades? Desde luego, pero siempre para amparar tras ellas sus maniobras y para utilizarlas cuando sea necesario. ¿Medios para llegar? Todos son buenos para lograr su fin. Por tanto, se trata de uno de tantos talentos sin moralidad; personas que por una "iluminación" o un desengaño pasan de un bando a otro, demostrando de esa forma lo próximos que están los extremos de las cosas.»

Anitos: «Pertenece al grupo de los ambiciosos, sin inteligencia, son redomados egoístas; suelen ser advenedizos en política. Su incapacidad y cerrazón les empuja al fanatismo,

dentro del cual son implacables. Para ellos no existen adversarios, sólo enemigos. Son peligrosos porque juzgan todo a través de sí mismos, por lo que son incapaces de comprender a los demás o de valorar sus aciertos o virtudes. Defienden con tenacidad y furor lo que no pueden comprender. Creen que nunca se equivocan, por eso son capaces de sostener una idea por mucho que se demuestre que es falsa.»

En el siglo XVII el doctor Cristóbal Lozano (1609-1667) escribió *Leyendas y tradiciones españolas,* y en una de ellas, «La campana de Huesca», hace referencia a las peleas entre navarros y aragoneses y comenta, con más que justificada razón:

«Y así, unos y otros andaban a la greña, y lo que sacaron en limpio fue separar a Navarra y Aragón, que desde hacía medio siglo estaban unidas y conformes. ¡Cuántos ejemplos como éste, lector, verás a través de toda nuestra historia, que no parece sino que los españoles hemos nacido para pelearnos unos con otros por un quítame allá esas pajas! No hay cosa de mayor gusto para los de nuestra raza que andar a mandobles y retropelos los unos con los otros, bastardear derechos, discutir niñerías, armar camorras por los más fútiles motivos, alimentar envidias, acaudillar banderías, reñir honores, escandalizar ciudades, arrasar pueblos, talar regiones, degollar hermanos, robar haciendas, hacer viudas, ultrajar doncellas, apalear clérigos, asaltar reparos, levantar barricadas, incendiar fortalezas, mancillar blasones, estrenar patíbulos, descabezar villanos y otras cosas a este tenor. Todo, ¿por qué? ¿Por altos motivos de vida nacional o de defensa contra agresiones injustas de otros reyes o señores ambiciosos de allende las fronteras? No lo creas; hay quien se previe-

ne tras una bastardía, o toma por apoyo una palabreja, o se afirma en una promesa, o pone los ojos en un valido. Las más de las veces la ocasión no importa, el caso es verter sangre, ultrajar la paz y desdecir la honra del vecino, del padre o del hermano. Esta sangre tenemos, lector amigo, que se arde porque la gallina de la vieja se perdió, y otras veces, aunque nos den de asnos y nos revuelvan los entresijos, no chistamos siquiera.»

Miguel de Cervantes en *El ingenioso hidalgo don Quijote de La Mancha* decía con respecto al clero:

«Un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos; destos que queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen miserables.»

«Vuesa merced no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han traído unas monjas y, como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.»

Con respecto a la política nos dice:

«De aquí a pocos días —dijo Sancho— me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mismo deseo.» «Si el gobernador sale rico de su gobierno, dicen de él que ha sido un ladrón, y si sale pobre, que ha sido un parapoco y un mentecato.»

«Es dulcísima cosa el mandar y ser obedecido.» «Aunque aborrecía el ser gobernador; todavía deseaba volver a mandar y a ser obedecido; que esta mala ventura trae consigo el mando.»

«Por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apenas saben leer y gobiernan como unos gerifaltes...» «Paréceme a mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar... nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen obispos, que no de las piedras...» «Yo he visto ir más de dos asnos en los gobiernos.» (No sé qué diría ahora.)

«No hay ningún oficio de mayor cuantía que no se granjee con alguna suerte de cohecho...» «En la corte, por medio del favor y de las dádivas muchas cosas dificultosas se consiguen.»

Tres siglos después, don Manuel Azaña escribía: «Para muchos españoles la patria consiste en los que profesan su misma ortodoxia... el disidente no pertenece a ella... Los españoles no han logrado deshacerse de la obsesión de exterminar o echar del país a los que no comulgan con su ideas.»

Bibliografía

ABELLÁN-GARCÍA GONZÁLEZ, José Luis: *Ortega y Gassety los orígenes de la transición española,* Espasa-Calpe, Madrid, 2005. AGUADO BLEYE, Pedro: *Curso de historia,* Espasa-Calpe, Madrid, 1936. ARTOLA, Miguel: *La burguesía revolucionaria,* Alianza, Madrid, 2006. ÁVILA GRANADOS, Jesús: *El libro negro de la historia de España,* Robinbook, Barcelona, 2001. AZAÑA, Manuel: *Obras completas,* Giner, Madrid, 1990.
BALLESTEROS BERETTA, Antonio: *Síntesis de historia de España,* Salvat, Barcelona, 1945.
BLANCO FREIJEIRO, Antonio, y otros: *Historia de España.*
BRENAN, Gerald: *El laberinto español,* Plaza & Janes, Barcelona, 1996. CARRILLO, Santiago: *Memorias,* Planeta, Barcelona, 2006.
COROMINAS, Pere: *El sentimiento de la riqueza en Castilla,* Aguilar, Madrid, 1951. DÍAZ RAMOS, Fernando: *Panfleto para seguir viviendo,* Bruguera, Barcelona, 2007.

DÍAZ-PLAJA, FERNANDO: *Otra historia de España,* Espasa-Calpe, Madrid, 1987.
DÍEZ BORQUE, José María: *La vida española en el Siglo de Oro según los extranjeros,* Serbal, Barcelona, 1990.
DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio: *España, tres milenios de historia,* Marcial Pons, Madrid, 2007.
EGIDO LEÓN, Ángeles: *Manuel Azaña, entre el mito y la leyenda,* Junta de Castilla y León. Consejería de Cultura y Turismo, Valladolid, 1998.
—, y otros: *Memoria de la Segunda República: mito y realidad,* Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
EHRENBURG, Ilya: *Corresponsal en España,* Prensa Ibérica, Barcelona, 1998.
ELORRIAGA R, Gabriel: *El camino de la concordia,* Debate, Barcelona, 2008.
FlGUERO, Javier: *Si los curas y frailes supieran,* Espasa-Calpe, Madrid, 2002.
GARCÍA DE CORTÁZAR, Fernando: *Historia de España: de Atapuerca al euro,* Círculo de Lectores, Barcelona, 2004.
—, y José Manuel GONZÁLEZ VESGA: *Breve historia de España,* Alianza, Madrid, 2008.
GlBSON, Ian: *Federico García Lorca: biografía esencial,* Península, Barcelona, 2001.
—, *Ligero de equipaje: la vida de Antonio Machado,* Punto de Lectura, Madrid, 2007.
—, *Viento del sur,* Almuzara, Córdoba, 2007.
GRANDES, Almudena: *El corazón helado,* Tusquets, Barcelona, 2007.
HERRERO Y RODRÍGUEZ DE MIÑÓN, Miguel: *Memorias de estío,* Temas de Hoy, Madrid, 1993.
—, *La Guerra Civil,* Historia 16, Madrid, 1994.
LYNCH, John (dir.): *Historia de España, El País,* Madrid.

MARCOS ANA: *Decidme cómo es un árbol: memoria de la prisión y la vida,* Umbriel, Barcelona, 2007.
MENÉNDEZ PlDAL, Ramón: *El Cid Campeador,* Espasa-Calpe, Madrid, 1989.
—, *La España del Cid,* Espasa-Calpe, Madrid, 1947.
—, *Historia de España,* Espasa-Calpe, Madrid, 1998.
NAVARRO GISBERT, José Antonio: *¿Por qué fracasó la II República?,* Altera, Barcelona, 2006.
ORBANEJA, José de, «Nogara»: *{Quiénes son? ¿Cómo son? Los españoles y 4 verdades sobre su historia.* Sirocco, Barcelona, 1988.
PALACIOS, Jesús: *La España totalitaria,* Planeta, Barcelona, 1999.
PAYNE, Stanley G.: *El Fascismo,* Alianza, Madrid, 2006.
PÉREZ, Joseph: *La revolución de las Comunidades de Castilla,* Siglo XXI, Madrid, 1999.
—, *La inquisición española,* Martínez Roca, Barcelona, 2002.
PRESTON, Paul: *La Guerra Civil española,* Debate, Barcelona, 2006.
—, *Las tres Españas del 36,* Bebolsillo, Barcelona, 2003.
—, *Franco: el gran manipulador,* Base, Barcelona, 2008.
PUENTE OJEA, Gonzalo: *Elogio del ateísmo: los espejos de una ilusión,* Siglo XXI, Madrid, 2008.
—, *Vivir en la realidad: sobre mitos, dogmas e ideologías,* Siglo XXI, Madrid, 2007.
RlDAO, José María: *Por la gracia de Dios: catolicismo y libertades en España,* Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2008.
SÁNCHEZ DRAGÓ, Fernando: *Gárgoris y Habidis,* Planeta, Barcelona, 2001.
SANTOS, Julia: *Historia de las dos Españas,* Taurus, Madrid, 2004.

SAORNIL, Víctor: *La España de las grandes batallas,* Acento Editorial, Madrid, 2003.
SATUÉ, Francisco, J.: *Los secretos de la transición: del batallón vasco español al proceso de los GAL,* La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
TORRES, Rafael: *Los esclavos de Franco,* Anaya, Madrid, 2000.
VALDEÓN, Julio, Joseph PÉREZ y Santos JULIA: *Historia de España,* Espasa-Calpe, Madrid, 2006.
VILAR, Pierre: *Historia de España,* Crítica, Barcelona, 2008.
VlLA-SAN-JUAN, José Luis: *Mentiras históricas comúnmente creídas,* Planeta, Barcelona, 1998.
ZABALA LERA, Pío: *Historia de España y de la civilización española.*

Procedencia de las ilustraciones

Página 10: José López Arjona. En Agustín Serrano de Haro, *Yo soy español,* Madrid, Escuela Española, 1953, 11ª. ed.

Páginas 18, 32, 60 y 158: Sin mención de autor. En Antonio J. Onieva y Torres Yagües, *Semilla. Enciclopedia para adultos. Femenina.* Madrid, Ediciones Iberoamericanas, S. A., 1965.

Página 50: Sin mención de autor. En Pla-Dalmau, *Enciclopedia escolar «Estudio». Libro Azul,* Madrid, Gerona, Dalmau Caries Pía, S. A., 1958.

Página 76: Sovarilla. En H.S.R., *Nueva Enciclopedia Escolar: iniciación profesional,* Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1974,23ª. ed.

Páginas 102,120,140 y 178: Antonio Álvarez Pérez. En Antonio Alvarez Pérez, *Enciclopedia. Tercer grado,* Valladolid, Miñón, 1961, 58ª. ed.

Página 196: Antonio Álvarez Pérez. En Antonio Álvarez Pérez, *Enciclopedia. Primer Grado,* Valladolid, Miñón, 1961,88ª. ed.

Página 230: Sin mención de autor. En Edelvives, *Enciclopedia Escolar. Segundo grado,* Zaragoza, Luis Vives, s.d.

Páginas 258, 278 y 320: Antonio Álvarez Pérez. En Antonio Álvarez Pérez, *Enciclopedia. Tercer grado,* Valladolid, Miñón, 1959,43ª. ed.

Página 356: Julio Algora. En H.S.R., *Nueva Enciclopedia Escolar. Grado segundo,* Burgos, Hijos de Santiago Rodríguez, 1960,39ª. ed.

índice

Una actividad peligrosa (a modo de introducción) . . 9
Tribales, gregarios e individualistas.
La herencia ibera.....
17
Paz, prosperidad y saqueos. Hispania y Roma … 31
Monarcas, monasterios y miseria. Los bárbaros
y la Iglesia 49
Pactos, regadíos y reinos de taifas. La invasión
árabe..... 59
Fueros, feudos, facciones. La reconquista 75
Expansión, éxodo y la Santa Inquisición.
Los Reyes Católicos 101
La espada, el pene y la cruz. La lotería americana . . 119
Comuneros, reforma y contrarreforma.
Carlos I y el imperio..... 139
Tercios, terror y manos muertas. Felipe II 157
Las arcas famélicas. Los últimos Austria 177
Esas blasfemas ideas de igualdad. Llegan
los Borbones 195
Época de excelentes oradores y pésimos
políticos. El siglo XIX..... 229
Hija de un parto prematuro. La Segunda
República..... 257

Un pequeñoburgués inculto y gélido.
La Guerra Civil y la dictadura..... 277
Continuismo, credulidad y crispación.
Un país de paradojas..... 319
Con los vaivenes del péndulo
(a modo de conclusión) 355

Anexos
12.Declaración de los Derechos Humanos..... 391
13.Constitución de la Segunda República..... 395
14.Consignas de Joseph Goebbels..... 397
15.Textos 399

Bibliografía 403
Procedencia de las ilustraciones..... 407